

К  
Ш  
К  
Ш  
П  
К

1932

93-94











MCD 2018

**MOR-CAS**  
Encuadernaciones  
C/VALLDEMOSA Nº 5  
TLF. 91 450 40 09



MCD 2018



# Atenea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

### SUMARIO

Baldomero Sanín Cano.	<i>América hispana.</i>
Jerónimo Lagos L.	<i>Poemas.</i>
Augusto Orrego Luco.	<i>Excursión a Loyola.</i>
Reiner María Rilke.	<i>De «El Libro de Horas».</i>
J. González B.	<i>Vertiente en la roca.</i>
Carlos Charlin Ojeda.	<i>La historia de Rapa-Nui.</i>
C. Préndez Saldías.	<i>De los cerros.</i>
D. Amunátegui S.	<i>La última campaña de la Patria Vieja.</i>
Mariano Picón Salas.	<i>Vida en una ciudad indiana.</i>
Alejandro Lipschütz.	<i>Impresiones portuguesas.</i>
A. Echeverría y Reyes.	<i>Redacción de solicitudes.</i>

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Germán Luco.	<i>Discípulo de Koch y compañero de Sir Arthur Conan Doyle.</i>
Francis de Miomandre.	<i>El crepúsculo de los rascacielos.</i>
Abel Valdés A.	<i>La tragedia conyugal de Tolstoy.</i>
Jorge Simmel.	<i>Ensayo sobre el materialismo histórico.</i>
René Ballivián Calderón.	<i>D. H. Lawrence.</i>
Alfredo Benavides Rodríguez.	<i>Arquitectura incásica.</i>
Julio Molina Núñez.	<i>Apreciaciones literarias del poeta Souviron.</i>
Eugenio Labarca.	<i>Madame Curie, vista de cerca.</i>

### LOS LIBROS.—GLOSARIO.

Precio: \$ 2.50 -- Nov. y Dic. de 1932



# ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEAE, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, número 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.



# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

APARTADO 533  
STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

# CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana  
de Cultura

★ ★  
EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811  
MEXICO, D. F.

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:  
Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

# LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)



# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

## DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

## SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

## Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.



# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año IX      Noviembre-Diciembre de 1932      Núms. 93-94

---

---

Baldomero Sanin Cano

## LA AMERICA HISPANA (1)

VISTA POR WALDO FRANK.

**T**IENE aspecto muy distinto el libro de Waldo Frank. Keyserling se mira pensar. Por momentos no sólo se mira sino que se admira de pensar tan bien y tan acertadamente. El conde es filosóficamente y del punto de vista estético un egocéntrico. El mundo gira a su rededor con una velocidad que él le impone según la tensión arterial y la temperatura. Su yo interviene con tal despótica actitud algunas veces que tanto el paisaje real como el de sentimiento quedan ocultos

---

(1) Consideramos de interés reproducir de un periódico colombiano este fragmento magistral de Baldomero Sanin Cano dedicado a comentar los libros de Keyserling y Waldo Frank sobre sus viajes por el continente Sur: *Meditaciones Sud-Americanas y América-Hispana*, respectivamente. La dura dictadura del Control de Cambios, ha impedido a nuestros libreros traer estos libros y su conocimiento apenas está circunscrito a unos pocos afortunados que han logrado obtenerlos directamente de las librerías extranjeras. La parte del comentario de Sanin Cano, referente al libro de Frank, abre una ancha perspectiva para comprender la posición del escritor norteamericano respecto de nuestro continente. Se dan en este fragmento del largo ensayo, las virtudes ya reconocidas del célebre ensayista colombiano: universalidad de conocimientos, profundo sentido de la cultura y una vigorosa juventud mental que le permite recorrer todos los climas espirituales con vigor siempre mozo.—(N. de la D.).



a medias por la personalidad sólida y protuberante del artista. En ocasiones para entenderlo mejor conviene hacer una composición de lugar y apartarse un poco a la manera como inclinamos el cuello a un lado para ver la pantalla del cine, ocultada involuntariamente por las robustas y erguidas espaldas o el peinado fastuoso de alguna señora en la fila siguiente. El paisaje en Keyserling no es materia principal, apenas un incidente. Su más absorbente preocupación es analizar sus propias sensaciones en presencia del paisaje o de otros individuos. En alguna parte afirma que «la sensación existe por sí misma y su existencia no presupone un sujeto que haga la experiencia y le sirva de centro». Lo cual puede ser cierto, pero resulta indemostrable como el postulado de las paralelas.

Frank ha sido movido por una viva simpatía para con la América del Sur y un deseo incoercible de comprender nuestra actual situación y nuestras relaciones con el resto del mundo. Con tal actitud espiritual su comprensión ha hallado muchas puertas abiertas y la metafísica no le ha cerrado el horizonte para completar el paisaje. Tiene sus teorías, desde luego, como aquella que hace coincidir con la vida de la roca la historia y la psicología del habitante precolombino de los Andes, o como la otra en que sostiene que el curso de los ríos está enseñando que la suerte y el porvenir de la América española y lusitana miran hacia el oriente. Tiene otras muchas, algunas de ellas muy plausibles, todas respetables.

La parte ibérica del continente, según Frank, tiene su destino en el Atlántico. Nos lo enseñan los ríos en su curso, las cordilleras que levantan sus cumbres tan cerca del Pacífico ilimitado y dejan apenas una cinta, una cornisa para mirar hacia el Occidente. De Europa recibimos la cultura que debemos transmitir acrecida y marcada con el sello de nuestra raza y nuestras aspiraciones. He aquí una bella página para po-



ner en evidencia este pensamiento. «Para comprender la Argentina importa tener presente que se mueve hacia el Atlántico. Al nordeste arranca del verano del Brasil. Del noroeste se mueve dejando atrás el invierno de los Andes. Al oeste arranca de la eterna primavera chilena, porque debajo de los glaciares de los Andes más conspicuos se extienden las praderas succulentas y siempre verdes como las de Francia. Y del sur se mueve desde el Antártico desconocido. En sus comienzos la Argentina tuvo su base política en el Pacífico peruano, pero de ahí, aspirando a España, se movía hacia el Atlántico. Al llegar la república puso sus anhelos en Inglaterra y Francia. Argentina lleva todos sus manantiales al río de la Plata para fundir con el Atlántico todo un continente. Y todas las costas del Atlántico... Europa, América del Norte, Africa, España vienen por entre el río de la Plata a la Pampa. En el centro de ese abrazo del trópico, los Andes, la Pampa, Africa y Europa está Buenos Aires».

El paisaje desempeña en «América Hispana» un papel más importante que en las «Meditaciones» de Keyserling. Todo el prestigio secular de las cordilleras y de las llanuras ilimitadas aparece en estas páginas de un pensador y de un artista que se unen en un solo empeño y se complementan a la mil maravillas. Pero el paisaje vive porque delata con sus innumerables tonos y líneas llenas de emoción las alternativas de una raza, de un pueblo que no se ha adecuado todavía al lugar que le han señalado la historia y la naturaleza. «El porteño dice Frank, con una frase estricta y reveladora, es el hombre de una raza no formada aún», de una raza que no ha nacido. «La fertilidad y la promesa que hacen de la porteña un ser real, a él lo hacen irreal», observación atinada y originalísima, de la cual se llega fácilmente y no sin buenas razones a la causa de la superioridad innegable de la mujer sobre el hombre en algunas comarcas de la América Hispana. Esta supe-



rioridad no es de origen hispánico. Voluntariamente o por razones históricas la mujer aceptó sin protestas en España durante siglos una situación de inferioridad que el varón se esfuerza por rectificar en estos momentos cargados de consecuencias tremendas. Dejó el árabe en la Península ese concepto de inferioridad en las relaciones del varón con la hembra. A algunas comarcas trajeron el conquistador y el funcionario de la colonia este sentimiento, pero allí donde la mujer hubo de tomar parte activa en la conquista como en el Plata, o desde los primeros días de la educación colonial como en Lima o en Bogotá la mujer se adelantó al hombre en la comprensión de las realidades vitales y más urgentes. Ella se adaptó al medio con más facilidad y con mayor rapidez que el hombre del cual puede decirse que en sus principios trataba más bien de dominar la naturaleza, de corregirla que de comprenderla y adecuarse a sus imposiciones. La mujer no trajo misión de conquista sino de acomodamiento al suelo. Desechando la idea de pugna entendió mejor los deberes de huésped nueva, se adaptó al ambiente con más rapidez que el hombre, cuyas ocupaciones y pugnacidad le hicieron desentenderse un tanto de las necesidades del espíritu y de la tarea de comprender más bien que de modificar a las gentes y a la naturaleza, con las cuales tenía que habérselas. De esta manera la mujer adquirió socialmente la superioridad sobre el varón que es todavía conspicua en muchas capitales de América. Sin ella la colonización habría sido simplemente una obra de exterminio. Sin ella los hombres habrían tenido que esperar acaso otro medio siglo para realizar la obra de la independencia.

Fué para América desventurado el momento en que vinieron a visitarla Keyserling y Waldo Frank. Pasaba este continente por un momento desgraciado de su historia, sufriendo el contagio de la fiebre perniciosa europea de 1914 a 1918 y los primeros sínto-



mas de una crisis fatal de la civilización y de la conciencia humana. Al tratar de ponerse en contacto con las grandes figuras del continente o se acercaban a Irigoyen o miraban de lejos a Augusto Leguía. A no ser por la capacidad reflexiva de los dos visitantes el espectáculo de la evolución política en el continente ha podido ser desconsolador en grado sumo. No es posible desentenderse de la política en una excursión intelectual por una comarca cualquiera, porque la política se compone de los fenómenos sociales más visibles y porque en ella intervienen en cada país las gentes que gastan menos escrúpulos para asaltar las posiciones y hacerse notorias. Además a la política no acuden en estos países las inteligencias primordiales, ni tampoco los hombres de quienes pudiera decirse que representan el tipo medio de la raza a que pertenecen. Por lo común la política llama en estos países a los ambiciosos vulgares que se sienten inferiores para medirse con los demás en el conflicto ordinario de los intereses y las aspiraciones. Alrededor de estas gentes giran en greyes la simulación, los apetitos inferiores de la especie disfrazados con palabras de vago sentido. Por momentos surgen hombres de valer aun en comarcas poco favorecidas por la naturaleza con este género de vegetaciones, pero hace algunos años la América del Sur y las repúblicas latinas colocadas al Norte del continente pasan de manos inicuas a manos inicuas e ineptas. Durante estas horas de terrible prueba vinieron al continente del Sur los dos experimentados disectores del alma humana. Hemos tenido mala suerte, pero la perspicacia del uno y la simpatía inagotable del otro nos han salvado. Irigoyen y Leguía no representan en estos libros el tipo del hombre americano.

Nuestro porvenir le inspira al noble balta párrafos de estética suntuosa sobre nuestra capacidad emotiva para salvar la civilización por medio de la belleza.



Frank reconoce el peligro inmediato y no sin hacer la historia de Panamá y señalar episodios de la vida continental en México, las Antillas y la América Central formula sus consejos que, atendidos, acaso previnieran una dolorosa sujeción futura de la América Hispana a poderes extraños. Frank mira al futuro con recelos fundados. El remedio es para él la creación de grandes federaciones homogéneas al sur del Río Grande del Norte. Los estadistas americanos del Sur habían pensado en la Gran Colombia primero y en los cinco países bolivarianos más tarde.

Por razones de analogía de intereses y de razas el autor de América Hispana reconstituye la geografía política y comercial del continente en una forma inesperada, pero tal vez no exenta de porvenir y de fundamentos. Para él, México, Haití, Santo Domingo, Cuba, Panamá, las cinco repúblicas de Centro América Colombia y Venezuela «tienen mucho en común.» «Son la frontera, dice, entre los Estados Unidos saxo-americanos y la América Hispana». Con estos países se formaría la federación del Caribe o del Mar Central como lo llama el proponente. La federación de los Andes quedaría compuesta del Ecuador, Perú y Bolivia. Los Estados Unidos de la América austral serían la federación grandiosa de la Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, veinte millones de habitantes, en una extensión territorial favorecida por todos los climas, bañada por ambos océanos y por una red fluvial sin comparación en el resto del mundo.

La reorganización del mundo americano distribuyendo las soberanías en esta forma abonada por la raza y por los climas parecía indicada para resolver o eliminar grandes problemas en esta parte del mundo. Mas, como se dijo al principio de este escrito, el aspecto del mundo cambia de la hora en que se corrigen las pruebas de un libro a la hora en que el editor lo pone en manos del público. La crisis económica de



1929 ha templado las ambiciones de Washington. El problema de Manchuria le ha hecho volver al gran poder saxoamericano del continente sus miradas a otra parte del mundo. El exceso de producción «costosa», con su cortejo oneroso de intermediarios falseó todos los principios en que se basaban la organización y la técnica saxoamericanas. De un día para otro, en ese país próspero y deforme, cada ciudadano vino a quedar en bancarrota. La nación temida en las cinco partes del mundo consiente a regañadientes en la sumisión de la nueva república manchú a la ambición japonesa claramente manifestada en las declaraciones de Tokio. La guerra de tarifas declarada por los legisladores de Washington a toda la industria del mundo, la fracasada empresa del prohibicionismo y la insistencia en no formar parte de la Sociedad de las Naciones hacen pensar a las naciones europeas si no sería mejor aceptar este desafío de la Unión saxoamericana y dejarla sola, entregada a sí misma como parecen desearlo algunos de sus directores más prominentes. «No es justo», dicen algunos estadistas europeos, que la gran república del norte quiera aprovechar de todas las ventajas que le ofrecen sus relaciones con nosotros y al mismo tiempo trate de aislarse en absoluto para que nosotros no podamos sacar ventajas de nuestra comunicación con ella. Este sentimiento crece de día en día entre los gobiernos y los pueblos de Europa. La América Hispana no puede permanecer indiferente en esta lucha de sentimientos y de intereses, si llega a presentarse. El futuro dirá si estos pueblos resuelven entrar a formar con el grupo europeo o con la masa aislada saxoamericana. Habría una lucha tremenda entre los sentimientos y el interés inmediato. Los pueblos de la federación Caribe tienen lazos comerciales estrechos y abundantes con la patria de Washington, pero sus sentimientos se inclinan hacia Europa. La cultura que han recibido no procede de New York o



Chicago, sino de Londres, de París, de Italia, de España, un poco de Alemania sin duda y menos, literariamente, de los países escandinavos. Las relaciones comerciales del Perú, de Bolivia y del Ecuador con los saxoamericanos son menos significativas que las de la confederación Caribe, pero tienen grande influencia sobre la vida en general de tales países. La federación austral por su comercio, sus sentimientos, la calidad de los inmigrantes con que se ha aumentado y se aumenta día por día su población tiende hacia Europa naturalmente y por razones de estudio y de conveniencia.

Los Estados Unidos saxoamericanos desarrollaron una cultura de base europea en los últimos cincuenta años, dándole un carácter autóctono de gran relieve, pero ni esa cultura es de índole comunicante, ni aquella nación ha hecho esfuerzo alguno por difundirse culturalmente en el resto del continente. De un modo sentimental la América Hispana no podría aislarse de Europa. Con ella la ligan la literatura, el arte, las tradiciones, la manera de entender los principios de la democracia.

La quiebra de la civilización actual que apenas comienza y de que no pueden darse cuenta las mentes virginales extrañas a la contemplación del panorama histórico y de la vida internacional presente va a plantear para los iberoamericanos ese problema inquietante. ¿Somos europeos o somos americanos escueta y decididamente? La solución envuelve conflictos de intereses y seguramente dolorosos conflictos de sentimientos y de cultura.

El Atlántico nos une, sin duda; pero podría sostenerse también que nos separa o que en un siglo de cultura esas aguas indiferentes que el tiempo encoge cada vez más nos acercan más a Europa sin aumentar entre nosotros la facilidad de las comunicaciones. La civilización tiene rutas trazadas históricamente. Cuando



esas rutas se cierran o se obstruyen la civilización suspende su curso. ¿Es éste el fenómeno actual en América y en el orbe todo?

El libro de Frank, lleno de pensamientos y de miras originales sobre las relaciones entre la civilización general del planeta y la vida de estas comarcas, es más interesante por las revelaciones que hace entre líneas sobre el carácter y el alma de autor. A un fondo inviolable de sinceridad se une en este feliz sujeto moral un dón de simpatía que se difunde como una atmósfera benigna alrededor de los objetos sometidos a su perspicaz observación. Su yo generoso y ubicuo aparece a cada momento no para llenar el paisaje material y moral como en el caso de Keyserling, sino para servir de punto de partida y de feliz orientación. Su estilo tiene combinadas en proporciones amables la gracia, la profundidad, la precisión y la fuerza. A veces parece obscuro porque la cantidad de pensamiento apenas cabe en la fórmula verbal. Meditar sobre sus páginas es un placer fructífero, porque en esa doble absorción el espíritu descubre nuevos horizontes y más succulenta doctrina. Su espíritu y sus libros crean lazos nuevos entre dos categorías de pueblos antes separados por largas costas intermedias del Atlántico, por la lengua, las tradiciones y la raza; por ofensas gratuitas de un solo lado y sobre todo por modos casi opuestos de apreciar la vida y de interpretar el destino del hombre en el universo.

---

De la generosa y perspicua análisis de Frank tampoco surge distinto y claramente determinado el tipo de hombre hispano-americano con caracteres que le diferencien nítidamente del europeo. Es mejor que tal haya sido el resultado de estas sesudas y minuciosas investigaciones. El género humano sufre de que los



hombres, los pueblos, para tomar su puesto en la obra general de la cultura, parten del principio ya derogado de sus diferencias esenciales, cuando la historia, el arte, la huella dejada por los idiomas en el desarrollo del espíritu están probando la unidad de la especie. El gran mérito de las obras aquí examinadas sería para el filósofo desinteresado la claridad con que muestran cómo el hombre sudamericano, como raza fundamentalmente distinta del europeo, no tiene existencia ni en lo material ni siquiera en lo especulativo.



Jerónimo Lagos L.

## POEMAS

### AGUA DE NORIA

**& T**ENIAMOS diez años? ¿Once? Ya no me acuerdo. Pero sí me acuerdo de que fué entonces la madrugada en mi corazón. Aquellos días eran más sedantes y más limpias las noches. Una claridad sin fulgores tamizaba las cosas. Los árboles daban frutos olorosos y las almas despertaban inefables. Se soñaba lo que nunca hubiera podido ser.

¡Zuly! Recordándola, solía yo repetirme, escondido en las sombras de mi alma: «La Zulita es linda, linda».

Llegaban la Mina, Carlos, la Lucía. Y bajo la Luna de mi casa, dichosos cantábamos en ronda:

«Que se abran las puertas,  
que se abran las puertas  
al rey de los Borbones...»

Una noche me atreví a ceñirla en abrazo fugaz. Se quedó inmóvil. Y triste. Triste ya.

Cansados—y hasta pensativos—nos sentábamos en un banco del jardín. La Luna de Enero difundía su azul diafanidad por entre naranjos y duraznos, y el aroma de la noche y la luz sideral nos envolvían. ¡Unas ganas de llorar!

De repente, oíamos un tamboritear de nueces en los



ladrillos del corredor. Carlos había subido hasta el sobrado y nos llamaba a recogerlas.

Acudíamos en algazara. Luego, sedientos, mermábamos el agua de la destiladera. Mi Nena largaba el balde al fondo de la noria. Nos acercábamos cautelosos hasta los rosales que florecían al borde del brocal. En el fondo del agua ardían las estrellas...

¡Nana, Nana! Sácame una... *junita!* Y, al oído de mi amiga, despacito: ¡para ti, Zulita!

El balde se hundía ruidosamente, y las estrellas, asustadas, se escurrían en el agua. Como tomados por repentina sugestión, aguardábamos suspensos la recogida del cordel. Dos, tres pétalos dispersos se mecían sobre el agua límpida del balde... ¡Una ilusión deshecha!

Comenzábamos a aprender la vida.

## MELISANDA

**M**MELISANDA no era de la tierra.

Bajó hasta ella una noche de invierno en la randa de oro de una estrella ignorada.

Era tímida, suave, casi transparente. Su carne tenía la palidez azul de la Luna y sus ojos eran dos luciérnagas en la noche.

Cuando Golod la encontró a la orilla de la fuente, las tonalidades verdes del bosque ponían en los ojos de Melisanda el resplandor de la esperanza.

Melisanda era blonda y fina como una flor. Sus palabras fluían húmedas de rocío.

Peleas fué la voz hermana, presentida por ella en los valles oscuros de la tierra.

Pero Golod era el Destino.

Y cuando el Amor cantaba en los labios de los amantes el himno de la vida, fué Golod quien puso el sello implacable del silencio sobre los labios enloquecidos.



El alma blanca de Melisanda yerra aún por los valles de la tierra.

Yo la he visto una vez.

## MENSAJE

**H**ABLÓ, al abrir, la rosa:

¡Albor de sus manos, hondor de sus ojos!

La tierra se hizo blanda para acoger su cuerpo y su tristeza .

Dios está aquí, en la sombra, compenetrándola, para hacerla nuevamente claridad.

De su fuerza viene la fuerza que me alienta. De sus palabras el aroma que difundo. Mis raíces comienzan allí donde se desvanecieron sus cabellos.

Cuando iba por el mundo, yo fuí aquella ternura suya que no alcanzó a vaciarse en el alma amada.

Antes de esconderse totalmente en Dios, dijo: «Luna, toma este bien y entrégalo a la vida».

Y los dedos celestes de la Luna me cogieron transida y de tierra me hicieron estos verdes ropajes.

Heme aquí despertando... desnudándome para bañarme en el sol. Ved aún el matiz de sus mejillas y la curva dorada de su seno. ¡Acercáos! Conoced su expresión más pura, su esencia más íntima.

Cuando pase el viento, le diré al oído: ¡yo soy! ¡soy yo!

Y mi emoción, se anudará a su canto. Hasta la grupa alígera del viento, se inclinarán los árboles alborozados, agitando sus hojas para saludarnos. Los vilanos escoltarán nuestro vuelo en la alegría del sol.

¡Será otra vez la hora que su sonrisa iluminó este valle!

Iremos lejos, más lejos. A la orilla de un camino desconocido hay un alma esperando...



Augusto Orrego Luco.

## EXCURSION A LOYOLA

*Marzo 5 de 1930.*

**S**ALIMOS de Biarritz a las 9½ de una mañana de primavera. El cielo de un azul sin nubes. El aire deliciosamente suave.

Seguimos el camino que ya hemos recorrido tantas veces desde Biarritz hasta San Juan de Luz. Ahí abandonamos la espléndida cornisa de las orillas del mar para seguir por un silencioso camino de montañas que va subiendo por una falda escarpada. El camino es boscoso. Pasamos por *Urrugue*, pequeña aldea con casitas de piedra que se agrupan al borde del camino. Es un rincón triste y pobre. Desde esa aldea divisamos el Castillo sombrío y solitario en que residió Luis XI largas temporadas.

Subimos a la ancha meseta de las «*Croix des Bosquets*», donde se domina una perspectiva inmensa sobre el mar y desde donde la vista puede pasearse al mismo tiempo sobre un grandioso paisaje de montañas.

Bajando de esa altura llegamos en el valle a la pequeña Behobia, en la desembocadura del Bidasoa. Es una aldea fronteriza en que los viajeros tienen que exhibir sus pasaportes. Todo lo que hay de grotesco en esta mascarada de la defensa de las fronteras con que se trata de encubrir una simple estorsión a los viajeros, ha quedado en una transparente desnudez en estos



días. Toda la prensa ha comentado las negociaciones Norteamericana a que ha dado margen la tranquilidad con que Jack Dainter, el Rey de los *Bootlgeros* de Chicago, recorrió la Alemania, con pasaportes y visas consulares, a cara descubierta, sin que ningún cónsul le hiciera la menor dificultad al que pagaba en buenos *dólares* todos los derechos.

Después de esa inútil y molesta tramitación de pasaportes atravesamos el ancho y tumultuoso Bidasoa por el puente *Internacional*.

Seguimos por la orilla española de ese río, cuyas aguas se van tranquilizando a medida que avanzan hacia el mar. Es la hora de la marea alta en que es más fuerte la resistencia del mar a la corriente del río. Al llegar a su desembocadura el río se presenta como un lago tranquilo de aguas inmóviles.

Siguiendo por la orilla pasamos delante de la pintoresca población de Hendaya.

Seguimos un camino sombreado por los árboles, con un pretil elegante y un suave pavimento de *macadán* alquitranado. Por todo un costado del camino va una cerca de enrejado ligero, sostenido por postes bajos de madera, pintados a listas blanco y rojo. Ese camino tan coqueto y cuidado es una de las transformaciones con que Primo de Rivera ha querido sorprender a los viajeros y cubrir los abusos de una dictadura militar.

En la orilla del río divisamos alegres bosquecillos de laurel-rosa y espesos matorrales que sirven de guarida a los contrabandistas.

Sigue el camino, cuidado con un esmero que supera a los más cuidados caminos extranjeros, teniendo a la vista la hermosa perspectiva que va desarrollando la orilla de Francia.

Pasamos por Irún que es una larga calle de vieja construcción, con murallas de mortero y tejados rojos. Nos señalan al pasar la «Casa de los Gitanos», al lado la «Casa de los Gendarmes». La calle es silenciosa y



desierta. Sólo hay animación el 30 de Junio en que se celebra aquí una procesión religioso-militar, que es la gran fiesta de toda la comarca.

El camino sigue subiendo, ancho, suave y fácil. A lo lejos la perspectiva del mar se va ensanchando.

Nos acercamos a *Fuenterrabía*, la ciudad guerrera rodeada de murallas, y suspendida sobre el espolón rocalloso que avanza sobre el mar formando el Cabo de Figuer.

Frente, en el mar, está la isla de Santa Clara, sombría y salvaje, envuelta siempre en una sábana de espuma, y allá lejos, en la inmensa soledad del mar, se extiende la tranquila línea azul del horizonte.

Entramos en la antigua Fuenterrabía por la *Puerta Principal*. En la muralla de piedra, que encierra la ciudad, se abre una gran arcada sobre la cual hay un escudo español tallado en piedra; y debajo de ese escudo se lee, en un cartel, una inscripción tallada de relieve: «La muy noble y muy leal ciudad de Fuenterrabía, provincia de Guipúzcoa». Y encima del escudo, resguardada en un nicho, una imagen de María.

Por el claro de esa vieja arcada se divisa la calle Mayor, calle angosta, corta, severa y sombría; con edificios altos, de tres y cuatro pisos, balcones salientes, con rejas de fierro forjado. El primer piso de esas casas está ocupado por el comercio, por almacenes y por tiendas. La vereda cubierta con grandes baldosas y la calzada adoquinada: se encuentran cubierto todavía con los *confetti* del carnaval.

La pendiente muy fuerte de esa calle hace penosa la subida. En el fondo de la calle está la Iglesia.

El pórtico está en la base de una gran torre de piedra, cuadrada, desnuda, que sube a mucha altura, sosteniendo un campanario ochavado, elegante y gracioso.

En el interior nos encontramos con una basílica



suntuosa, de bóvedas muy altas, con arcadas ojivales sostenidas por gruesas columnas.

La nave central es imponente.

En el fondo está el altar mayor, de madera dorada, y forma triangular, que sube desde el piso hasta la bóveda como una inmensa llama de oro.

En las naves laterales hay otros dos altares de madera dorada, talladas con un arte primoroso y un lujo de ornamentación extraordinario. Son los altares de San José y de María; el de San José más fastuoso y recargado en sus adornos y el de María más discreto y más retenido en su esplendor.

A la entrada hay un crucifijo de madera, pintado de colores, más que de tamaño natural, de un realismo impresionante. Ese crucifijo tiene como fondo un fresco de tempestad pintado en la muralla, encerrado entre dos columnas doradas que sostienen una cornisa sencilla. Al pie del crucifijo, una pila de agua bendita que tiene la forma de una gran copa de mármol.

Salimos de la Iglesia por una puerta lateral que se abre en una pequeña plazoleta, desierta, desolada, en que sólo se ve un banco de madera a la sombra de unos árboles. Es de una soledad tranquila.

Al frente de esa plazoleta hay un enorme construcción de piedra, de murallas muy altas, lisas, desnudas, oscurecidas por los años.

Esa construcción sombría, casi siniestra es el antiguo «Castillo de Carlos V», en que han instalado ahora el «Museo».

En el primer piso se abre solamente una pequeña puerta de entrada, estrecha y sencilla. Sobre la puerta hay una inscripción que tal vez hemos leído mal porque atribuye a Carlos V la construcción de ese Castillo, que fué construido en realidad por Don Sancho de Navarra. En ese Castillo murió Doña Juana la Loca, dejando aquí el lúgubre recuerdo de su amor y su desgracia.



Entramos por un largo pasadizo sombrío, oscuro, con una bóveda muy baja.

Nos encontramos en un pequeño patio, rodeado de murallas de piedra muy altas. El pavimento es tosco. Dos arcadas laterales comunican con otros patiecitos.

En el fondo, unas cuantas gradas de piedra nos llevan a otro pasadizo oscuro, en que se abren dos arcadas ojivales por donde se entra a otro pequeño patio en que nos encontramos con una indecible impresión de sorpresa. Un bosque de grandes plantas parásitas arborecentes cubre con su follaje las cuatro murallas de piedra que rodean ese patio. Ese bosque suspendido hasta lo más alto de esas murallas es de un efecto fantástico de que no podemos formarnos una idea. Todos nos decían que en este museo lleno de cosas curiosas, la más curiosa que hay es este patio, este boscaje alegre y ligero sobre esas viejas murallas.

Un ascensor lleva a la terraza que domina el Castillo. La vista es soberbia desde esa altura que nos deja ver la desembocadura del Bidasoa, ancho y tranquilo, las olas tempestuosas que vienen a azotarse en las rocas y los escarpados farellones de la costa; las altas montañas inmóviles y sombrías, la extensión inmensa de ese mar siempre agitado, la línea oscura del horizonte y más arriba, un cielo azul.

Ese Castillo era un escenario apropiado para la pobre reina en sus días de locura, con sus corredores oscuros, sus patios tenebrosos, sus pasadizos que se entrelazan como los caminos de un laberinto. Cuenta la leyenda que la reina loca después de tantos siglos rondaba todavía por esos pasadizos misteriosos.

El Castillo ha sido sitiado muchas veces. Francisco I logró apoderarse de él en 1521. Condé y Saint-Simon no fueron igualmente afortunados en sus 20 asaltos. Dirigía la defensa el alcalde Don Diego Butrón cuya estatua de bronce, en actitud de mando, adorna uno de los patios del Castillo.



En un costado de esa severa y noble construcción hay una plazoleta triangular, pavimentada de ripio, rodeada de edificios vulgares, viejos, que tienen con sus balcones corridos, sus rejas de madera, y los colores vivos de sus murallas, un carácter muy acentuado de la España antigua. Por esas ruinas, silenciosas y desiertas atravesaban dos muchachas vendedoras de pescado. Lo llevaban en una canasta plana, como una bandeja de mimbre, con dos agarraderos a los lados, que tomaban las dos muchachas. Las dos iban cantando alegremente la venta. Llevaban las dos el cuerpo ceñido con un *fichú* negro, un corpiño rojo y una falda suelta; andaban con alpargatas y la cabeza sin más adorno que sus cabellos. Las voces frescas y la boca risueña de esas muchachas completaban un delicioso cuadro de costumbres lugareñas.

La gran arteria de Fuenterrabía es la calle mayor; veredas cubiertas con grandes baldosas; calzada con un pavimento de adoquines, edificios de un aspecto noble y severo. Ahí está la casa del Ayuntamiento con su gran fachada, una residencia condal del Renacimiento. En esa calle larga y angosta vemos pasar una carreta tirada por bueyes, y burros cargados con grandes bultos. Ese tráfico se hacía en medio de una enorme gritería de carreteros y gañanes y de los pocos transeuntes que buscaban precipitadamente donde refugiarse para dejar libre el paso.

Otra calle interesante es la de «Pampinol», de grandes casas señoriales. Es el barrio aristocrático, solemne y silencioso.

Como en todas las viejas poblaciones hay pintorescos barrios populares, animados y curiosos. El barrio de «la Marina» es uno de esos barrios pobres. Ahí vemos casas bajas, con balcones salientes, rejas de madera, y por todas partes se ve ropa tendida al sol para secarse. También se ven cordeles que atraviesan la calle con ropa suspendida que le da un aire



de conventillo. Mujeres sentadas, trabajando en la puerta de sus casas, y cuidando a los chiquillos, que juegan en la calle.

En esa ciudad, guerrera y devota, tranquila y silenciosa hay días de gran animación, en las procesiones de Semana Santa y las fiestas del 8 de Septiembre.

Saliendo de Fuenterrabía vamos por un camino ancho que pasa entre dos montañas, la de Juzquivel que queda hacia la costa y la de Hayen que sube al interior. Atravesamos el valle siguiendo ese camino, divisamos a los lados anchas avenidas de árboles, torres feudales, conventos, capillas de campo, granjas, huertos en que ya se ven almendros cubiertos con sus flores blancas.

Llegamos a la pequeña población de Rentería.

El camino nos lleva hacia la costa donde encontramos el puerto de Pasajes, en el fondo de una bahía profunda y tranquila, que los viajeros comparan con los famosos «fjord» de la Noruega. En esa enorme entrada del mar hay en las dos orillas, frente a frente, dos pueblecitos de pescadores: San Juan y San Pedro.

Pasajes, que es ahora una pequeña población, ha sido en otro tiempo un gran puerto, rodeado de astilleros de construcciones navales. En los tiempos de la Gran Armada, Pasajes tuvo días de esplendor, la vida y la animación del más grande de los puertos de España. Pero esos días de grandeza ya han pasado y ahora sólo encontramos un pequeño puerto a la orilla de una gran bahía silenciosa y tranquila. Pero sobre la decadencia y la ruina de todas las grandezas queda siempre flotando la suave melancolía del recuerdo.

Víctor Hugo, que vivió cuando era niño en este rincón de España no olvidó nunca su tristeza y su poesía melancólica, y después, cuando era un hombre



venía aquí a buscar un refugio en sus días de expatriación y de tristeza.

Volvemos a alejarnos de la costa. El camino sigue entre montañas que cierran el horizonte, que sólo se vuelve a abrir cuando hemos llegado a San Sebastián.

Vemos bruscamente aparecer el puerto, con su largo espigón, sus dársenas, su enorme actividad comercial y su trabajo incesante. Ese rincón de las dársenas laborioso y afiebrado, está completamente separado de la bahía tranquila, indolente y silenciosa del balneario.

A medida que nos vamos acercando se acentúa el contraste con la antigua población de Fuenterrabía, que nos ha dado la viva impresión de una ciudad medioeval. San Sebastián es una ciudad moderna, tal vez exagerada en su modernismo. La ciudad antigua fué incendiada por Graham en 1813. El castillo en que Francisco I estuvo prisionero ha sido arrasado. La población que vemos ahora es toda nueva, no tiene pasado, no tiene recuerdos. Es una población de ayer, cosmopolita, sin ningún carácter.

La primera impresión que nos produce es la de una población hermosa y fría.

«La Concha» es la bahía del balneario. El nombre es apropiado a la curva deliciosamente suave que tiene la bahía. Una isla se extiende como rompe-olas delante de ella.

En todo el contorno de la Concha, va el paseo «Príncipe de Asturias», ancho, con un suave pavimento de cemento, que figura grandes baldosas; una elegante reja de fierro sirve de balaustrada por el lado del mar a ese paseo. Vemos pequeñas embarcaciones que cruzan a la vela. Hay cómodos bancos a lo largo del paseo desde donde se puede contemplar tranquilamente el hermoso espectáculo del mar azul, bajo un cielo hermoso y sereno.

Al lado de esa ancha avenida, se extiende una cal-



zada muy cuidada, de una irreprochable suavidad para la circulación de carruajes y automóviles. Detrás de la calzada divisamos en toda su extensión una línea de grandes edificios, de rasca-cielos con un lujo de altura y una deplorable economía de buen gusto.

En el rincón más abrigado de la *Concha* esta la *Gran Playa*, que es el centro más animado del balneario.

La playa, de una arena fina y dorada, se extiende en un suave declive que permite entrar sin peligro hasta muy adentro en el mar.

La «Bajada» es una rambla que viene suavemente desde el paseo hasta la playa y tiene como baranda una reja lujosa. Todas las mañanas una muchedumbre de curiosos viene a divisar desde esa rambla a los bañistas.

Todos los veranos hasta la caída del otoño, la playa se cubre de carpas, cuyos toldos planos se juntan formando un telón inmenso. Las carpas corren sus cortinas cuando se desnudan o se visten los bañistas. Después del baño las carpas se transforman, quedan completamente abiertas las cortinas, convertidas en pequeños tocadores, en *boudoirs*, con sillas y mesas que se cubren con pasteles, bebidas ligeras, té y café, que conservan en *thermos* su calor. Los bañistas invitan a sus carpas que al fin de la mañana hacen el efecto de la animada terraza de un restaurant de lujo.

En las noches de luna, en el verano, vuelve a animarse el paseo de la playa. Es el espectáculo del mar bañado por la luz plateada, es la bruma sentimental de esa inmensa soledad.

En el invierno las carpas desaparecen, se va el mundo elegante, la playa queda desierta, el sol brilla en la arena dorada y sólo se oye el rumor de las olas que se extienden en la playa con la lenta suavidad de una caricia.

Bordan la calzada, como ya hemos dicho, grandes



construcciones, edificios enormes de una monotonía y un mal gusto deplorable. Es el triunfo del «modern style», con la monotonía fría de la línea recta, con sus ventanas, en filas simétricas, iguales, sin ningún relieve, sin nada que interrumpa la eterna monotonía de sus líneas sin vida. Y luego todas esas construcciones pintadas con el mismo color, de una uniformidad desesperante.

Dentro de esos enormes edificios vive una población en cada piso, vive en la promiscuidad de un conventillo, pero aquí las frotaciones inevitables de la vida común no tienen la compensación de los pequeños servicios que se prestan los vecinos. En esas grandes casas no hay vecindario. Una barrera de hielo separa a los que viven juntos. No hay entre ellos ningún lago. Es el mayor aislamiento en medio de la multitud.

Esas grandezas del «modern-style», frías e indiferentes, sin belleza y sin gracia nos hacen sentir todo el encanto de las casitas bajas, de dos o tres pisos, con sus jardincitos, sus ventanas con flores y sus celosías discretas, de esas casitas amables que respiran un aire de mediocridad tranquila, la *aurea mediocritas* de Horacio, de esas casitas que despiertan un sueño vago y delicioso que duerme en el fondo de todas las almas.

Nos detuvimos a almorzar en el «Hotel Biarritz», hotel de lujo; grandes salas, sirvientes de frac, generosas propinas y un precio de balneario que el *menu* no justifica.

Recorriendo al pasar la población vemos la «Casa Real», imponente, majestuosa en que se siente el severo gusto español. Un «Kursaal» de una fantasía extravagante, con dos torres que le dan un aire de iglesia a esa sala de baile.

Pasamos por la «Alameda», hermoso paseo de dos millas de largo en las orillas del Uramea, paseo agreste, solitario y delicioso, con sus grandes palmeras y sus floridos tamarís.



Saliendo de San Sebastián nos alejamos un poco de la costa por un camino accidentado y pintoresco, que sigue las ondulaciones muy fuertes del terreno. Vemos al pasar la vieja población de *Usurbil*. Seguimos después la gran subida y llegando a la altura divisamos el pequeño puerto de *Orio*.

Desde la altura en que estamos una cuesta nos lleva todavía más arriba, desde donde divisamos al pasar el nuevo balneario de *Zaraun* con su hermosa playa que el mundo elegante principia a frecuentar. Domina ese pequeño puerto el Castillo del marqués de Navas, severa y sombría construcción del siglo XV.

Desde ahí va hasta Guetari la hermosa cornisa española siguiendo la orilla del mar por la montaña. La perspectiva de esa cornisa tiene el encanto del movimiento eterno de las olas, que no cesa nunca, que no cansa nunca.

Mirando ese mar azul, que en esos momentos cruzaban a la vela barcos de pescadores, con el suave mareo que produce el vaivén cadencioso de las olas, llegamos a *Zurnaya*.

Más allá de *Zurnaya* abandonamos la cornisa para dirigirnos al interior de las montañas. Atravesamos el pequeño río Urola, que cruza un vallecito boscoso, y siguiendo por un camino de montaña, pasamos por la estación Termal de Cestona.

Más allá el camino parece terminar. Una montaña agria y sombría, el Ilzarraitz se levanta delante de nosotros. Detrás de esa montaña está Loyola.

Por un camino escarpado, que va al borde de un torrente, salvamos la montaña. Desde una altura abrupta, cortada a pico, divisamos al pie el vallecito de Azpeitia, que se extiende alegre, risueño y humilde sumergido entre montañas ásperas.

Bajamos por un camino muy abrupto e inclinado que va describiendo grandes lazadas. Las curvas del camino nos van descubriendo, poco a poco, todo el va-



lle, en que vemos aparecer a la distancia como puntos luminosos, los campanarios y las cúpulas de los cuatro conventos.

Llegando al valle nos dirigimos al pobre caserío de Azpeitía, que se agrupa alrededor de una capilla. Grandes árboles dan sombra a una plaza de aldea solitaria, que sólo se anima en las horas de baile y de fandango. Un banco de piedra es todo el adorno de esa plaza rústica, alrededor de ese banco, después del Angelus, se forma todas las tardes la «tertulia» que comenta alegremente la vida de la aldea.

En la humilde capilla de esa aldea nos muestran la pila bautismal en que fué bautizado San Ignacio. Es una pobre pila, ahora engastada en una ornamentación suntuosa. Una hermosa mujer que iba en la excursión, junto con nosotros, besó emocionada los rústicos bordes de esa pila.

El camino va derecho por ese vallecito de Azpeitía, plano, agreste, cubierto de un ligero manto verde. Se ven a los lados del camino grandes grupos de árboles. En medio de esas montañas sombrías ese vallecito es un oasis de verdura, de soledad y de paz.

Pasamos delante de los Conventos de Jesús y de María, y de la gran Casa Central de las Damas Catequistas.

Los Conventos forman un grupo de edificios de estilos diversos, encerrados por murallas altas y almenadas. En medio de ese grupo se levanta una gran torre cuadrada y por encima de esa torre sube la aguja de un campanario.

Al lado de ese convento medioeval hay unas construcciones modernas, que nos muestran a la distancia una larga fila de ventanas con celosías verdes.

Subiendo un poco por la falda de la montaña está la Casa Central de las Damas Catequistas. Es un edificio de estilo italiano del Renacimiento, de una gracia alegre y lujosa. El edificio tiene dos pisos y un



subterráneo. Vemos al centro un portal y a los lados dos alas que van a terminar en una cúpula elegante. Esa casa es una residencia aristocrática, que hace recordar los conventos nobles del siglo XVIII.

En medio del camino encontramos sobre un hermoso pedestal una imagen de María que marca la entrada del recinto del Monasterio de Loyola.

El camino va derecho por ese campo silencioso y solitario. Llegamos a la *Fonda*, a la vieja hospedería que ha conservado su aire medioeval. Un grupo de árboles forma a su rededor una gran sombra de hojas verdes.

Un ancho corredor mira al camino. Una escalera en caracol con una balaustrada de fierro forjado sube a los altos.

Desde que se entra en la gran sala que sirve de comedor y de salón, se siente un olor de cocina, de aceite y sacristía. El amoblado es sencillo, todo de encina, las mesas, las asientos y las sillas. No se ve en la sala ninguna venta de licores.

Los cuartos de la *Fonda* son todos espaciosos, con paredes blanqueadas, desnudas, sin más adornos que la imagen del Santo y grandes carteles que hacen saber que allí «es prohibido jurar y blasfemar».

El torrente que atraviesa el valle se acerca al camino que seguimos, produciendo un ruido sordo y extraño, en medio del silencio.

A lo lejos ya divisamos claramente la masa inmensa del monasterio que dibuja su silueta sobre el fondo oscuro de la montaña.

El monasterio se levanta en el sitio mismo que ocupaba el Castillo feudal de los Loyola, señores de toda la comarca.

El Castillo fué arrasado en 1359 por Enrique III, como todos los castillos de Guipúzcoa, que él consideraba como «madrigueras de bandidos». Sólo quedó



en pie un torreón que más tarde fué también arrasado hasta la altura del primer piso.

Los padres de San Ignacio restauraron el torreón y lo ensancharon con una construcción de ladrillo de dos pisos, que pasó a ser la casa solariega de Loyola.

Tenemos a la vista un cuadro de esa Casa Solariega. Un gran torreón cuadrado de piedra gris. En un costado se abre abajo una puerta ojival. Encima de la puerta los blasones de la Casa de Loyola. Y más arriba, en cada costado, una ventana. En la construcción de ladrillo rojo se abren las ventanas de las habitaciones de dos pisos. Los ángulos de la muralla de cintura son torrecillas redondeadas. El único adorno de esas murallas desnudas es un ancho friso de mosaico. El interior de esa casa, que vamos luego a visitar, se conserva todavía engastado en el Monasterio, como una joya en un estuche.

Esa casa solariega, perdida en una serranía con el transcurso de los siglos y las evoluciones de la vida habría seguramente caído en ruínas y desaparecido en el abandono y el olvido. Pero un lance de guerra vino a decidir de su destino brillante.

Un día de primavera del año de gracia de 1521 un joven gentilhombre fué traído gravemente herido en una pierna en el combate de Pamplona. Ese joven guerrero era el Capitán D. Ignacio de Loyola, que había llevado hasta entonces la vida alegre de su tiempo. Para distraer las horas fastidiosas de la larga convalecencia de su herida se puso a leer los únicos libros que podía procurarse: las Vidas de los Santos, la Imitación de Cristo y algunas obras místicas. Esas lecturas despertaron las aspiraciones y los sueños de una nueva vida. En el temperamento apasionado y expansivo de ese joven guerrero no podía quedar en el silencio el trastorno moral que había sufrido. Habló con los amigos que lo venían a acompañar en su larga enfermedad y encontró entre ellos algunos que aco-



gieron con entusiasmo sus ideas. La Orden de la Compañía de Jesús quedó formada.

Esa Orden que al través de los siglos debía conocer todas las grandezas y miserias de la vida de la Iglesia, que debió sentirse a veces dominadora y poderosa y a veces proscrita, vagabunda y perseguida, que debía a veces tener en sus manos el poder formidable de la Iglesia y a veces sentirse arrastrada al abismo, pero siempre, al través de esas alternativas de favor y de desgracia la Orden ha conservado inalterable su rasgo más característico, su espíritu de lucha; ha luchado siempre, ha luchado hasta en los días de su mayor prosperidad.

La casa solariega en que nació Ignacio de Loyola y nació también la Compañía de Jesús, fué después adquirida por Ana de Austria, viuda de Felipe II y obsequiada a los jesuítas para que construyeran ahí su Monasterio.

Siguiendo los planos de Fontaun, se principió la construcción el 25 de Mayo de 1658. La proscripción de la Orden suspendió la construcción. Pasó un siglo antes de que pudiera continuar. La obra sigue lentamente y sólo se termina en 1882.

El Monasterio se nos presenta como una construcción monumental. En el cuerpo central del edificio avanza un pórtico en rotonda, que conduce una ancha gradería de mármol. A los lados de ese pórtico extiende el edificio sus dos alas. La severidad suntuosa de esa construcción no se altera ni siquiera con los jardincitos de crisantemos y claveles que la envuelven con su perfume y con sus flores.

Por una puerta lateral de la fachada entramos en la «Casa Santa». Nos sentimos desde el primer momento deslumbrados con el esplendor suntuoso que por todas partes nos rodea. El vestíbulo, la antigua sala de armas, todo está cubierto con planchas de mármol y alabastro. El pavimento es todo de mármol.



En el fondo se ve un manto de muralla de la propia casa de Loyola. La piedra groseramente tosca de esa muralla ha sido respetuosamente conservada. En esa muralla se abre la puerta de la Casa de Loyola, la entrada del antiguo castillo feudal de la familia.

Hay en ese vestíbulo suntuoso y sombrío dos grandes esculturas, de mármol. Una representa a San Ignacio herido después del combate de Pamplona. La figura es de tamaño natural y aparece recostada sobre un canapé y al lado se ve un soldado de pie, que está leyendo. Todo, las figuras, el canapé, los objetos, son de mármol coloreado con los colores mismos de la vida; pero sobre todo lo que da una impresión más extraordinaria y animada a ese realismo es la fisonomía emocionada de San Ignacio, con sus grandes ojos negros, fijos, perdidos en los esplendores del éxtasis.

Le sirve de fondo a esa escultura un magnífico cortinaje de brocato rojo.

El otro monumento, es una escultura de bronce, que representa a San Ignacio vestido con su traje de guerrero, cubierto con toda su armadura y teniendo en la mano su espada de combate. En esa figura de bronce oscuro hay un detalle impresionante que la anima y la transforma: la visera del casco levantada, deja ver la cara que es de mármol rosado y tiene un aire de vida extraordinario.

A la derecha del vestíbulo una puerta cerrada. Es una puerta de caoba oscura, con vidrios empavonados que cubre una reja de bronce bruñido. Es la entrada de una capilla de mármol blanco. El altar, la bóveda, el piso todo es de mármol. Una lámpara de oro alumbra constantemente esa capilla.

Entramos por la puerta de la antigua torre. Subimos por una escalera de cedro con baranda de bronce. Vamos a las habitaciones que desgraciadamente encontramos transformadas en capillas, dejándonos ver sólo rincones, sólo detalles de la casa sombría en que



ha vivido San Ignacio. El lujo suntuoso que cubre ahora esa casa no nos compensa la hermosa y desnuda realidad de ayer.

Entramos al Comedor, que es ahora la Capilla de Pusísima. La puerta es de plata maciza, el piso está cubierto con grandes láminas de plata, las murallas forradas en mármol. Un altar de mármol blanco, y sobre el altar un bajo-relieve de oro y grandes candelabros cubiertos de pedrerías.

Y en medio de ese lujo fastuoso encontramos el techo de la sala solariega, con sus gruesas vigas salientes y desnudas. Las tablas del techo han sido bruñidas y suavemente barnizadas, conservando su color; las gruesas vigas han sido ligeramente decoradas con finos hilos de oro.

La Cocina también ha sido desfigurada por el lujo. También todo en esa pieza está cubierto de mármol, todo, hasta el fogón. Sólo ha escapado a esa profanación piadosa la ancha chimenea que daba salida al humo del hogar. Todavía podemos ver en esa chimenea la mancha que dejó el humo en la muralla.

En la suntuosa capilla de San Francisco de Borja, todo también desaparece envuelto en un manto de riqueza. Junto al altar vemos la mascarilla de San Francisco de Borja, el apasionado duque de Gandia, el romántico enamorado de la reina, que cuando la quiso ver por última vez descubrió su hermoso seno cubierto por una úlcera. Ese supremo desencanto de la vida lo llevó a un convento.

Vemos en la mascarilla una figura de líneas severas, de un óvalo ligeramente alargado, una frente amplia y terca; una boca de líneas delicadas y un dibujo correcto; una nariz apenas encorvada, ojos grandes profundos y párpados largos, que debieron dar a su mirada una expresión soñadora, velada y virginal.

Al lado de esa interesante mascarilla vemos en una vidriera la casulla de San Ignacio.



Entramos en la Capilla del «Relicario y de la Conversión de San Ignacio». Ese es el Santuario de la Casa Santa, esta es la sala en que nació San Ignacio. La suntuosidad es magnífica; por todas partes vemos mármol, columnas de alabastro, oro, piedras preciosas, un fantástico derroche de tesoros; grandes cortinajes de felpa en las ventanas, y telas riquísimas cubriendo las paredes.

Encontramos en esa sala la estatua en bronce de San Ignacio que lo representa herido, sentado en una silla, leyendo un libro, que tiene abierto sobre sus rodillas. Es el momento en que lo sorprende la visión transformadora. San Ignacio ve pasar a su lado a San Pedro y a María que vienen a mostrarle el camino que va a seguir su vida. El contempla extasiado esa visión maravillosa.

Esa hermosa estatua es sin duda una obra maestra de la escultura española.

A un lado de la estatua se ve una ancha puerta de alabastro que cierra el retrete en que se guardan las grandes reliquias del santo. Dos ángeles de mármol que sostienen grandes candelabros de oro están colocados a los lados de la puerta. Cortinas de felpa cubren la puerta del relicario. Lámparas de filigrana de oro derraman sobre la sala una luz suave y grandes pebeteros queman incesantemente sus perfumes.

Después de recorrer esa suntuosa galería en que se han derrochado los esplendores fastuosos del oriente, nos preguntamos, si no habríamos preferido ver la Casa Solariega, con su paredes blanqueadas con cal, el piso enladrillado de las piezas que ocupaba la familia, los muebles mismos de que se sirvió en su vida San Ignacio, todo lo que fué el cuadro de su vida, todo lo que ejerció sobre él la influencia muda de las cosas y en que queda flotando la sombra evocadora del recuerdo.



Saliendo de la «Casa Santa» vamos a la gran basílica.

Entramos por el suntuoso pórtico redondeado, de mármol blanco, que adornan las columnas de mármol negros con relieves de bronce.

Tres enormes arcadas forman ese pórtico y detrás de las arcadas hay una ancha galería en que se abren las puertas de la iglesia. Esas grandes puertas son de madera bruñida, esculpidas con un arte exquisito y adornadas con una brillante ornamentación de cobre.

Entrando al interior nos encontramos en una gran iglesia redondeada. Grandes arcadas de mármol blanco formando círculo, sostienen una inmensa cúpula. Las arcadas se apoyan en columnas de un mármol muy oscuro, casi negro, y la cúpula es de un mármol gris de nube y de un mármol rosado. Sobre las columnas negras se levantan estatuas de personajes de la Compañía de Jesús en la devota actitud de la oración. Las grandes ventanas de esa cúpula derraman un torrente de luz en esa iglesia. En el contorno de la cúpula una decoración de mármol blanco y rosa figura un espléndido cortinaje.

Una ancha galería rodea por fuera el suntuoso círculo de esas arcadas, que forman la rotonda. En esa galería están los pequeños altares, todos de mármol, y todos adornados con estatuas de santos, que son obras de arte.

Mirando desde la entrada se ve al frente en el fondo de la arcada, el soberbio altar mayor ligeramente velado por la sombra. Es de un esplendor magnífico. El altar es de ágata gris, adornado con columnas salomónicas también de ágata, en que se enrollan anchas cintas con incrustaciones de mosaico que sostienen la coronación del altar.

En medio del altar se levanta una imagen de San Ignacio de tamaño natural, toda de plata cincelada.

Delante del altar grandes candelabros de oro. Y a



los lados del altar grandes lámparas suspendidas de la bóveda. En los días de fiesta, cuando esas lámparas se encienden, la iluminación del altar es del más fantástico efecto.

En las columnas que sostienen la gran arcada central están los púlpitos de madera tallada, que son uno de los más costosos lujos de la iglesia, por el arte exquisito de sus decoraciones.

El piso de la iglesia está cubierto con baldosas de mármol blanco y negro.

Saliendo de esa espléndida basílica nos volvemos a encontrar en los jardines que sirven de adorno a su fachada. Es un jardín abierto. No tiene ninguna reja que lo encierre, ni siquiera una cerca ligera o una pequeña palizada. Sus caminitos van entre las flores a perderse en pleno campo. Es un jardín tranquilo y confiado ese hermoso jardín del Monasterio.

Volvemos a encontrarnos en la inmensa y apacible soledad del valle de Azpeitía. Por todas partes nos rodea un grandioso circo de montaña. A un lado del camino volvemos a ver los Conventos de Jesús y María, y la Casa de las Damas Catequistas y al otro lado la Estación y la gran Fonda.

Para salir del valle seguimos por un camino de montaña que va subiendo las largas lazadas de una cuesta que tiene 15 kilómetros de largo.

El camino atraviesa el pequeño caserío del *Regil*. Una capilla de campo, un frontón de pelota, algunas casas, y todo eso envuelto en la inmensa soledad del campo y la montaña.

Y más allá nos encontramos en las famosa Garganta del Regil. Larga, sinuosa, estrecha y sombría. El camino defendido por un fuerte parapeto va a la orilla profunda de un abismo. Un torrente se arrastra ruidosamente en el fondo de ese precipicio.

Llegamos al paso del Regil. Estamos a más de mil metros de altura sobre el nivel del mar.



Bajamos al pintoresco valle de Unamea y, siguiendo por el camino de Tolosa, atravesamos de prisa la antigua capital de *Guipúzcoa*.

El camino se dirige hacia la costa. Pasamos delante Andosín, pequeña población en medio de un bosque.

Una curiosidad muy explicable hace que detengamos un poco la rápida marcha de la vuelta. Vamos recorriendo un vallecito a las orillas de un río. Es un vallecito boscoso, verde y risueño. En medio de ese valle está la pequeña población de *Hernani*.

La población romántica, que ha popularizado en todo el mundo Víctor Hugo, ha desaparecido. Sólo quedan ruinas informes del Castillo feudal de los señores de Hernani. Sólo queda el escenario inmóvil de la vida caballeresca de esos tiempos, las montañas escarpadas y sombrías, el vallecito risueño, el río con la eterna canción de su corriente y el cielo con la inmensidad misteriosa de su espacio.

Ahora Hernani es una población fabril. Se levantan por todas partes las enormes chimeneas de las fábricas. Se ven a los lados del camino casitas risueñas con pequeños jardines y con grandes huertos. Se siente en la pequeña población el rumor alegre de una vida de trabajo.

El Hernani romántico ha desaparecido y sobre su tumba crecen las flores. *Le Roi est mort! Vive le Roi!*

Volvemos a seguir de prisa por un sinuoso camino de montañas. Luego nos acercamos a la costa y volvemos a pasar por San Sebastián.

Tornamos al camino que habíamos seguido en la mañana, pero al salir de *Rentería* tomamos el camino viejo que rodea la fantástica montaña de las «Tres Coronas», que parece levantarse completamente aislada en medio de un gran valle. Pasamos por la pequeña aldea de Oyarzún.

Nos dirigimos a la orilla del Bidasoa y atravesando



por el puente Internacional seguimos el camino de Biarritz.

Cae la tarde. Las sombras del crepúsculo se extendían lentamente. Las estrellas principiaban a asomar en el azul del cielo cuando llegamos a Biarritz.

---

P. S. Una grave amenaza se suspendió después sobre ese apacible valle de Azpeitia. La Constituyente de la nueva república española ha establecido en su proyecto de Constitución la expulsión de los Jesuitas, que el misterioso 4.º voto coloca en una condición excepcional respecto de las demás congregaciones religiosas. Ese 4.º voto a que se han hecho en la Cámara misteriosas y siniestras alusiones, hace temerario extender sobre la incorregible Compañía el manto de la tolerancia religiosa. Los jesuitas de melodrama han vuelto a reaparecer en la política española y esa siniestra aparición ha inspirado a la Constituyente el artículo 24 de la Nueva Constitución que los expulsa. Los jesuitas españoles han recibido con un tranquilo orgullo esa amenaza. Recuerdan que en el transcurso de un siglo han sido tres veces expulsados de España y que han vuelto las tres veces. Ahora, como a todas las instituciones religiosas, les niegan el derecho de enseñar; y hace pocos años, cuando los jesuitas pensaron suprimir algunos colegios, la dictadura militar los obligó, con las más severas amenazas, a continuar en ellos su enseñanza». «Eso no es serio», decía con una sonrisa de ironía un joven jesuita que no recordaba estos detalles.

Ese famoso 4.º voto de sumisión, y obediencia al Sumo Pontífice de Roma, ha sonado en los oídos de las Cámaras republicanas de España como un juramento de obediencia y sumisión a un Monarca extranjero y ha determinado la expulsión de los jesuitas



de todos los dominios españoles, condenándolos a buscar en tierra extraña un rincón en que puedan albergarse.

Fué triste para ellos la hora en que se vieron compelidos por la fuerza a abandonar su monasterio; pero lo más amargo de su salida debió ser la fría indiferencia con que los aldeanos de ese valle de Aspeitia a que habían prodigado todo genero de auxilios, los vieron encaminarse a la frontera. Ellos contaban con que su expulsión levantaría por lo menos un movimiento de indignación y de protesta.

Pero siempre un desengaño es lo primero que se encuentra en el camino de todas las salidas del poder, y rara vez podemos encontrar más adelante en ese camino solitario, una hermosa y noble gratitud.



Reiner María Rilke.

## DE "EL LIBRO DE HORAS"

(Dos Poesías)

*A mi paso te encuentro en tantas cosas,  
a las que bueno y como hermano soy;  
cual grano al sol en la más breve asomas  
y en las mayores aun te das mayor.*

*Maravilloso juego de las fuerzas,  
que así asistiendo por las cosas van:  
brotando en la raíz, al tronco huyendo  
y en las cimas como un resucitar.*

### CANCION DE AMOR

*¿Cómo tendré que conducir mi alma  
para que no te toque? ¿Cómo alzarla  
por encima de ti hasta otras cosas?  
¡Cuánto quisiera que en oscuridad  
se recogiese en un lugar de calma  
y extraño, en un lugar  
de algo perdido que no ondula en la hora,  
en la que ondula tu profundidad!  
Todo lo que a los dos nos ha tocado  
nos coge juntos como un golpe de arco  
que arranca de dos cuerdas una voz.  
¿Qué instrumento nos presta su tensión?  
¿Qué artista nos envuelve entre su mano?  
¡Oh, dulce canción!*

(Versión del alemán, por Pino Saavedra).



Jorge González Bastías.

### VERTIENTE EN LA ROCA.

*El agua vierte, vierte, vierte.  
Sangre de un generoso corazón  
fecundará simientes.*

*No hay viento, no hay sequía que la ciegue.  
No hay soles ni tormentas que la turben.  
El agua vierte, vierte, vierte.*

*No la alimenta ni lluvia ni fuente.  
Hilos de plata, guedejas de oro,  
el agua vierte, vierte, vierte.*

*Y por las faldas ásperas descende  
cantarina, fugaz y milagrosa  
a hacer trébol, miel y fruta agreste;*

*y levanta una casa y funda un verde  
huerto de paz...*

*En lo alto, en la roca,  
el agua vierte, vierte, vierte.*



MEDIA NOCHE

*Canta la noche en la corriente.  
Misterio inefable  
del aria del viento.*

*Germina la vida en el surco  
y sube a los cielos tranquilos  
un beso, un sollozo...*

*Bendita la tierra que canta!  
Bendita la noche que deja  
sentir la eclosión de la vida!*

*Se palpa la mano invisible  
que rige las cosas;  
que enciende los astros  
y pone vigor en las alas!*

*Duerme, boyerizo.  
No asoma el lucero!  
Viene caminando detrás de los montes,  
alumbrando mares...*

*Por toda la tierra se ve este milagro  
de estrellas, de brumas, de auroras y lágrimas!  
Boyerizo, tu amigo el lucero  
vecino del alba te abrirá los párpados!*



## LA BATALLA

*En qué resquicio de qué viejo tronco  
pasó el Invierno la culebra?  
Dormida estaba y tan profundamente  
que todo le causa sorpresa.*

*Se estira al sol. Se enrosca. Tiene hambre  
devoradora. Acecha.  
La tierra florecida está y hermosa  
cómo no lo recuerda.*

*Se oye un acorde de cristales finos.  
Y la obsede, y desnuda su fiereza..  
Son sapitos que cantan en la tarde  
celebrando la primavera.*

*Cautelosa camina.  
Y va hacia allá y se acerca...  
Anda orgullosa de su traje nuevo  
que a la luz espejea.*

*Llega. Unos ojos puros y asombrados  
la miran. Es la presa.  
Pero está viva y hay que dar batalla...  
El sapo traza un círculo en la arena  
y al centro, él...*

*No pasará la tarde  
sin que el término vea:  
La culebra arqueándose silvante,  
triunfadora, siniestra.*

*... Y una armonía menos en el canto  
múltiple de la tierra!*



Carlos Charlin Ojeda.

## LA HISTORIA DE RAPA-NUI

EL MISTERIO DE LA ISLA Y LAS EXTRAÑAS COSTUMBRES  
DE SUS ANTIGUOS HABITANTES.

**B**USCAR la isla de Pascua, «Rapa-Nui» en el idioma tahitiano, «Te Pito He Nua» el primitivo dialecto, es ya un problema en cualquier carta geográfica que nos da la verdadera sensación de su fantástica distancia del continente americano. Partiendo del puerto de Caldera, rumbo al Occidente, demoraremos diez o más días en salvar las 2,200 millas marinas.

Descubierta allá por el año 1722, provocó la codicia de dos países europeos que jamás lograron ponerse de acuerdo y que resolvieron entregarla a un tercero cualquiera: CHILE. Este tiene su posesión desde el 9 de Septiembre de 1888. Fué un navegante holandés el primer blanco que arribara a ella y que la designara con el nombre de Isla de Pascua por haber sido el día 5 de Abril de 1722, el del primer contacto con la civilización europea. Hay quienes dicen que don Pedro Fernández de Quiroz, buscando el derrotero de la isla de Santa Cruz, allá por Febrero de 1606 llegó a Rapa-Nui, nombrándola en sus memorias como la *Isla de los Cuatro Coronados*, designación que según veremos más adelante, corresponde a los *cuatro clanes* que se repartían el dominio de la isla.







Años más tarde, en 1770, estuvo el Comandante Felipe González, español, con los buques San Lorenzo y Santa Rosalía, informando a su regreso al Callao haber descubierto la Isla de San Carlos y que él imaginaba fuese la Tierra de Davis. Luego pasan los años, y en 1774, el famoso navegante inglés Cook la visita y después de él La Perouse en 1786; Kotzebue en 1816 y Beechey en 1825.

Un acta, redactada en castellano y pascuense, que firmaron, en representación del Gobierno de Chile, el Cdte. Policarpo Toro del buque *Angamos* y 20 indígenas dió término a las anteriores disputas y cambió a los desgraciados nativos su soberanía en la cual ya tienen cuarenta y cuatro años.

La población de la isla ha ido decreciendo en forma alarmante lo que permite suponer la total extinción de la raza en pocos años más, si nuestro gobierno no interviene sanitariamente en esa apartada región del territorio. Censos practicados por navegantes nos dan las siguientes cifras: En 1863 la población era de 1,800 habitantes, de los cuales se llevaron a las Islas Chinchas arbitrariamente más o menos 800 y a reclamación del Consulado francés, por los maltratos y miserias que pasaban estos infelices, fueron repatriados los sobrevivientes; el año 1868, tenemos ya sólo 930; en 1903 bajan aún a 600, y hoy, 1932, no alcanzan a ser 300.

El panorama que se nos presenta en el horizonte es el de los dos grandes volcanes extinguidos, recortados en la superficie del agua, como grandiosos altares apagados por las divinidades. Saciaron su orgullo, hace más de diez mil años, hundiendo millares de pueblos, en ese abismo inescrutable del océano, que jamás cuenta lo que ha visto. Investigaciones de eminencias científicas están de acuerdo en que hubo un enorme continente que se llamó *Lemuria*, entre Asia y América y que alcanzó en su civilización todos los



grados de una gran cultura. Es la moderna explicación que permite unir los restos de los monumentos mayas y aztecas, con sus razas y costumbres a las civilizaciones más remotas de la India. De otro modo sería absurdo suponer que de las lejanas Islas Salomón, en débiles canoas, se trasladaran indígenas hasta la Isla de Rapa Nui, a una distancia de más de 10,000 millas como lo indican en idénticas inscripciones, muchos de sus ritos y leyendas.

El *Rano Kao* y el *Rano Roi*, son las columnas que enmarcan el paisaje de la isla, soliviantado por innumerables pequeños cráteres de diez a treinta metros sobre el nivel del mar. El primer volcán, el *Rano Kao* (Volcán de la Laguna), parece haber recibido un hachazo formidable, que deslizó en el mar toda su falda septentrional, permitiendo ver el cráter profundo recortado como una uña, en uno de cuyos extremos se encuentra la ciudad subterránea y misteriosa de Orongo, construída de tejas pizarras. El fondo del cráter mide más o menos 500 metros de diámetro y las paredes escarpadas hasta él pasan de los sesenta metros. El otro volcán, el *Rano Roi*, majestuosamente alto detiene, en su cima, las nubes que constituyen en sus lluvias la única agua para los habitantes y que estos almacenan en sus estanques.

La isla tiene aproximadamente 14 km. en su mayor largo por 4 a 8 km. de ancho. Son 12,000 hectáreas, de las cuales arrendaba por \$ 100 mensuales, una firma extranjera, 10,000, dejando el resto, naturalmente las peores, para la manutención de los nativos y que son las únicas cubiertas por las piedras de las erupciones lejanas. Estas 2,000 hectáreas constituyen el lugar denominado *Anga Roa* (Bahía Grande), donde se agrupan las humildes construcciones de los nativos. En la falda Norte del *Rano Kao* está *Mata Veri* (Ojo de Mosca), donde reside independiente de todos, el administrador de la Compañía Explotadora de Isla



de Pascua. También hay en la parte opuesta a *Anga Roa*, en *Vai Tea* (Agua Blanca) algunas construcciones y una buena casa-habitación que ocupa otro empleado extranjero de la misma Compañía, y se construye actualmente en la pequeña aldea de los nativos un edificio de madera para la subdelegación marítima, pues el que hace las veces de tal, es inhabitable para cualquier ser civilizado.

Toda la región es volcánica. Las erupciones de hace miles de miles de años atrás la cubrieron de lava, sobre la cual se formó esa capa vegetal que todavía hoy es delgada. Erupciones posteriores arrojaron grandes masas de piedras que le dan a algunos lugares un aspecto grisáceo, contrastando con la vegetación exuberante del resto.

Sólo Mata Veri, Anga Roa y Vaitea tienen árboles en cierta cantidad. La vista se recrea escrutando el horizonte sobre esas llanuras, cuyo único adorno son los vellones de ese que como campo de algodón, abarca toda su extensión. Son las 40,000 ovejas, la gran riqueza, que año a año dan \$ 400,000 en lanas, libres de todo gasto.

Se produce toda clase de cereales. Hay camotes, plátanos, café, tabaco, caña de azúcar, naranjos, higueras y algunas plantas características como la manioca (especie de *discorea sativa*), el mahute (*formiun tenax*), el torahú (especie de la familia de las *utocarpias*) y también hay variedades de helechos como el tií, que es sacarino, y el nehenehe. El mar es muy rico en su fauna: langostas, tortugas, atunes, tiburones, gran variedad de pescados y mariscos, siendo los más conocidos: el «Nenube-Pala» (de color amarillo-oro), el nenube-Hatu (de color negro y el más corriente). En la isla no quedan restos de las aves primitivas y hoy las que abundan han sido llevadas por los administradores, salvo la gallina que es silvestre como en las demás islas de Polinesia.



Se ha desarrollado mucho el ganado vacuno y el caballar ha llegado a formar una raza especial de rocines muy buenos para las carreras por las afiladas piedras de la isla, muy del gusto de los nativos.

Esto es lo que podría decir en lo que se refiere a su aspecto natural.

Políticamente, antes de la llegada de los blancos, se dividía la isla en cuatro clanes y que coinciden con los puntos cardinales, a saber: los «Fanau Bae Pe (Orejas Largas) en el Norte de la isla, en la parte llamada *Poike*; los «Fanau-Bae-Momoko» (Orejas cortas) en el Oeste, en *Anga Roa*; los «Bae-Bae-Roa» (Canillas largas) en el Este, en *Vai Hu* (Agua caliente), y los «Bae-Bae Iti» (Canillas cortos) en el Sur, en Orongo.

Cada uno de estos clanes tenía su rey y un jefe guerrero, los que para toda la isla eran *Tabu*. Es curioso que sea la misma palabra la que en toda la Polinesia se emplea para designar la prohibición que alcanza a todo lo que concierne al soberano y los objetos que le rodean o le sirven de alimento y que junto con las personas de éstos, el rey y el jefe guerrero, son inviolables e intocables. Este respeto, que constituía un prejuicio ancestral, como veremos más adelante fué la causa de la extinción de la monarquía en la Isla, y aun hoy ciertos rasgos místicos revelan el temor a todo aquello que antes fué «tabú», a pesar de que la religión católica, por intermedio de varias misiones, ha destruído el tesoro inconmensurable en su valor psíquico de los ritos antiguos.

El rey o «Ariki» era la suprema autoridad, y si su clan era a la vez el más poderoso de la Isla, asumía el gobierno de ésta. Su cargo era hereditario. La poligamia era una consecuencia de la abundancia en las cosechas, que permitía a los nativos adquirir tanto cuanto podían mantener. El serrallo del rey se enriquecía generalmente, del combate con el clan vecino.



El cargo de jefe militar se elegía por una curiosa selección entre los más diestros del «clan» a la muerte del antecesor. Se reunían todos los habitantes, sin excepción de clanes en un lugar denominado «Mata-Veri» y durante varios días se dedicaban a sus danzas y comilonas; hasta que el «Ariki», del clan en elecciones, convocaba a los aspirantes al puesto en la cumbre del volcán *Rano Kao*. A una señal se precipitaban desde una altura de 80 a 100 metros al mar y nadaban hasta alcanzar el huevo del ave sagrada, *Manu Tara*, que esta coloca en las rocas del frente, *Motu Rau* y *Motu Nui*. El primero que regresara a tierra con el huevo era ungido y reconocido hasta su muerte como el jefe militar. Es preciso imaginarse esta empresa, hoy, desde el sitio en que se realizaba; naturalmente, sacrificaba a muchos, pero era el mejor modo de elegir al más capacitado para las futuras empresas guerreras, que tan a menudo se emprendían entre las distintas tribus, muchas veces por pequeñas disputas, otras por la simple envidia de sus elementos y en la mayoría de los casos por asaltar las cosechas y mujeres de los vecinos, quienes pagaban su derrota sirviendo de banquete a los vencedores.

El «Ariki» era también el brujo del clan y predecía las catástrofes, las guerras y a los que él designaba como próximos a morir, preparaban su equipo y se despedían de sus camaradas, felices de abandonar esta vida, convencidos de que allá en la muerte serían mucho más felices, pues compartirían un mundo de genios, dioses y demonios los cuales dedicaban su tiempo a gozar sin tener que preocuparse de cosechar, ni pescar, entregados por completo al amor. Por eso la muerte era para todos motivos de fiesta y durante varios días bailaban y cantaban en honor de aquel dichoso que tan rápido salía del trance duro de la vida. Después de envolverlo en una «Moenga» (estera) se organizaba el cortejo fúnebre que lo trasportaba hasta







el *Ahu* (cementerio), cantando en coro improvisaciones que aludían las hazañas, muchas de ellas imaginarias, realizadas por el finado, e invocando la protección de los dioses.

La isla tiene tantos *Ahu* como ciudades deben haber existido. Cada uno de ellos es una pirámide de piedras graníticas pulidas en grandes bloques, truncada por una plataforma sobre la cual alzaban grandes monolitos tallados a imagen de los dioses, según la leyenda actual, o bien, al parecer de autorizadas opiniones, como simple imagen de muertos ilustres; estos son los famosos *Moaís* de Rapa Nui, que miden algunos hasta seis y siete metros. Alrededor del *Ahu* existían nichos subterráneos de forma circular que permitían a los primitivos pascuenses depositar el cadáver con todos los utensilios familiares, incluso los dioses domésticos, pequeñas figuras humanas talladas en madera con todos los rasgos físicos especialmente estilizados, los *tolomiros*. También era costumbre depositar junto al cadáver, las calaveras talladas, en su cráneo, de los principales enemigos que este tuvo en su vida, a fin de que en el más allá aquellos no pudiendo recuperarla, jugándole una mala pasada.

La naturaleza generosa les proporcionaba los alimentos, y la vida sólo se limitaba para ellos: al amor, a la danza y a la guerra.

Los dioses, demasiado humanos, compartían sus pasiones, padecían sus defectos y se dividían sus virtudes: el dios del bien, *Atua*; el dios del Mal *Aku-Aku*; la divinidad-origen *Hotu-Matua* y su mujer *Tua Vie*; el dios del robo, *Make Make*; *Vivi Vivi*, el dios del amor y su mujer *Uka Riva*. *Mahana* era el Sol y *Mahina* la Luna.

Dos cosas aumentan el misterio de la isla: las leyendas que refieren algunos nativos sobre sus antepasados y que nos hacen suponerlos contemporáneos a la Era Cristiana y la incógnita de los monumentos,



construcciones e inscripciones, cuya edad geológica, en algunos remonta a los diez mil años, y en otros, como en unos dibujos, tal vez sean tres mil años.

Estudiando ahora las inclinaciones, costumbres y cuanto rasgo es posible apreciar en los nativos, queda la certidumbre por su inteligencia muy despierta, su constitución física musculosa, a pesar del poco esfuerzo físico que actualmente hacen, que es una raza que tuvo un gran desarrollo y una gran cultura y civilización. Las mujeres revelan en miles de actitudes resabios de perdidas costumbres, tienen refinamientos en el arte de agradar que las elevan de ese nivel salvaje en que se les podría considerar racialmente en el cuadro de otras islas de la Polinesia. ¿Llegaron los nativos después de la catástrofe que concluyó con la Lemuria, o bien fueron estos los únicos que se salvaron de ella, perdiendo en luchas internas todo su progreso, exterminándose en el cruce inevitable de parientes? Esa es la pregunta que surge al observarlos tan distintos del resto de las razas que pueblan esas islas de Oceanía y tan parecidos en muchos rasgos a nuestros indios americanos. Es curioso oírles reminiscencias de acciones y costumbres que nunca han presenciado, pues salvo tres o cuatro, nadie más ha salido de la isla. Recitan cantos cuyo significado ya olvidaron y que hoy no pueden decir si era una canción, un rezo o simplemente una leyenda, como este que copio tal cual lo oí:

«Kaunga Te Rongo, Ki I A Hina Mangó, Eve Raku Raku  
Teke Te Makoi, Haka veke Oho, Iroto Te Koro Niu Haupu,  
Kara Taka Rata, Kiere Teke Rete, Ete Té De Ure Momoni,  
Kiri Vaku Vaku, Kau Ka Tea, Tata Kipo Iho Iho,  
Tata Kipo Veá Veá, Te Ruro Peaha Te Kana Peaha,  
Hai Peaha, Mutu Nutu Po, Koreva Ure Ki Kiu,  
Koe Koe Te Ure, O Mai Te Nua Hine, More Kata Tau,  
Kata Tau Te Ure Mahaki...»



Todas las músicas de los cantos son preciosas y embriaga oirlas. Siempre dejan un poco de tristeza por la sensación de lejanía de que están impregnadas.

Los reyes que existen en la memoria de los nativos son los siguientes, sin que haya una certeza por su orden cronológico: Inu Meke, Va Kai, Marama Roa, Mitia Ke, Utu Iti, Inu Kuna, Mira Otu Raga, I Nú, I Kuú, I Kú Kana, Tuku Haha, Tuku Itu, Aumod Mana, Tupai Rike, Matai Bi, Terai Kai, Rai Muraki, Gobara, Te Pito y Gregorio Riro Roko quién fué el último Ariki y que se suicidó a los 12 años por defender sus cabellos que los misioneros querían cortárle a causa de la epidemia de viruelas que diezmaba a los nativos. El Tabú pudo más que la vida.

El suicidio era muy corriente entre los antiguos, por las opiniones que éstos tenían del más allá. El volcán Rano Kao era el que ellos preferían para esta determinación y queda todavía la roca, en su oúspide, desde la cual se lanzaban al espacio, mientras en la sima los restos de estos héroes de la eternidad, fraternalmente confundidos, resisten la acción del tiempo.

Su idioma es un dialecto maorí, pero el que hoy usan es el tahitiano, habiendo olvidado ya muchos nativos el antiguo pascuense, por lo que es una dificultad para el que investigue esto, distinguir los vocablos puros de Rapa-Nui. Entienden el castellano y algunos lo hablan. Muy pocos saben escribir en caracteres antiguos y también escasos los que emplean nuestro abecedario.

Su escritura de origen es geroglífica, y en ella abundan los signos de figuras que representan pájaros, hombres-pájaros, atunes, tortugas. Pero también existen caracteres fálicos que hace suponer una civilización más remota, totalmente extinguida antes de la geroglífica, pues no hay entre ellas ningún lazo que permita descifrarlas.

Estudiando los restos monumentales de la isla puede uno aceptar la teoría de dos etapas de culturas



diferentes y sin conexión. La primera que puede estimarse de un desarrollo de diez mil años comprende los moáis y los ahu, con las construcciones de Ana Kena, y la otra de la ciudad del volcán Rano Kao y que conocemos por Orongo, con sus bajos relieves e inscripciones fálicas. Posterior a esta son los geroglíficos de las tablillas de Rongo-Rongo con las leyendas de los nativos.

En un nuevo trabajo relataré todo lo relacionado con la mitología pascuense, las diversas leyendas de los moáis y las costumbres actuales.

---

NOTA: Los «linoleum» que exornan el texto de este artículo, representan motivos de antiguas costumbres pascuenses de que hay numerosas muestras en las cavernas y restos de tumbas de la isla. Han sido dibujados sobre modelos auténticos y grabados en «linoleum» por el propio autor de este trabajo en sus días de permanencia en Pascua.



Carlos Préndez Saldías.

## DE LOS CERROS

**G**ARUA. Incolora, menuda, cae sobre los cerros verdequeantes, haciendo pardos los senderos blanquecinos, una garúa que refresca. Tan débil es, y tan acariciadora, que los pájaros siguen su vuelo sin destino, persiguiéndose y cantando en una alocada ronda sin fin.

El rebaño de cabras bordea las peñas del barranco, trepando siempre, y el niño pastor que lo sigue hace girar entre los dedos una fina rama de membrillo, mientras silba y silba los aires querendones de una canción lugareña.

Toman el camino de la vertiente dos mozas que llevan sus cántaros al agua y cortan, sin detenerse, las florecillas que azulean, para arrojárselas una y otra a la cara, entre risas y pasos esquivadores.

A la puerta de la cabaña que me acoge, sobre la colina verde de sauces y de acacias, miro este paisaje que amanece, y me duele en el corazón la inútil aspereza de la vida ciudadana.

---

*Aguilas.* Tres águilas caudales echan la sombra de sus alas extendidas sobre el pequeño valle que apenas tiene sol.



Recogen su vuelo las lloicas y los gorriones, temerosos de ser cogidos entre las garras dominadoras, y se posan en el quillay sin corteza que está muriendo lentamente junto a la casona de la vieja Rosario.

Revolotean las tres águilas en amplios círculos, oteando el bajo de trigales y de huertos, y, cuando el sol se pierde tras de los últimos cerros, siguen el cajón del río.

La vieja Rosario, que miraba junto a sus nietecillos las escaramuzas carniceras de los pájaros voraces, les dice con aire de convicción y de profunda sabiduría: Las golosas se fueron porque cayó la tarde, y no les gusta comer sino en campos con sol.

---

*Arreo.* Los dos arrieros, el viejo y el mozo, llevan a la Argentina carga que no se sospecha.

La recua de mulas—alazanas, pardas, cenicientas—sigue el cencerro de la yegua madrina, deteniéndose las que van adelante para ramonear los arbustos de la senda.

Tilín, tilín... Y se zangolotean, al son del cencerro de bronce, dos cargas mal ajustadas.

El mozo se adelanta, deja sueltas las riendas de su macho y acomoda, suspendiéndose, tomado de la carga, primero de un lado y en seguida del otro, las jivas que no se ajustan.

Cae el sol a plomo sobre la carretera. El viejo, detenido a la sombra de un boldo, espera al hijo retrasado, y las mulas se desbandan, mordisqueando las hierbas generosas.

—Mala seña, dice al hijo que le alcanza. Siempre que la carga se zangolotea se desbarranca una bestia. Ya nos pasó en el último arreo.

Y siguen. Tilín, tilín... Pensativos, bajo el sol de



mil brasas, esperan que se cumpla el mal augurio del viejo.

Atraviesan la tarde, les llega la noche humedecida, y todavía hay silencio entre los arrieros, que aguardan ver cumplida la mala esperanza.

Tilín, tilín.

---

*El ciego.* Astroso, flaco, con la cara llena de pelos que no logran hacer barba, el ciego va todas las tardes a la estación, con su guitarra auestas.

Los viajeros del tren de las cinco descienden para comprar quesos de cabra y botellas de miel, y rodean al ciego, que canta con voz envejecida las canciones de su montaña.

Tuve un amor en los cerros  
y el amor no me duró,  
que un hombre del llano vino  
y engañada la llevó.

Repite, desde toda la vida, el mismo aire quejumbroso ante los viajeros, ni emocionados ni sorprendidos, que le escuchan y siguen su ruta.

Alguien que oyera hace un año la misma queja del cantor montañés, le pregunta si no sabe otra canción de los cerros. Y el ciego se encoge, aprieta la guitarra contra su corazón, y dice al viajero que pasa: sólo sé cantar mi dolor de olvidado.

---

*Entierro.* El ataúd de álamo sin pintar va en hombros de cuatro labriegos.

Por entre las tablas mal ajustadas asoman unas tiras de percal rosado, con que la esposa cubriera los pies del herrero.



Caminan junto al río los cuatro labriegos, y les siguen todas las gentes del lugar. Los rapazuelos se adelantan a sus padres y miran desde cerca, casi rozando a los que llevan la carga, el ataúd que cruje interminablemente.

Se hace largo el camino, entre los rezos de las mujeres y el lloriqueo pertinaz de la viuda. Ya llegan al bajo, y hay que subir la cuesta del cementerio parroquial.

Los hermanos del difunto cavaron de amanecida la fosa que ha de recibirlo, y están esperando que llegue el cortejo. Fuman y fuman, en silencio.

Queda en 'el hueco el ataúd, y cuando le han arrojado siete paladas de tierra, se adelanta la esposa, y echa siete raíces de espino que todavía no dió flor.

Es la superstición de la comarca para que la mujer sin marido no tenga hijos en la viudez.

---

*La noria.* Entre los álamos, amarillentos de otoño y de vejez, está la noria sin agua. Su boca trágica, adonde otrora llegaran cantando las mujeres del villorio que murieron de viejas, muestra la negrura de su fondo reseco, y hace pensar en la fosa de un gigante a quien fueran a enterrar de pie.

No hay recuerdo entre los vivos de haber mirado el agua de su entraña. La madre del pastor, con los ojos comidos por las cataratas, cuenta que antes de cegar, cuando empezaba a ser niño, oyó que una noche de luna cantaban los sapos en el fondo de la noria. Era un canto desmayado, con la sordina de los agonizantes, y asegura que esa noche brotaron las últimas gotas de agua.

Para dañar la siembra de los enemigos, hay que arro-



jarles en el campo tres puñados de tierra, sacada una noche sin luna, desde el fondo de la noria muerta.

---

*La adivina.* Flaca, angulosa, viven pendientes de sus labios las esperanzas de todo el lugar.

Por unas cuantas monedas dice la buenaventura o la desgracia, con esa voz aguda que hiere aún cuando presagie la cosecha óptima o las abundantes crías del ganado.

No se echan cabras a los cerros sin que indique la faz de la luna que les será propicia, y no se hace la pobre cosecha de cada año antes de que la adivina haya dicho su palabra.

La han visto, pasada la media noche, atravesar el puente de cimbra para consultar los vientos cordilleranos desde las dos orillas, y alguien jura que hace una hoguera de hierbas olorosas cuando un niño nace en la comarca, para que no abandone el lugar cuando sea hombre.

Presajia amores apasionados y una resignada pobreza invariable. Pero no quiso hablar de sus destinos al poeta forastero.

---

*La meica.* Erguida y charladora, a pesar de sus setenta años de privaciones y de cerros, la señora Rosa recibe con dulzura a todo el que llega a su rancho.

Ha puesto dos cajones a la sombra de la higuera en fruto verde y aguarda, mientras lía su cigarrillo, que le diga mi mal. Me escucha, clavándome la mirada y moviendo la cabeza acompasadamente, y me da la receta sin vacilaciones: Busque en el cerro



hierba de tres esquinas, y con hojas de maqui y una ramita de boldo nuevo hace la infusión. El dolor se le quitará como con la mano.

Ella tiende en el villorio sus dedos negros y sarmientosos a todos los que nacen. Ella cura el reuma haciendo fricciones con leche de oveja primeriza, y quita los dolores más rebeldes aplicando hojas de maitén mojadas en el rocío.

Acude al llamado de los enfermos que no se levantan, seguida de su perro «Mono» que lleva un canasto en el hocico, y siempre regresa a su rancho con el canasto lleno de verduras o de granos. Es el pago de su visita profesional, pues no recibe dinero.

Y así, en un perfecto socialismo no sospechado, viven la señora Rosa y su hija viuda con las especies que le dan en retribución a su ministerio.

---

*Leñador.* Sale con el alba, y toma el sendero del bajo, hasta llegar al bosque. Lleva dos mulas de tiro, y el hacha grande sobre un aparejo.

Al aire el camisón áspero de mezclilla azul, enarbola el hacha, y de un solo golpe voltea el brazo que echa a tierra el alto espino en flor. El eco del hachazo va hiriendo los árboles hasta quedarse perdido entre las lianas, y otro y otro golpe hacen sonora la trabazón verde que no deja mirar el sol.

Ya derrumbó el espino, ha cortado los troncos largos para hacer las cargas, y se sienta sobre dos muñones del árbol.

Insensible a la obra destructora que le da el pan de los suyos, tiene verdadero amor por el hacha que le ayuda. Limpia el filo, que luce como plata, con una punta de su camizón azul, y mira que no se haya dañado.



Con un roto saco triguero tapa los ojos a una mula, hace la carga, y repite la faena con la otra. Es medio día. Ya va caminando, hacia el alto.

Cortó un espino. Mañana será un roble. Y caerán, uno a uno, los dioses de la montaña, para ser lumbre en los hogares del caserío.

El leñador ignora que la selva tiene corazón.



Domingo Amunátegui Solar.

## LA ULTIMA CAMPAÑA DE LA PATRIA VIEJA

**E**L día 23 de Julio de 1814, don José Miguel Carrera se apoderó de las fuerzas que guarnecían a Santiago, derrocó al Director Lastra, y, en asamblea de corporaciones, hizo elegir una Junta de Gobierno, de la cual él fué el verdadero jefe.

Como medida de seguridad y de orden, Carrera se vió obligado a alejar de la capital a numerosos y distinguidos patriotas.

Al día siguiente del cambio de gobierno, don José Miguel recibió la carta que sigue:

«Excmo. Señor don José Miguel Carrera.

«Cuartel de San Diego y Julio 24 de 1814.

«Muy señor mío: En este papel, que me ha franqueado el señor don Luis (Carrera), escribo a usted estos renglones con la satisfacción que debe inspirar la generosidad en los pechos nobles. Usted sabe lo que son trabajos, y lo que merece un desgraciado. Yo sé que el corazón de usted es sensible a los males de la humanidad, y que, gobernado por sí, es dócil a los sentimientos de esta virtud.

«Yo he conocido (roto el papel) estas cosas, y espero que las personalidades (roto) harán en V. E. el efecto que suelen en los (roto). Si V. E. ha podido aborrecerme por mis hechos (roto), hoy que se halla V. E. con todo el poder, debe mostrarse, a lo menos, con la generosidad que tuvo Buonaparte con Moreau, igual en todo a la de todos los hombres grandes. ¿Qué gloria tendrá V. E. en oprimir o aniquilar a un oprimido?

«No aspiro tampoco a que V. E. me haga unos favores que pudiesen serle gravosos o fatales. Yo pido por favor solamente lo que V. E. haría tal vez por sí mismo, sin esta petición. Yo



quiero abandonar la América, y fijarme en algún país de Europa, en donde no haya convulsiones. El señor don Luis, a quien he dicho lo mismo, me ha contestado, empeñándose su palabra, que sólo se exigirá que salga de este reino; pero yo aun ofrezco más, porque no se han hecho las revoluciones que padece América para un corazón amigo de la tranquilidad como el mío. V. E. no ha de ser menos generoso que su hermano, concediéndome cuanto antes esta gracia, que pido en obsequio de una esposa tierna, que padece más amarguras que las que es capaz de merecer por ser esposa mía. Una cosa tan fácil de hacer en V. E. no puede menos de asegurarme su consecución. Aquellos hombres más criminales contra la patria, que mil veces conjuraron contra un millón de hombres, jamás llevaron tal pena, que yo imploro como gracia. Seguramente la conseguirá con la prontitud que desea su afectísimo atento seguro servidor Q. B. S. M.

*Antonio José de Irisarri (1).»*

Durante el gobierno de Lastra, Irisarri había ejercido el cargo de intendente de Santiago; y se había manifestado acérrimo enemigo de los Carreras, no sólo en las tertulias particulares, sino también en público.

Como él lo deseaba, Irisarri, en compañía de otros patriotas, recibió la orden de abandonar el país; y, a pesar de las inclemencias del tiempo, fué obligado a atravesar la Cordillera a principios del mes de Agosto.

De las provincias del Río de la Plata se trasladó a Europa; y no volvió a Chile sino en 1818, para ser ministro de gobierno del Director O'Higgins. La larga existencia de Irisarri experimentó más cambios de fortuna que los de un héroe en los dramas del género romántico.

El gobierno de Carrera no fué reconocido por el ejército que mandaba O'Higgins en el sur, a pesar de que don José Miguel apeló a los sentimientos del patriotismo y de la antigua amistad, comunes a ambos.

Los acontecimientos se precipitaron desde entonces, y terminaron en una lucha fratricida.

En el llano de Maipo, en el lugar llamado *Tres Acequias*, las

---

(1) Esta carta y los demás documentos originales que aprovecho en esta relación me han sido proporcionados por mi amigo Antonio Varas, quien los heredó de su ilustre padre. Este último había recibido, a petición suya, como único honorario de la partición que hizo de los bienes de don Diego José Benavente, los papeles de don José Miguel Carrera.



tropas de O'Higgins fueron completamente derrotadas por las de don José Miguel Carrera, en el día 26 de Agosto de 1814.

O'Higgins, al anochecer, atravesó el río, y acampó en la ribera sur, para prepararse a renovar la lucha.

La expedición realista mandada por Osorio interrumpió esta funesta contienda; y los dos rivales comprendieron en el acto que debían reconciliarse en aras de la Patria.

Léase esta hermosa carta que O'Higgins dirigió a Carrera:

«Maipú, 1.º de Septiembre. 4 de la tarde.

«Mi amigo: no perdamos un instante, nuestra entrevista es necesarísima, vamos a salvar el Estado a costa de toda clase de sacrificios. Por mar y tierra nos atacan los piratas. Los documentos adjuntos lo impondrán a usted de ello. Esto era necesario para una verdadera unión. Acuérdesse usted que, cuando desembarcó Pareja en Penco, se reconciliaron los ánimos. Conducen ésta y los documentos don Venancio Escanilla y el capitán don Francisco Elizalde. El primero dirá a usted algo más de lo que el tiempo no me permite escribir. ¡Cuidado con la costa, creo que el enemigo se dirige a ella, con más fuerza que la que viene por Talca! La entrevista será mañana, a las once, en los callejones de Tango. Iré con un oficial y mi ordenanza; y hasta el río irá una escolta de diez hombres.

«Su siempre amigo

*Bernardo O'Higgins.»*

La conferencia se verificó en el lugar y en la hora indicados por O'Higgins; y, según Barros Arana, Carrera «declaró, en su nombre y en el de sus colegas, que ante el peligro de la Patria, deponía sus odios, y no tenía más propósito que salvarla del peligro que la amenazaba (1).»

Hacía tres días que Talca había caído en poder del ejército realista.

Acompañaba a Osorio, con el carácter de auditor de guerra, don José Antonio Rodríguez Aldea, nacido en la ciudad de Chillán. Este era un abogado habilísimo, que había intervenido de una manera muy eficaz en la celebración del convenio de Lircay, y debía ocupar alta situación política en las postrimerías del gobierno de O'Higgins.

En aquellos momentos, como asesor de Osorio, todos sus esfuerzos tendían a conseguir que el triunfo del ejército del Rey fuera completo y con la menor efusión de sangre.

---

(1) *Historia General*. Tomo 9.º, página 534.



Esta es la clave de la carta que sigue, dirigida a uno de los personajes más conspicuos de las filas patriotas.

«Al señor doctor don Miguel Zañartu, auditor de guerra del ejército de Santiago.

«En sus manos.

«Talca y Septiembre 7 de 1814.

«Querido Miguel: debes agradecerme siempre el que en los momentos más críticos quisiera darte una prueba de mi amistad. Eres mi amigo, mi condiscípulo, y, aunque distantes, y sirviendo en ejércitos diferentes, siempre te he recordado, y aun, con arreglo a la ordenanza, te propuse al señor Gainza (1) para auditor en Concepción, cuando tú te hallabas en Talca, y por ello sufrí algunas burlas. Yo te tengo por hombre de talento y reflexión. Empléalo ahora en tu provecho, y en darme el gusto de librarte de una catástrofe y de hacerte feliz. Con venia y ofertas de mi general, te invito a que inmediatamente te vengas; y, si gustas, puedes traerte a otros amigos cuerdos. Desengáñate, que ya ese ejército, ni reunido, ni con doble fuerza, puede contrarrestarnos a 4,500 bayonetas, incluso 150 del batallón de Talavera y 200 artilleros europeos, con igual número de húsares. Ya sabrás que el Navío, la Corbeta y el Potrillo están a la costa esperando el día asignado para el desembarco. ¿Qué piensas? Vente, vente, que te va la vida y tu felicidad. No dudes un momento; y ¡ojalá tuviera yo con don Bernardo (2) las relaciones que contigo, para desengañarle y evitar desgracias a mi paisano (3), que amo de veras! y tengo en Chillán demasiado cariño con las que a él se lo profesan. Si tu lo convencieras, tendría yo un doble placer en haber hecho la suerte de ambos. Toma el ejemplo del secretario don Manuel Vega (4). Me ha dado gusto su sinceridad y desengaño, y más el verlo satisfecho y contento con el aprecio que se ha hecho de su persona y luces. El será atendido, y lo serás tú y cualquier otro amigo, como te lo protesta tu condiscípulo y amigo

*Rodríguez.*

«Te encargo les digas a Felipe y Nicolás Acuña que inmediatamente se vengán. No omitas este paso, aun cuando tu no aceptes el que doy en tu favor, que te pesaría.»

---

(1) General español, firmante del tratado de Lircay.

(2) O'Higgins.

(3) Rodríguez Aldea y O'Higgins habían nacido en Chillán.

(4) Pasado al enemigo. Vega era secretario militar de O'Higgins.



Después de leer esta carta, no se sabe qué admirar más, si la audacia de Rodríguez, o su desconocimiento del carácter de Zañartu y de O'Higgins.

Osorio triunfó en Rancagua; pero en 1817 venció el ejército de la Patria en la cuesta de Chacabuco, y Rodríguez Aldea, que, durante la reconquista, se había sentado bajo el dosel carmesí de la Real Audiencia de Santiago, siguió la senda que aconsejó en 1814 a su amigo Zañartu, ofreciendo sus servicios al gobierno chileno.

En 1814, O'Higgins había salido fiador de Zañartu ante don José Miguel Carrera.

«El doctor Zañartu, le decía en oficio de 14 de Septiembre, parte mañana para ésa conforme V. E. me ha ordenado. Estoy bien lejos de persuadirme sea capaz de adherir ni en lo menor a las ideas del infame Vega; antes, al contrario, le he oído dictámenes muy distintos de los del traidor, y dignos de un patriota decidido. Hace días que ha solicitado pasar a Buenos Aires, y no lo ha contenido otra cosa que la escasez de arbitrios para su subsistencia en semejantes destinos. Si mi influjo merece alguna indulgencia, me intereso en que se le paguen un mil pesos, de los que el Estado adeuda a su cargo, para que verifique su viaje. Es constante que, si él hubiera querido usar de alguna felonía, lo hubiera ejecutado en las circunstancias pasadas; y ha preferido cualquiera situación en su Patria a las ventajas que debía esperar de un enemigo que trata de ganar partido.»

La intervención de don Bernardo aprovechó a Zañartu para que Carrera le permitiera trasladarse a Mendoza.

Reconciliados Carrera y O'Higgins, aunaron sus esfuerzos para salvar a la Patria. Si fracasaron, no fué culpa de ellos, sino de las circunstancias.

El ejército patriota, por lo demás, carecía de armas y de disciplina; y el desaliento, después de la guerra civil, había cundido en las filas.

El plan adoptado para resistir al ejército invasor fué propuesto por O'Higgins. Esto consta de documentos fidedignos.

Léase el oficio que va a continuación.

«Excmo. Superior Gobierno del Estado chileno.

«Excmo. señor:

«Las reflexiones que hace el teniente coronel don Bernardo Cuevas (1) en carta que a V. E. adjunto, sobre el interés que

(1) Este jefe debía morir en el sitio de Rancagua, después que O'Higgins abandonó la villa.



debe tomar el enemigo en posesionarse de la villa de Rancagua, son muy conformes a razón, y a lo mismo que otra vez tenía insinuado a V. E. en este particular. El punto de Rancagua es de suma importancia para aquél; y, para nosotros, no hay otro igual en todo el reino. Se puede hacer en él una vigorosa defensa, sin exponer mucha tropa, ni aventurar la acción, aun cuando nuestra fuerza sea la cuarta parte menor. Estamos todavía en tiempo de poderlo salvar; pero para ello se han de activar tanto las cosas que antes de dos días pueda marchar el ejército hacia aquel destino. Si llega este caso, advierto a V. E. que aquí no tenemos mulas, ni bueyes para poder emprender la marcha. Las que había, como también los bueyes, condujeron las municiones y pertrechos de artillería para esa ciudad, y no se han regresado.

«Se están desertando de este campo para ésa muchos artilleros. Si V. E. no pone remedio a tan escandaloso desorden, dictando para evitarlo las providencias más serias, nos exponemos a una total ruina. En fin, esfórzese (sic) V. E. en cortar de raíz estos males, y haga sobre este particular cuanto dicte su prudencia y sea conforme al interés general.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Maipú, y Septiembre 14 de 1814.

«Excmo. señor

*Bernardo O'Higgins.»*

A pesar de que don José Miguel Carrera había concebido otro plan para detener a Osorio, concluyó por aceptar el de O'Higgins. Así se deduce de la siguiente comunicación:

«Excmo. señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. señor.

«No se ha verificado hoy la marcha del ejército para Rancagua por las ocurrencias que expondré a V. E. Anoche se habrían desertado todos los artilleros si el capitán Brunel no hubiese puesto el mayor esmero en contenerlos, haciéndoles creer que en el día de hoy estaría aquí el vestuario por cuya falta desesperan. Yo noto en los soldados, principalmente en aquéllos, un descontento general, y, para evitar un fatal resultado, me parece conveniente que vengan artilleros de esa capital, para relevar a éstos. Esto mismo tenía insinuado a V. E. en varias ocasiones; porque tocaba los inconvenientes que ahora son prácticos.

«Oficiales de este cuerpo no hay más en este campamento que el referido Brunel, que hace de comandante, y el teniente



graduado don Angel Argüelles. Los dos no son suficientes para maniobrar en caso necesario con las seis piezas de artillería que han de marchar. Casi en el mismo abandono se hallan los demás cuerpos por lo respectivo a su oficialidad. Aun no han llegado los ciento cincuenta fusiles, e igual número de fornituras, que V. E. me dice, en oficio del 15, haber remitido de esa ciudad. Estos motivos, y el no haberse acabado ayer la reparación de cureñas, me han detenido en este punto, hasta que, orientado V. E. de todo, me ordene lo que debo hacer.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Maipú y Septiembre 17 de 1814.

«Excmo. señor

*Bernardo O'Higgins.»*

La situación del ejército acampado en el llano de Maipo, como se ve, no podía ser peor.

Felizmente, Carrera pudo enviarle el armamento solicitado; y, al día siguiente, O'Higgins dió orden de partir, en el aniversario de la formación de la primera junta nacional de gobierno.

¡Los valerosos soldados de Chile marcharon, resueltos, no a la victoria, sino al sacrificio!

«Excmo. señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. señor:

«En este momento marcha el ejército hacia Rancagua. Este punto ciertamente es inexpugnable si se custodia como corresponde. Mándeme V. E. mil hombres de infantería, trescientos de caballería de fusil, igual número de lanceros, la culebrina de a ocho y el obús; y yo soy responsable a que el enemigo no le penetrará jamás. Pero, si la defensa de él se hace con sólo la fuerza que resiste aquí en el día, mucho nos exponemos. Nosotros seremos víctimas, es verdad; pero aquél triunfará, y, si lo consigue, la existencia del reino vacila.

«Según los partes que adjunto del teniente coronel don Bernardo Cuevas y del capitán don Rafael Anguita, se dirige Osorio con su artillería para aquel destino; y, cuando él lo ejecuta, trae ánimos sin duda de allanar cualquier obstáculo que se le presente. Puesto yo en Rancagua, me veré en la necesidad de oponerme, y me será muy sensible no sea en unión de la demás fuerza del reino.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Maipú y Septiembre 18 de 1814.



«Excmo. señor

*Bernardo O'Higgins.»*

En su *Diario Militar* (1), Carrera se extraña de que O'Higgins le pida tanta fuerza, cuando hacía cuatro días, en el oficio de 14 de Septiembre, aseguraba que podía defender a Rancagua con la cuarta parte de la que disponía el enemigo.

La vigilancia y actividad de O'Higgins, entretanto, eran esmeradas, como se desprende de los oficios que van a leerse.

«Excmo. señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. Señor.

«En este momento he tenido noticia cierta que una considerable guerrilla enemiga se halla ya en la orilla de Cachapoal, en la punta que llaman de Cortés. No hace muchas horas a que remití a V. E. el parte que me da el teniente coronel don Bernardo de las Cuevas, de que otra división se hallaba en las casas de Valdivieso (2). Haberse avanzado esta última partida hasta el río, sabiendo que hay fuerza nuestra bastante en Rancagua, y que marcha todo el ejército para allá, me hace presumir ha salido de San Fernando todo el grueso del suyo, para atacarnos. Sin embargo, mañana muy temprano paso a aquel punto, a sostenerlo, a toda costa. No pierda V. E. instantes en mandarme toda la tropa al efecto necesaria; porque, quizá, antes de dos días, tendremos una acción decisiva.

«Los soldados voluntarios que vinieron de ésa, casi son enteramente inútiles. Los más no saben tirar, y no debemos esperar buen resultado si nos atenemos a esta laya de gentes.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Mostazal y Septiembre 19 de 1814, a las 6 y  $\frac{1}{4}$  de la noche.

«Excmo. señor.

*Bernardo O'Higgins.»*

«Excmo. señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. Señor:

«La columna enemiga que se presentó al río, como en disposición de pasar, se ha retirado. El capitán Freire, con cien dragones, pasó al otro lado a hacer el reconocimiento, cuyo resultado espero por momentos me avise.

(1) Tomo 1.º de la *Colección de Documentos de la independencia de Chile*, página 376.

(2) Hacienda de Apaltas en Requínoa, de propiedad de don Francisco Valdivieso Ordóñez.



«Es de suma necesidad que V. E. haga poner cien hombres con una pieza de artillería en las Angosturas de Paine, sin pérdida de instantes. Esta medida es muy oportuna, para el caso que el enemigo intentare pasar por el vado de Cortés. Puede conseguirlo, y en este caso nos cortará la comunicación, tomando aquel punto.

«El comandante Millán se halla aquí con un solo oficial de su cuerpo. Conviene que V. E. remita dos más, para que esté bien servida la artillería.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 20 de Septiembre de 1814.

«Excmo. Señor

*Bernardo O'Higgins.»*

«Excmo. Señor Presidente y General en Jefe.

«Excmo. Señor:

«El enemigo está al frente de Cachapoal, en una columna muy considerable. Se está tocando generala, y me preparo a defender este punto a toda costa, hasta perder el último soldado.

«Dios guarde a V. E. muchos años.

«Rancagua, 20 de Septiembre de 1814, a las 2 de la tarde.

«Excmo. Señor

*Bernardo O'Higgins.»*

«Excmo. Señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. señor:

«Sólo tenemos aquí veinte mil cartuchos de fusil. No son estos suficientes para sostener un ataque no esperado, y en su virtud espero que V. E. me mandará las municiones precisas para cuando llegue aquel caso. Por lo pronto, será muy conveniente se remitan diez mil cartuchos de fusil, y los útiles de artillería que designa la adjunta noticia que se me acaba de pasar. Al tiempo de municionar las tropas se han encontrado muchos paquetes húmedos, y creo que este acontecimiento esforzará a V. E. para la pronta remisión de lo pedido.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua y Septiembre 20 de 1814.

«Excmo. Señor

*Bernardo O'Higgins.»*

«Excmo. Señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.



«Excmo. Señor:

«Anoche se incorporó al ejército la compañía de artillería que condujo el comandante Millán. Esta mañana salió la otra para esa ciudad, al mando del capitán Brunel y el oficial Argüelles.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua y Septiembre 20 de 1814.

«Excmo. Señor.

*Bernardo O'Higgins.»*

«Excmo. Señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. Señor:

«Como a las doce del día, he llegado a esta de Rancagua con el ejército de mi mando. Estoy acampado en la Plaza; y he tomado ya todas las precauciones necesarias para evitar toda sorpresa. He sabido que una división enemiga, con diez piezas de artillería, se halla en la villa de San Fernando; otra en la Angostura de Pelequén, con dos; y dos guerrillas de bastante consideración en las casas de don Manuel Valdivieso (1).

La una de éstas, que se avanzó ayer hasta Cachapoal, lo hizo con el designio de cortar la retirada al capitán Freire, mientras la otra lo entretenía por el frente. Este buen oficial los burló completamente, y llegó aquí sin novedad, anoche temprano.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua y Septiembre 20 de 1814.

«Excmo. Señor.

*Bernardo O'Higgins.»*

Al recibir la noticia de que las tropas de Osorio habían llegado a orillas del Cachapoal, Carrera, en el mismo día 20 de Septiembre, impartió a O'Higgins las instrucciones que siguen:

«No pueden ser más activas las providencias, ni más apurada la marcha; se ponen en movimiento todos los resortes. V. E. no debe exponer una acción decisiva, sino bien asegurado del triunfo, que ciertamente lo afianzaría la reunión total de todas las fuerzas. Si son iguales las enemigas, y tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de unirnos, éste será el mejor punto para sostenernos. Si las fuerzas enemigas avanzadas no se presentan con esta ventaja, la prudencia dicta re-

---

(1) Don Manuel José Valdivieso y Balmaceda, hijo de don Francisco Valdivieso Ordóñez.



plegarse, aunque sea doloroso perder un punto tan favorable, por no perderlo todo (1).»

La alarma en el campamento de Rancagua había sido infundada. Así lo explica O'Higgins en estos términos.

«Excmo Señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. Señor:

«Hecho el reconocimiento por el capitán Freire de la fuerza enemiga que ayer se nos presentó al frente, resultó ser sólo una guerrilla, que se retiró precipitadamente luego que entendió la intrepidez con que el referido Freire y sus soldados avanzaron sobre ella. El atolondramiento con que un cobarde me dió el aviso, diciendo que el enemigo estaba ya sobre nosotros, me hizo poner con precipitación el parte que ayer dirigí a V. E. Si llega el caso que toda la fuerza de éste avanza sobre esta villa, y yo presuma con fundamento que no puedo resguardarla con la que está a mi mando, haré la retirada hasta la Angostura, en los mismos términos que V. E. me ordena en carta de hoy, aunque el verificarla con orden es lo más difícil para nuestras tropas, por su impericia militar. Estoy cierto de la actividad infatigable de V. E., y que sólo su celo podrá salvar a la Patria en las críticas circunstancias.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 21 de Septiembre de 1814.

«Excmo. Señor.

*Bernardo O'Higgins.»*

En el mismo día, este heroico jefe dió cuenta a Carrera de las posiciones del ejército del Rey.

«Excmo. Señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. Señor.

«Acabo de saber por una espía que en San Fernando hay una división enemiga compuesta de mil setecientos hombres, con catorce piezas de artillería; que la de Elorreaga se halla en la Angostura de Pelequén, con tres piezas; que dos de sus guerrillas están acampadas en las casas de Valdivieso; y que por hoy llegaba a la expresada villa de San Fernando, con Osorio, todo el resto de su ejército. Dice también que el total de su fuerza se compone de más de tres mil hombres de fusil, lo que dificulto, y que todo lo dicho lo ha sabido por conducto del

---

(1) *Diario Militar* de Carrera, página 379.



mayordomo de don Rafael Muñoz, a quien no le han tocado en nada sus intereses.

«Incluyo a V. E. el papel seductor del infame Vega. Muchos de estos ejemplares se botaron en ésta, y los ha hecho quemar el subalterno, reservando sólo el que adjunto. Las intrigas de aquel malvado no serán capaces jamás de hacer desmayar en la defensa de la justa causa a los bravos y constantes patriotas que hoy existen en Rancagua.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 21 de Septiembre de 1814.

«Excmo. Señor.

*Bernardo O'Higgins.»*

Por su parte, Carrera cumplía empeñadamente en Santiago con los deberes de su cargo, como O'Higgins se apresuraba a reconocerlo.

«Quedo impuesto, escribía al general en jefe, por oficio de 21 de Septiembre, en que ayer salían de esa ciudad los dos mil hombres que V. E. me tenía anunciado. Si llegan aquí estas fuerzas antes que el enemigo avance con todo el grueso de las suyas, parece defenderemos el punto con toda seguridad. Es ciertamente éste el mejor que presenta el reino para hacer una defensa con ventajas, y sería muy sensible perderlo; pero, si las circunstancias así lo exigen, y la prudencia lo dicta, me veré en la precisión de retirarme hasta encontrar el refuerzo.»

Los 2,000 hombres a que alude en este oficio don Bernardo O'Higgins componían la segunda división del ejército patriota, al mando de don Juan José Carrera. La primera división reconocía por jefe al propio O'Higgins.

La segunda división se componía de artilleros, granaderos y milicias de caballería. Este último cuerpo se hallaba mandado por el coronel don José María Portus.

He aquí el oficio en que Portus da cuenta de la marcha de su tropa:

«Excmo. Señor Presidente y vocales de la Suprema Junta del Estado.—D. José Miguel de Carrera.

«Excmo. Señor:

«Hoy, 11 de la noche de este día, he llegado a este lugar del Mostazal, donde me he encontrado con el contesto del general de la primera división, cuyo tenor es como sigue: Continúe U. S. sus marchas hasta llegar a este punto, como le ha ordenado el señor general don José Miguel Carrera. Ya ha cesado el caso que las motivaba violentas, y por lo mismo podrá U. S. verifi-



carlas con comodidad, y sin pensionar demasiado a la tropa de su cargo, y cabalgadura. Dios guarde a U. S. muchos años. Rancagua, 21 de Septiembre de 1814. —*Bernardo O'Higgins*. Señor coronel don José María Portus.

«En virtud de lo dicho, he hecho mansión en este punto, y pienso avanzarme en la tarde a las casas de la hacienda de la Compañía, donde esperaré, o bien, la orden de Vuestra Excelencia, o la del General.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Mostazal y Septiembre 21 de 1814.

*José María Portus.*»

En los dos días siguientes, el ejército real no dió motivos de inquietud, según lo atestigua el brigadier O'Higgins.

«Excmo. Señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. Señor:

«Desde ayer no ha ocurrido novedad. La guerrilla enemiga que se hallaba acampada en la casa de don Francisco Valdivieso se ha replegado a incorporarse con otra que está en la de don Manuel. Si el enemigo no avanza con todo su ejército antes de dos días, podemos decir que nos hacemos impenetrables en este punto, y de consiguiente queda asegurada la defensa del reino.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 22 de Septiembre de 1814.

«Excmo. Señor.

*Bernardo O'Higgins.*»

Este oficio lleva la acotación que va en seguida, de puño y letra de don José Miguel Carrera.

«Contestarle asegurándole que desde que llegó a Rancagua la brillante división del sur miró impenetrable aquel punto. Ya está saliendo la 3.<sup>a</sup>, y esta noche duerme en los Linderos la 2.<sup>a</sup>»

La tercera división tenía por jefe al coronel don Luis Carrera. Los días de angustia y de peligro se aproximaban con rapidez.

«Excmo. Señor Presidente y General en Jefe de los Ejércitos del Estado chileno.

«Excmo. Señor.

«No tengo duda en que el enemigo nos amaga, sino que intenta atacar este punto. La columna que se presentó al frente de Cachapoal esta mañana, según di parte a V. E., se ha mantenido todo el día a las inmediaciones de este río, a pesar de



que, para hacerla retirar, le presenté de este lado toda la caballería que manda el coronel Portus, y demás que estaba aquí.

«Es muy difícil contenerlos en el paso del río, sin embargo de las ventajas que ofrece su situación, por estar éste vadiable (sic) por todas partes. No obstante, si llega la división de granaderos (de don Juan José Carrera) antes que ellos acometan, podemos esperar un éxito feliz; pero, si nó, es espuesta la defensa, y acaso me veré en la precisión de retirar las fuerzas. Me será muy sensible dar este paso retrógrado; con él, se resfriarían nuestros soldados y se entusiasmarían demasiado los del enemigo.

«Dios guarde a V. E. muchos años. Rancagua, 24 de Septiembre de 1814.

«Excmo. Señor.

*Bernardo O'Higgins.»*

En el mismo día, nuestro héroe nacional dirigió urgente mensaje al jefe de la segunda división, que aun no llegaba con los granaderos.

«Señor brigadier y general don Juan José de Carrera.

«En este momento me han dado parte que una partida enemiga como de 200 hombres ha pasado el río por arriba. Yo pienso que, si esto es efectivo, intentan atacarnos esta noche. Si así fuere, sería muy doloroso que la división de U. S. no viniese a ser partícipe de las glorias que espero, y mucho más, si, por estar distante, y concebir temeraria la defensa, me viese en el doloroso caso de retirarme. Este paso sería muy degradante a los chilenos, y resfriaría demasiado el entusiasmo de nuestros bravos soldados. Tan fatales consecuencias, y la que es mayor de perder una situación la más ventajosa que ofrece el reino para una vigorosa defensa, debemos evitar, por todos los medios posibles. Por ello, conviene que U. S. acelere su marcha cuanto pueda, hasta ponerse una legua distante de esta villa, para protegernos en un caso imprevisto con sus valientes granaderos.

«Dios guarde a U. S. muchos años. Rancagua, 24 de Septiembre de 1814.

*Bernardo O'Higgins.»*

A las 8 y media de la mañana, el mismo O'Higgins había dado noticia a Carrera de que las tropas de Osorio intentaban atravesar el río por el vado de Baeza. «Quedo tomando, le



agregaba, las providencias más serias, para contenerlo cuanto sea posible; y, si no lo fuere, *me retiraré a la Angostura de Paine*, en donde pienso estará ya el batallón de granaderos.»

Como se ve, O'Higgins cifraba toda expectativa de éxito en la llegada oportuna de don Juan José Carrera.

Don José Miguel le contestó el mismo día 24 en los términos que siguen:

«Si U. S. no se ha retirado a esta hora, puede alcanzar a unirse la 2.<sup>a</sup> división; y, en tal caso, parece inexpugnable ese punto, aunque el traidor Osorio avance con toda su gente. La 3.<sup>a</sup> división no pierde momento.»

El general en jefe, contra todo lo que han aseverado sus enemigos políticos, desplegaba en Santiago una actividad extraordinaria para ayudar a O'Higgins. En el día indicado, este último le acusaba recibo de las municiones que le había enviado con un piquete de doce granaderos.

«Quedo muy regocijado, le escribía a Carrera, en saber el entusiasmo con que han salido de esa capital los valientes granaderos. No están menos entusiasmados los soldados de esta guarnición; y ya parece que todo nos pronostica un día feliz.»

De igual suerte, Carrera cuidó de remitir a O'Higgins oportunamente el dinero necesario para pagar los sueldos de la división, según consta del oficio de 28 de Septiembre, dirigido por don Bernardo al gobierno.

O'Higgins estaba impuesto de los menores movimientos del enemigo; pues, aun cuando a las veces recibió falsas alarmas, siempre tuvo conocimiento de las evoluciones que efectuaba (1).

«Han llegado en este momento, comunicaba a Carrera el día 25 de Septiembre, a las 9 de la noche, dos hombres de San Fernando, quienes afirman contestes que ayer salió Osorio, con el resto de su ejército, de aquel punto; caminó toda la noche; y esta mañana temprano se hallaba ya en las casas de don Manuel Valdivieso. Cuando salieron de allí esta tarde los que dan esta noticia, quedaban enyugando para salir, y seguramente antes de amanecer los tendremos al frente de Cachapoal. Ya pienso que se llega el momento en que el pirata intenta una acción general; o, a lo menos, piensa sorprendernos, o forzar el paso en todo el día de mañana.

«Aviso esta ocurrencia, agrega, al señor don Juan José, que se halla acampado en los Graneros del Conde Toro, con el mis-

(1) Es inexacta la afirmación hecha por Barros Arana de que Carrera ordenó paralizar la marcha de la 3.<sup>a</sup> división, engañado por Osorio. Quien dirigió las operaciones de vanguardia era O'Higgins, el cual no se descuidaba. *Historia General*. Tomo 9.<sup>o</sup>, página 559.



mo que conduce este pliego, para que, si lo tiene a bien, marche sin demora con su división, hasta incorporarse con ésta.»

Como ha podido comprobarse, los oficios de O'Higgins, desde el que envió a Carrera en 14 de Septiembre, fechado en Maipú, hasta los últimos, que van a leerse, escritos en Rancagua, a 28 del mismo mes, constituyen todo un diario de campaña. Estas comunicaciones ofrecen, sin duda, el relato más fidedigno de los sucesos memorables que precedieron al combate de 1.º y 2 de Octubre de 1814.

Los mencionados oficios, que llevan la venerable firma del fundador de nuestra independencia, demuestran, no sólo el celo y la abnegación del jefe de la vanguardia, sino también la actividad y entusiasmo de don José Miguel Carrera para proteger y robustecer la división de O'Higgins. Estos documentos abonan la veracidad del *Diario Militar*.

No pueden menos de recorrerse con emoción los partes que recibió Carrera del glorioso jefe de la vanguardia, en la víspera, puede decirse, del horrendo sacrificio.

«Después que se presentaron ayer (27 de Septiembre) a nuestra vista los *barbones* (conocidos tales por su vestuario), escribía O'Higgins a don José Miguel, hicieron varias evoluciones y escaramuzas, y luego se retiraron. La división del teniente coronel don Bernardo de las Cuevas pasó el río en su seguimiento, de mi orden. Los alcanzó muy en breve; y se estuvieron tiroteando hasta después de la oración. Nuestra tropa se portó con mucha energía y valor; y me aseguran que cayeron dos de los enemigos, sin que por nuestra parte hubiese habido la menor desgracia.»

Carrera respondió inmediatamente:

«Casi no se puede atinar con las ideas del pirata (Osorio); está ya toda su fuerza reunida, y no aprovecha los momentos que restan a nuestras divisiones para formar su línea, deja crecer los ríos y nos da tiempo a todo. El teniente coronel Serrano (1) es reforzado, y tiene órdenes para hacer correrías sobre las guerrillas enemigas. Valparaíso adelanta su defensa, y el entusiasmo y el valor de las divisiones nos aseguran la victoria.»

Don José Miguel había anunciado su próxima llegada al campamento patriota. «Espero a V. E. por momentos, le decía O'Higgins en el mismo día 28, para darle un fuerte abrazo. Si conseguimos reunir toda la fuerza en este punto, no sólo nos hacemos impenetrables, sino también podremos dar algunos

---

(1) Este jefe había sido enviado a Melipilla, porque, según afirma Benavente en su memoria, O'Higgins había dado aviso de que dos buques de guerra habían desembarcado tropas en Topocalma.



malos ratos al pirata Osorio y a su gavilla de asesinos. Si salieron ayer los *nacionales* (la guardia nacional), como V. E. anuncia en su oficio del 27, los hago aquí mañana a más tardar.»

Este fué el postrer parte oficial de O'Higgins.

Contestación de Carrera: «Mañana tendré la complacencia de ver a mis dignos compañeros. La Guardia durmió anoche en los Linderos; y hoy, al rayar el día, se ha puesto en movimiento con toda la 3.<sup>a</sup> división, que llegará esta noche a lo de Luco. El capitán Bustamante sale esta tarde con más de cien fusileros bien equipados, para repartirlos en los diferentes cuerpos del ejército. Por momentos aumentaremos nuestra línea, a pesar de la indolencia de la generalidad de estos chilenos, que fundan su libertad y felicidad en el tolerantismo, desorden e inacción. ¡Rara ignorancia! Sólo las bayonetas salvan a Chile. Consumadas las glorias, seremos el objeto de los tiros de estos infames, que entonces buscarán las ventajas en las reuniones de café.»

Don José Miguel no pudo salir de Santiago sino el 30 de Septiembre, a las dos de la mañana; y llegó al Mostazal a las 12 del día. «Como no hubiese novedad en Rancagua, escribe en su *Diario Militar*, determiné descansar con la 3.<sup>a</sup> división en aquella hacienda.» «Yo debía haber ido en la tarde a la villa (Rancagua), agrega a continuación; pero un fuerte golpe que me había dado en el camino, me obligó a no verificarlo hasta el día siguiente.»

Carrera encontró en el Mostazal, como es sabido, a la 3.<sup>a</sup> división, la cual estaba bajo el mando del coronel don José María Benavente, mientras llegaba don Luis Carrera, que se había quedado atrás (1).

Benavente dió aviso de su llegada a O'Higgins; el cual le contestó, con fecha 30 de Septiembre, en estos términos:

«Está bien que U. S. espere en ese punto al general de esa división (don Luis Carrera), con respecto a que ya han variado las circunstancias; pues el enemigo no avanzará al Cachapoal, porque ya vió ayer el resultado que podía tener si tal cosa pensase. Hoy ha mandado un huaso conduciendo un pliego para el gobierno, el que he remitido sin perder momento, pues pienso que todo lo hace de miedo (2).»

El pliego u oficio de Osorio contenía un apremio del general

(1) *Diario Militar*, página 386.

(2) BENAVENTE, *Primeras campañas de la guerra de la independencia de Chile*. Véase el tomo 2.<sup>o</sup> de la *Historia General de la República de Chile*, página 200.



realista a los jefes patriotas, a fin de que rindieran las armas; para lo cual les daba el plazo de cuatro días.

Esta comunicación se hallaba firmada en San Fernando, con fecha 29 de Septiembre (1), cuando los patriotas sabían demasiado bien que el ejército de Osorio había salido de la mencionada villa el día 24, y acampaba en Requínoa.

El objeto de este engaño era adormecer la vigilancia de las tropas de Rancagua; y, por el oficio de O'Higgins a Benavente, se ve que Osorio consiguió su objeto.

«A las nueve de la noche que precedió al 1.º de Octubre, Osorio movió su ejército, fuerte de 5,000 hombres, y se dirigió en columna hacia el río, habiendo adelantado algunos escuadrones de caballería, con el encargo de que ocupasen su orilla (2).»

Barros Arana asegura que «estos destacamentos de caballería fueron a situarse en frente de los dos vados que estaban mejor defendidos por los patriotas, para llamar la atención de éstos, mientras el grueso de las tropas, distribuído en divisiones bien ordenadas, se dirigían al vado de más abajo, es decir, al de Cortés, que sólo estaba resguardado por veinte dragones (3).»

«Temiendo que los patriotas lo maltratasen en el tránsito del Cachapoal, (Osorio) emprendió su marcha en el mayor silencio, para no despertarlos; nadie desplegaba sus labios; no se oía otro ruido que el de los pasos y el de las ruedas de diez y ocho cañones; la noche estaba oscura, y, para que ningún indicio denunciase su llegada, se había prohibido severamente a los soldados hasta fumar (4).»

Esta es la primera causa de trascendencia de la derrota de Rancagua. En su *Diario Militar*, Carrera dirige graves y justificados cargos a O'Higgins, por no haber sabido defender el paso del Cachapoal.

La segunda causa de la derrota fué la malhadada idea que concibió O'Higgins de encerrarse en la villa. Debió haber comprendido que la resistencia dentro de aquel recinto no podía ser de larga duración.

Cercado por un ejército dos y medias veces más numeroso, iba a carecer pronto de víveres, y, lo que era mucho peor, de agua. En el segundo día de combate, los sitiadores cerraron la boca de un canal que surtía a las acequias de la población; y,

---

(1) BARROS ARANA, *Historia General*. Tomo 9.º, páginas 558 y 559.

(2) MIGUEL LUIS Y GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI, *La Reconquista Española*. Tomo 2.º de la *Historia General*, ya citada, página 330.

(3) BARROS ARANA, *Historia General*. Tomo 9.º, páginas 559 y 560.

(4) MIGUEL LUIS Y GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI, obra citada, página 330.



a las pocas horas, los soldados patriotas se morían materialmente de sed. Un heroico artillero, don Antonio Millán, se vió obligado a humedecer con orines su cañón, a falta de agua, y a cargarlo con pesos fuertes, a falta de balas. (1).

Muy preferible habría sido la medida, propuesta por Carrera, de defender la Angostura de Paine, y aceptada en último término por el mismo O'Higgins, en su oficio de 24 de Septiembre.

Debe confesarse, sin embargo, que este gran chileno redimió su falta de estrategia, a la salida de Rancagua, con el heroísmo de que dió brillante prueba rompiendo las filas del enemigo, sable en mano, con una columna de quinientos soldados de caballería.

La tercera causa del desastre se encuentra en la desigualdad de ambos ejércitos: el patriota, no sólo era inferior en número al realista, sino también en disciplina y en equipo. Los soldados de O'Higgins reemplazaban con su valor la falta de armas y de pericia militar.

Mucho se ha censurado a don José Miguel Carrera porque no atacó al ejército realista con la tercera división, que había quedado en las afueras de la villa; pero los que tal sostienen no paran mientes en que habría sido éste un sacrificio inútil. La tercera división no alcanzaba a reunir mil hombres, y los soldados de Osorio eran cerca de cinco mil.

La derrota de Rancagua cavó la sepultura de la Patria Vieja; pero, al mismo tiempo, fabricó la cuna de la República de Chile. En aquellos gloriosos días, los patriotas chilenos juraron consagrar su vida a la emancipación de la Patria.

---

(1) MIGUEL LUIS Y GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI, obra citada, página 336.



Mariano Picón-Salas.

## VIDA EN UNA CIUDAD INDIANA (1)

**I**RRADIANDO desde la alta montaña andina, única morada digna del gran Pachacamac, la civilización incaica habíase lanzado en el activo siglo que precedió a la conquista española a buscar más templados valles y a tender sobre la gran cordillera sus labrados caminos. Treinta grados de latitud, siguiendo contra el espaldar de las rocas, o junto a la línea de los ríos, había recorrido desde Quito hasta Chile el esfuerzo incaico. No hay aún en América nada más noblemente autóctono que este paisaje andino, que la pirca de piedra, el tambo cordillerano o los sembrados de maíz agarrados a la falda del monte, erigidos ya por el hombre indígena. En la villa española que se edificó después en las cordilleras, siguió prevaleciendo el grave color del indio. Hay desde el Alto Perú hasta Colombia por las mesetas y los elevados valles andinos, un cinturón de ciudades indianas donde el hombre autóctono, de impasible rostro de piedra como sus estatuas, colma los alegres mercados: baja del monte con sus cacharros de greda, la lana de sus ovejas o las yerbas medicinales de las altas tierras. El comerciante de la villa—en Huamanga, en Cuenca o en Pasto—suele trocárselos por aguardiente bravo, y el cura adapta la fiesta católica al vivo sentido plástico del aborigen. La fiesta del Corpus en esas ciudades de alta montaña, prolonga bajo los arcos floridos y la grávida cornucopia de frutas, uno de los antiguos ritos agrarios del imperio de los Incas. A Pachacamac, más que al Dios católico, parecen dirigirse esos desesperados cohetes y la fermentada chicha que riega el suelo y la triste danza ritual, estilizada y monótona, que presiden los cavilosos flau-

---

(1) Sobre estos ensayos de Mariano Picón Salas relacionados con la época colonial y su significación sociológica, véase el primer ensayo publicado y la nota explicativa, en el número anterior de «Atenea».



tistas. Las vírgenes del Altar católico suelen vestirse más que con el solemne traje de la liturgia hispánica con los gárrulos adornos de la chola: con el sombrerito de paja, las cintas y las joyas de pesada platería. De esta manera floreció en El Cuzco y en Quito en la época colonial un arte mestizo donde al medioevalismo español se agregaba la nota hierática y la limpidez decorativa del indio. El niño Dios fué especialmente estimado por esos melancólicos hombres de bronce: era dentro del catolicismo conceptuoso y barroco que venía de Europa, el mito ingenuo, lo más perceptible y plástico. Así los imagineros mestizos vistieron a Jesús-niño con un coloreado poncho de lana, análogo al del indiecito que bajaba a El Cuzco arriando a la siga de los hombres más viejos, su tropilla de llamas. En el folklore criollo entró el culto de Jesús-niño en la pintoresca exposición de «pesebres y nacimientos, donde la Historia sagrada—por un proceso espiritual semejante al de los primitivos de la Edad Media, se tiñó de un próximo y deleitoso anacronismo: representó con saludable fealdad al rey Herodes e hizo de nuestro padre Adán un rígido muñeco que se alza para coger una fruta luminosamente verde, como una papaya americana. Todo ello es la nota y el aporte del mestizo en esas ciudades de tierra adentro donde el aislamiento geográfico y el paisaje andino, han elaborado una vida característica. Es esa semejanza de paisaje y vida espiritual que aproxima a ciudades serranas tan distantes como pueden serlo Cuzco y Popayán, Quito y Chuquisaca.

Distinto es el paisaje de la ciudad de la costa donde al elemento indo-español, viene a mezclarse en todo el Trópico y en el Perú, la influencia más estridente del negro. Lima es diferente de Cuzco o Chuquisaca, porque duerme a la sombra de un clima más enervante, y el negro y sus subproductos ofrecen una sensualidad más epidérmica, ostentosa y regocijada. El gracejo, la picardía y el retruécano del hombre de las costas, contrastan en América con la gravedad y reserva del montañés. Sensualidad costera, teñida de africanismo, y misticismo serrano hecho de tristeza mestiza, son formas identificables en nuestra Sociología colonial.

Geografía y Raza determinan así los matices de nuestra alma colectiva, y con ellas marcha estrechamente unido el fenómeno económico. Estudiando los núcleos colonizadores de un solo país, como Argentina, distinguió Ernesto Quesada una serrana Argentina del norte constituída de pobladores vizcaínos y castellanos que vienen del Perú y se han enriquecido en el laboreo de las minas de Potosí o en el comercio de las flotas de Porto-



belo; traen el espíritu aristocrático del Virreinato y forman sociedades rígidas y engoladas, celosas de su sangre y de sus fórmulas solemnes. La vida de ese Norte Argentino abierto sobre los caminos del Virreinato peruano, vestido a la moda de Lima, contrasta con el Sur-tierra de pampas, ríos e indios bravos—donde la vida se desarrolla con más desenfrenada barbarie. En ese paisaje los pobladores viven más peligrosamente luchando con los indios, cruzando la pampa en caballos indómitos y apostándose a las márgenes de los ríos caudalosos para ejercer el contrabando. El orden oficial no les permitía más que el comercio terrestre a lomo de mula, procedente de las flotas del Istmo de Panamá, cuyos cargamentos eran desembarcados en el lejano puerto de El Callao. Así el obstáculo legal aviva su espíritu de empresa: comercian con los portugueses vecinos, y con «los piratas o navegantes arriesgados y asientistas negreros, que llegaban al río de La Plata y embarcaban los frutos del país». Los moradores de estas ciudades—escribe Quesada—eran verdaderos «outlaws» que se reían de las trabas administrativas y fiscales, fiando más en sus puños que en la complicada malla de las leyes anti-económicas (1)».

¿No anticipa ya esta vida la historia futura de la democracia argentina en los primeros años del siglo XIX? El sociólogo vislumbra en esas formas peculiares de la ocupación y el medio geográfico, el destino de la historia venidera.

Una estrecha relación con el mar y con los caminos del contrabando, explican en parte el papel que ciudades como Buenos Aires y Caracas ejercieron en los comienzos de la Independencia americana, como focos de irradiación o contagio. Las burguesías agrarias y comerciantes de esas ciudades, abandonadas de su Metrópoli, arraigan en la necesidad y el sentimiento rencoroso de su autonomía; surge en ellas contra el estrecho criterio limitador de las leyes españolas el sentido de la responsabilidad y la fuerza económica; como los criollos de Buenos Aires deben parte de su prepotencia al contrabando con los portugueses de la colonia del Sacramento, los de Caracas se fortalecen en el vedado comercio antillano. Por eso el Barón de Humboldt halla en la Caracas de 1801 no una grave ciudad doctoral como podía serlo la serrana Santafé de Bogotá, sino un medio ya inquieto por los problemas de la política, donde se empiezan a discutir las gacetas europeas. Humboldt anota el fenómeno como un hecho muy raro, dentro del sueño, de la medioeval vida sin historia de las ciudades coloniales; y parece adver-

---

(1) ERNESTO QUESADA.—*La evolución social argentina*, Buenos Aires, 1911.



tir la proximidad de una tormenta revolucionaria nueve o diez años antes de que la repercusión de sucesos europeos—guerras napoleónicas, Napoleón en España,— precipiten al estallido.

Humboldt, Depons, Frèzier, los viajeros del siglo XVIII y comienzos del XIX, transmitieron el último cuadro de esas ciudades coloniales coronadas de iglesias, divididas en grupos étnicos de dominadores y sometidos, donde la vida trascurría en morosa indolencia y donde rebullían ya—como larvas en el pantano—los problemas que desatará la época democrática. Hay ciudades cuya Historia es como un tratado de movida y extraña psicología criolla, tal ese Potosí minero, que los españoles fueron a levantar a cinco mil metros sobre el océano. Los hombres voraces hicieron de Potosí una como California serrana y colonial donde la codicia urgida y la compensación que se busca contra la distancia y el rudo clima, hacía aflorar a la superficie—como la plata del cerro,—todos los vicios y las formas más características del alma colectiva.

«La villa de Potosí—escribe un cronista—está en 25° y 20' de altura: su antípoda es el pueblo de Tamexi, que según la tabla 94 de Abraham Ortelio, está la tierra dentro del golfo de Bengala, en la India Oriental. Y si allí cría Dios especies aromáticas, con oro rico en Arabia Feliz; y produce abundancias en campos fertilísimos y en florestas incultas, de que pintan paraísos Diodoro, Heródoto, Bartolomeo y Pedro Gilio, su antípoda Potosí, cuanto engendra es plata, y no se ocupa en yerbas, ni cría nada de leñoso. Con estar en la Tórrida Zona, aunque en los postreros del Trópico, es tan fría como Flandes, donde los aires fríos, destemplados siempre, en invierno hielan, y en verano resfrían, siendo el Tomaalí, viento que corre y reina desde Mayo a Septiembre, más forzoso que el cierzo, aunque sean de las mismas propiedades; jamás agasajan, nunca acarician, todo lo secan y a todos ofenden» (1).

Ese clima y sobre todo la terrible voluntad que llevó al hombre español hasta ese bermejo cerro de plata, explican—a pesar de las estilizadas formas coloniales—la vehemencia y el desbordado instinto de la vida potosina. Como Martínez Vela es un hombre colonial, a veces acude a la Astrología para explicar las luchas internas, el individualismo agresivo, el derroche suntuario y la falta de previsión, en la historia colonial alto-peruana.

(1) B. MARTÍNEZ VELA.—*Anales de la Villa Imperial de Potosí* en Archivo Boliviano, pág. 300.



«Algunos atribuyen estas desgracias—escribe—a las influencias de un admirable cometa que se vió en Potosí de color de sangre que alumbraba como fuego, de figura de una hoz, que apareció a las siete de la noche encima del cerro Rico hacia la parte del mediodía y remataba al occidente hacia el sitio de Munaipata y se perdía a las diez de la noche. Todos se inclinaron a creerlo así haciendo memoria de las tristes calamidades que padeció Potosí en el alzamiento de Francisco Hernández Girón, después que apareció aquel prodigioso y formidable cometa que aun dura en la tradición de las gentes por su aspecto irregular de tres soles, dos lunas de color bermejo como teñido de sangre y resplandor de fuego» (1).

Sólo de tiempo en tiempo pasan los cometas con su sangrienta cauda por el alto y frío cielo potosino, pero hay estrellas más constantes y fieles que determinan día a día y año a año a través de las generaciones, las características del hombre nativo. «Son la del ojo del Cuervo, que Copérnico dijo era el Cuello o Sirio; y la estrella astrina en la frente de Escorpión, la que está en la extremidad del arco de Sagitario, la que le antecede y la que le sigue; todas cinco son de naturaleza de Marte que sólo influyen guerras, disensiones, odios, pependencias, muertes y heridas; y las dos estrellas, la de la pierna derecha de la serpiente ofírica, es de naturaleza de Venus; y la antecedente austral, de la espina de Capricornio, es de naturaleza de Mercurio, tratos y comercios, ocupaciones y venéreos que debiendo oponerse los que en Potosí habitan a esta influencia con el valor del libre albedrío, se rinden y se ve en común, el efecto de estas constelaciones (2)».

El hecho es que la vida civil no ha podido organizarse adecuadamente en la villa de Potosí. Cuando al brillante miraje de la mina recién descubierta llegan los primeros aventureros, ya ellos hablan con el énfasis y el orgullo de fundadores de Imperios. «Queremos que sea villa y se nombre y se llame la Villa Imperial de Potosí, exentándola y eximiéndola de la jurisdicción de La Plata», dicen a la Audiencia de Lima. El recelo medioeval contra el Estado, la ciudad como única y movida célula política, vive en el alma de estos orgullosos fundadores. Para satisfacer la soberbia de que alardean, la Audiencia de Lima les crea una autoridad civil sui-generis. El gobierno de la ciudad ha de caracterizarse, según la expresión de Martínez Vela, «por

---

(1) B. MARTÍNEZ VELA.—*Anales de la Villa Imperial de Potosí* en Archivo Boliviano, pág. 300.

(2) Id.



la partición de manos». Ningún poder, ningún orden ni jurisdicción política y administrativa, están claramente establecidos. La ley y el alcance de la función son susceptibles de infinitas y conceptuosas interpretaciones donde tiene cabida el espíritu papelero y querellante de la raza. El Corregidor de la Villa Imperial toma para sí atribuciones que reclama el Cabildo, y este las que quiere guardar el Corregidor. El pueblo presencia la pelea, gózase y toma colocación en ella, aunque todo redunde en perjuicio público. Martínez Vela que es buen vecino, amante de su ciudad, se duele de que por tal lucha de autoridades, el Cabildo se empecinara en edificar el Hospital en plena plaza Mayor, «sin considerar los inevitables daños que padece la salud pública en el contagio de enfermedades, además de tropezar la vista con un espectáculo asqueroso, melancólico, que abate los ánimos y choca la sociedad.»

Entre las ciudades de Indias, Potosí, gran joya y tesoro del mundo, llegó a contar en el siglo XVII a pesar de su alejada mediterraneidad andina y su ingrato clima, hasta 160 mil habitantes. Como en la California del siglo XIX, ellos viven en medio de las grandes mudanzas de la fortuna. Violentamente se pasa de la miseria a la opulencia. El corazón se agita en esa altura serrana, y la vida en un paisaje desnudo—la ciudad del cerro bermejo—carece de todo gran estímulo espiritual. El rico potosino—, el aventurero de ayer—despliega en la pompa de un lujo bárbaro su vanagloria económica. Suele ser avaro cuando se trata del gasto humilde y cotidiano o de un servicio colectivo—ya Martínez Vela ha descrito la penuria del Hospital—, pero alardea fanfarronamente de lo que puede exhibirlo con brillo. En las páginas de sus «Anales de la Villa Imperial» concluidos en 1791, el cronista evoca con melancolía los años de mayor esplendor de la ciudad, cuando «abundaban el oro, la plata, las perlas y piedras preciosas, de tal suerte que no se hacía caudal de ello.» Entonces «tenía la Ribera 132 cabezas de Ingenios; cinco mil indios venían cada año a la labor de las minas del gran Cerro; en 48 trapiches se molían ricos cajones de metal. Había 72 almacenes de riquísimos mercaderes, y en cada uno 200, 300, 400 mil pesos de a ocho reales en telas y géneros nobles; 140 tiendas más pequeñas que tenían capitales de 50 a 80 mil pesos de a ocho, 112 canchas donde llegaban y se vendían los mantenimientos». Un negocio magnífico eran las 360 tabernas o pulperías donde aventureros de España, según la magnífica expresión del cronista, se convirtieron en «caballeros pulperos». Allí se truecan por licor fuerte como lo demanda la tristeza indígena y la frialdad del clima, las barras de plata que



traen los mineros. Buscando plata para beber se formaban «gavillas numerosas de indios acompañadas de otras gentes de diferentes jerarquías, estados y castas, que suben a robar a las labores, destruyendo los puentes y casas de las minas». La ciudad contempla, bajo la espesa niebla de sus domingos fríos, esas pandillas de indios borrachos, embutidos en sus coloreados ponchos, que recorren como bestias enfermas, las empinadas calles. Un estupro, un asesinato, un duelo a cuchilladas, un crimen sin causa, son espectáculos habituales.

Pero el día Lunes ilumina en este paisaje de casas de piedra y cerros desnudos, la barroca abundancia de los mercados. «200 mil pesos de a ocho reales, antes más que menos salen diariamente, a la plaza en comercio, así en ropa como en alhajas y mantenimientos». Los distantes valles agrícolas de Cinti, de Moquegua, de Locumba, de Arica, de Arequipa, mandan a la ciudad los carneros de la tierra, el vino, el aguardiente, las aceitunas. Los caballos de Chile, las mulas del Tucumán, se venden a precios magníficos en las ferias.

Como los habitantes no pueden luchar contra la absurda y restrictiva economía española, como no tienen mercado sino para las barras de plata que exportan las tardías naves del puerto de Arica, la riqueza se inmoviliza en bienes improductivos. Hasta Potosí llegan las porcelanas, las sedas y las lacas que el lejano México virreinal trae de China o de Filipinas. Hay alfombras cayrinas, escritorios de ébano, marfil, carey y plata, aparadores y escaparates con preciosas alhajas, cofres de preciosas maderas con ropajes de brocados».

Quien adquirió en las ferias un bizarro caballo de Chile o una episcopal mula de El Tucumán debe ornamentarlos y salir a correr la sortija con frenos, pretales y herraduras de fina plata, con estribos de oro, con gualdrapas de terciopelo y seda. En el diestro caracoleo del caballo o en la arriesgada escaramuza al derribar el toro o ensartar la sortija, se muestra la gallardía viril. Como en una justa medioeval, no falta en el balcón que da a la plaza, bajo un rojo baldaquino de terciopelo, la dama que prodiga sonrisas. A veces un grupo de caballeros excéntricos organiza una cabalgata nocturna. Cada uno es precedido por el cortejo de diez o doce pajes, vestidos de ricas libreas, que les alumbran el camino con los altos hachones de cera. Estos pajes son el joven español que vino de España escondido en la bodega del barco, y que como todos los pajes de las novelas picarescas, aprende el secreto de robar a su amo y crearse un destino propio.

Banquetes, bodas en que se gastan—fuera de la pomposa do-



te—cuarenta mil pesos de a ocho reales; treinta y seis casas de juego donde unos se aniquilan para que otros se enriquezcan, ocho casas de esgrima donde aprenden la más gallarda manera de matarse, son sitios donde se expande y alardea la vanagloria potosina.

Martínez Vela, rapsoda de la antigua grandeza de la villa Imperial, recuerda que «por gozar de este rico cerro, caminaba y navegaban los hombres con sus mercancías, conduciéndolas por ignorados y distintos mares, climas y provincias, ocupando infinita suma de navíos que las conducen de unas regiones a otras, por el Mar del Sur, Océano, Mediterráneo, Adriático, Jónico, Pérsico, Indico, etc.; desvelándose todos los reinos de su universal máquina en perfeccionar cosas nunca vistas, para servirla y deleitarla con ellas». Y la prosa, en ese momento inspirada del cronista, describe los tafetanes de Jaén, las espadas de Toledo, los tejidos de Francia, las tapicerías de Flandes, los rasos de Florencia, el marfil de la India oriental, las especias y el amizcle de Goa, la cochinilla, el cacao y el añil de la Nueva España, las bayetas de Quito y el Cuzco, la cera y la miel de Santa Cruz de la Sierra que entonces colmaban los mercados potosinos. Y en el tesoro y el ornato de cada familia—agrega—abundan los diamantes, esmeraldas, pantauras, rubíes, záfiro, topacios, venturinas, girasoles, granates, la piedra imán, la piedra bezar, ágatas, corales y jaspes.

En las fiestas públicas—jura de un rey, mascaradas, moji-gangas, toros, cañas, torneos y sortijas—la burguesía urbana—tan feudal en su carácter—, reparte la pompa de un lujo superfluo y sobrecargado. En todo potosino alienta el espíritu de aquel Agustín Solórzano, criollo y rico minero, que en el año de 1625 reunió en solemne banquete a todo Potosí. Y para presumir nobleza «plantó en el patio de su casa una pila de plata fina que tenía 1,443 marcos, de la cual desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche, corrió riquísimo vino. Costó el gasto de este convite 76 mil pesos.»

La Religión del nativo refleja las características de la misma alma social. Al bronco fanatismo español se agrega la superstición indígena. El hombre potosino no es devoto de Cristo o de María sino del Cristo de la Veracruz, del Cristo de las Misericordias, del de Burgos, del de la Columna; cada uno de los cuales dispone de una iglesia y una cofradía. En la misma forma, la madre de Cristo se multiplica en las advocaciones de Virgen de Guadalupe, de Copacabana, de Loreto, de Jerusalén, de la Cinta, de la Soledad, del Buen Suceso, de la Purificación, etc. Cada miembro de una Cofradía considera la suya la más efi-



caz e importante para salvarse. Una forma de manifestar el espíritu público consiste en la emulación de las fiestas que cada cofradía rinde a su patrono. Determinados santos se ponen de moda o pierden su actualidad, por otros que ofrecen una mitología más atractiva y oportuna.

El indio o el mestizo, esquilmado, supersticioso e ignorante también tiene su cofradía y contribuye a pagar sus procesiones. La Iglesia le ofrece como símbolo del inalcanzable poder religioso la exuberancia barroca de los retablos dorados, el brillo de los ornamentos, la plata, el oro, el cortado cristal de las lámparas, blandones, tronos, candelabros, atriles, jarras y pebeteros.

Una sociedad así, tan vertida hacia afuera, producto de la improvisada riqueza, encerrada en un alto valle andino, no tiene profundas necesidades espirituales. La Cultura como en la Edad Media europea es patrimonio de una clase clerical que cultiva sus Latines, su Escolástica, y lleva a los sermones la más amanerada y culterana prosa del siglo XVII. En un tiempo hubo en Potosí un «Coliseo de las Comedias» donde actuaban hasta «cuatro compañías de farsantes, con lucidas comedias todos los domingos y festivos», pero la industria del Cabildo convirtió ese Coliseo en la gran pulpería de un tal Juan de Padilla, vendedor de vinos y abrasadores aguardientes. Con lo cual—escribe el prudentísimo Martínez Vela—se privó a la ciudad de «una recreación sobre importante a sus desahogos, y demasiado conveniente a mantener la sociedad civil.»

---

Lo mismo que en la Edad Media europea es el denuedo y arrojo personal, la mayor medida humana. Potosí con sus duelos y combates y rebeliones de gente armada, ha puesto en graves aprietos el poder de los corregidores. La gente enriquecida que forma la aristocracia local reclama la impunidad del duelo como fuero de la nobleza. El Marqués de Guadalcazar, Virrey del Perú, se ve obligado a prohibir bajo pena de muerte en la Villa Imperial y sesenta leguas de contorno, el uso de las armas. Enuméralas taxativamente la orden del Virrey: no pueden ser ni arcabuces, ni escopetas, pistolas, pistoletas, cotas, cueros de anta, jubones fuertes, estoques y espadas mayores de marca. Pero está distante el poder del Virrey, la autoridad local es débil, y en Potosí siempre se guerrea. «Cada nación de las muchas que moraban en ella—escribe nuestro cronista—, formaba con sus compatriotas un cuerpo separado con el fin sólo



de sostener la competencia y la emulación. De este género de independencia en que vivían al amparo de sus riquezas y del corto poder del Corregidor, resultaban homicidios en asonadas de gente armada, y no pocas veces se vieron escandalosos choques a manera de batallas entre enemigos; se seguían latrocinios públicos, rapiñas y represalias de caudales y personas de todo sexo, con el mayor escándalo, sin temor ni respeto a la justicia».

Repercute en la mediterránea villa indiana el fiero y receloso regionalismo español, que es como la expansión geográfica del individualismo originario. Es preciso probar con las armas que el castellano y el andaluz son más audaces o valientes que el vizcaíno. Como la fuerza de la ley escrita se amengua con la distancia del gobierno central y la venalidad o el miedo de los funcionarios, que no siempre aceptan el desafío de una orgullosa aristocracia feudal, la vida civil se retrotrae a una primitiva y bárbara retaliación. Castellanos, andaluces, extremeños y vascongados forman entre sí herméticos y solidarios clanes. Hacia 1602 los otros grupos envidian a los vascongados su poderío civil y económico: los 80 azogueros, los 160 mercaderes, los 22 oficiales de la Casa de Moneda, los 2 Alcaldes ordinarios de esta nación que se sentaban en el Ayuntamiento; y ello origina una verdadera guerra local contra los hijos de Vizcaya. El motivo inmediato suele ser muy simple: que durante un juego de pelota un mozo andaluz dió un golpe con la pala a un tal Usurbi, vizcaíno. Por causa tan fortuita «acuchilláronse criollos y andaluces contra vascongados, y salieron heridos de una y otra parte muchos hombres. Los criollos que son naturalmente pundonorosos pidieron a sus padres—castellanos, andaluces, extremeños y otras naciones—que de ninguna manera les diesen a sus hermanas en matrimonio a los vascongados, porque trataban de aniquilar su engreimiento.» Como en *Romeo y Julieta*, como en una ciudad italiana del 1200, al desafío concurren parientes, amigos, clientes y servidores, contra la familia y la clientela del contrario. La pluma del cronista va transmitiendo, año por año, casi monótonamente, estos episodios de la pasión colectiva. «Año de 1583. Este año, celebrándose las fiestas de Santiago, en un juego de cañas, mataron al capitán Sancho Usátegui, vascongado, por lo cual dieron aquella noche fuego a las casas y barrio de los extremeños, buscando al agresor.» (La pasión de la banda o el grupo ofendido, no puede resignarse al lento trámite de la Justicia). «Año de 1601. Este año el capitán Alonso Diburdinzo mató de un balazo a Nicolás de Arcos, criollo de Potosí, hijo de don Juan de Arcos, castellano



viejo, que en la ocasión no estaba en la villa; vino después; halló al agresor en la cárcel, que el Corregidor lo tenía preso, por asegurarle la vida; aunóse Juan de Arcos con los criollos, derribó con barretas una pared de la cárcel, entró dentro, y dándole un balazo a Diburdinzo, le quitó la vida, vengando la muerte de su hijo».

Así una aristocracia local, no pulida todavía por la cultura, para quien la religión se traduce en tosca superstición o pompa suntuaria, impone sobre la ciudad su impetuosa ley bárbara.

---

El pueblo, la clase sometida, verdaderos ilotas como en Esparta, cuenta poco en este drama urbano. La conquista española en las tierras del Inca es el conflicto entre dos formas opuestas de vida: el pacífico colectivismo incaico donde el individuo desaparecía en la obra común, y el aventurero y agresivo individualismo hispánico. Merced a la ya larga disciplina racial del indio los españoles encuentran en el hombre peruano la resignada masa que marcha a la mita o a la conscripción minera, y acepta la encomienda y el repartimiento. La retraída docilidad del indio hace pensar a algunos teólogos y frailes en su esclavitud originaria; teorizan así al agrado y al uso del encomendero. «Según la opinión de Aristóteles, recibida por muchos son siervos y esclavos por naturaleza y pueden ser forzados a obedecer a los más prudentes, y aun Celio Calcagnino, comentando al mismo Aristóteles añade que se pueden cazar como fieras, si los que nacieron para obedecer lo rehusan», escribe un clérigo: Fray Tomás Ortiz (1).

La venganza del indio, su concentrado rencor, la tristeza que a veces encuentra trágica expansión en las dominicales borracheras, es mucho más lenta, pero quizás más profunda, que el desaforado impulsivismo español. En su desgracia el indio se forja mitos; la gran tradición del imperio incaico pasa al folklore, baja a lo profundo del alma del indígena cristianizado, y dos siglos y medio más tarde guarda vigor suficiente para encender la tremenda rebelión de Tupac-Amaru. En este desatado levantamiento de la sierra peruana cuya consigna romántica se proyecta por todo el Continente, sirve hasta en Bogotá y en el Paraguay, hay que ver más que la obra de un caudillo—el pobre Tupac Amaru carecía de las condiciones del jefe, no pudo organizar ni dirigir su guerra—, un movimiento

---

(1) Fray Tomás Ortiz, citado por J. AUSTÍN GARCÍA en *La Ciudad Indiana*, pág. 33.



de masas que guardaron y acendrarón hondamente su taciturno odio secular. Este colonial movimiento de la masa indígena prefigura ya algunos capítulos de la futura historia republicana de Bolivia y Perú; es un anticipo de la guerra de los caudillos mestizos—: un Belzú, un Morales, un Melgarejo.

El indio de las tierras andinas ejercitado ya en la cerámica y la fina decoración del tiempo incaico, ofrece a la ciudad colonial su gran sentido plástico; y del mestizaje se forma en ciudades aisladas y devotas como Quito y El Cuzco, un artesanado criollo que pone su nota ingenua, su fresco acento nativo en las obras del arte popular.

En el agitado Potosí el proletario urbano abandonado, el yanancona traído a la ciudad, el negro esclavo que sufrió un castigo injusto, frecuentemente se transforma en bandido. El medio es propicio, ya que la ciudad siempre conservó su aspecto de bullicioso campamento minero, concurrido de forasteros, donde el poder civil tomado por sus querellas de rango y jurisdicción y por la influencia desquiciadora de una aristocracia feudal, pierde su energía y su rapidez justiciera. ¿Cómo identificar al forastero, perseguir al prófugo en aquella ciudad de estrechas callejuelas, en los bulliciosos obrajes o en los descarpados riscos andinos que aislan la villa? Esto, sí cada convento o cada iglesia no defendiera celosamente—contra la intromisión del poder civil—, su sagrado y medioeval derecho de asilo.

La existencia potosina se sacude de pronto ante la trágica dramaticidad de las historias de bandidos. Como en la Colonia todo se ampara bajo una forma religiosa, las partidas de bandoleros suelen ponerse bajo la advocación de un santo. El bandido cree que tan piadoso símbolo hará más fructífera su labor. Una de estas partidas de que nos informa nuestro cronista tomó el místico nombre de «Banda de los doce apóstoles y la Magdalena». Eran estos hombres, en son de doce, más de cincuenta. Vestían a un hombre en traje de mujer; éste entraba a las casas, unas veces fingiendo pedir lumbre, y otras diciendo la favoreciesen, que su marido venía tras ella a matarla: abrían las casas y en entrando las robaban; y también robaban el honor de las doncellas, por lo cual toda la Villa estaba en armas para recibirlos. Al hombre en traje de mujer, llamaban la Magdalena, y doce apóstoles a los hombres». El particular favor de un santo o la devoción de las almas del Purgatorio suele según opinión del cronista, librar a algunos fieles de las manos de los malhechores. Véase, milagreramente, cómo se salvó una familia: «Fueron una noche a la plazuela de San Lorenzo; entraron a una casa donde vivía una señora la cual tenía dos hijas



hermosísimas y virtuosas, muy devotas las tres de las Benditas Animas del Purgatorio. Luego que entraron, cogieron a las doncellas; y viéndose éstas en tan gran peligro, invocaron a las benditas ánimas: al momento aparecieron en forma humana innumerables de ellas, que al punto huyeron los ladrones, dejándose con la turbación un talego con dos mil pesos de a ocho reales, el cual sirvió de auxilio para las tres señoras».

En medio del terror y la religiosidad, nunca falta a veces, la nota de risa. Por el hecho de ser clérigo el cronista Martínez Vela recoge y señala con meticulosidad los livianos deslices de sus congéneres. He aquí un episodio: «Iban el Bachiller Tórtolo, clérigo galán, astuto y animoso, por la calle de la parroquia de Nuestra Señora de Copacabana, y habiéndolos de improviso encontrado, les preguntó quienes eran. Respondieron diciendo: «Los doce Apóstoles». Tornóles a preguntar: ¿Y qué quieren? —Esa sotana y ese manteo. Aquel mismo día los había estrenado el Bachiller y eran de fondo y tafetán doble, sombrero, y plata en la faltriquera. Dijo muy sosegado el Bachiller:—¿Y no quieren más? Respondieron que no. Pues si no quieren más, replicó el clérigo, he aquí lo que me piden, y comenzó a desnudarse. «Doblado y compuesto, les decía, quiero dárselo a Vuestras Mercedes. Esperábanlo ellos; y después que el buen sacerdote hubo compuesto y atado todo con su ceñidor:—¿De manera que Vuestras Mercedes son los Doce Apóstoles? Respondieron: Ya lo hemos dicho, a lo que el clérigo dijo: «Pues los doce Apóstoles sigan a Cristo», y diciendo esto, corrió la calle abajo con increíble velocidad; pues aunque se desgalgaron tras él, no le pudieron alcanzar, y así se escapó».

A falta de teatro que el Cabildo cerró, de buena música y agradable lectura, el episodio del Bachiller Tórtolo es comidilla de muchos días en las tertulias potosinas. ¿Qué hacía el Bachiller Tórtolo, cura galán, de manteo nuevo, en el alejado barrio de la Copacabana? La anécdota en la pluma de este cronista—clérigo que no estima a los clérigos—, se desliza hacia la Historia.



## IMPRESIONES PORTUGUESAS (1)

**T**OQUÉ el suelo portugués por primera vez en la isla de Madeira, donde permanecí durante unos diez días. Cuando uno elige a Funchal como punto de descanso, piensa en primer lugar en sus bellezas naturales. Puedo decir que en todos mis viajes por Europa y por América del Sur, no he visto una concentración semejante de encantos naturales. El mar y la formación de la costa, el panorama de Funchal desde la bahía y desde la altura, la gente que pulula en las calles, las casas y los jardines que se extienden en las faldas, los caminos iluminados que desde lejos se ven en la noche serpenteando por las vertientes de la isla, la vegetación semi tropical exuberante— todo esto es inolvidable.

Pero no quiero disimular que a pesar de toda mi susceptibilidad para los encantos de la naturaleza, hubo para mí, en la isla de Madeira, otro factor que me emocionó no menos: *el hombre que trabaja*. Recorriendo la isla ví dos huellas del último: los caminos y las viñas. Cada metro cuadrado de terreno laborado, a veces en vertientes tan paradas que uno

---

(1) Una Revista de Porto dirigida por el Señor *F. de Castro Pires de Lima* me había rogado comunicar las impresiones que tuve durante mi estada en Portugal, del país y de su gente en el año 1930. Lo hice aunque me daba plenamente cuenta que sé escribir mejor sobre observaciones de laboratorio que de la vida humana. Tal vez también mis amigos chilenos tendrán interés en conocer una página suelta sobre la vida espiritual de este hermoso país.



se pregunta cómo puede el hombre trabajar en este lugar. La montaña ruda y cruda transformada en viña. Una acumulación de *trabajo* durante cinco siglos. El hombre portugués que pobló la isla de Madeira hasta una densidad semejante a la de la Bélgica, *luchó y venció*. Era su arma el *azadón*—el arma más noble, el arma del hidalgo de *hoy día*. Cuando el mozo del hotel que me trajo mis maletas al vapor, al despedirse me estrechó la mano, sentí que nos entendíamos sin muchas palabras.

Un contraste son los niños mendicantes—la corrupción por la industria del turismo. La industria del bordado encanta; pero uno siente que tanto trabajo compensa muy poco al pueblo.

Guardaré para siempre el recuerdo más grato de la isla bella y trabajadora, del pequeño hotel «Seaview», desde el cual tanto miraba sobre Funchal, el mar y el horizonte, y un buen recuerdo de la gente buena que me atendía...

Me iba a Portugal, en verdad, para conocer las Facultades de Medicina de Lisboa, Porto y Coimbra; por rara coincidencia el distinguido colega que me esperaba en el puerto de Lisboa era un hijo de Funchal—el Profesor *Marck Athias*.

Conocí a *Athias* 24 años atrás, en una pequeña ciudad universitaria alemana, en Goettingen, en donde él visitó el Instituto de Fisiología dirigido por mi gran maestro alemán ya difunto *Max Verworn*. Nos olvidamos el uno del otro trabajando sobre problemas bastante distintos. Pero, hace 17 años, ambos comenzamos a trabajar en el mismo campo de Fisiología, sobre la Endocrinología Sexual. Esto *une* a la gente aun cuando no se conozcan personalmente, une mucho más de lo que supone el profano. Una hora después de mi llegada a Lisboa estuve ya en el Laboratorio de Fisiología y discutimos los hallazgos y las preparaciones microscópicas, los sobresalientes resultados de 15 años



de trabajo de mi eminente colega portugués. ¡Que momentos felices pasé en el laboratorio de mi colega de Lisboa, cuyo nombre llegó a ser familiar a todos los que trabajan en este campo de la Fisiología.

La Facultad de Medicina de Lisboa cuenta con un profesorado altamente digno. El distinguido Decano *Egas Moniz* y todos los profesores que he conocido, contribuyen a mantener el alto espíritu científico y a dar a la enseñanza médica un rumbo moderno que comprende la colaboración activa del alumno mismo en los cursos. He visitado el Laboratorio de Fisiología y el de Histología. Los laboratorios podrían ser mayores; pero sale a la vista el gran e intenso trabajo establecido por sus directores, el Profesor *Athias* y el Profesor *Da Costa*, para adaptarlos a las exigencias de la enseñanza. En laboratorios muy estrechos, es difícil cultivar la investigación científica, sin la cual no son posibles hoy día ni la enseñanza médica, ni la formación de un profesorado médico nacional. Pero venciendo muchas dificultades, los profesores de la Facultad de Medicina de Lisboa, y en primer lugar el fisiólogo y el histólogo, llegaron a hacer conocer la Facultad fuera de Portugal por sus trabajos de investigación.

Un gran paso hacia adelante fué la creación del *Instituto Rocha Cabral* que se dedica exclusivamente a la investigación científica en el campo de la Medicina y Biología. Su distinguido director, *Ferreira de Mira*, junto con muchos entusiastas colaboradores formó un nuevo centro de estudios científicos. La influencia favorable de este centro se hará sentir pronto en la vida médica de Portugal. De gran importancia me parece también la formación del *Instituto de Cáncer*, y hay que esperar que la energía sonriente de su director el distinguido cirujano Profesor *Gentil* vencerá muy pronto todas las dificultades económicas, para realizar el Instituto de Cáncer, que es una necesidad urgente. La bella colaboración de los mejores elementos médicos, en el Ins-



tituto de Cáncer, da la garantía de éxito de esta obra nacional.

Todos han oído hablar de las bellezas de la naturaleza y de los recuerdos históricos monumentales de Lisboa, de los cuales pude imponerme. gracias a la amabilidad infatigable del Profesor *Athias*. Sería inmodestia de mi parte detenerme sobre estas cosas. Pero no quiero omitir la ocasión de decir que por primera vez he visto una colección de cuadros compuesta con tanta comprensión y concentración como la de Lisboa, y la obra de su director puede servir de modelo para muchos museos de mayor riqueza...

Con el tren de la tarde me fuí a *Coimbra*. El problema de las *dos* estaciones de Coimbra se reveló tan difícil para mí que decidí confiarme completamente a un amable compañero de viaje de aspecto digno y con barba blanca, el cual al llegar en la noche también me llevó consigo al hotel, y de las dos piezas que estaban libres, me cedió amablemente la que tenía vista encantadora sobre el Mondego. Era un médico y siento mucho no haber conocido su nombre...

En la mañana me fuí en primer lugar al laboratorio de Histología que dirige el Profesor *Geraldino Brites*. Encontrar en Coimbra su laboratorio sería, sin ser acompañado por su director u otro universitario, cosa extremadamente difícil. Menciono esto porque tiene profundo valor simbólico. El laboratorio de Histología, como el de Fisiología, están *alojados* en la Clínica de Obstetricia y deben contentarse con un mínimo de espacio y de comodidades. He admirado el espíritu del Profesor *Brites*, que le ha facilitado obtener lo mejor de la situación y transformar las pocas piezas a su disposición en un moderno hogar de enseñanza y de investigación. Sin su cultura de investigador, su verdadero amor por la ciencia y su gran entusiasmo, tal cosa habría sido imposible.

La impresión que uno obtiene de Coimbra al visitarla



por primera vez, es enorme y única. En ninguna otra ciudad universitaria sentí de manera igual la tradición cultural. Por cierto, Lisboa tiene sus grandes monumentos históricos nacionales, y a pesar de haber sido reconstruída a fines del siglo XVIII, después del gran terremoto, el pasado lejano y glorioso se impone. Pero Coimbra es *toda* pasado y tradición lo cual a cada paso sale a la vista, y en este conjunto de tradición cultural la *Universidad* ocupa un lugar preponderante. Con el amable Rector señor *Fezas Vital*, el señor Decano de la Facultad de Medicina *Oliveira* y el señor *Brites* hemos recorrido los antiguos edificios universitarios y debo decir que la impresión más fuerte que traigo de mi viaje por las Universidades de muchos países de Europa y de la América del Sur durante la mayor parte del año 1930, es la Universidad de Coimbra.

Si en la Facultad de Medicina de Lisboa, sentí el empuje y la seguridad en la marcha, en Coimbra sentí—*Universidad*, espíritu universitario que abarca todas las ciencias y reconoce a los últimos como un fin absoluto, sin mira a la utilidad práctica. Sí, como viejo universitario, me doy plenamente cuenta, que la pobreza de varios laboratorios y la pobreza de los profesores mismos, excluye frecuentemente la verdadera exteriorización de ese espíritu en Coimbra. Pero tal espíritu existe, porque persiste. Y es mi opinión franca que *el Gobierno de Portugal tiene frente a la Nación la obligación de asegurar a la Universidad de Coimbra la posibilidad de adaptarse técnicamente a las exigencias modernas de la enseñanza*, en cuanto a laboratorio, bibliotecas y seminarios. Coimbra con su tradición cultural y universitaria, es un valor nacional incalculable que no se adquiere por tantos y tantos dólares. Hay que conservar sus riquezas culturales y no desperdiciarlas; hay que invertir las de tal modo que produzcan interés—«interés» *cultural*. Ninguna diversión de opinión política debe impedir la obra nacional en



favor de la Universidad de Coimbra que es, insisto sobre todo, una de las grandes riquezas nacionales del Portugal.

Séame permitido decir que considero de error fundamental que los sueldos de los profesores universitarios sean tan insignificantes. Como no vivimos en las nubes, sino en la tierra, hay que darse cuenta de que el profesor universitario que ocupa el más alto grado en la carrera de enseñanza, debe tener gran libertad económica. Si eso escasea, el trabajo de investigación científica se dificulta enormemente. Es una mala política pagar mal a los profesores universitarios y disculparse con el dicho que el «sabio» no necesita riquezas. No se trata de conseguir «riquezas» para los profesores universitarios, sino libertad económica para que llegue a ser la condición inmediata de todo el desarrollo universitario.

La estadía en Coimbra me enseñó que hay algo de simbólico en el hecho que Coimbra está unida con la línea central del ferrocarril por un ramal especial lateral. Coimbra está—felizmente—fuera del gran camino, y debe quedarse así. Coimbra puede obrar, solo si conserva su valor intrínseco-tradicional, y cumple a la Nación facilitar a esta ciudad el cumplimiento de su función.

Al salir de Coimbra a Porto, uno recorre en pocas horas varios siglos...

Si Coimbra impresiona por sus detalles, Porto lo hace por su conjunto. Y hay que decir que Porto impresiona de manera fuerte. El panorama de Porto es grandioso.

Con la Universidad de Porto estuve ligado muchos años por mis relaciones científicas y de amistad con el distinguido anatómo el Profesor *Pires de Lima* y el histólogo Profesor *Salazar*. Encontré a la Facultad de Medicina de Porto en plena reconstrucción, bajo los auspicios de su Decano entusiasta, el Doctor *de*



*Aguiar*. El nuevo Instituto de Anatomía es verdaderamente espléndido y su Director el Profesor *Pires de Lima* el cual con sus trabajos científicos sobre las malformaciones y con su interés por la anatomía humana comparada hizo tanto para dar a conocer la Facultad de Medicina de Porto, también fuera de Portugal, creando—ayudado por el Profesor *Monteiro* y rodeado por un número de elementos más jóvenes—todo un ambiente de investigación. Gran satisfacción fué para mí, como fisiólogo, poder constatar que el Decano empeñado en la reorganización de la Facultad, da toda la importancia a las nuevas cátedras de Química Fisiológica y de Fisiología.

Después de encontrarme, aunque por poco tiempo, entre los elementos universitarios de Porto, me pareció que el tipo humano de Porto es algo muy especial. En Porto cada uno de los hombres tiene algo de Enrique el «Navigator»—individualidad, espíritu, ímpetu y mucho intelecto. Así el Decano *de Aguiar*, el Rector *de Sousa Pinto* y no menos el cirujano *Teixeira Bastos* igualmente interesado en el recorte de los intestinos y en la colección de porcelana china. Parece el Portense también gran patriota local. Tiene el deseo de que sea su universidad *mejor* que la de Lisboa o la de Coimbra. Está lleno de profundo interés por la historia local, como los jóvenes fisiólogos que con tanta amabilidad me llevaban por la ciudad de Porto. Este aspecto y este espíritu *cantonal*.—¡Madeira, Lisboa, Coimbra, Porto!—me parecían bastante característicos en el Portugal, y hasta cierto punto me recordaron lo que tanto caracteriza a la Suiza. Y creo que tal espíritu cantonal es siempre un signo de cultura—no en el sentido del valor *técnico*, sino en el sentido del valor *sentimental*. La gente tiene *individualidad*, quiere conservarla y rechaza «uniformarse». El pueblo portugués radica profundamente en su tierra y los recuerdos materiales e ideales nacionales significan mucho



para él. Lo prueba el gran desarrollo de los estudios arqueológicos que dirige en la Universidad el Profesor *Méndes Correia* y que le merecieron fama internacional. Y el gran escultor de Porto, el señor *Lopez* a quien tuve el honor y el gusto conocer en su casa, tan hábil en modelar la piedra, *descansa* en la octava década de su vida, en modelar al modo popular antiguo en madera y pintarla, y aun en *restaurar* lo que se modeló siglos atrás, tal vez por un hombre del pueblo, pero del mismo pueblo portugués.

En el desarrollo de los pueblos la proporcionada combinación de ideales locales y nacionales significa mucho. El portugués trasladó estos sentimientos de particularidad también al Brasil—¡qué se compare sólo Río de Janeiro y São Paulo! Pero toco ya aquí un otro gran problema de sumo interés que se me impuso durante mi viaje: las relaciones culturales entre el Portugal y el Brasil. Mis amigos portugueses me recibieron con tanto cariño por encontrarme yo en Portugal en calidad de universitario latinoamericano, y expresaron ellos esta idea públicamente. ¿Por qué no estrechar las manos especialmente entre los intelectuales portugueses y *brasileños*? Esta idea me dominaba cuando medio año después de mi visita a Portugal. estuve en Brasil. Puedo decirlo sin vacilar: los universitarios portugueses tienen mucho que sugerir a los brasileños, pero tienen también algo que sugerir los brasileños de Río y de São Paulo a los portugueses. Y diré más: el pueblo portugués, obligado por fuerza de la Naturaleza a ser un pueblo poco numeroso en los límites del Portugal, crece en el Brasil para llegar a ser una nación de las más poderosas.

Bien, yo sé, que son cuestiones de gran delicadeza para ambas partes; que se me perdone pues, la libertad que me he tomado...

Me fuí de Porto y del Portugal hacia España—por las viñas del Douro que tan de repente se terminaron en la frontera portuguesa-española...



Aníbal Echeverría y Reyes.

## REDACCION DE SOLICITUDES

«Esta materia de concordancia es de las  
« más difíciles para el que se proponga re-  
« ducir el uso de cánones precisos, que se li-  
« miten a representarlo fielmente. En caso  
« de duda debe estarse a las reglas generales.  
« Propender a ellas es contribuir a la mejo-  
« ra de la lengua en las cualidades esenciales  
« de conexión lógica, exactitud y claridad.  
« Algunas de sus libertades merecen más bien  
« el título de licencias originales del notorio  
« descuido de los escritores castellanos en  
« una época que ha dejado producciones ad-  
« mirables por la fecundidad y elevación del  
« genio, pero pocos modelos de corrección  
« gramatical. Es necesario también hacer di-  
« ferencia entre las concesiones que exige el  
« poeta, y las leyes severas a que debe suje-  
« tarse la prosa.» (Obras completas de don  
« Andrés Bello, volumen IV, página 260, b).»

**L**A cuestión en que vamos a ocuparnos no es desconocida. Ha merecido ya el honor de versar sobre ella dictámenes opuestos.

Y aunque muchos opinen que es tarea insulsa o baladí devanarse el intelecto en busca de si un vocablo en ésta o aquélla forma es o no propio en el idioma; y por más que algunos tachén de tiempo mal gastado el que discurre en indagar qué giro o expresión es más lógico o adecuado para expresar con exactitud los conceptos; juzgamos que los que así opinan y reparan, sólo divisan en el lenguaje un producto arbitrario, del cual no importa quién puede emplear a su sabor.

No aceptamos tal manera de pensar; y por ello dedicaremos algunas páginas a un tema árido, pero útil.



## I

## EXPOSICIÓN.

Don Miguel Luis Amunátegui Reyes publicó un interesante artículo, intitulado *Un caso dudoso en la Concordancia del Verbo con el Sujeto*, cuya parte substancial daremos a conocer antes de abordar el asunto que es objeto de estas líneas.

Una construcción tan usada, dice en reales provisiones, libelos, testamentos, memoriales y otros escritos, especialmente solicitudes o peticiones, consiste en concordar un sujeto de tercera persona con la inflexión verbal que sólo corresponde a la primera.

A menudo leemos documentos redactados en esta forma: «El Rey Carlos mando y dispongo etc., etc.» Enrique Díaz a V. S. respetuosamente digo etc.» Manuel Alvarez, fiscal en el proceso contra N. N., dictamino etc.» Fernando Guzmán otorgo mi testamento etc.»

Como ejemplo, presenta solicitudes firmadas por don Andrés Bello, en las que el insigne gramático y filólogo usa el verbo en tercera persona, conforme en esto con la doctrina por él explicada y sostenida.

Don Francisco Quevedo Villegas, agrega, concertaba de la misma manera que el señor Bello en dos documentos que se registran en la Biblioteca de *Autores Españoles* de Rivadeneira; aun cuando el mismo Quevedo usaba muchas veces la construcción de primera persona.

En una petición que aparece en la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por don Martín Fernández de Navarrete, el inmortal escritor usa la *Primera* persona verbal: y además, en tres piezas, Fray Luis de León emplea la misma concordancia.

Lope de Vega, en la comedia en verso intitulada *La Estrella de Sevilla*, hace hablar a la dama protagonista, y ésta en su petición verbal al rey don Sancho de Castilla usa la *Primera* persona del verbo, mientras el sujeto de éste se halla en *Tercera*; pero, en la misma comedia y en la misma escena figuran dos memoriales: uno en prosa, dirigido al rey, en que el primer verbo está en *Tercera* persona, y que adolece de falta de congruencia en las inflexiones verbales y pronombres usados: el otro en verso, que se lee inmediatamente después del primero y que no está asombrado por los defectos señalados en el anterior



pues en todo él, verbos y pronombres, guardan perfecta conformidad.

Sin embargo, la gramática no siempre logra penetrar en el lenguaje curial. Los solecismos se aferran a veces al papel sellado como las ostras a las peñas.

Tales son las conclusiones a que llegaba el señor Amunátegui Reyes.

Algunos entendidos, a su vez, sostienen: 1.º no es posible mirar como incorrecta la elipsis del pronombre Yo en las frases referidas (aquellas en que sin expresarse el pronombre Yo la primera persona del verbo modifica a un tercero en Tercera); y 2.º se ve que en este caso nuestro lenguaje curial se encuentra sancionado por eminentes maestros del idioma, cuya autoridad debemos respetar.

La casi totalidad de los abogados chilenos y demás gente de foro, afirma que emplea la construcción de primera persona, tal vez influidos por los formularios legales insertos en los Prontuarios de los señores J. Bernardino Vila, José Bernardo Lira, Severo Vidal, Robustiano Vera, etc., los cuales, sin excepción alguna, acogen aquella manera de coordinar.

Expuestos los antecedentes de que acabamos de hacer mérito, emitiremos con la mayor llaneza y claridad algunas observaciones que nos ha sugerido la cuestión propuesta.

## II

### LA SINTAXIS O LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE.

¿Qué se trata de averiguar? Nos parece que la investigación tiene por fin resolver cuál es la forma correcta de lenguaje, en el caso de redactarse un documento o solicitud que tenga en su principio por sujeto sólo el nombre o el nombre y apellido de la persona que firma, cuál la forma correcta, decimos, en el empleo de la persona verbal con que comienza el atributo de aquel sujeto?

Debemos escribir: ¿«José de Quintana expongo o expone», «Manuel Alvarado a V. S. digo o dice»?

No vacilamos en optar por la construcción de Tercera persona, por abonarle su conformidad a las reglas generales de la sintaxis de nuestro idioma y a las leyes primarias de la filosofía del lenguaje.

Se colije sin esfuerzo que, si aceptamos sin grave fundamento cuanta desviación de las reglas del idioma se presenta, ocasiona-



da ya por ignorancia, que es lo más común, ya por descuido o por otra causa, iríamos derechamente a convertir nuestra hermosa lengua en un verdadero laberinto, tanto más enmarañado cuanto más confuso y obscuro. Desaparecerían las reglas, y, en consecuencia, el arte mismo constituido por ellas.

La filosofía del lenguaje, por su parte, demuestra la necesidad de que, salvo razones de valía, la manifestación verbal de nuestros pensamientos sea, en lo que dable fuere, trasunto exacto de los principios que rigen la generación y enlace de nuestros conceptos.

No columbramos argumento bastante decisivo para desechar las ventajas de una racional uniformidad preceptiva, esto es, una saludable economía de irregularidades, ni tampoco consideraciones que autoricen a violar en la producción hablada o escrita la armonía íntima existente en nuestro mecanismo ideológico.

Por esto tratándose de la construcción de primera persona, «la gramática no siempre logra penetrar en el lenguaje curial;» y «los solecismos se aferran a veces al papel sellado como las ostras a las peñas».

En esos puntos estamos de acuerdo; emplear *digo* en vez de *dice*, y *expongo* en lugar de *expone*, es contrario a la gramática y un verdadero solecismo.

### III

#### LA ELIPSIS.

Examinemos si la construcción de primera persona puede justificarse, invocando en su apoyo la elipsis del pronombre Yo.

Un gramático muy distinguido hace notar lo siguiente: «No debemos inventar elipsis caprichosas, y sí seguir a los buenos autores, porque ante la claridad del pensamiento queda toda figura. («Primera Gramática Española Razonada», por don Manuel María Díaz y Carmen, pág. 173, t. II).

Nosotros nos permitimos agregar que no es justo defender combinaciones extrañas de vocablos, suponiendo que la elipsis ha sido antecedente de esas violaciones de la lengua, como quiera que la elipsis sólo comienza a existir cuando transgresiones tales son definitivamente consagradas.

Aunque en el caso que contemplamos, la pretendida elipsis no es anfibológica, sí violenta, creemos que ella ha sido imaginada por críticos indulgentes para disculpar a los que anduvieron o andan distraídos por el sendero del buen decir.



Se nos ocurre este dilema: o hay elipsis, o no la hay.

Aceptada la primera proposición de la disyuntiva, ¿la elipsis fué espontánea o natural, o reflexiva o artificial? En otros términos, ¿en todos los primeros documentos, no se usó el pronombre Yo: o se comienza por expresarlo y más tarde se omite por suplirse fácilmente?

Respecto a la primera pregunta contenida en las interrogaciones formuladas, estamos inclinados a responder que no fuera cierta la elipsis espontánea, es decir, que se usara primitivamente el sujeto en tercera persona y el verbo en primera: 1.º) porque lo espontáneo es casi siempre lo más sencillo y regular; y 2.º) porque no hay testimonio histórico que suficientemente lo acredite.

¿Fué desde el principio por todos empleado el pronombre Yo, y más tarde se suprime? Tampoco lo sabemos históricamente.

Presumimos, casi sin temor de yerro, que los primeros redactores de documentos en que aparece la concordancia anómala, ni pensaron en gramática alguna y sólo atendieron a lo que en principal término siempre domina la mente de todo ser humano: el Yo. Esto admitido, se impuso, pues, en los albores de la lengua la coordinación regular.

La elipsis sería, entonces, un expediente inventado después para sostener una anomalía sintáctica.

Veamos la segunda condicional del dilema.

Los primeros que escribieron peticiones, memoriales u otros instrumentos jurídicos o administrativos, redactores que no pensamos fueran en Gramática peritos, ¿no respetaron a ésta, porque no la había, no la conocían o estaban en gérmenes: o reflexivamente adoptaron un proceder basado en sistema consciente de estructura?

Si lo primero, la elipsis es un sueño.

Sobre el segundo supuesto, nos parece también que nada hubo: 1.º porque la lengua no estaba definitivamente constituida en los elementos cardinales de su organismo; 2.º porque menos podía existir gramática sobre ella, y 3.º por la ausencia de doctrina fija, que se nota en los documentos de personas cultas y aun escritores clásicos desde el siglo XVI hasta la fecha.

Pero supongamos que se comienza por expresar el pronombre Yo y posteriormente se calla por ser inútil: ¿debemos preferir lo que reposa en elipsis tan acomodaticias como fáciles de ocurrir o aquello que contribuye a uniformar la lengua?

La elipsis, cuando es impuesta por la índole del lenguaje o conveniente es, podrá autorizar modos extraños en el idioma:



pero no facultará para torcer su lógica sin causa meritoria ni para aceptar lo que sin discernimiento se produzca.

Siempre nos ha guiado ese principio y nos congratulamos íntimamente al saber que estamos acordes con un notable gramático, cuando expresa, casi en la misma forma que nosotros, que «todas las figuras gramaticales provienen o de la índole del idioma o que el uso ha introducido tales modos de decir por ser más convenientes. En este sentido podemos asegurar sin duda que su uso será necesario, siempre que el pensamiento lo requiera» (Díaz Rubio y Carmen: pág. 179, tomo citado).

Hemos dicho que la elipsis es recurso acomodaticio: y lo es tanto que sirve para explicar construcciones a las veces estrambóticas.

Y no hay falta de razón.

Generalmente se atribuye elipsis intencional en individuos que escribieron o hablaron sin pensar ni por asomo en ella: pues, si algo meditaron, todo pudo ser, menos la idea de apelar a tal resorte gramatical.

En esas condiciones, la explicación de un giro es arbitraria.

Con este sistema no hay construcción alguna, por más descabellada en su contextura, que no sea susceptible de ofrecer fundamento o asidero.

Más aun.

Concedamos que, mediante el transcurso del tiempo, se haya hecho habitual la elipsis del pronombre Yo. Si el vocablo o vocablos que modificaron antes a ese pronombre, representaron accidentalmente primera persona, por el influjo inmediato del mismo pronombre, creemos más lógico que, omitido éste, las dicciones conservadas recobren, en homenaje a la perfección sintáctica, su significación personal propia.

La elipsis será del dominio histórico: pero no precedente de tal valor, que haga desaparecer el carácter esencial de las voces y haga producir un capricho más en mecanismo de tan múltiple engranaje como nuestra concordancia.

Se objeta por algunos lo que don Andrés Bello dice sobre la elipsis en cierta parte de su Gramática.

Copiaremos textualmente su justísima como profunda observación. Se expresa así:

«Pero desde que la elipsis se hace genial de la lengua, y preferible a la expresión completa, las palabras entre las cuales media contraen un vínculo natural y directo entre sí. La palabra tácita que las acercó y ligó, no se presenta ya al espíritu: no existe tácitamente; deja de haber elipsis. La elipsis pertene-



ce a los antecedentes históricos de la lengua, no a su estado actual». (Tomo IV, citado, pág. 32, nota 1).

Somos de los primeros en reconocer la verdad que sesudamente formula el eminente filólogo; pero nos atrevemos a replicar que las palabras del señor Bello, presentadas como argumento en el caso actual, no prueban nada, porque prueban demasiado.

El señor Bello aplicó su principio a la elipsis permanente entre las palabras y en modo alguno a las que, precediendo a esas, influyen esencialmente en el carácter personal y otro de parecida importancia de aquellas mismas.

Así fué como explicó las numerosas transformaciones del *que*, ese Proteo de la lengua castellana, desde su conversión de reproductivo en anunciativo.

Toda su monumental obra sobre nuestro idioma se halla sembrada de interpretaciones lingüísticas basadas en la misma idea de elipsis intermediaria, recurso que fué para el insigne tratadista, a la vez que el principio de substitución, instrumento y clave luminosa para inquirir el secreto íntimo de expresiones y frases y descifrar giros casi enigmáticos. Sólo uno que otro problema, pero de distinta fisonomía que la del actual, es resuelto allí por medio de la elipsis inicial.

Se comprende que una relación que desaparece acerque estrechamente las voces antes ligadas; pero no es muy admisible que vocablos que denotaron ciertas ideas únicamente por acción de presencia de otros, como dirían los esclesiásticos, continúen representando lo que no les es propio, cuando aquella acción se extingue.

Además, Bello dice que deja de haber elipsis. Luego, concluimos nosotros, en ese caso la construcción debe ser conforme a la naturaleza que por esencia corresponde a cada término y respetar el consorcio que es menester exista entre las entidades del lenguaje.

Que lo que se funda en rodeos o circulaciones antojadizas, no predomine sobre lo que sin ellos se más sencillo y regular.

Cierto que no hay regla absolutamente fija para el uso de la elipsis como de la silepsis; mas, irrecusable es también que no es oficio de ellas adular el idioma ni deben emplearse en su descrédito.

#### IV

#### LA SILEPSIS

Aceptaríamos que la construcción del verbo en primera persona se sostuviese por considerarla como un caso de silepsis,



si fuésemos inconsecuentes con el principio de regularidad que profesamos en materia de concordancia.

El uso y sólo el uso es lo que da esta libertad en el modo de decir, «escribe sobre la silepsis el gramático Díaz Rubio, ya citado, y que no sabemos cuando es bueno y cuando es mala, pero sí aseguramos que en la mayor parte de las veces conviene desterrarla».

Sin entrar aquí a determinar lo que debe entenderse por uso y su oportuna división, nos avanzamos a aseverar que ese supremo árbitro no puede alejarse en favor de la construcción que apreciamos de incorrecta. Oportunamente expondremos las razones pertinentes.

Por ahora nos limitaremos a consignar lo que un célebre filólogo contemporáneo, Eduardo Benot, en su grandiosa obra *Arquitectura de las Lenguas*, precisamente sobre el caso en discusión.

Al tratar de las silepsis referentes a los verbos, comienza por manifestar lo que todo el mundo sabe: «Las concordancias se hacen frecuentemente por el que habla, atendiendo más a lo que se le representa en el pensamiento que a los accidentes gramaticales de las palabras» (pág. 497, Tomo III). Y entre los casos de silepsis relativa a los verbos, incluye el siguiente:

«Otras veces usamos la tercera persona de singular en vez de la primera, sobre todo en las solicitudes, los besa-la-mano, las tarjetas etc.

Fulano, vecino de esta ciudad, ante V. S. comparece y dice etcétera.

Juan Fernández, ex Ministro.

El Marqués de Cerrollano».

En una nota correspondiente al primer ejemplo, agrega:

«En vez de Yo, ante V. S. comparezco y digo» (pág. 502 del mismo Tomo III).

Se ve, pues, que el señor Benot, no acepta el verbo en primera persona, sino cuando está expreso el pronombre Yo.

Observaremos de paso que no vemos haya elipsis en los ejemplos propuestos por aquel autor. En ellos no hay violación de la concordancia, sino sustitución de una persona por otra.

Como cuando tratamos de la elipsis, preguntamos ahora: ¿multiplicaremos los casos de silépsis, sin ventaja manifiesta para el idioma?

Consideraremos separadamente ciertas construcciones que juzgamos cercanas a la silepsis, pero no idénticas.



## V

## LA SITUACIÓN DE LAS PERSONAS.

Lo que acabamos de mencionar, nos trae a mientes una alegación que hemos oído en favor de la coordinación que objetamos y que se apoya en el concepto de persona. Diremos dos palabras sobre ella.

Se arguye que en la frase «Ricardo Alvarez a V. E. respetuosamente digo», Ricardo Alvarez» envuelve el pronombre Yo o éste se halla sustituido por «Ricardo Alvarez»; y, en consecuencia, debe concordarse con la persona representada por el sujeto.

Don Andrés Bello reprueba perentoriamente tal construcción: y piensa que sólo en el plural puede un nombre apelativo de tercera persona concordar, sin estar expreso el pronombre Yo, con la primera o segunda persona del verbo. Presenta para comprobar su aserto los ejemplos siguientes: «Los viejos somos regañones y descontentadizos; los reyes tenéis por justo y por honesto lo que os viene más a cuento para reinar».

Sin asentir a que el personal nosotros esté envuelto en *los viejos*, ni conceder que se sustituya *los reyes* al personal vosotros, y sin darnos cuenta de por qué en un caso el señor Bello explica la concordancia por envolvimiento y en el otro por sustitución, ya que no hay variante substancial en el papel que *los viejos* y *los reyes* desempeñan respectivamente en los recordados ejemplos, debemos sí, declarar que nuestra lengua, como afirma el mismo señor Bello, ha admitido siempre semejantes construcciones exclusivamente en el número plural.

Volviendo al argumento de los que sostienen la primera persona verbal, en virtud de encontrarse el pronombre Yo envuelto o sustituido, creemos que apoyándonos en él iríamos demasiado lejos. Vamos a verlo.

Hay numerosos casos en que se usan diversas voces con la significación de Yo; y, sin embargo, la lengua no permite la inflexión verbal de primera persona de singular, sino la de tercera del mismo número.

Cualquiera, hablando de sí mismo, puede legítimamente proferir esta frase: «Uno trabaja todo el año para no ganar lo más preciso»: y no podría decir «Uno trabajo etc.» a pesar de que *Uno* está en lugar de Yo.

Una persona a quien se habla en estos términos: «¡Qué bien has hecho esto!», podrá contestar: «Sí; se hace lo que se puede, y no «se hago lo que se puedo», no obstante de representar el



se a Yo. El último ejemplo, entre otros, es citado por Benot para manifestar que «se», como muchas palabras, se usan en significación de Yo. Mas, se pudiera redargüirnos que el sujeto propio de «hace» es el neutro «lo» y el de «puede» es el relativo «que» reproductivo de «lo». Estamos de acuerdo sobre ello; pero para los que contemplan en el «se» del predicho ejemplo un sujeto de las inflexiones «hace» y «puede», como parece pensar Benot, ese signo personal «se» tiene el sentido de Yo, como forma modesta del decir, y no autorizar, como hemos dicho, la forma verbal de primera persona:

Alguien que habla de sí mismo, puede expresarse así: «No es Rafael quien lo hará» y no «quien lo haré»; y exhortándose a sí mismo diría necesariamente «Rafael, decídete o «decídase», sin embargo de que en ambas frases la palabra Rafael representa la idea significada por Yo.

Con la frase de tercera persona, se oculta la propia individualidad, cuando el que habla no quiere hacer sentir su egoísmo o personalidad. Son abundantes los casos en que se sustituye por una palabra indefinida en cuanto a persona, otra que significa ésta absolutamente determinada, con el mismo fin de velar la personalidad y en ninguno de ellos el concepto mental incluido en el vocablo sustituyente se impone hasta el punto de predominar en la estructura de la frase.

Suele aún hacerse valer como razón apreciable que, así como puede decirse «Yo soy quien lo afirmo o afirma» podrá también redactarse «Fulano de tal dijo o dice». No nos explicamos cómo se hace tal observación, que no es en manera alguna concluyente: 1.º) por no haber en absoluto paridad de casos; 2.º) porque en la primera frase y otras análogas el uso legítimo, robustecido por la autoridad de los gramáticos, faculta para emplear la primera persona, lo que no ocurre respecto de la otra; 3.º) en la primera construcción el sujeto de la proposición dependiente experimenta la atracción inmediata del pronombre Yo e incluye a la vez la idea de éste, circunstancias copulativas que no existen en la segunda; 4.º) el uso de la inflexión «afirmo» está además justificado, porque revela a las claras que la persona que habla se considera en su mente más importante como entidad subjetiva que como ser objetivo; y debemos notar que, en las frases en que ello se efectúa, se requiere siempre la presencia previa del pronombre personal; pues si este último no se cumpliera, la construcción de primera persona sería ilegítima.

Así conforme a lo que acabamos de establecer, podremos decir: «Fuiste tú quien mataste a mi padre» o también, quien



mató: mas, en modo alguno podríamos hablar así: «quien mató a mi padre fuiste tú», sino en esta forma «Quién mató a mi padre fuiste tú».

No está, pues, la última indicación basada en analogía alguna. No concebimos cómo pueden equipararse cosas tan distintas.

## VI

### EL USO.

Antes hemos dicho que el uso no ha dado patente de legitimidad a la construcción que rebatimos y aquí expondremos someramente los fundamentos de esa afirmación.

Es indispensable comenzar por distinguir el buen uso del mero uso; éste, producto instintivo y arbitrario de la masa de individuos que poseen nativamente un idioma; aquel procedimiento ilustrado y consciente de los buenos escritores y personas versadas en la lengua.

Aunque es imposible precisar hasta donde llega la influencia del primero y establecer cual sea el dominio del segundo, párecenos indiscutible que debemos, en caso dudoso, rendir acatamiento a las prácticas o procederes derivados del que cuenta en su apoyo conocimiento reflejo de causa.

Ahora bien: sobre el caso que nos ocupa, igual anarquía existe en ambos usos.

Si ello es así, preciso es desde luego descartar al mero uso, porque sería conceder demasiado que el capricho se impusiera sin medida e invadiese, no ya el modo corriente y familiar de expresión, sino que legislase sobre la forma en que han de redactarse documentos de cierta importancia.

Cuanto al buen uso ¿es efectivo que él sanciona nuestro lenguaje curial en el caso propuesto de concordancia? ¿Reune los requisitos de constancia y uniformidad, factores esenciales para su consagración?

Respondemos que nada nos justifica plenamente su constancia y que nada nos evidencia su uniformidad.

En efecto, el tiempo no le ha arraigado en la mayoría de los escritores y personas ilustradas, ni aun considerando en el proceder de cada uno de ellos. Léanse numerosos documentos y se hallará la prueba.

El acuerdo unánime o de mayoría tampoco existe sobre la misma materia.

Hemos revisado numerosos escritos y nos ha sido forzoso arribar a esa conclusión.



¿Cómo entonces, sin existir constancia ni uniformidad, y mucho menos la concurrencia de esas dos condiciones, lo cual es rigurosamente preciso, puede aseverarse que hay uso declarado?

Hemos de dejar constancia de que son más los que usan el verbo en primera persona; pero ellos no están generalmente abonados, como lo son en el caso contrario, por superior ilustración y competencia en lenguaje.

## VII

### VALOR DE LAS CITAS CLÁSICAS.

Resulta de las predichas citas que sólo don Andrés Bello ha demostrado doctrina sólida sobre el particular y conforme a ella ha empleado sin vacilación el verbo en tercera persona.

«Don Francisco de Quevedo concertaba de la misma manera»; y aunque posteriormente se afirma que muchas veces prefería Quevedo la construcción opuesta, nos parece que con la frase «muchas veces», contrapuesta a la afirmación general que envuelve la dicción «concertaba», se indica que ordinariamente Quevedo daba preferencia a la tercera persona.

Tenemos, pues, dos escritores afamados que favorecen la tercera persona.

Si ocurriese lo contrario en Quevedo, es decir, que emplease más a menudo la primera persona, medítese sobre sí en el punto controvertido es de más peso él, que, fuera de ser escritor clásico, formuló leyes del lenguaje por inducción tan sabia como rigurosa que aquel que sólo fué escritor, clásico también, pero no estudió ni pudo conocer a fondo la estructura del idioma, porque el organismo entero de éste no estaba definitivamente constituido. Juzgamos que en el presente caso merece mayor respeto el que ha analizado con maravillosa profundidad la lengua, ya fecundada por mayor número de ingenios, que el que la usó muy cerca del nacimiento de ella misma y especialmente con un fin estético.

Fray Luis de León es el único escritor que aparece usando siempre la primera persona.

Respecto de una solicitud de Miguel de Cervantes Saavedra, en que éste usa la primera persona, se la aduce como prueba de que «nuestro lenguaje curial se encuentra sancionado por eminentes maestros del idioma, cuya autoridad debemos respetar».



Nosotros nos permitimos a nuestro turno, reproducir otra petición del mismo Cervantes Saavedra, presentada con motivo de la anterior, en la cual usa promiscuamente la primera y la tercera persona.

Héla aquí:

«Miguel de Cervantes Saavedra, digo: que V. A. le ha hecho merced de una comisión para cobrar 2.000,500 y tantos mrv. que se deben a S. M. de fincas en el Reino de Granada, para lo cual ha dado fianza de 4,000 ducados, vistos y admitidos por V. A., y con todo esto el contador Enrique de Arraiz me pide más fianzas a cumplimiento de dicha cobranza. A. V. A. suplico etc. (Miguel de Cervantes Saavedra. Vida de M. de C. S., pág. 421, por don Martín Fernández de Navarrete).

Examinada la precedente solicitud, ¿podrá dudarse de que el inmortal escritor no tenía idea ni construcción fija alguna sobre la materia?

Como se observa a primera vista, Cervantes mezcla la forma *digo* en el caso complementario *le* y la inflexión compuesta *ha dado*, y usa después el complementario *me* y la inflexión *suplico*. Nótese, además, que emplea a la vez *V. A.* y *S. M.*, esto es, vuestra Alteza y Su Majestad, combinación doblemente vituperable: 1.º) por la antojadiza promiscuidad; y 2.º) porque el uso del posesivo no es propio, cuando se habla con las personas que llevan títulos.

En esas condiciones es manifiesto que el uso de Miguel de Cervantes Saavedra no tiene caracteres para sancionar ningún lenguaje curial; pues carece de uniformidad y es notoriamente incorrecto en la segunda petición.

Eliminamos, en consecuencia, la autoridad de Cervantes.

Deliberadamente discurriremos aparte sobre las citas referentes a Lope de Vega.

Las razones que nos han inducido a proceder así, son: 1.º) las concesiones hechas a la poesía, no legitiman su uso en la prosa; 2.º) Lope de Vega no es autoridad irrecusable en materia de lenguaje; como que el mismo insigne poeta, que redactaba dramas en «horas veinticuatro», ha dicho que es justo «hablar en necio al vulgo, «para darle gusto», razón que explica por qué tan asómbrosamente fecundo dramaturgo merece de los críticos, por lo que a las reglas del arte respecta, constante y unánime juicio desfavorable, entre otros, éste muy decidor dictamen de Gil y Zárate: (Es con frecuencia desaliñado, flojo, incorrecto, prosaico); 3.º) de los dos citados memoriales del mismo poeta, el primero carece de valor por su falta de consorcio gra-



matical, y sólo el segundo es admisible como antecedente por la congruencia perfecta en todas sus expresiones.

Cualquiera que lea los últimos cinco versos de la estrofa que comienza por «Cristianismo don Sancho», reconocerá la evidencia de su incorrección. Ellos son estos:

«una desdichada estrella  
que sus claros rayos cubre  
deste luto, que mi llanto  
lo ha sacado en negras nubes,  
justicia a pedirte vengo.»

Dígase si es posible conciliar los vocablos, sus, cubre, mi y vengo.

Opinamos que habrían quedado correctos en esta forma:

«Yo una desdichada estrella  
que mis claros rayos cubro  
deste luto, que mi llanto  
lo ha sacado en negras nubes,  
justicia a pedirte vengo.»

Mas la necesidad de conservar la asonancia (ue), que exige la combinación métrica usada aquí por el poeta, le obligó a emplear cubre en vez de cubro, y, en consecuencia a omitir yo y usar el pronombre sus en sustitución de mis, si bien creyó oportuno preferir al fin la primera persona para dar más tono e importancia a la personalidad de la dama solicitante y más vigor a su petición.

Pensamos aún que si en el cuarto verso de los citados, se hubiese reemplazado *lo* por *me*, ello habría contribuído a robustecer más la personalidad de la peticionaria y evitado la repetición del complemento objetivo llanto por medio de lo, que, aunque genial en nuestro idioma, es pleonasma, a nuestro entender, que no produce elegancia alguna en el decir.

Es útil recordar todavía que un distinguido preceptista, don José Gómez Hermosilla, sobre el respecto se expresa en estos términos: «Así terminaré este artículo advirtiéndole que los defectos relativos a las construcciones gramaticales son siempre graves, si proceden de ignorancia; pero que a veces, aun sabiendo las reglas de sintaxis, quebrantamos alguna, o por inadvertencia o porque nos creemos autorizados para ello. Lo primero se llama descuido, lo segundo, licencia.» Artículo II. Corrección.



Casi inmediatamente continúa en esta forma: «Las reglas en orden a los descuidos y a las licencias son las siguientes:

1.<sup>a</sup> Los descuidos sólo pueden ser disculpables con estas tres condiciones: 1.º que recaigan sobre reglas de poca importancia, 2.º que aun así, no se cometan sino en aquellas obras que por su naturaleza se acercan al tono descuidado y libre de la conversación; 3.º que con ellos gane algo el estilo en sencillez y naturalidad. Sin estas tres condiciones, todo descuido en materia de corrección es una verdadera falta.

2.<sup>a</sup> Como las licencias, o sean las voluntarias transgresiones de las reglas, son de dos clases, unas autorizadas ya por el uso con el nombre de figuras de construcción, y otras nuevas, porque hasta entonces nadie se ha tomado la libertad de usarlas, téngase presente que «éstas pueden ser tolerables en poesía»; y aun allí para aventurarlas en corto número, es menester que el poeta haya alcanzado ya con otras obras la autoridad de tal; y que en la prosa no son permitidas licencias verdaderamente nuevas; pero sí es muy permitido y necesario emplear la ya usadas, o las figuras gramaticales». (*Arte de Hablar*, pág. 171. 1883).

Todo lo preceptuado por Gómez Hermosilla guarda perfecta armonía con la opinión de Bello. Este luminoso maestro dice, concretándose a la concordancia, en el último párrafo del capítulo que a ella dedica, párrafo puesto como epígrafe en nuestra sencilla exposición de ideas: «Algunas de sus libertades merecen más bien el título de licencias, originadas del notorio descuido de los escritores castellanos en una época que ha dejado producciones admirables por la fecundidad y elevación del ingenio, pero pocos modelos de corrección gramatical.

Es necesario también hacer diferencia entre las concesiones que exige el poeta, y las leyes severas a que debe sujetarse la prosa».

Justicia más que sobrada tuvo Bello para escribir estas palabras que no creemos ocioso repetir: «pocos modelos de corrección gramatical.»

Tenemos, en definitiva, que el buen uso no ha dicho su última palabra.

## VIII

### INDICACIONES FINALES.

Terminaremos con algunas observaciones que nos parecen atendibles.



1.º El lenguaje curial ni tampoco otro alguno de igual o parecida especie, puede ser sancionado por ignorancia, descuido, giros poéticos o mero artificio literario; a la manera que la inteligencia o hermenéutica del Derecho no es impuesta por aquel mismo artificio o por la acepción que a las palabras dan los tropos o cualquier figura de retórica.

2.º Es lógico suponer que en toda solicitud, la persona que hace la petición, o es indiferente o desconocida para la autoridad o que ha de proveer, pues ni esa ni éste debe atender primariamente al individuo que suplica, sí que a las razones o hechos que expone.

3.º Aun tratándose de alguien notoriamente conocido o que inviste un cargo público, ha sido práctica constante en numerosos documentos usar el pronombre Yo, como generalmente ha ocurrido y ocurre en las provisiones reales, con mucha frecuencia en informes del ministerio público y siempre fué observado aquello en los instrumentos legales otorgados ante notarios y otros funcionarios jurídicos, o de semejante carácter.

No huelga dar a conocer, como dato histórico interesante que Cristóbal Colón, que no pudo ser más afamado y conocido después del descubrimiento de América, se presenta a la corona de España, con el objeto de que se dé cumplimiento a lo estipulado en el Convenio de Santa Fe, y no usa la primera persona, muy probablemente porque su solicitud no comenzaba por el pronombre Yo.

Tampoco es excusado advertir que Miguel de Cervantes Saavedra en una carta de pago se expresa así: «Sepan cuantos esta carta vieren como Yo Miguel Cervantes Saavedra otorgo y conozco, etc.

¿Por qué dijo en esta ocasión otorgo y conozco? Desearíamos que se nos contestara sobre esto y lo demás.

¿Por qué autorizar en un caso lo que en otro, idéntico en el fondo, no se acostumbra o legítima?

Donde existe la misma razón, debe regir la misma disposición, dicen los jurisconsultos.

Quizás por haber sido muy socorridas, o en homenaje, a la soberanía de un alto poder del Estado o respetable corporación, y como privilegio de personas constituídas en alta dignidad, pudieran aceptarse, en resoluciones, órdenes o decretos, frases que se asemejen a éstas: «Carlos V. digo y establezco»; bien etc»; «El Congreso habiendo deliberado, resuelvo etc.»

4.º Si el peticionario no cree oportuno ocultar su personalidad, en vista de que ésta puede influir algo para el buen éxito de su presentación, ¿qué inconveniente se opone a expresar el



pronombre Yo, a fin de que se justifique la primera persona verbal, que es privativa en absoluto de aquel pronombre?

Las elipsis, repetimos, aceptables, en orden a dar la clave de ciertos giros particulares o demasiados anómalos por su estructura, no autorizan para defender construcciones raras, que debieran llamarse desconstrucciones, las cuales pudieron evitarse, respetando los principios de severa lógica, y que quizá nacieron de ignorancia o de inadvertencia.

Conveniente es no abusar de la elipsis para transgredir las reglas generales de la concordancia, harto ya sujetas a numerosos e intrincados caprichos, irregularidades o modismos.

En resumen, fuerza alguna nos hacen pasajes poéticos o citas en que se revela descuido o distracción evidente; menos aceptamos como leyes para la prosa las coordinaciones que se fundan en modo de decir ingeniosamente arbitrarios, con que la espontaneidad artística enriquece la forma estética de las obras de bella literatura, inapropiadas aquellas en producciones de literatura seria, y más aun en documentos de carácter parlamentario, jurídico o administrativo, especialmente solicitudes o peticiones, las cuales exigen claridad, discreta sencillez y el realce indiscutido que les da un lenguaje propio, precioso y correcto.

Creemos, en consecuencia, que la lengua española exige en homenaje a la lógica y con provecho positivo de su contextura, el uso de la tercera persona verbal, en las solicitudes que se encabezan con el nombre del que firma, pero sin expresar antes de éste el pronombre Yo, pues esta clase de documentos, como lo repetimos, deben realizarse con la propiedad, precisión y lógica de su lenguaje.



# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

DISCIPULO DE KOCH Y COMPAÑERO DE  
SIR ARTHUR CONAN DOYLE

RECUERDOS DEL DOCTOR TOMAS SANHUEZA SANDERS.

## PREÁMBULO Y RETRATO.

**P**ARA los viejos, queda en la vida, el recuerdo innumerable... No se precisa de la «conversación carnal», como dirían los jueces de Catalina de Aragón, aquella primera esposa de Enrique VIII, para justificar la supervivencia de los viejos... Perdura el perfume, la huella imborrable de los actos, la actitud y la armonía conceptuadas de todas esas facultades físicas o afectivas que nos hicieron felices otrora. Ya me ve usted, totalmente desprejuiciado, razonando con una sinceridad de adolescente. Se debe vivir o tratar de vivir, sin escepticismo ni falsa envidia por la pérdida de algunas preponderancias... Basta el ejercicio de los sentidos; el tacto, el olfato, la vista, el gusto y la memoria nos entregan vírgenes perennes al espíritu natural. El placer retrospectivo de un ciego adulto que recuerda el sol de la infancia. Yo cierro los ojos para vivir deleitosamente y creo, que la vejez, nos trae un refinamiento o afinamiento de ese placer inefable de construir, de observar el pasado por la misteriosa ventanita del recuerdo, sin el daño vivo, que es impulso del actuante ordinario. Esta es la paz feliz de los viejos...!

Y el Doctor, se alisa su barba de Santa Claus civil, su barba de algodón hidrófilo, que el viento le parte hacia los hombros.

La profesión médica, compulsadora de dolores ajenos y por añadidura, las penas propias, me han estampado ésta filosofía. Larga es mi actuación, ancha y profunda de recuerdos y alter-



nativas. Yo iré ordenando éste maremagnum para satisfacer su curiosidad; porque, ¡no se burle usted! yo tengo una disciplina rigurosa como médico y como numismático. Un pozo de dolor, que cegó casi cinco años de mi vida, la muerte de un hijo querido, me desvió hacia esa preocupación pueril y meticulosa del numismático. Tengo ordenadas mis piezas desde la época colonial chilena de 1744 hasta el sistema decimal que se inició en 1851. He tenido una paciencia de entomólogo o de orfebre medioeval... Y, ya verá usted, que estas disciplinas forman el carácter, como una gimnasia de la voluntad.

Vamos discurriendo sin premura por esta mañana soleada, dominguera de retoños y con chaya menuda de durazneros y almendros tempranos.

El Doctor es alto, ni enjuto ni hombrón, españolísimo de facciones, aunque la sangre Sanders juega sus circunvoluciones patentes. Tiene el tranco decidido del andariego consumado y la cabeza, siempre en esguince de avanzada, con la decoración de la blanca barba bailadora al viento, como el foque naviero.

Usa inverosímiles bastones bordeleses de retorcidas cepas, ganchos jacarandosos, áspides de Esculapio.

Estampa de caballero indo-británico, parsimonia y donaire espirituales, contemplativo permanente de sus pinos y suave patrón de sus tierras; alianza de castellano viejo con navegante isleño.

De cada árbol tiene su historia compendiada, romance de égloga. Esta palma la sembré el año 1888 y vea usted, la corpulencia que alcanza hoy. Está adueñándose de mi casa con simpática intrusidad. Ah! realiza la desproporción de nuestras esperanzas...

Y con el bastón bordelés le da unos golpecitos de abuelo. Esos naranjos y esos pinos míos...

Podría decirse de este Doctor, lo que añadía al retrato del señor Voltaire, jardinero de Ferney, un biógrafo sutil: «Vive de reasorber sus propios jugos. Acostumbrado a tomar los gestos de todas las emociones, ha acabado por ser todo él un simple gesto.»

#### INICIACIÓN.—VAPORES EN EL BÍO-BÍO Y CEMENTERIOS LAICOS.

Después de medio siglo de profesión, desde el 87 hasta 1929, el Doctor se ha jubilado por propia determinación. Lo vemos en su sombrero estudio de la calle de O'Higgins, en que cada araña es una Penélope sin sobresaltos ni temores. La sala de espera con sus antiguos muebles de moaré, su estudio silencioso



con la mesa quirúrgica, zancuda de altas patas, los anaqueles con numerosa bibliografía médica, el instrumental destellando pálidamente en su inactividad, y revistas, folletos, libros a montones, desbordándose, inundando esa paz, ese olvido de los dolores y del tráfago de la vida enferma.

Y empieza a hablarme, con orden ponderado, tal como cataloga sus monedas, menos difícil por cierto, que urdir el resumen de tantos años desvaídos como el cuño caprichoso de la plata-cruz.

—Yo nací el año 1859 y me eduqué bajo la severa tutela de mi abuelo británico Tomás Kingston Sanders, por haber quedado huérfano de madre. El 70 era liceano en Concepción hasta el 77 en que inicié mis estudios médicos en Santiago. Esta ciudad penquista tenía en aquellos años una periferia muy reducida, aunque por razones de estrategia y de importancia intelectual, tuvo siempre un ascendiente formal. Había preocupaciones culturales, pero la mayoría se dedicaba al comercio, como zona de atracción de todo el territorio sur, tan aislado del centro de Chile, por las precarias vías de comunicación. Recuerdo todavía los viajes de posta a Santiago o la navegación por el Bío-Bío hasta Nacimiento, que efectuaban vapores de ruedas laterales de propiedad de don Manuel Hoges. Esta navegación fluvial prestaba utilidad inapreciable para el transporte de maquinarias o elementos que necesitaban los productores agrícolas, devolviendo, en cambio, todos esos productos que excedían de sus graneros y cultivos. Siempre fué dificultosa la navegación por el Bío-Bío, por las arenas acumuladas y las corrientes que cambiaban su cauce, así es que, muchas veces, los viajes a Nacimiento se prolongaban sobremanera y se dió algún caso muy particular, de agricultores que habían liquidado sus cosechas y volviendo con todo su capital, lo perdían durante la navegación, ya que no escaseaban a bordo los asados, el mosto y la baraja traicionera...

El espíritu de Concepción fué siempre liberal y como una comprobación de lo que afirmo, está el incidente promovido a raíz de la muerte del Coronel Zañartu, que fué el origen de la discusión de los cementerios laicos.

El dicho Coronel, un héroe que se había batido en Carampangue y que era Jefe del Batallón Cívico para tener en el bregate a los insurrectos de la frontera, se casó en Concepción con la señora Gertrudis Zañartu viuda de Gana. Por razones de vida privada e instado el Coronel a confesarse en artículo de muerte, se negó al arrepentimiento de sus culpas, dando pie al curioso entredicho entre el Obispo Salas y los amigos del



extinto. El Obispo trató de cerrar el Cementerio y prohibir la inhumación de Zañartu en tierra considerada sagrada, lo que motivó un movimiento violento de parte de los cívicos. Yo era un muchachito y concurrí al Cementerio, ya que se anunciaban toros; pero todo pasó sin mayor trascendencia, pues el Cementerio estaba con sus puertas abiertas... De este suceso que fué comentado y dispersado por la prensa, se originó la famosa controversia sobre los cementerios laicos, provocada por don Domingo Santa María en el Congreso del año 72. Desde entonces, parece que Concepción se dividió exactamente en dos partidos, que si no me equivoco perduran hasta hoy, salvo pequeñas desviaciones o escisiones doctrinarias.

VIDA INTELECTUAL.—LUCHAS DE LA ÉPOCA.—LASTARRIA, VICUÑA MACKENNA.

Debe recordarse también, en el Concepción antiguo, el eco que encontró aquí la efervescencia literaria del año 75, pues los liceanos tenían sus periódicos escritos a puño y de circulación rigurosa, habiéndose destacado el periódico impreso *El Alba*, que dirigía el poeta Ramón Harriet.

Yo era estudiante de medicina en Santiago y pertenecía al grupo de la sociedad de *El Progreso*, que presidía ese hombre hermético y ceñudo de don Manuel Antonio Matta, en una sala de la Galería San Carlos. Primaba, entonces, el espíritu de tacha y selección entre los liberales destacados y los estudiantes, para contrarrestar la acción permanente e incisiva de la ideología eclesiástica. Se crearon escuelas públicas y populares y yo fuí profesor en la Escuela Franklin, sita en la calle Nataniel afuera, cerca de la Avenida Matta. Además, se fundó una Biblioteca Popular, con la contribución de todos nosotros, que fué la base de la biblioteca del diario *La Época*. Hay que trasladarse a ese tiempo, para poder apreciar la magnitud de nuestro esfuerzo en medio de una tiniebla compacta, en que la ciencia era considerada todavía como un sacrilegio. Esta iniciativa de *El Progreso* se malogró, después, por el afán egoísta o especulativo de algunos y terminó a capazos, desmembrada, inerte y sin esa cohesión que se precisa sostener para realizar las grandes luchas ideológicas. Como ayer y como siempre, la mezquindad de unos cuantos fariseos terminó con esa iniciación laudable.

Después surgió la Academia de Bellas Letras, que presidía don José Victorino Lastarria. En ese cenáculo dilecto conocí a



Guillermo y Manuel Antonio Matta, José Antonio Soffia, Augusto Orrego Luco, Daniel Barros Grez, Juan Nepomuceno Espejo, Pedro León Gallo, Ambrosio Montt, Antonio Varas, Barros Borgoño, Fanor Velasco, Benjamín Dávila Larraín y tantos otros hombres ya ilustres en esa época.

Lastarria era muy afecto a la juventud y como era apasionado por todas las especulaciones espirituales, los sábados, luego de terminar nuestras reuniones en la Academia, los más fervorosos lo acompañábamos hasta su casa de la calle de la Bandera, en cuyo umbral se prolongaban sus charlas, apretadas de bellos conceptos, de sutilezas ingeniosas, campeando en su verba encendida ese vigor mozo y liberal indomable, que le adjudicara su preponderancia de maestro, de verdadero constructor de mentalidades. Fué Lastarria la cristalización de al doctrina más espontánea, que hizo de nosotros hombres dignos y noblemente independientes. Todavía no se ha hablado suficiente sobre el mérito impulsador del liberalismo de Lastarria.

Copie usted, este párrafo elocuente de Lastarria: «Así la Administración Pérez, por una parte, aparentaba servir a la reforma exigida por la opinión del país, para hacerla abortar en el sentido de que ella no perjudicase a la organización del poder absoluto, defendida por los intereses y doctrinas de los conservadores; y por otra, creyendo que éstos formaban su fuerza principal, entregaba al círculo de reaccionarios las funciones públicas, principalmente las de la Universidad y de la enseñanza, que eran las que más apetecían ellos. Los liberales enrolados en el partido gobernante, servían incondicionalmente a esta política o por no perder su posición, o por que no tenían valimiento para modificarla. Esta actitud pasiva formaba contraste con la actividad que desplegaba el círculo reaccionario para apoyar sus osadas exigencias; y, como era natural, el gobierno buscaba a sus defensores, no tanto entre los liberales que carecían de organización, cuanto entre los adeptos de las logias que el círculo clerical tenía organizadas para hacer guerra, a nombre de la religión, no sólo contra las regalías del Estado y las libertades sociales condenadas por la iglesia, sino aun contra la propiedad industrial de los diarios, que como *El Ferrocarril* y *La Patria*, eran acusados de herejes porque no defendían los intereses eclesiásticos.»

Lastarria anota al margen de sus Recuerdos Literarios, un síntoma que verifica el antagonismo y las dificultades con que debíamos luchar los espíritus independientes. Dice, que en la misma Administración de Pérez, se sancionó y promulgó en



20 de Diciembre de 1869, una ley auxiliando con 20,000 pesos, para gastos de viaje a los Obispos de Chile, que habían ido al Concilio Vaticano a establecer éste cánón, que se aplicaba para excomulgar a la Corte Suprema y todos los demás cánones que atacaban la Soberanía del Estado. Esto dice relación, con el examen que hacía «La Revista Católica» el 8 de Julio de 1871, examinando dos sentencias libradas por el tribunal supremo en dos recursos de fuerza, no vacilando en sostener que la ley civil debía callar ante las voluntades de la iglesia, y declaraba excomulgados a los magistrados de la Corte Suprema, como allanando ya el camino a las censuras y excomuniones, que más tarde, habían de lanzar los obispos contra la representación nacional y el gobierno de su patria, porque no se sometían a la soberanía extranjera de Roma... Calcule usted el ambiente de esos años...

La autoridad de Lastarria, establece otra verdad sobre el movimiento intelectual y expresa el 23 de Mayo del 42, en su discurso inaugural de la Sociedad Literaria: «Hoy los literatos no son dictadores, no son los apóstoles de una verdad nueva, se han aplebeyado, se han hecho pueblo, a medida que, aclarados los horizontes, la sociedad ha creído también que podía partir por distintos rumbos. Pero las ciencias han salido de la condición vergonzante que tenían cuando vivían de las mercedes del poder absoluto, y las letras que entonces servían a una sola aspiración, son hoy las armas de lucha que emplean todas las aspiraciones que pululan y se combaten en la sociedad moderna. El cuadro de esta situación espanta, porque no se sabe cómo salir de ella. Quinet lo traza con mano firme y fuerte colorido, pero calla, como todos, sobre el remedio de un mal tan patente. «Preguntáis, exclama, por qué los escritores del siglo XIX no tienen sobre su nación el alcance que tenían los escritores del siglo XVIII? La razón es sencilla: hoy, las ideas más verdaderas, las más justas, causan miedo. Antes de la revolución se aspiraba a ellas por todas partes. En el siglo XVIII todas las clases aspiraban a la misma verdad, corrían a encontrar las ideas, tenían sed de luz. Así un mismo escritor era el órgano de la sociedad entera: nobleza, clase media, pueblo, tenían la misma curiosidad, la misma ambición de la verdad. Siendo todavía una la sociedad, permitía al genio una dominación universal. Después de la Revolución, cada condición, cada partido se ha hecho su pequeña verdad exclusiva, fuera de la cual no hay salvación. Expresáis una de esas verdades. Al instante sois condenado por todo el que ha colocado en otra parte su bandera. Cada grado de riqueza y de pobreza tiene



sus sistemas de ideas sobre el cual la palabra y la elocuencia no pueden tener alcance alguno. Se tiene tal pensamiento no porque el sea seguro, sino porque pertenece a tal condición de fortuna en que se usado. Para saber lo que los hombres piensan, no tengo necesidad de interrogar sus almas: me basta saber en qué situación viven. De abajo para arriba, yo descubro así todos los sistemas de filosofía y de creencia.»

Y luego agrega este corolario, que puede prolongarse hasta nuestros días sin peligro de errar la generalización del concepto:

«Nuestra revolución ha emancipado menos que la de Francia el espíritu, y lo ha anarquizado más, dando alientos al orgullo individual para radicarse en sus preocupaciones y absurdos. Si allá el espíritu escolla en un dique inmenso, *aquí se ahoga, en un océano de lugares comunes, de sofismas y de frases de convención, que tampoco nadie puede examinar, sin ser estigmatizado por toda la sociedad que vive en ese océano de errores, como el pez en el mar salado.* Todos los partidos, todas las condiciones buscan en el respeto y en la sumisión a esos errores el triunfo de sus intereses y la dominación. Emitid vuestro pensamiento libre en las regiones de la filosofía o de la ciencia, y no alcanzaréis a sentir el eco de vuestra palabra, porque ella será ahogada y condenada, sin otros; emitid vuestro pensamiento libre en las regiones de la historia o de la política y sublevaréis una tempestad; proclamad vuestro pensamiento sin disfraz y os tratarán de loco. No hay remedio *es preciso dejar de pensar y dejar de sentir*, o pensar y sentir como todos según la regla convenida en la forma adoptada y consagrada en el partido a que pertenecéis, en la condición social que tenéis, en el sistema que la autoridad os ha dictado.»

Si Lastarria viniera a actuar en nuestro tiempo, creo que nadie lo aventajaría en estructura revolucionaria, en ritmo adecuado a los problemas sociales que se improvisan y surgen espontáneamente en los pueblos. Yo deseo citar esos principios de Lastarria, porque es conveniente repetirlos incansablemente para enseñanza de nuestra precaria moral, de nuestra decadencia progresiva de hombres e ideas.

No conozco a nadie más adelantado a su tiempo que Lastarria y más actual en toda nuestra época de girándulas políticas.

Con mi primo Tomás Menchaca, concurrí muchas veces a visitar a Vicuña Mackenna, en su casa de la calle que hoy lleva su nombre. Tenía una memoria prodigiosa y recordaba con precisión las anécdotas locales de Concepción, determinando a los personajes característicos del tiempo con una exactitud fo-



tográfica. Charlador jugoso e intencionado, no parecía darle importancia a la inmensa montaña de trabajo acumulado, que él hacía jugando, tal como discurría su charla clara, viva y documentada valiosamente.

En cierta oportunidad, se burlaba de un caudillo político pueblerino, de enorme prestigio en su círculo, pero que llegado al Congreso, sólo abrió la boca para exclamar una palabra: «Tolerancia»... Así acontece a veces; hay hombres que son una verdadera mistificación, hasta el momento en que se descubren ante la estupefacción de sus adoradores. En política, decía Vicuña Mackenna, subrayando esa anécdota, la mayoría de los dioses electorales tienen los pies de barro... y la cabeza.

LA VIEJA ESCUELA MÉDICA.—EL DOCTOR AGUIRRE.—CHARLIN Y UGARTE GUTIÉRREZ.—AUGUSTO ORREGO LUCO

—Yo estudié en la Escuela Médica, ubicada en la calle de San Francisco, en el desván del Hospital de San Juan de Dios, Escuela que ha rememorado el doctor Orrego. Si bien era precaria de instalaciones, suplía su pobreza el número ilustre de sus profesores, tales don Joaquín Aguirre su Director y los maestros Damián Miquel, Saldías, Schneider, Pablo Zorrilla, Ignacio Domeyko, Rodulfo A. Phillipi, el químico Vásquez y otros. Teníamos dos ayudantes, que después fueron mercedamente famosos: Charlin y Ugarte Gutiérrez, cirujano y clínico, respectivamente.

Charlin, hombre sobrio, sencillo, severo, era monosilábico. Cuando nos quería enseñar una materia no conciliaba los términos exactos recurriendo, entonces, a la demostración anatómica; y, bisturí en mano era elocuente y genial. Hombre maravilloso, reservado y poco afable, fué mi amigo de juventud y muchas veces fuí con él a la calle de Carrión a encumbrar volantines...

Ugarte Gutiérrez era el reverso de Charlin: exuberante, nutrido de palabras, didáctico apasionado, clínico de perfiles eminentes, que yo llego a calificar en paralelo con el célebre doctor Dieulafoy, clínico francés que fué después mi profesor en París.

Ambos se completaban, se sumaban en la ética profesional, pues eran ejemplarmente desprendidos para enseñar sus especialidades, entregándose al discípulo con placer y, jamás nadie pudo verlos engreídos de su imponderable superioridad intelectual. Yo los tengo siempre en mi recuerdo...

Ambos murieron en mala hora.

El doctor Manuel J. Barrenechea ha comentado la evolución



de nuestra enseñanza médica, en un recuerdo que dedicó a la memoria del ilustre Profesor Vicente Izquierdo. Efectivamente nuestros sistemas estaban retrasados y la especialización adolecía de métodos e instrumentos adecuados. Yo no conocí, por ejemplo, el microscopio en la Escuela Médica... Se abusaba, pues, del diagnóstico, sin medios para buscar las causas en los análisis de laboratorio, dejándose la vida del paciente a la habilidad del «ojo clínico», tan en boga por esos años...

Por fortuna, los primeros médicos que regresaron de Europa, innovaron radicalmente sobre el método primitivo. El oculista Mazzei, ayudante del Profesor Magni de la Universidad de Bologna; Vicente Izquierdo, Profesor de Histología que fué alumno de Waldeyer en la Universidad de Estrasburgo; Lorenzo Sazie, Profesor de Enfermedades Mentales y Nerviosas, formado en la Salpêtrière, en la Clínica de Charcot; Guillermo Puelma Tupper, Manuel Barros Borgoño, Cienfuegos, Ricardo Dávila Boza, que habían recorrido las clínicas más famosas de Europa.

Se acreció, pues, el caudal de conocimientos médicos, con la experiencia recogida en centros más poderosos de ciencia, y se adaptaron las prácticas antiguas, sólidas y nobles circunstancialmente, a la rigurosidad evolutiva de otros sistemas más aptos y eficaces.

La ciencia médica es un vértigo, que hay que seguir con agilidad permanente. El procedimiento de hoy puede amanecer anticuado y el médico no debe sufrir el colapso del tiempo.

Un párrafo especial merece el doctor Augusto Orrego Luco. Fué eminente desde su juventud. La sociedad de Santiago, pelucona y exclusivista, esperaba con ansiedad la actuación del nuevo profesional; pero el doctor Orrego, indiferente al halago y a la curiosidad mundanas, dió en la flor de retraerse del profesionalismo activo, para dedicarse con ahinco a las letras en la *Revista Literaria*, su principal animador, y a los estudios laboriosos y pacientes de gabinete, que habrían de informarle, después, una personalidad sólida, indiscutible y respetada por todos, con rara unanimidad. Su figura elegante, su pálido rostro enmarcado por una barba negra de Cristo buenmozo, su claridad expresiva y su afabilidad sencilla se adueñaban del auditorio en las veladas de *El Progreso* o de la Academia de Bellas Letras o en sus conferencias médicas. Los estudiantes de aquellos tiempos, lo considerábamos ejemplar. Era el Cristo deshumanizado de la sociedad, a la inversa de ese Cristo que encargó Tolstoy a un pintor ruso, tan humano y doliente, que



el escritor sintió angustias de muerte al ver la realización plástica de su idea trágica.

Veamos alguna anécdota, dice el Doctor.

—Había en la vieja Escuela un hombre muy curioso: el italiano Coste. Era el que hacía las preparaciones. Chico, regordete, truhanesco de expresión y muy afecto al vino, pero aunque intratable por su carácter, era un verdadero maestro en preparaciones. Fué contratado por el Gobierno en Europa y se contaba que había sido ayudante de una notable Escuela Médica italiana. Su único amigo era el Inspector Zorrilla, hermano de Pablo el profesor. Este Inspector era pequeñito y con pelos hasta en los ojos... Ambos se entendían o se conciliaban en la ley de Noé, y una vez riñeron estruendosamente en presencia de los alumnos. El italiano quería destrozarlo y viendo la incapacidad física de Zorrilla le ametralló un denuesto gráfico muy gracioso:

—Capisco que tu serai un macaco inferiore, porque todavía te enredas en la cola para andar.

Coste disponía de los cadáveres, que entraban «frescos» del Hospital y eran tan escasos los muebles, que la carne para nuestra codiciosa batalla quirúrgica se hacinaba en montones. Por supuesto, que durante las noches, los ratones nos hacían un picadillo de preparaciones, especialmente en ojos, narices y orejas...

Entonces se hizo un gasto dispendioso, construyéndose cajones con altas patas a fin de evitar la intromisión de los estudiosos roedores...

Esteban, el carretonero de la fosa común y su mula, eran otros dos personajes, con perdón de la mula...

Un muchacho curioso y medio romántico, después doctor Rauch que se radicó y murió en Lota, me invitó una noche para acompañar a Esteban en su carro. Nos instalamos en el pescante los tres y tomamos rumbo al Cementerio. Sucedió algo original: cada cierto tiempo, la mula se detenía sin aviso previo... Esteban se bajaba muy serio y bebía su copa de aguardiente. La mula hizo 20 estaciones y Esteban se bebió 20 copas de aguardiente. Beodo Esteban, y la mula más conciente que él, llegamos al borde de la fosa común, todo esto sin que el carretero le dirigiese ni un chistazo al animal.

Cuando Esteban descargaba los trozos humanos, media pierna enterrada entre los cadáveres, consideramos que la profesión del hombre necesitaba su estimulante...



CAMPAÑA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA.—  
LA RAZA FUERTE.—EL ROMANCE DEL TENIENTE BOLTZ.

—Todavía era estudiante de medicina, cuando fuí a recoger heridos, después de la batalla de Tacna. Me inicié, pues, en una carnicería humana. Recibido de médico a principios de 1883, fuí nombrado Cirujano del Ejército y me embarqué con destino al Hospital 2 de Mayo en Lima. Al poco tiempo después se me agregó a la Expedición Arriagada, que salía en persecución del montonero Cáceres al interior-norte del Perú. La destrucción de este caudillo, dicen las Memorias de Lynch, era indispensable para facilitar las negociaciones de paz, consolidar el gobierno del General Iglesias y concluir con las esperanzas de los ilusos, que esperaban posibles victorias. El 6 de Abril del 83, salía en un tren de Oroya el Coronel León García, con 1,800 hombres y el 25 de Abril del mismo año, partían 1,200 hombres más al mando del Coronel Estanislao del Canto. Su misión era operar en la quebrada de Chicla, destruir las montoneras existentes entre Matucana y Chosica, irrumpir por Cieneguilla hasta Siscaya, buscando los mejores caminos y combinar un plan de ataque decisivo con las fuerzas de León García.

En Matucana, hasta donde llegaba el ferrocarril, estaba yo a cargo de un hospital militar para tuberculosos, que había fundado por orden del doctor Alcérreca, Jefe del Servicio Sanitario, en virtud del clima adecuado del lugarejo. Cuando pasó la División Canto me agregué a ella y se me nombró Cirujano del 2.º de Línea, en vista de que el doctor de cargo había sido regresado a Lima, por considerarlo el Coronel un poco revoltoso y desordenado.

La División Canto, antes de llegar a San Bartolomé, había librado dos reñidas refriegas en Balconcillo y Pampa de Siscaya, derrotando en ambas al enemigo, que sufrió grandes pérdidas, por solo 4 muertos y 12 heridos nuestros.

Unidas las fuerzas del Coronel Canto con las de García, formaron una gruesa división, que persiguió a Cáceres hacia el norte, pasando sucesivamente por Cerro de Pasco, Huanuco y Aguamiro.

El 12 de Junio llegó a Aguamiro el Jefe del Estado Mayor del Ejército en Lima, Coronel Arriagada, nombrado Comandante General de las 3 divisiones de operaciones contra Cáceres.

Dice Lynch en sus memorias: «No necesito recordar los motivos que me indujeron a hacer ese nombramiento; pero sí dejaré constancia de que cuando el Coronel Arriagada tomó el



mando de las fuerzas, éstas ya habían recorrido 196 leguas y se encontraban fatigadas, descalzas y escasas de ropas.»

Al decir las 3 divisiones, se refiere a la de García, de Canto y la de Gorostiaga, que operaba en el norte, en el departamento de Libertad, que marchaba hacia Huamachuco para cortar el camino a Cáceres por ese departamento y la del montonero Recabarren que merodeaba en Huaraz.

El 19 de Junio las 2 divisiones de Arriagada, tomaron posesión de Huaraz, sin resistencia y al contrario, manifestándose los locales dispuestos a secundar los trabajos de paz, iniciados allá por Duarte, Jefe del Centro, reconocido previamente por el Jefe Supremo General Iglesias, con quien Chile tramitaba arreglos en oposición abierta a Cáceres.

Hasta Huaraz, la división del centro había recorrido 300 leguas chilenas, remontando y descendiendo cordilleras escarpadas y abruptas serranías, sufriendo las inclemencias de un clima de frecuentes alternativas, ora discurriendo por concavidades profundas o eminencias elevadísimas. Su estado era lamentable: sin vestuario, poca alimentación y escasas cabalgaduras, no ofreciendo ningún elemento los lugares de tránsito, ya que el originario nos escondía hasta lo más necesario. En esa situación las bajas eran numerosas: 331 por enfermedades, fiebres palúdicas, etc., y 52 por fallecimientos, pudiendo observarse, con tristeza, que muchos, en el desaliento y la fatiga recurrían a la liberación voluntaria.

A pesar de todas estas amarguras, el 22 salió la División para Carhuaz, primera jornada a 3 leguas de Yungay, desprendiéndose de los enfermos, que se dejaron custodiados por dos compañías del Miraflores y yo como Cirujano.

El grueso de las divisiones continuó la persecución de Cáceres y creyéndose que había variado rumbo al sur, se pidió con exigencia a Lima tropas que fueran a ocupar Cerro de Pasco, mientras que el grueso, para contramarchar desde Carhuaz a Aguamiro necesitaba hacer 7 jornadas de 10 leguas cada una, lo que equivalía a 12 días. Las dificultades ponían a prueba la resignación y el patriotismo de los expedicionarios, sin apagar su entusiasmo.

Durante la permanencia de Arriagada en Huaraz, éste nombró al Ayudante del Estado Mayor, Teniente Boltz, que generosamente se había ofrecido, para ir a Casma llevando una importante comisión con destino a Lima, oficial que fué asesinado por el cabecilla de las montoneras de Moro y Nepeña, en Yantán, lugares cercanos a ese puerto.

Yo había recibido orden de dirigirme a la costa con los enfer-



mos y heridos para embarcarlos al Callao. Después de 8 días de tremendas marchas a pie, con los enfermos cruzados de a dos en cada mula, sufriendo la muerte de algunos más debilitados, llegamos a Casma.

Durante el camino, al pasar por Yantán, me tocó recoger los restos del valiente Teniente Boltz. En ese villorrio me contaron su muerte. Como era un oficial rubio y de ascendencia alemana, se hacía pasar por viajante de ese país y en Yantán, tuvo una francachela con los cabecillas montoneros. Todo había discurrido espléndidamente, resguardado por su disfraz teutón, cuando al despedirse, con grandes manotadas y abrazos, uno de ellos le dió un tirón a la manta y se la desgarró en el pecho, apareciendo a la vista de todos los botones dorados de la casaca chilena. Fué fusilado inmediatamente...

Sólo al romanticismo del joven inexperto se le ocurrió llevar su uniforme en tan arriesgada empresa o tal vez, pretendió llegar hasta la ciudad de los Virreyes, con esa prenda que él encontraba insustituible para su orgullo pueril de muchacho valentón.

Cuando me embarqué a Lima en el transporte «Chile», ya me sentí enfermo de tifus. Hospitalizado en el 2 de Mayo después fuí a convalecer a La Punta. Luego otra vez de Cirujano al Hospital 2 de Mayo y finalmente en la expedición a Arequipa, como cirujano del Regimiento Curicó. Nos embarcamos en Pacocha, haciendo la marcha a Moquegua por tierra y encontrándonos con la división de Tacna del General Gana. Vino la paz...

Luego me embarqué a Valparaíso en Enero del 84 y de tantas andanzas por esas tierras, que para otros fueron alternativas de heroísmo y de aventuras, yo conservo el recuerdo del dolor profundo, ya que mi batalla era silenciosa, entre piltrafas humanas y gritos de agonía inolvidables.

Sólo una raza de acero pudo formar esa caravana doliente, pero altiva. Eran gigantes inviolables para el desmayo, hombres de granito, que podían ir desangrándose en el camino, pero sabían sonreírle al destino tan incierto como esa ruta llena de sorpresas. A esos soldados heroicos se les podían amputar los miembros, sin que el corazón de bronce precipitara sus latidos. ¿Tenían el anestésico de los héroes, la fatalidad indígena o sabían sufrir por la patria con desprendimiento ufano?

Yo los veía cubrir las jornadas y cada noche creía estar en medio de un cementerio, pero con el alba, las energías retornaban, y todos eran fuertes ante el dolor. Hoy, la raza de miga de pan se convulsiona histéricamente por el pinchazo de una agu-



ja... ¿No hemos sabido conservar el molde de esos mayorazgos de la sangre?

EUROPA.—ALUMNO DEL DR. JOSEPH BELL Y COMPAÑERO DE SIR ARTHUR CONNAN DOYLE.—EN LA ÚLTIMA CÁTEDRA DEL SABIO BACTERIOLÓGICO KOCH.—EL QUÍMICO CHEVREUL QUE CARGÓ SU PROPIA ESTATUA. —UN PROFANO ESCUCHANDO LAS RAPSODIAS DE FRANZ LIZT. ¿QUIÉN ES ESE?

—En 1884 me embarqué, por mi cuenta, con destino a Europa, radicándome en Dublín durante un año en el Internado de Ginecología y Partos del *Rotundun Hospital*. De ahí pasé a la *Royal Infirmary* de Edinburgo, a las órdenes del célebre cirujano Joseph Bell, quien tenía como ayudante a Connan Doyle. No tengo necesidad de explicarle, que si Bell era una celebridad científica, su ayudante Connan Doyle, era un célebre desconocido. Después, el discípulo sobresalió literariamente y su fama trascendió a todo el mundo, con el asombro consiguiente para los que fuimos sus compañeros. Al morir el doctor Bell, Sir Arthur Connan Doyle tuvo recuerdos particulares para el verdadero inspirador de su obra.

Cuando el escritor celebró su 71 aniversario, fué entrevistado por un periodista inglés, declarando «que era preferible olvidar todo lo que había escrito sobre Sherlock Holmes. «Cualquiera puede creer, que yo no he escrito nada más que aventuras de detectives», dijo. ¿Por qué, para variar, no dicen que soy el autor de *Rodney Stone*, de *La Compañía Blanca* o de *El Ultimo Mundo*?

Preguntado si existió Sherlock Holmes en la vida real, respondió:

«Indudablemente que vivió y fué el doctor Joseph Bell, maestro cirujano de la *Royal Infirmary* de Edinburgo, con quien yo estudié. Tenía el doctor Bell la rarísima particularidad de sacar inferencias de observaciones insignificantes. Y cuando yo he pintado un detective, siempre he tenido presente al doctor Bell y sus métodos, y lo que yo aplico al diagnóstico de una enfermedad lo aplico en igual forma a un crimen. El doctor Watson fué un hombre corriente de carne y hueso y no un producto imaginativo.»

—En realidad, nos dice el doctor Sanhuesa, Bell era sorprendente y los que fuimos sus alumnos guardamos un recuerdo inquebrantable por su metodología, su perspicacia, su psicología, su inducción, su rapidez mental para consecuar las causas más abstrusas, por efectos casi indeterminados por el común



de las personas. No cabe duda alguna, que el espíritu de Connan Doyle se informó de la personalidad del doctor Bell. El sabio doctor subyugaba a sus discípulos, haciendo una minuciosa información, verdaderamente novelada, de cualquier nuevo paciente que llegaba a la Enfermería. Tal información la tomaba el doctor Bell a primera vista, sin preámbulos o disquisiciones, basándola en detalles, que a veces parecían risueños. Alumnos o enfermos, que caían frente al ojo ávido del doctor Bell, eran desnudados, operados psicológicamente, descubriéndoles antecedentes, morbos, enfermedades, lacras o herencias, que dejaban frío al auditorio. Recuerdo, que en cierta ocasión, caminábamos los alumnos por la Enfermería, rodeando al doctor Bell, cuando un enfermo recién llegado, sufrió los efectos de unas convulsiones tremendas. Nosotros corrimos a socorrerlo, pero el doctor Bell nos paralizó con un grito:

«No lo toquéis, que ya está muerto...» Y seguimos caminando y al regresar pasamos a conocer el caso reciente. El doctor Bell dijo en forma apasionada: Ha muerto de una embolia cerebral. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa? ¿Que edad tenía? ¿Qué profesión? ¿Era obrero o intelectual? y a medida que él preguntabase respondía violentamente, con precisión certera, usando los términos cabales de su poder imaginativo de fakir. Luego la autopsia corroboraba punto por punto... Tenía ascendencia hindú y alrededor de unos 55 años de edad. Sin el doctor Bell no habría prosperado el ingenio de Sir. Arthur Connan Doyle.

Y el doctor acaricia suavemente un texto rojo que tiene entre sus manos, el único libro del Prof. Joseph Bell: *A Manual of the Operations of Surgery*.

—Luego continué al norte de Alemania, a Kiel, a estudiar con el Cirujano Smarch; después visité los países escandinavos y fuí a Berlín a estudiar ginecología con los doctores Schroeders y Martin, instalándome en seguida en Viena en la clínica del famoso Bilroth y del Prof. de enfermedades de la piel Kaposi. Aparte de mis preocupaciones hospitalarias y clínicas, me enrolé en el ambiente húngaro, antípoda de la severidad glacial británica. En ese tiempo llenaba Hungría la fama de Franz Ligt y para concurrir a sus conciertos había que pagar precios enormes por las butacas. Yo también fuí a oír al músico y como era y sigo siendo un profano de este arte, sólo pude admirar el abigarramiento de la nobleza en el teatro, deslumbrante de sedas, joyas y condecoraciones, atónita ante la batuta de ese genio melenudo y espigado en su levitón obscuro. Las Sinfonías de Ligt se me perdían en ese ambiente de emulaciones mundanas y yo me sentí incómodo, como debieron sentirse todos los ras-



tacueros del mundo al codearse con esa nobleza tan repolluda y engreída de su brillo dublé...

Regresé nuevamente a Alemania, después de haber recorrido varios países, para asistir a la última cátedra del sabio bacteriólogo Roberto Koch, ese hombre maravilloso a quien la humanidad le debe inmensa gratitud, por el descubrimiento del bacilo patógeno del cólera y de la tuberculosis. Era un hombre silencioso, abstraído, algo miope, de escasas barbas, que sólo asistía a su cátedra para revisar o inspeccionar los temas que desarrollaban sus ayudantes, como si la obligación de alejarse de su laboratorio fuera una tarea mortificante. Ya era célebre y se le respetaba sobremanera, así es que el solo mérito de su presencia en la cátedra era una ventaja preferente. Los alumnos de Koch, venidos de todo los países del mundo, nos sentíamos orgullosos de verlo actuar, aunque fuera en términos casi simbólicos. Pero como lo teníamos a nuestra vista, nos parecía que la ciencia era menos difícil y más clara para nuestros entendimientos. Tal era la sugestión que irradiaba su personalidad de sabio consagrado universalmente. Estos son los recuerdos personales del sabio, y sobraría añadir detalles sobre su biografía, que es el silabario para todos los científicos o aficionados. París fué mi última etapa europea. Creo que hice bien, porque la atracción irresistible e irreemplazable de París habría dañado mis afanes de estudiante. Llegué a ella, radicándome en un hotelito de estudiantes en el Barrio Latino y me inscribí en los cursos de los Cirujanos Trelat y Segond y de los clínicos Dieulafoi y Granget. Además alterné entre la especialidad de Guyon en París y Thompson en Londres. La vida iba cambiando y ya pensaba regresar a Chile a dedicarme al ejercicio de mi profesión, así es que robaba algunas horas al estudio para saborear aquellas distracciones que debería extrañar en América. En París actuaba el célebre actor Coquelin en la Comedia y en Londres el trágico Erwing con Hellen Terry, interpretando a Shakespeare. Sin embargo, el recuerdo más profundamente arraigado en mi espíritu, la impresión más soberbia y que ha colmado siempre mis horas de belleza filosófica, ha sido la tumba de Napoleón. No sé por qué extraña atracción, siempre mis pasos se encaminaban a ella y aunque París me tendía todas las seducciones de los sentidos, yo era impotente para dominar esa fuerte sugestión del Corso. Horas enteras pasé en contemplación muda y extática, acodado en la balaustrada, frente al bloque de mármol rojo, que guardaba los restos materiales del Gran Emperador. ¿Cuál era la razón de esa fidelidad contrita de mi



espíritu? Nunca me he explicado tampoco, por qué los hombres enmudecen mirando el panorama infinito del mar...

Pasé veladas inolvidables. París...

El doctor sonríe con sus ojos claros de agua, al recuerdo mozo que le enciende las venas.

—Ayer, como, hoy se va a Europa a estudiar, observar, aprender la vieja civilización, discurriendo el aprovechamiento entre las Universidades, Institutos o Museos y en la escuela viva de los bulevares... Las aventuras sentimentales de un estudiante de medicina en Europa, sólo cuadra recordarlas de sobremesa, en un círculo de íntimos, frente a un dedal de Chabaneau...

Y el doctor excusa mayores detalles, para terminar con dos anécdotas.

—Cuando estudiaba en París, conocí al viejito Chevreul, a quien la ciencia le debe numerosos descubrimientos. «*Les recherches chimiques sur les corps gras d'origine animale*», que hizo la gloria de Chevreul, apareció en 1823, determinando la primera teoría exacta de la saponificación. Esta teoría, condujo más tarde, al descubrimiento de las velas estearinas, que revolucionó la industria de la época. Contaba ya cien años (1) y ocurrió algo extraordinario, que yo no ví personalmente, pero que los diarios parisienses comentaron sentimentalmente. Una mañana, un carro enorme tirado por recios troncos bretones, trataba de ascender la calle empinada que va hacia el Instituto. El carro iba cargado con unos cajones enormes. Los caballos se resistían a los látigos e imprecaciones de los conductores, hasta que avanzó desde la acera un viejecillo insignificante, enclenque, curvado, y en un gesto infantil colocó su hombro a la parte trasera del carro, en ademán de impulsar a los caballos-impotentes. La ayuda era de una buena voluntad tan encantadoramente ingenua, que los transeuntes siguieron el ejemplo y el carro subió la empinada calle del Instituto. Entonces se averiguó, que el viejecito era el químico Chevreul y que los enormes cajones eran bloques de la propia estatua de Chevreul que se le iba a erigir en el patio del Instituto. Cuando el viejecito Chevreul conoció el cuento, se puso a llorar como un niño, por la coincidencia...

Yo he sido enfermo de curiosidad, así es que ví en Europa todo lo que pude y también lo que estaba vedado. Caminando un día por Potsdam, la capital de la provincia alemana de Brandeburgo, encontré abierta la puerta del soberbio palacio imperial. Como no había guardia discurrí por el parque y lle-

(1) Miguel Eugenio Chevreul, nació en Angers en 1786 y murió en París el año 1889.



gué hasta la misma escalinata del palacio, contemplando su arquitectura magnífica como un turista inofensivo... No salía de mi asombro, cuando veo avanzar una carroza, y creyendo que se trataba de algún personaje real, me descubrí ceremoniosamente. Del interior de ella se me respondió al saludo e inmediatamente surgieron soldados de todas partes y se fueron a encarar conmigo. Un suboficial, que hablaba inglés, logró entenderme y reconoció mi ignorancia. Muy gentilmente me acompañó hasta la puerta del parque y al despedirme, no pude menos de preguntarles: «¿Quién es ese que guardan tanto ustedes?...» El prusiano enrojeció y me dijo en alta voz: «Ese es Su Majestad Imperial el Príncipe Heredero...» Es decir, yo había cambiado un saludo muy amistoso con el futuro Guillermo II, Emperador de Alemania...

Mediaba 1887 cuando regresé a Chile, radicándome definitivamente en Concepción.

#### EL MÉDICO.—SU ÉTICA.—LA IDEA OPTIMISTA.

—La ciencia médica, especialmente la cirugía, ha avanzado en términos increíbles, desde aquellos años. El sistema hospitalario, el régimen y otros detalles de hermenéutica no han variado mucho. La antisepsia y la asepsia eran desconocidas o de una primitividad candorosa. Pero, lo que ha sufrido una desviación singular ha sido la ética, evolucionando ese «altruismo compasivo» de que habla Faure en *El Alma del Cirujano*, por el ambiente utilitario, presuroso y mercantilizado, que ha envuelto la función profesional en una especie de indignidad reproductiva. El médico, debe necesariamente subvenir a las urgencias materiales con el rendimiento de su profesión u oficio, pero debe desentenderse de la especulación, en conciencia al apostolado que entraña su calidad noble de aliviador de dolientes, sean menesterosos o ricos.

Yo he practicado la profesión medio siglo y no tengo casi más fortuna que la heredada, habiendo pasado por mi consulta todos los millonarios del sur del país. No tuve urgencia de acrecentarla porque mi profesión no era un negocio. Siempre fui partidario de desechar la intervención quirúrgica, hasta probar todos los medios posibles que la evitasen, tal como me lo habían enseñado los más destacados cirujanos europeos que le he nombrado. La mejor operación es aquella que no es preciso realizar rezaba, el aforismo de los catedráticos extranjeros, para evitar esa precipitación del bisturí.

Sin embargo, como el cirujano, debe ser un experimentador



permanente, hay veces en que la preocupación científica, la sed de conocimientos, nos impulsan a verificar la intervención cometiendo excesos censurables, que bien o mal pueden resultar un tributo a la investigación o una aberración de nuestro deseo progresista.

«No obstante, dice un tratadista, debemos permanecer dominados por el sentimiento del respeto a la vida y en lo que respecta a la enseñanza de la cirugía, es de toda evidencia que los cursos teóricos agonizan; los cursos prácticos han reemplazado en todas partes a los cursos magistrales.»

Pero, esta práctica no debe tener la fiebre del ensayista o del experimentador en cada caso, porque si la audacia los salva a veces, es mayor el porcentaje de víctimas expiatorias.

Hay casos de casos... Fué operado en Santiago un caballero que sufría de piedras a la vejiga, interviniendo dos colegas eminentes. Fué dado de alta el enfermo, pasó el tiempo y el operado volvió a sentir la insistencia aguda de los mismos dolores. Me consultó y yo me entrevisté con uno de los cirujanos actuantes. Me afirmó la presencia de un tumor, que él había localizado en la intervención, en contra de mi aseveración de que las piedras existían aún. Pretendí reabrir al enfermo y la familia se opuso terminantemente. El paciente vivió, pues, sus últimos años convencido de la incurabilidad de su mal y sufriendo los dolores hasta que falleció. La familia también me negó la autopsia, ya que en ese tiempo, dicha confirmación en el «cadáver pudiente» era una especie de falta de respeto... Yo no me dí por vencido y después de algunos meses, me trasladé una tarde al cementerio y mediante algunas propinas a los sepulteros logré exhumar el cadáver y practicarle la autopsia, verificando la presencia de varias piedras en la vejiga y con mi valiosa comprobación visité al médico antagonista...

Una intervención en este caso habría sido feliz para el caballero que, sólo se sometió al bisturí cuando ya no podía negármeme ni sanar...

Para eso está la conciencia en contra de los sacrificios sangrientos e inútiles. ¿No es más humanitario, que los médicos veamos en cada enfermo un menesteroso, antes de calcular las posibilidades de lucro?

El cirujano debe tener más que ciencia y habilidad: humanidad. Es preciso curar dulcemente y cuando no hay remedio, es preciso engañar los últimos momentos del individuo con una especie de «eutanasia», de muerte sin dolor y sin agonía.

Por aquí tengo *El Destino del Cirujano*, que compendia muy bien mis observaciones: «El espíritu nuevo de la cirugía exige



sacrificios sentimentales para el avance de esta ciencia en la crítica profana. Así habrá una lucha más activa contra los prejuicios, contra las ligas de la ignorancia que se oponen a las autopsias, disecciones, vivisecciones, investigaciones experimentales, a los recursos que podrán ofrecerse para la cirugía de material vivo y aun del material muerto. La medicina y la cirugía son ciencias en las que las condiciones de su progreso están muy restringidas a causa de la dificultad de la experimentación y de los prejuicios de las masas. La enseñanza de la anatomía y de la cirugía operatoria sería mucho más fácil, completa y fructífera si se tuvieran los cadáveres en proporción. De tiempo en tiempo, individuos aislados dan su cuerpo para ser utilizado después de su muerte con objeto de hacer avanzar la ciencia; llegará un día en que transformado el espíritu atávico del hombre, conceda menos importancia a sus despojos sin vida y ello llegue a ser una costumbre banal. Estoy persuadido de que la tierra de los cementerios ha enterrado hermosos secretos, que los sabios habrían descubierto si hubieran podido observar y hacer necropsias, permitiendo progresos más rápidos y beneficiosos. No hay que pensar en toda la patología oculta bajo las tumbas e imaginar la enorme cantidad de cadáveres reducidos a la pulverización universal, que hubieran podido vivir una más larga y menos dolorosa vida, si en una época no lejana de nosotros, la cirugía y los cirujanos hubieran conocido los progresos actuales.»

Fatalmente yo no regresé a Europa, pero no he perdido jamás el contacto y he sido una verdadera golondrina de todos los climas... He vivido atiborrado de libros, intoxicado de correspondencias y vigilante a todos los adelantos de la ciencia. Vea usted mi biblioteca y examine cada texto: todos anotados, comentados, subrayados. Esa ha sido mi pasión para no sentir tan duramente la nostalgia de otros centros de estudio, modalidades, prácticas o sistemas distintos a los nuestros... El libro, el folleto o la revista de divulgación son los vehículos, que han contribuído a mantener siempre vivo ese afán, esa curiosidad, esa preocupación enfermiza por renovarse, por completarse, por asimilarse, que todavía siento, a pesar de los años...

En mis descansos he recorrido gran parte de la América, especialmente la Argentina y el Perú, siempre alternando con los médicos y visitando clínicas, hospitales e institutos.

Mi profesión ha sido cumplida sin grandes heroísmos, pero con verdadera pertinacia apostólica, hasta enterar medio siglo... Miles de enfermos han pasado por mi estudio o han



caído bajo mi intervención quirúrgica y siempre he tenido una suerte inefable.

Hasta ahora, que estoy viejo, vienen a golpear mi puerta y entre excusas los voy aliviando sin poder abandonar total y definitivamente ese vicio perseverante.

No caben en la dimensión de estos recuerdos los detalles y experiencias del viejo cirujano. El, de cristalina memoria, los va arrancando al tiempo y caen en el viento de la tarde, viven un instante, se corporizan funambulescamente y se pierden, como vilanos viajeros.

Vamos andando por la carretera de Chiguayante, dejando la prisa de los autos y de los trenes. Un grupo de hombres campesinos rodea la mancha barrosa de un buey cerruco volteado en el camino, trémulas las patas al aire y vidriados los ojos moribundos. El doctor se acerca e interroga a los hombres, despavoridos de gestos y palabras por la tragedia del «buey propio». Surge en él su espíritu bienhechor y con la mano le alisa los ijares punteados por la garrocha. Clama un poco de misericordia en la tarde apacible, rendida en la plancha mercurial del Bío-Bío, manso, humillado, pacífico, esclavizado como otro buey que entrega su alma al destino superior.

El doctor filosofa y recuerda a Epicuro: «Acostúmbrate a considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo.»

—Yo espero vivir cien años, dice el doctor, acelerando el paso y abriendo el optimismo de sus brazos, como un enamorado de la vida. Tengo el corazón de un colegial y las piernas y el estómago de un calichero...

UN POCO DE PROSA PARA TERMINAR.—POLÍTICO OCASIONAL.—  
UN CAÑÓN DE BRONCE.

—Yo he tomado la política como un pasatiempo transitorio y nunca me ha envuelto en sus rigorismos pasionales. Ni para la revolución del 91 me dejé impresionar por las vehemencias, a pesar de haber sido un revolucionario convencido. El médico tiene mucho que estudiar para estar alternando con otras actividades opuestas a su progreso, salvo la excepción de un dominador de la política o un maestro divulgador como lo ha sido en España el doctor Marañón.

Pero eso de desatender su oficio para enrolarse en las asambleas y conjuraciones partidarias, no cuadra a mi criterio. Bas-



ta con el ejercicio ciudadano del bien colectivo para que el médico cumpla su misión social. Sin embargo, a pesar de mi indiferencia o tibieza política, cuando Alessandri fué Ministro de lo Interior de Sanfuentes en 1918, me nombró Intendente de Concepción. Yo no tenía idea del tal nombramiento y fué para mí una sorpresa mayúscula.

Un médico, un cirujano ginecologista de Intendente, me dije y no pude menos de sonreír... Recuerdo, que el mismo día que inicié mis funciones, llegaron a la Intendencia dos correligionarios amigos, a ofrecérseme de consejeros gratuitos. Entonces, yo les conté lo que le sucedió a don Víctor Lamas cuando fué nombrado Intendente por la Junta Revolucionaria del 91. Igual que a mí se le presentaron dos consejeros y don Víctor, sin mover los labios, levantó la diestra y les indicó la puerta... Mis consejeros presuntivos se confundieron con el relato, pero yo traté de aliviarles la plancha, diciéndoles, que si alguna vez los necesitaba, recurriría a sus luminosos consejos...

Serví el cargo hasta el año 21 y fuí varias veces a Santiago a tramitar el despacho de algunos asuntos retrasados por el teje-maneje oficinesco. El Presidente Sanfuentes, que era socarrón y burlesco, pero sin inferir mayores agravios, tenía fama de hacer a los Intendentes o Gobernadores preguntas capciosas o de doble intención. Conmigo fué gentilísimo y se complacía de mi franqueza sin ambajes... Una vez, discutiendo un plano, don Juan Luis me indicó maliciosamente que lo había colocado al revés, lo que me obligó a decirle: Eso depende del lado que se le mire... En otra oportunidad celebró mucho el corte que le había dado a cierto asunto delicado, pero objetó algún procedimiento fuera de uso funcionario, llegando a decirle yo, que si le parecía desatinado mi proceder, tuviera la bondad de aceptar mi renuncia, porque yo no era un «Intendente del montón...»

En ese tiempo se inició el movimiento pro-reinvindicaciones proletarias y las huelgas se sucedieron con una continuidad asombrosa. La población de esta zona, incluyendo a la numerosa de los carboníferos, daba al problema contornos más serios que en otras regiones.

Yo creo que los cargos de representantes del Ejecutivo en provincias, debieran tener una mayor amplitud de responsabilidades y decisiones, ya que el privilegio centralista que absorbe la atención de innumerables asuntos lejanos a su cuidado e interés, dificulta la marcha o resultado de toda gestión.

Este es un criterio simplista de aclarar los procedimientos,



evitando la consulta hostigosa de pequeñeces que podrían resolverse hasta en consejos domésticos.

El progreso de las provincias estará siempre constreñido por esa mistificación de gobiernos centralizados.

El crecimiento y la importancia de Concepción, por ejemplo, se deben exclusivamente a su propia iniciativa, como la fundación de la Universidad local es un factor particular, que va cumpliendo una misión inmensa en el desarrollo cultural de la zona sur.

El Gobierno debiera ser menos egoísta y evitar la absorción de todas las facultades, valiéndose sólo proporcionalmente de la parte tributaria que extrae de las provincias y dejando a su arbitrio y dominio la organización de sus mecanismos administrativos y funcionales, estudiando un presupuesto equitativo en relación al rendimiento zonal.

Ahora, que se ha cristalizado el espíritu regionalista en antagonismo con las privanzas centralistas, debería revisarse con ecuanimidad el rol de los representantes del Ejecutivo, para estipular las facultades dignas de su empleo y con liberalidad de juicio y sentencia.

En mi tiempo, el control lo hacía yo mismo, y era mi criterio y mi voluntad las que primaban sobre las insinuaciones ajenas a la conveniencia. He visto unos Intendentes más monigotes y sin personalidad...

Esa vacilación, esa falta de dominio, se deben a que éstos empleos se han bastardeado por el agiotaje electoral.

Figúrese usted, que una vez, visitando el cuartel de policía, me encontré con un desván lleno de curiosidades: armas delincuentes, sillas, mesas, lámparas, herramientas, máquinas de coser y cuanta variedad de objetos que caen en los juzgados del crimen, terminan en los archivos policiales y pasan al dominio fiscal o de nadie... Ante los policías atónitos hice limpiar la heterogénea bodega y alinear en el patio los objetos, para distribuirlos en los establecimientos de beneficencia y obsequiar las máquinas de coser a los policiales de mejor conducta. Pero, en un oscuro rincón, cuidadosamente disimulado por unos viejos jergones, yacía un bulto largo. Era nada menos que un cañón de bronce, un ejemplar espléndido que resultaba una verdadera joya, pues había sido fundido en Douai (Francia) el 26 de Febrero de 1848 y reformado en Valparaíso el año 1866. Dicha reforma, según aseveraciones del actual Director del Museo, Profesor Oliver Schneider, fué ejecutado probablemente por Paraf y no por Joannes Espinoza. *Le Tonant*, que es el nombre del cañón, fué traslado por orden mía al Museo de Concep-



ción, sirviendo hoy para decorar la entrada al nuevo local del establecimiento recién adquirido por el Fisco. La historia de este cañón no está bien clara, salvo las fechas e inscripciones francesas que lleva visibles, pero no sería difícil investigar el origen de su llegada a Chile.

Con el acto de entrega del cañón al Museo creí hacer una obra cautelosa de los intereses nacionales, pero el Ministro de la Guerra no lo estimó así, y todavía hay un cargo en mi contra por la cantidad de \$ 16,000, valor del cañón que desenterré de un calabozo policial para ponerlo al cuidado de un posible robo o de una sacrílega fundición...

Si todos los funcionarios de Chile procedieran en esa forma, no habrían desaparecido numerosas obras de arte histórico, que fueron subastadas o entregadas a extranjeros habilidosos... Pero había que regirse por la tramitación del «conducto regular» y las propias iniciativas de un Intendente rompían el molde anacrónico de una administración verdaderamente imperialista.

Yo creo, termina el Doctor, que el cañón *Le Tonant* vale algo más que \$ 16,000...»

El Doctor es un charlador incansable, nutrido de observaciones, de citas exactas, de conceptos originales, de apreciaciones, convicciones y deducciones.

Nada se escapa a su curiosidad y si es admirable su larga vida noblemente cumplida, no es de menor mérito esa transparencia de memoria, reflejo tan luminoso de una jornada austera y fraternal.—GERMÁN LUCO.

## EL CREPUSCULO DE LOS RASCACIELOS

**E**L «Trait d'Union» es un círculo parisién que reúne a algunas personalidades eminentes de las letras, las artes y de la alta industria. Ofrece comidas que siempre son encantadoras y a veces algo más, pues en el momento de los brindis ciertos invitados expresan ideas fecundas y apasionantes.

Así, en una de esas comidas, Mr. Welles Bosworth, arquitecto consejero del señor Rockefeller, invitado a pronunciarse sobre la oportunidad de los rascacielos en París, ha tenido el valor de dar sobre esta materia su opinión absolutamente personal. Yo quisiera que su discurso se imprimiese por millones de ejemplares para ser difundido por el mundo entero.

Ha dicho, *en sustancia*, lo siguiente:



—«Yo soy arquitecto y culpable de haber construído un rascacielo. Hay que vivir. Y eso da bastante. Pero es un crimen, un crimen contra el urbanismo. El rascacielo crea terribles corrientes de aire. La gente que está obligada a habitar los pisos inferiores, lleva una existencia bárbara, antihumana, sin aire, sin luz. Nueva York, a causa de ello, se ha hecho de tal modo inhabitable que todos los que pueden huyen de ella. Los que se quedan, sufren enfermedades nerviosas.

«Yo no sabría cómo desaconsejar a ustedes de imitarnos. Por lo demás, tenemos una excusa: la estrechez del terreno en nuestra ciudad. Pero ustedes no la tienen, porque pueden extenderse en longitud. Si cometieran tal locura, sería mucho más grave, ya que el clima de ustedes es lluvioso. Entonces vivirían prácticamente en un pantano. Hagan, pues, casas en relación con la naturaleza de los habitantes y de la ciudad, y no por el placer abstracto de edificar monumentos formidables.»

¡Cuánta razón no tiene este norteamericano! Y qué simpático es al decir así la verdad, en lugar de los chismes de propaganda que sus compatriotas se creen siempre obligados a repetir cuando nos hablan!... Figuraos el campo en sentido contrario al dado por el cinema o por los grandes magazines. Hay allí «bellas imágenes», vistas profundas, perspectivas verticales y toda clase de presentaciones imponentes, obras maestras de la fotogenia. Pero, ¿en qué se convierte el hombre ante aquello? Ah! no es cosa de burlarse. A lo más sirve de punto de mira, como se dice. Es una especie de insecto, una ínfima y sombría mancha, en lo más bajo del colosal edificio. Como si la finalidad de toda su vida hubiese sido llegar a eso!... Como si ella se justificara y explicase con haberlo construído!

Pues bien, cuando yo veo esas «vistas» no me dejo entusiasmar. Permanezco voluntariamente insensible a su belleza, que por lo demás es hartó discutible y no corresponde a la realidad sino en el breve momento de una coincidencia. ¿Qué cosa más mentirosa que una fotografía? Mi «espíritu malvado parte en otra dirección. Luego pienso en ese pobre ser que, allá abajo, no estaría siempre dispuesto a servir de medida al monumento. Entrará en él ¿no es así? Vivirá en él. Trabajará en el primer piso. ¡Imagináis su existencia frente a otro inmueble de cincuenta pisos, aunque escape de allí a la hora del reposo y del sueño, y durante el «week-end»... ¿Para ir a dónde? Aunque huya a buscar un sitio *habitable*, tiene que volver.

La escena que he trazado no es en modo alguno paradójica. Es la verdad pura. Por lo demás, todo el empeño de los neoyorkinos tiende a combatir ese mal, a vencer esa corriente



vertiginosa a la cual se abandonaron por un tiempo. La gran moda para ellos, ahora, es construir casitas de un piso, apacibles, silenciosas, floridas. Parece que todo un barrio del Este se ha construido así y está habitado por artistas, poetas y nerviosos que quieren reposar. Tengo fotografías de ellos. Es algo absolutamente exquisito, un pequeño paraíso urbano, bariolado, con fachadas floridas y balcones resguardados por techos de colores vivos.

Y en el momento en que los norteamericanos comprendieron el error cometido, dedicándose a repararlo, es en ese momento cuando nosotros comenzamos a entregarnos a locuras arquitectónicas!... Ah! Ya hemos comenzado. Los barrios más bellos de París: Passy, Autenil, Neuilly, se han convertido realmente en presa de una banda de empresarios sin escrúpulos, encarnizados en destruir con diabólica ciencia los supremos vestigios de un pasado amable. No pasa semana en que no arrasen con una vieja mansión histórica, o devasten un parque de árboles centenarios. Y luego, sobre ese desierto levantan sus construcciones horribles. La verdad es que no son rascacielos, porque los reglamentos municipales se oponen a ello. Pero son tan altos que puede considerárseles como tales, y de una fealdad *absoluta, definitiva*. Porque no hay necesidad de decir que esos empresarios (absolutamente indignos del buen nombre de arquitectos, que usurpan no se sabe por qué) no tienen nada de común con los nobles artistas que han renovado nuestro urbanismo: los Le Corbusier, los Perret, los Mallet-Stevens, etc. A éstos no se les deja ocasión de realizar sus pruebas, cediéndoles de vez en cuando un pequeño trecho de terreno en el que no pueden realizar obra significativa. Los grandes espacios (viejos conventos, extensos parques) se reservan a esos camastrones de que he hablado, que se contentan con edificar al más justo precio enormes casamatas, sin el menor estilo, nada más que colosales caserones de arriendo. Y lo más visible de todo es que, al fin, se publican párrafos en los diarios en que se les felicita por haber aclimatado en París la estética norteamericana. No es verdad ello. Sus construcciones son simples caricaturas.

He tenido ocasión de creer que esta clase de cosas también suceden en el resto del planeta. He aquí a dónde nos ha conducido la estúpida imitación de Norte-América. Podemos fijarnos en nosotros. Ya que Estados Unidos no pidió que les tomáramos por modelo. La prueba es que nos enviaron barcos llenos de su mejor gente para venir a estudiar entre nosotros lo que justamente les faltaba: el gusto, la medida y cierta mesura en el goce de la posesión material, en el delirio del progreso.



Vinieron a admirar entre nosotros las casas de dos pisos, que son y serán siempre modelos de casas, ya que están concebidas a la medida del habitante. Ah! encantadoras casitas de dos pisos, con su frente triangular, la moderada pendiente de su techo, la graciosa disposición de sus ventanas, la armonía de sus volúmenes arquitectónicos, que armonizan tan bien con el paisaje, con la cualidad del aire y también con la vida que se lleva en el interior: apacibles y dulces casitas, vuestra existencia está en peligro!

Los yanquis tienen muchos defectos; pero al menos tienen una cualidad no común: no se obstinan en sus errores. Apenas se dan cuenta de que los rascacielos los condenan a muerte, los derribarán de modo muy sencillo, para reemplazarlos por *cottages*. Y entonces nosotros continuaremos vejetando en nuestros caserones pseudo-americanos, hasta que éstos se caigan de puro ruinosos... ¡Nada más que por avaricia!

Felizmente, han sido construídos por gente muy poco honrada, que no se cuidó de la solidez. Luego, si se derrumbaran pronto podríamos decir que la gracia todavía nos asiste.—FRANCIS DE MIOMANDRE.

París, 1932. (Especial para *Atenea*).

## LA TRAGEDIA CONYUGAL DE TOLSTOY (1)

**P**OCAS tragedias íntimas tan intensas, tan dolorosas y tan desconocidas como la que encierra el matrimonio de Tolstoy y sus relaciones con su esposa Sofía Andreevna Bers. Aunque la bibliografía sobre el tema es numerosa y el propio Halperine-Kaminsky le ha dedicado un libro especial, el más completo y exacto de todos, toda la literatura que se ha hecho alrededor, adolece de un apasionamiento que ha enturbiado la visión de la verdad y que ha obscurecido el juicio de los escritores. Del abundante material impreso corren algunos lugares comunes que sería conveniente estudiar; que Tolstoy era un santo, que fué una víctima de su esposa, que ésta era sórdida, mezquina, avara, de un carácter atrabiliario y deleznable, que la familia constituyó para el gran escritor una cárcel de odios, intrigas y pequeñeces, etc., etc.

La tragedia continúa y aunque muertos los actores, los hijos más allá de las tumbas de sus padres siguen tomando posiciones y lanzando al mundo todas las especies de la intimi-

(1) Conferencia pronunciada por su autor en una reunión en la «Posada del Corregidor».



dad de los Tolstoy, envenenadas por sus pasiones recíprocas. Hace solamente un año publicó en París, Alejandra Tolstoy, la hija predilecta del gran escritor, un libro en que condena duramente a su madre; poco después otro hijo, Elías Tolstoy, tomó por escrito el partido de la esposa y en su libro trata de echar algunas sombras sobre el carácter de su padre. Y así siguen estos cónyuges después de muertos, sufriendo una tragedia inenarrable en sus propios descendientes.

Es un drama triste, pero que siempre tiene interés. Como un resumen de él y de lo que se ha escrito, pueden los ligeros apuntes que van a continuación tener alguna utilidad para los estudiosos de la vida del admirado escritor ruso.

### I.—EL Y ELLA

El conde León Nicolaevitch Tolstoy nació en Yasnaia Poliana el 9 de Septiembre de 1828. Su familia paterna, de origen alemán, habíase establecido en Rusia a mediados del siglo XVII y por parte de su madre, que era una Volkongsky, pertenecía a la más antigua, poderosa y respetada aristocracia de la vieja Rusia. Los Volkongsky pasan por no pocas páginas de sus obras. «La guerra y la paz», «Ana Karenine», «La felicidad conyugal», muestran muchas veces algunos Volkongsky con sus nombres verdaderos o levemente disfrazados bajo otros patronímicos. La nobleza de la sangre se aliaba en los Tolstoy Volkongsky con la satisfacción y el poderío que da una fortuna sólida y cuantiosa. El joven conde era el menor de una familia de siete hermanos, y su infancia, perdidos sus padres, hubo de transcurrir entre sus tías ancianas las princesas de Osten Saken y Zerkolaskaya, dominadas éstas, lo que es interesante hacer notar, por un misticismo evangélico que hubo de impresionar mucho al niño.

No entra en los límites de esta charla una biografía del novelista. Para vosotros acaso no tendría mayor interés, pues los rasgos generales y los detalles de esa vida, vivida siempre sin ninguna intimidad y en una continua exhibición, son muy conocidos.

También conocéis su fisonomía. Acaso en el siglo pasado ningún rostro fué objeto de tantas fotografías, tantos dibujos, tantos cuadros. Los pinceles de Repin, Grave y mil más, amén de las inevitables fotografías de los periódicos y de todos los turistas que pasaron por Yasnaia Poliana con el recuerdo de la kodak, han fijado los caracteres de su rostro en todas las épocas de su vida.



Alto, corpulento, de muy joven el conde León pudo distinguirse por una sensibilidad casi enfermiza, hiperestésica y en continua tensión, alojada en un cuerpo gigantesco. En sus años juveniles en Kazan, mientras cursaba sus estudios de Derecho, sólo llamó la atención entre sus compañeros por su vigor físico, por su resistencia para los ejercicios más duros, por su vitalidad exuberante. Joven, noble, rico, nadie resistía como él, la vida disipada y libertina. Esgrimista eximio, nunca pudo ser vencido y bebedor pertinaz, conservó siempre la lucidez de sus facultades cuando todos los compañeros de orgías se encontraban en completo estado de ebriedad. Lo ha confesado en sus memorias, en la parte dedicada a su juventud, que ésta pasó en una permanente orgía disipada y violenta. Su naturaleza reclamaba una satisfacción para sus excitaciones y el joven Tolstoy no acostumbró jamás a privarse de ninguna satisfacción, de ningún deseo, de ningún arrebató.

Era feo de una fealdad llamativa que al mismo le producía pena y rabia. Los ojos rasgados y pequeños, levantados pronunciadamente, denotaban el ascendiente mongólico de la línea materna. La cara aplastada y grande, poblada de una barba mesiánica y descuidada, mostraba las arrugas prematuras de una juventud vivida al rojo blanco de todas las pasiones, transcurrida casi entera en una tendencia al libertinaje a que lo inclinaba su naturaleza sensual, poderosamente sensual. Su aspecto tosco y basto indicaban más bien que un artista, un genuino campesino ruso. La estampa férrea y gigante no señalaba ningún rasgo del espíritu, ninguna condición anímica y los ojos, esas «ventanas del alma» que ha dicho la frase bíblica, en Tolstoy, perdidos bajo las cejas pobladas, eran pequeños, hundidos, grises, de mirar profundo, implacable, sombrío. «Detrás de esta fisonomía, escribe Stefan Zweig, podía suponerse todo menos un intelectual, un poeta, un creador».

No podemos seguirle paso a paso en su juventud. Sólo para poder conocer bien los caracteres de ambos y fijar el alcance de la tragedia conyugal de este hombre, es necesario insistir en los rasgos esenciales: naturaleza sensual y excepcionalmente violenta y fuerte; sensibilidad aguda, apasionada, casi enfermiza.

El conjunto de estas condiciones hizo que la sensibilidad de Tolstoy, se manifestara desde muy temprana juventud en una sexualidad inextinguible. «Fornicador impenitente» se ha llamado a sí mismo en su «Confesión» y su despertar sexual no es sino la manifestación del más violento e irresistible tormento erótico. Pero para un espíritu de su sensibilidad, este aspecto



de la vida habíale forzosamente que producir torturas muy hondas y decepciones inolvidables. De niño, mimado y ocioso, hizo de una construcción anímica y sensual intensa, algo que él llamó «amor». Antes de conocerlo, esta sensación del «amor» llenaba su espíritu por completo y le daba una ilusión poderosa que mantenía su alma en continuos éxtasis de iluminado, cuya causa desconocía. Así las más leves contrariedades, los disgustos más pequeños, las necesarias correcciones de sus maestros, provocaban en el niño verdaderas crisis de sufrimientos. Nunca sus sentimientos orientados por esa fantasía sensual suya a que hemos aludido atrás y que él creía el amor, conocieron remansos de serenidad, períodos de quietamiento, momentos de paz. Oscilaban entre los extremos absolutos impulsados por su misma naturaleza: no existían para él términos medios: o se le amaba, y este concepto significaba en su juventud, la entrega absoluta y con ella el delirio de todos los excesos, o se le odiaba, y entonces Tolstoy era un enemigo que solo enemigos veía en las personas que lo rodeaban. Desde niño su temperamento y su constitución física lo llevaron a estos extremos. El lo ha dicho, en sus Memorias refiriéndose a la época en que fué a Moscou por vez primera, cuando sólo tenía 8 o 9 años. «En aquellos tiempos, estaba yo, convencido de que todos, desde la abuelita hasta el cochero Felipe, me odiaban y se complacían en verme sufrir». ¡Y quién escribía así era un joven que recordaba sus años de niño».

Comprenderéis entonces que ya de joven en Kazan, con todos los halagos y satisfacciones que pueden dar a un muchacho el abolengo y la fortuna, la vida no encerrara para él sino una serie continuada de decepciones, de sufrimientos, de tristezas que le aniquilaron el alma y le impulsaron al desenfreno de todas las pasiones.

¿Imagináis como sería la iniciación de la materialidad del amor en un alma así? El lo ha contado en una página bien triste. Su juventud en Kazan le despoja de sus ilusiones, le hace ver la terrible y pequeña materialidad de sus deseos y contrapone a su ideal a ese ideal de amor para el que había vivido las horas más brillantes y hermosas de su adolescencia, una realidad innoble, pasajera. Angustiosa. Oídlo y en lo que os voy a leer, acaso nunca pudo llorarse la pérdida definitiva de un sentimiento más bello:

Tenía una larga trenza, el pecho alto. Estaba siempre triste; pero bella; sus brazos desnudos, abrazaban fogosamente. Me amaba y yo sacrifiqué toda mi vida por un solo minuto de su amor. Cuánto más la amaba más inmaterial se hacía para mí. Yo era no solo dichoso y feliz, sino también un bienventu-



rado. Me sentía bondadoso: yo no era el mismo, sino un ser de otro mundo que no conocía el mal y sólo era capaz de hacer bien. Mi amor amaba entonces todo el Universo y me bastaba el amarla.

Ese es el ideal, pero este «bienaventurado» de 16 años que «sólo era capaz de hacer el bien» llega a la realidad de su impulso y debe entonces despedirse, muy triste, de los mejores ensueños de su alma» Agrega lo siguiente, y esta es la realidad.

Cuando mis hermanos me hicieron visitar por vez primera una casa de diversión, yo al terminar, me quedé inmóvil junto al lecho de la mujer y lloré. Sí, no lamento ninguna parte muerta de mi alma, como la de mi amor. Y dudo que alguien amase tanto como yo amé, cuando aun no conocía ninguna mujer.

El resultado de este choque es la desesperación y Tolstoy se lanza a una vida libertina, ociosa, depravada, sin ningún freno.

Toda su época de Kazan, no es otra cosa. Después viaja por Europa; ingresa al Ejército y su temporada en el Cáucaso como paisano y como militar es una sola orgía violenta. Cerca de la naturaleza sin las trabas que podía imponerle la vida social de la ciudad, campesino por nacimiento y por instintos, estos tornan a su primitivismo robusto que no atenúa su salud, pero que tuvo honda influencia en su espíritu.

Odió a la sociedad en que había nacido; odió a sus parientes; odió el orden social mismo; odió sus riquezas, y el gigante espíritu fatigado en las tinieblas de su desesperación, quiso buscar un camino, una luz, un guía. Una noche durante el sitio de Sebastopol. en la mesa de juego perdió una propiedad cercana a su hacienda de Yasnaia Poliana. Su inquietud efervescente no pudo calmarse ni con las múltiples relaciones que mantenía entre los cosacos ni con Mariana, ni con Olga, ni con Lisa, ni con Petra. Después de sus paseos de cuatro y cinco horas al galope de su cabalgadura; después de sus ejercicios de artillero, de su continuo vagabundaje diario, en la noche no encontraba el reposo ni en las largas veladas de juego, ni en las orgiásticas comidas, ni en las botellas de Vodka vaciadas en forma generosa. Tremante de insatisfacción, de deseo, de rebeldías buscó en la mujer, en una mujer, en la paz del hogar, el aquietamiento de su espíritu tenso, pero no exhausto. De vuelta en Yasnaia Poliana, siempre soltero, pero en relaciones con una campesina, Aksinia Anikavovna, escribió: «La fecilidad conyugal» y allí recordará un magnífico despertar de primavera en un espíritu vibrante, gozoso y entusiasmado, el suyo, que lo hacía soñar con ese ideal que no tenía. Debía fundar su hogar, tener familia, apaciguar el volcán que llevaba dentro y fué al matri-



monio con un deseo infinito, con una convicción profunda, con un ansia de felicidad que aún mantenía su pobre alma escéptica, desengañada y experimentada en las torturas físicas, morales y sentimentales que su temperamento siempre le había hecho sufrir.

Tal es a grandes trazos él, en este connubio desdichado. Tan sólo unas breves palabras para referirnos a ella. Sofía Andreevna Bers había nacido el 17 de Septiembre de 1844. Hija del doctor Alejandro Bers, de prestigiosa reputación en el gran mundo, su familia mantenía antiguas y buenas relaciones con los Tolstoy. En 1856 ya hay referencias a la familia Bers en el diario de Tolstoy y respecto de las tres hijas, Isabel, Sofía y Tatiana, dice «son unas muchachas muy bondadosas y alegres».

Sofía era una muchacha reflexiva, apasionada y de un carácter marcadamente frío y positivo. Educada en la severidad de las costumbres antiguas, más severas en casas de sus padres, no tuvo trato en su infancia, niñez y juventud, sino con su familia. Educada en su hogar y a todo costo por intitutrices y maestros moscovitas y extranjeros, la adolescencia de Sofía pudo ser la corriente de toda mujer de la alta burguesía en que se llega a la juventud con una sensibilidad aguda y con un tropel de ensueños vagos y confusos. Tolstoy ya para ella, además del amigo de la casa, era él escritor célebre. Lectora incorregible, los libros de este amigo famoso «Los cosacos» especialmente, le produjeron una sensación extraña. Este hombre celeberrimo era el mismo comensal arrebatado a veces, y tranquilo otras que la entretenía en las tediosas veladas de hogar de su niñez y entonces, después de conocer su obra, el sentimiento de admiración se transformó en un respeto supersticioso que participaba mucho del temor. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre esta mujer, a pesar de que la versión común nos la presenta como una tirana del hogar, poseída de avaricia, de sordidez, de mezquindad hasta en sus menores detalles, a pesar de que se nos ha hecho pasar a Sofía Bers como una resurrección de esa Xantipa deleznable que hizo sentir al filósofo griego un alivio en la copa de cicuta que le pasaba el verdugo, no puede dejar de reconocerse que siempre tuvo miedo a su marido. El amor en ella tenía mucho de temor. Después de casados, en su viaje de novios, su marido le pide una tarde que sirva el té; ella describe esto y dice:

Obedecí y serví el té. Estaba confundida y no podía librarme de cierto miedo. No me atrevía a tutear a León Nicolaevitch y evitaba llamarlo por su nombre.

No pudo, acaso, Sofía librarse nunca de este miedo que en ella era una de las formas de su amor exclusivista y completo.



Hemos dicho que Sofía fué educada bajo las normas más severas. Este es otro distintivo de su carácter: recto, de una rectitud sin dobleces que no admitía ningún renuncio, ninguna contradicción. Ricardo Baeza refiriéndose a este carácter ha dicho:

he ahí el enemigo!, esa terrible rectitud que no permite seguir las sinuosidades del alma y del destino ajenos. «En compañía de Tolstoy». Pág. 63.

Esta es una opinión y no es esta la ocasión de contradecirla, pero aun los más violentos detractores de Sofía, Biriukov, Kállininkov, Bulgakov, Tchekov y mil más, no se atreven a considerar la rectitud de carácter de ella como el «enemigo».

Alta, erguida, de una belleza apacible en la que destacaba sobre la tez pálida, casi mate, la lumbre serena de dos magníficos ojos pardos, los labios de Sofía Bers tenían un repliegue apretado y duro, un gesto de desdén frío y razonado que denotaba una voluntad tesonera, persistente, implacable.

Poseída de un elevado concepto del deber, su norma durante su vida fué el fiel cumplimiento de este deber como novia, como esposa, como madre y en todos sus sufrimientos, que fueron muchos, en el desgarramiento continuo que para ella fué la vida conyugal, acaso no tuvo otra satisfacción, que la tranquila conciencia del deber cumplido, del deber respecto de su marido y de los trece hijos que éste le dió.

Su avaricia, su espíritu de dominio, su sordidez merecen ponerse un poco en cuarentena. Después de casada fué en la más completa acepción de la palabra, el jefe del hogar. Tolstoy se desentendió de éste en absoluto. Su evolución moral producto de las crisis de su juventud y de su madurez, de sus horas de libertinaje y de fiebre, de serenidad y de reflexión, lo llevaron a desviar la vida hacia un concepto de «santidad» moral laica, punto menos que incompatible con las realidades de la cotidiana tragedia que es vivir.

Su pensamiento juvenil de fundar una religión cristiana, una religión sin mártires y sin apóstoles, una religión de los desamparados y de los tristes, hiciéronlo aborrecer sus condiciones personales y después de haber renegado de su medio y de su clase, renegó de sus riquezas, de su calidad de gran señor y de su posición todopoderosa de noble.

La influencia de sus años de infancia transcurrida en el ambiente de misticismo histérico de la casa de la princesa Osten-Saken pudo confirmarle en su ideal de perfeccionamiento junto a los vagabundos, a los mendigos, a los míseros. Pero preciso es recordar, que toda esta transformación de la vida de Tols-



toy se operó años después de casado, cuando existían obligaciones y deberes que cumplir, cuando los hijos reclamaban la misión paterna, cuando los intereses materiales no podían, sino en desmedro de los suyos, ser abandonados. A todo esto hizo frente su esposa y a ello nos referiremos más adelante.

Veamos ahora el matrimonio cómo se realizó, y las circunstancias dolorosas que lo acompañaron.

## II.—EL MATRIMONIO

El 17 de Septiembre de 1862, día del santo de Sofía, se anunciaron los esponsales con León Tolstoy. Seis días después, el 23 de Septiembre, tiene lugar el matrimonio. El cuenta ya 34 años vividos y gastados y ella solamente 18, fríos, con algunos incoherentes ensueños y muy puros.

Los documentos que existen desde la fecha del noviazgo muestran la absoluta disparidad de caracteres de los cónyuges. Los preliminares del matrimonio que no hay tiempo aquí de reseñar, están llenos de situaciones equívocas, de posiciones falsas, de una absoluta seguridad de ella en sus sentimientos y de una duda casi sistemática en él acerca de los mismos. Situaciones familiares odiosas vienen a complicar lamentablemente el enlace. La asiduidad de Tolstoy a casa de los Bers, mientras cortejaba a su futura, se tomó primero como una intención de contraer matrimonio con Tania, hermana de Sofía. Manifestada ya la evidencia del amor de Tolstoy a ésta última, una rivalidad sorda distanció a las hermanas. Por otra parte, el joven corazón de Sofía, en su día de esponsales, tuvo un sobresalto violento al volver a ver a Jorge Polivanov, su amorcillo de los años infantiles, el inevitable cadete de casi toda adolescencia femenina. Ella estaba ya enamorada de León, pero el temor que éste le inspiraba sobrepasaba todo sentimiento, y era la tónica dominante del suyo. El escritor famoso, el noble poderoso y rico, el hombre tímido y galante que se torturaba semanas enteras atravesando las crisis interiores más violentas y contradictorias, para manifestar su sentimiento absorbente, que más que todo era el irresistible y violento deseo de poseerla, de fundar con ella su hogar, le atraía, dominada por un profundo respeto y por el natural halago de su vanidad juvenil al sentirse la preferida, la codiciada por un pretendiente tan mimado, tan buscado y que tenía tantas condiciones.

Sin embargo, el amor, el amor que es serenidad y confianza, parece no existió sinó en raras ocasiones entre ellos. El diario de él está lleno de afirmaciones contrapuestas durante su noviaz-



go: un día, 31 de Agosto siente que no la ama y apunta «no es para ti viejo, diablo», otro 3 de Septiembre «he soñado con ella», otro, 12 del mismo mes, «estoy más enamorado que nunca»; días antes la aborrece y así siguen los altibajos de su alma.

En las anotaciones de ella sólo hay la continuación de un vago ensueño juvenil, dominado por un temor, un respeto, una falta de confianza que le impedían voluntariamente pensar en el futuro. Su amor, sus convicciones y su educación la impulsaban a una entrega plena, absoluta, total y a ella fué segura de sí misma. En todo caso en ella, el sentimiento en el día de su matrimonio, era el de un sólido amor; en el de él era, una indefinible y tormentosa inquietud, de amar, un deseo de amar más que otra cosa. De todos modos no puede olvidarse la diferencia de temperamento entre ambos, y la situación distinta en que al contraer matrimonio se encontraban.

Ella en su connubio entregaba toda entera, su alma, recta, sin complicaciones, sencilla, reflexiva y serena; entregaba su cuerpo joven y puro sin inquietudes afebradas y dominado más bien por un control frío y razonado de sus actos, pero, por sobre estos distingos, entregaba todo lo que tenía y que valía más que nada, entregaba su juventud; él en cambio llegaba al matrimonio envejecido de espíritu y poseído de un temperamento sensible, violento y contradictorio que lo había hecho sufrir mucho y que lo seguiría haciendo sufrir; gastado por un completo conocimiento y desilusión de la vida; abrumado por el peso de una sexualidad enfebrecida que había pasado por todos los extravíos en sus años de libertinaje fácil.

Ella conservaba todas sus ilusiones, en una palabra, y él, que no tenía ninguna, quería hacer de este matrimonio, su postrer ensueño, su quimera última, su ideal permanente, y es necesario confesar que ambos se equivocaron.

Desde el primer día del viaje de bodas, minutos después de estar solos, la tragedia matrimonial empieza y ya no terminará hasta la muerte. Durante toda la vida en Yasnaia Poliana, en el «infierno de Yasnaia Poliana» como han dicho algunos escritores y el propio Tolstoy en una carta a Tcherkotv fechada en 1893, estos espíritus y estos cuerpos que la vida obligaba a vivir juntos, no hicieron sino distanciarse, alejarse, minuto a minuto, para desconocerse por completo.

Al partir de viaje, se produce lo inevitable y el acto más triste de la tragedia conyugal. Ella lo describe así:

Caía una lluvia menuda. Salieron todos a la escalinata de la casa del Kremlin en donde había pasado mi vida; mi hermano Petia lloraba de tal modo que se le oía en toda la calle y se lo llevaron. Luego cuando se cerraron las por-



tezuelas del coche y nos pusimos en marcha, mamá dejó escapar un grito. Yo me acurruqué en el fondo del coche y lloré.... Aquello disgustó mucho a León.

Después ella ya no dice nada, pero sucede algo que no puede omitirse y que significa en la obscuridad del coche el derrumbe de su inocencia, de su pureza, de su ensueño ante la acometividad brutal de la incontinencia de su marido. Este se refiere a ello con algunas palabras ambiguas:

Las solemnidades de la boda, dice; ella bañada en lágrimas; y luego lo del coche. Resulta que ya lo sabe todo y de ahí proviene su temor en el que hay algo de enfermizo.

Pero no puede afirmarse que en ella haya nada de enfermizo. Si algo había era en Tolstoy que no supo respetar la juventud, la inocencia, la timidez de su esposa, con su actitud. A ella esto le produjo una profunda repugnancia y le causó el desencanto de toda su quimera de novia. Después de esta tragedia muda en que los sollozos de ella ahogaron quizás el fracaso de toda su vida, la existencia en Yasnaia Poliana fué una sola pena diariamente renovada.

### III.—LA VIDA EN YASNAIA POLIANA

Yasnaja Poliana que traducido literalmente significa «Cañada brillante» era herencia de Tolstoy por la línea materna: Volkonsky. Situada a veinte versas de Tula, ciudad cercana a Moscú, la hacienda familiar era una de las más hermosas posesiones de la nobleza rusa. Allí nació el conde y allí transcurrió casi toda su vida; allí sufrió él y su esposa, allí nacieron los hijos; allí duerme él su último sueño y allí ella, custodia permanente de la gloria del amor de su esposo, quiso dormirse en esa «noche más larga que las otras» que, al decir de un poeta, es la muerte. Bajo las largas y hermosas avenidas de tilos, nacieron las concepciones de su obra gigantesca; en su cancha de tennis y en la piscina las fotografías lo sorprendieron más de una vez y si la felicidad humana pudo alguna vez albergarse, allí debió tener su asiento, pero no fué así.

Ambos han llevado diarios detallados y la vida puede seguirse fácilmente. El de él permanece callado muchos años, el de ella, sólo con algunas interrupciones. Es una tarea que da muchas enseñanzas, pero bien triste, y las anotaciones del diario de ella son especialmente sugerentes. Sólo pueden verse en ellas el divorcio completo de estos espíritus unidos por un vínculo en el que habían creído encontrar toda la felicidad. Resumiremos



los extractos de las anotaciones para llevar a vuestro convencimiento, la existencia de esta tragedia permanente.

Quince días después del matrimonio, el 8 de Octubre de 1862, anota entre otras observaciones la condesa:

Hoy día he sentido de golpe que él y yo, debemos seguir cada uno nuestro camino.

Tolstoy afirma el 30 de Septiembre, una semana después del enlace:

Hoy hemos tenido una escena. La quiero, pero ¿quién sabe si todo esto no es una falsedad?

El 9 de Octubre anota ella:

Para mi marido tiene una gran importancia la parte física del amor. . . . para mí ninguna. Todas estas relaciones carnales me asquean, me son repugnantes.

Dos días después se pregunta:

¿para qué vivir si las cosas van tan mal para mí y para los demás. Esta idea me obsesiona.

El 23 de Noviembre del mismo año, ante la tendencia de su esposo de ir hacia el pueblo y participar de su vida, dice la esposa:

No es que León me repugne, pero yo siento que estamos unidos en dos caminos distintos, quiero decir que su pueblo no puede absorberme todo entero como a él, y yo soy incapaz de ocuparlo entero a él, como él me llena a mí. Creo que un día me suicidaré de celos

exclama el 16 de Diciembre de 1862. Esta afirmación se la trae la lectura del diario del conde que él le ha entregado cuando era de novio para que lo conozca y cuya lectura no tiene otro resultado que aniquilar más el alma de Sofía y acrecentar el indefinible y complejo sentimiento de asco, repugnancia, desconfianza y sumisión.

Tolstoy antes de casarse ha mantenido relaciones con Aksinia Anikanovna, campesina de sus dominios y ha escrito

estoy enamorado como no lo he estado nunca.

A su esposa sólo se le ocurre pensar:

quemaría su diario y su pasado.

El año siguiente, 1863, se inicia con una apasionada profesión



de amor de ella y con una indefinible sensación de tristeza y pesadumbre. El 26 de Marzo dice:

creo que este amor es el fundamento de mi existencia.

En el diario de su marido y en el relato que hace de esta época en «La sonata a Kreutzer», sólo aparecen rasgos de felicidad prontamente desmentidos como afirmados. El 8 de Mayo, ella espera con fervor el nacimiento del primer hijo, que ocurrirá algún tiempo después. Sin embargo, se siente aislada y doliente:

Siento que le soy insoportable y lo único que deseo es salir de su vida luego y dejarlo en paz.

Algún tiempo después, el 31 de Julio afirma

estos nueve meses han sido los más terribles de mi vida.

El 7 de Octubre después de las continuas rencillas y reconciliaciones que señala el diario de él, ella dice:

nuestras vidas se separan más y más.

Veintiún días después, el 28 de Octubre:

se diría que no queda nada de nuestro amor.

Trascurre la Navidad de 1863 y no hay una anotación que indique una vida de familia más o menos regular, lo mismo que el día de primer aniversario matrimonial. En él y en ella crecen el alejamiento, la inquietud, el desasosiego.

El 3 de Noviembre de 1864, dos años después del matrimonio, ella cree que su marido le tiene «un odio silencioso». Las anotaciones que siguen continúan en el mismo tono de pesadumbre. Los años se suceden en la quietud familiar burguesa y mientras Tolstoy produce sus mejores obras, su esposa sufre minuto a minuto, su existencia, en la que el marido no repara. Del diario de él, se puede observar que su esposa le era un objeto útil para satisfacerse cuando le venía en deseo de hacerlo y abandonar después. Cinco años después, del matrimonio, el 12 de Septiembre de 1867 ella puede anotar:

Es verdad, todo ha concluído. No queda más que un vacío inmenso y una frialdad manifiesta. La verdad es ésta, él no me ama y yo estoy rabiosa de quererlo con un amor tan humillante.

Reparemos un momento en que estas anotaciones son de una mu-



jer de 18 a 24; que ya la vida en el mediodía gozoso de su juventud sólo le ha mostrado sus más intensos y amargos sufrimientos morales y acaso al formular un juicio sobre ella, tengamos mucho que admirar, mucho que comprender y no poco que perdonar.

Las preocupaciones y cuidados caseros dominan a la joven esposa y así sólo hay una anotación en 1868, ninguna en 1869, una en 1870, otra en 1871. Después, la rutina de la vida se apodera del diario y el espíritu se esconde y sólo se anotan en él hechos vulgares sin importancia. En 1874 encontramos un dolor grande y hondo: la muerte de Petia, uno de los hijos. En el año siguiente hay una rebelión contra la vida del campo que empieza a aletargar el espíritu de la condesa y a embotarlo en el torbellino de las diarias preocupaciones familiares. La familia entre tanto aumenta y crece, y en este año, 1876, aparecen los primeros cuidados por el porvenir. La anotación del 23 de Septiembre de 1878, 16 años después del matrimonio, es reveladora. En ambos diarios, no hay un solo recuerdo sentimental y parece que la fecha ha sido olvidada. Se apunta lo que se ha hecho en el día y nada más. La condesa ha estudiado una lección de piano, él ha cazado una becasina.

A medida que pasan los días las preocupaciones materiales del cuidado de los suyos, del porvenir, de los asuntos de la explotación de la hacienda se van apoderando del espíritu de ella y la van alejando de él, que ya atraviesa por una crisis de misticismo cada vez más acentuado. Son frecuentes las anotaciones en ambos diarios

Hemos tenido una querrela terrible, mi mujer me es insoportable. León no me quiere, ni me ha querido nunca, etc.

El diario de ella se interrumpe a veces por dos años y más, y el 26 de Agosto de 1882 la separación es tan honda, que ya Tolstoy manifiesta deseos de abandonar a los suyos, de escapar a lo que él consideraba el yugo. Los amigos de Tolstoy irritan a la esposa; los discípulos la violentan, no los puede aceptar y son fuente continua de disgustos y sufrimientos.

Nuestra casa, se llena escribe el 18 de Junio de 1887, de mendigos y miserables y pasan a ser parte principal en nuestro hogar, yo no soy nadie.

Meses después anota

Los discípulos de mi marido o son vagabundos y ladrones o mujeres histéricas y poseídas.



El 20 de Noviembre de 1890, 46 años tiene la condesa, anota mi marido ha roto conmigo toda relación.

Ella, mientras tanto, a pesar de todas las torturas de su espíritu sigue cumpliendo su deber de esposa, de madre, de administradora de sus bienes y de su hogar. Ya Tolstoy apartado de la tierra le ha transferido a los suyos el cuidado de sus deberes, y poseído de su fervoroso sentido moral cercano a la santidad laica no hace sino sufrir entre los suyos y hacerlos sufrir también. El hogar fundado sobre espíritus tan disímiles, impulsado cada uno de los cónyuges por senderos tan distintos, tienen forzosamente que tornarse en un campo de dificultades, en un sitio hosco, amargo de rencores y desdichas. Todos los escritores que se han ocupado del tema están contestes en afirmar que la vida en Yasnáia Poliana no era fácil ni amable. De un lado Tolstoy, desprendido en absoluto de los suyos, ajeno a sus preocupaciones, violento ante sus deseos, extraño a sus sentimientos y afanes y rodeados por su discípulos, místicos e iluminados, poseídos todos de fervorosa devoción al maestro y partidarios incondicionales en la lucha trabada con los suyos; del otro lado la familia a cuya cabeza estaba la esposa recta y austera, que ha visto en el rodar de los años desde el día de su boda el aniquilamiento paulatino de todas las ilusiones; que a los diez y ocho años ha tenido que decirle adiós a sus mejores ensueños y que para soportar su misión y cumplirla ha tomado su cruz con decisión y con energía. Mientras Tolstoy toca los límites de la santidad, la esposa tiene que humanizarse más y más y atender a todos los quehaceres y trabajos. El cuidado de las ediciones de él, la atención de la explotación de sus posesiones, el cumplimiento de los compromisos contraídos, la vigilancia sobre el porvenir de los hijos, todo en fin, lo que tiene relación con la vida material de una familia numerosa, está a cargo de esta mujer infatigable. Es claro que dada la diferencia de caracteres, la distancia entre ambos cónyuges va acentuándose de día en día. Tolstoy sufre y se martiriza entre los suyos, pero también hace sufrir. Su evolución religiosa y moral le ha transformado totalmente el espíritu de tal suerte que se encuentra en perpetua pugna con la vida que los suyos le obligan a hacer. Esa es su tragedia. El ha predicado el desdén a todos los bienes terrenos y es un rico propietario; ha soñado con un estado ideal en que sólo imperará la ley fraterna del amor entre todos los humanos y es el centro de odios e intrigas mezquinas; ante el mundo su vida y su obra, cada nueva obra que lanza, aparecen en una contradicción flagrante y por esto no cesa de sufrir.



Así como en el diario de la esposa la idea del suicidio se lee a menudo, especialmente en los primeros ocho años del matrimonio, así el ansia de Tolstoy de irse, de abandonar a los suyos, se fortifica cada año. En 1884 parte de su casa, por vez primera, pero a poco camino lo alcanzan para avisarle que su esposa se encuentra enferma de gravedad. La anunciación del parto del que iría a nacer su hija Alejandra, la predilecta más tarde, ha sorprendido al padre en trance de fuga. La vida es más fuerte que él y se queda. Después en 1897, quiere irse y alcanza a escribir una carta inmortal en que le anuncia su propósito de marcharse para «vivir en la soledad y en el reposo y hacer concordar así mi vida con mi fe».

De toda esta tragedia que el curso de los años no hace sino ahondar, ha quedado el testimonio penoso de las anotaciones en el diario de la condesa. Ella, a pesar de todo, copia, fiel guardiana de la gloria de su marido, todas sus obras y día a día el esposo le encarga sacar en limpio las anotaciones del diario de él. Transcribiendo una de éstas, se encuentra el 14 de Diciembre de 1890 con la siguiente anotación de su esposo:

El amor no existe. Hay la necesidad sexual de unirse a otro ser y la necesidad razonable de tener una compañera de vida.

Agrega la esposa :

Si yo hubiese leído esto hace veintinueve años, no sería hoy la mujer de León Nicolaevitch.

Poco antes él ha publicado «La Sonata a Kreutzer», esa maravillosa novela que todos conocéis y que es acaso una de las requisitorias más violentas contra el matrimonio y el estado que representa. La esposa, injuriada y despreciada, espera un hijo, y el nacimiento de ese niño, ella lo afirma es

la única respuesta a «La Sonata a Kreutzer» que puedo dar al mundo.

Una de las últimas anotaciones del diario de ella, en nuestro poder, lleva fecha 2 de Noviembre de 1897 y tiene el mismo tono pesimista, triste y amargo de las anteriormente transcritas.

El hecho innegable es que una vez más yo he sentido en él ese hielo que me ha hecho estremecer tantas veces, y que en el fondo no es más que una absoluta indiferencia hacia mí y los niños.

Tal era la convicción de la esposa y el diario transcurso de su vida así lo confirmaba. En cambio él sufría la intensidad de su tragedia mística con un dolor silencioso y devorante. Hay foto-



grafías de los últimos años de él, 1908, 1909 y 1910, que son la imagen misma de la desesperación. Su carácter violento, su naturaleza robusta, su inquietud permanente, no han amenguado con los años y el viejo conde lleva su martirio interior con energía sobrehumana.

Un día ya no puede más. El 28 de Octubre de 1910, tiene 82 años, despierta a media noche y ve según propia confesión, a su esposa que registra sus papeles en la pieza vecina. Esto lo desespera y decide irse en ese mismo instante. Llama a su médico y a su hija Alejandra, la regalona, a quien había de encargarse sus disposiciones testamentarias y que naciera cuando él abandonara la casa por vez primera, y se va. ¡Es una huída, una fuga de los suyos, de sí mismo, de todos, de la vida quizás!

Sólo lo acompaña su médico. Los demás detalles son conocidos. Va a visitar a otra hija, Tatiana al monasterio de Scharnardiera donde vivía, y después de tres días parte con la idea fija de abandonar Rusia. En el camino es reconocido por los familiares, por los periodistas, por los enviados de la esposa que después de su fuga, poseída e histérica, ha intentado suicidarse dos veces. Enfermo de gravedad, lo desembarcan en la pequeña estación de Astapovo, donde llegó anhelante la esposa. No pudo, porque no se le permitió, verlo y sólo obtuvo autorización para acercarse a él, cuando perdido el conocimiento ya iba a morir. Quizás si el moribundo alcanzó a reconocer a la esposa de la que huía y que le susurraba al oído el final de un romance de amor tan triste. Era el 20 de Noviembre de 1910. Ella lo sobrevivió en Yasnaia Poliana hasta el 22 de Octubre de 1919.

#### IV.—LA HISTORIA Y ELLA

Tales son los hechos, pero antes de terminar debemos decir dos palabras acerca de la figura de ella. La historia la ha juzgado mal. La gloria de su marido y el fervor de los admiradores de éste, ha hecho de Sofía Bers una mujer despiadada y atrabiliaria, parlanchina y vanidosa, carcelera irreductible del espíritu superior de Tolstoy. Sería conveniente empezar a rectificar ese juicio y junto con reconocer el genio indiscutible de Tolstoy, acercarnos sin ánimo de juzgar a esta mujer que por serlo, fué durante su vida la más fiel depositaria del aporte de dolor humano con que el destino la señaló, y pensar que trunca sus ilusiones y quebradas sus esperanzas no tuvo en su vida otro guía que el cumplimiento de su deber y que supo cumplirlo hasta el fin.

Ante el torrente de juicios adversos que ha merecido siempre



la actitud de la condesa Tolstoy, vale recordar que en el día de su matrimonio que debió ser el más feliz de su vida, el destino le señaló una de las pruebas más duras y su corazón, entonces inocente, tuvo que ahogar en sollozos la ruina de todas sus idealidades y sus quimeras.

Después de ese día hasta su muerte sólo se atuvo a su deber y quizás si cumpliéndolo, por encima del juicio de sus contemporáneos y de la posteridad, con la noble satisfacción que puede otorgar una jornada bien hecha, ella encontró su mejor recompensa o la posibilidad tal vez de otra recompensa, porque pudo pensar en sus postreros años, como el poeta, que no todo ha de terminar cuando la farsa acaba.—ABEL VALDÉS A.

X-1932.

## ENSAYO SOBRE EL MATERIALISMO HISTORICO

**S**EGUN la teoría que voy a exponer, es la vida económica, la organización y la actividad de los grupos llamados a producir y a repartir los medios de existencia, la que determina y forma la vida histórica en su conjunto; la política interior lo mismo que la política exterior, la religión lo mismo que el arte, el derecho lo mismo que la técnica. Casi no se trata aquí de saber en qué medida este principio es válido cuando se le confronta con los hechos de la historia, y hasta qué punto es posible ordenar en el tiempo y de una manera objetiva los acontecimientos y los estados de las cosas, de manera a reducir sus causas a condiciones de producción. No se trata, aquí, sino de analizar la estructura de esta doctrina del punto de vista de la teoría del conocimiento y de precisar el carácter de las hipótesis que han contruibido a formarla, según el lugar que ellas ocupan en el orden de los diferentes medios que el entendimiento suministra para conocer la realidad.

Lo que el materialismo histórico parece ofrecer primeramente, es una explicación psicológica de los acontecimientos históricos, según un solo y mismo principio. Y si Marx afirma expresamente que el hambre en sí no constituye la historia, esto no niega que las condiciones de producción y de cambio no podrían bastar a hacerle, si el hambre, por el hecho de que hace sufrir, no estuviera allí como fuerza de impulsión. Es por esto que la designación de materialismo se presta a erro-



res. Es claro que la doctrina del materialismo histórico no tiene nada que ver con el materialismo metafísico; ella es compatible con toda opinión monista o dualista sobre la naturaleza de los hechos psíquicos. Materialismo no podría significar, pues, sino dependencia de la historia, en última instancia, de energías que no tienen nada de psíquico. Pero esto precisamente está en contradicción con el contenido mismo de la doctrina que da a la historia motivo eminentemente psicológico. Es cierto que las variaciones de contenido de la historia dependen de factores que se encuentran más allá del hambre, porque ésta, siempre y en todas partes la misma, no bastaría a explicar estas variaciones; sin embargo, se le podría comparar al vapor que pone en movimiento las máquinas, cualquiera que sea la diversidad de su construcción. Lo que hace la grandeza de la doctrina, es el deseo de mostrar, a través de los contrastes y las transformaciones de la historia, el resorte que por su simplicidad elemental tiene las cualidades requeridas para representar la unidad en el mecanismo tan complejo de la vida histórica. La doctrina de que hablamos no es otra cosa que una hipótesis psicológica. Las acciones exteriores de los hombres se explican por hechos psicológicos que se pueden reducir en último término al interés por la «producción y la reproducción de la vida inmediata». Sólo que el carácter hipotético de la doctrina está disimulado por el hecho de que la impulsión psíquica que le sirve a explicar los acontecimientos históricos es de una realidad incontestable, y ella parece extender este carácter de realidad sobre el sistema que hace derivar de esa impulsión. Y es precisamente en esta doctrina que pretende reproducir lo más exactamente la realidad, que se pueden constatar, paso a paso, las transformaciones sufridas por un hecho, que primeramente no era más que un simple dato, cuando él se somete a las exigencias y a las hipótesis teóricas y supra-teóricas de la autonomía mental. Pero reconociendo que el valor del método considerado es ilusorio del punto de vista de la teoría del conocimiento, no se le disminuye en nada el gran valor que él tiene en la práctica para las investigaciones históricas, revelando nuevas relaciones causales.

Después de haber constatado que el materialismo histórico, en vez de poseer la pretendida seguridad de un hecho psicológico no posee sino el valor de una hipótesis psicológica—lo que, por otra parte, lejos de disminuir su importancia, no hace más que aumentarla—queda por examinar otro hecho: el de la *elección* que esta doctrina ha hecho entre los factores que podrían figurar como móviles fundamentales de la historia. El



aspecto de la vida, tal como ella se presenta a nosotros, ofrece una confusión de series de intereses. Ellas se cruzan en la conciencia, en las relaciones de potencias y en sus manifestaciones exteriores, como los hilos de un tejido, cada uno de los cuales tuviera, es cierto, una continuidad, pero que aparecieran a la superficie de una manera fragmentaria para disimularse alternativamente bajo otros hilos. La realidad nos muestra un enredo inextricable de intereses económicos y religiosos, de organizaciones del Estado y de vida individual, de arte y de derecho, de ciencias, y de diferentes formas de matrimonio. De todo aquello nace lo que llamamos «historia». Sólo la continuidad de los hilos, cada uno de los cuales cautiva alternativamente el interés, en diferentes momentos de diferentes estados de la conciencia, permite perseverar en este dilema, a saber, que «la historia universal» es un concepto imposible de realizar, que no pueden haber sino historias particulares, y que, sin embargo, por sobre estas historias particulares está la «idea» de «la historia como historia», del entrelazamiento, de la unidad de todas estas series en el tiempo y en el espacio. Esta unidad no la podemos aprehender de un modo inmediato, pero cuando nuestro espíritu se la representa bajo la imagen que nos ofrece la historia, ella cesa de ser para nosotros un amontonamiento de fragmentos incoherentes. El mérito del materialismo histórico, es el de haber añadido a este concepto apriórico de una unidad ideal, una nueva realización parcial y una prueba concreta: ha hecho ver que el desarrollo de los valores económicos y el de los valores ideales, que parecían diverger, convergen sin embargo en muchos puntos. Supongamos que tal convergencia se manifieste a través de todo el desarrollo histórico, y nosotros podríamos, en efecto, seguir el desarrollo completo de los contenidos históricos ateniéndonos al estudio de los valores económicos. Por medio de las leyes de correlación, todas las situaciones y todos los acontecimientos se revelarían como funciones de la vida económica, y ésta sería por definición el símbolo de la historia. Cualquiera que sea la importancia del hecho de haber considerado la posibilidad de tal conocimiento, es incontestable que si se le admite, se puede idénticamente atribuir a cualquiera otra serie de valores este rol fundamental que se ha hecho jugar a los valores económicos, por lo que concierne a la formación del conocimiento histórico. La historia de las formas de gobierno, la historia de las costumbres, la historia de la cultura intelectual o del derecho criminal, están relacionadas a todas las otras partes de la historia por una continuidad de relaciones, que, a decir verdad, no son a menudo más que indi-



rectas y variables; cada parte de la historia podría, pues, servir de base de conocimiento a la historia general. Es cierto que el materialismo histórico pretende que los acontecimientos económicos no son solamente el fundamento del conocimiento de la historia, sino también el fundamento *real*, la fuerza motriz de todos los otros fenómenos. Solo que, visto el cambio perpetuo de las diferentes categorías de acontecimientos, bien podría ser que no hubiera allí más que una ruptura dogmática y prematura en la serie de los hechos. Se nos dice, por ejemplo, que la gran industria, a consecuencia de la calidad de sus materias primas y las condiciones que regulan la venta de sus productos, no puede prosperar si ella debe servir una cantidad de pequeños Estados. Ellas sería la que habría creado la Alemania y la Italia, estos grandes Estados recientemente centralizados. Pero admitiendo que esta causalidad esté bien establecida, ¿qué decir de la Francia y de la Inglaterra, cuya unidad no puede sin embargo atribuirse a la gran industria? Tal vez esta unidad ha nacido en su tiempo, de causas económicas; sólo que una vez establecida, es ella la que por su parte ha favorecido el advenimiento de la gran industria, y esto por el mismo concurso de circunstancias que en otra parte parece haber determinado una causalidad inversa, y aun en este último caso, es el gran Estado, una vez establecido, el que a su vez ha dado nacimiento a las grandes industrias.

Puesto que estas reciprocidades de acciones se producen en un encadenamiento que se prosigue hasta el infinito y cuyo comienzo escapa a nuestro conocimiento, es arbitrario querer cortar la cadena en cualquiera de los anillos, designándolo como causa de todos los fenómenos ulteriores de esta serie, porque cada anillo de esta serie es naturalmente la condición de los anillos siguientes. Tomemos otro ejemplo de la literatura marxista. La teoría de Calvino sobre la predestinación sería la expresión del hecho de que en la concurrencia comercial, el éxito o la bancarrota no dependen de la actividad o habilidad del comerciante, sino de poderes de un orden superior que no conocemos; y esto sería especialmente el caso en esas épocas de trastornos económicos. Si esto es algo más que una broma, se le puede en todo caso interpretar de esta manera; una comunidad que ha llegado a convicciones fatalistas por razones de orden puramente religioso, tendrá una tendencia a dejarse llevar en todas las relaciones de la vida, incluso en las económicas, porque estará convencida de la inutilidad de toda previsión, de toda teología y de toda organización humana.

También si se considera la historia como un entrelazamiento



de series de acontecimientos que difieren por la calidad, el materialismo histórico posee, en efecto, medios para organizar el conjunto de los materiales históricos, tentativa que nunca se había hecho antes de él, y que le ha permitido reducirlo todo a un motivo único. Pero él comete desde el punto de vista del método, el más profundo de los errores cuando cree dar así una reproducción de la realidad. No solamente él confunde la imagen del acontecimiento, tal como ha sido estilizado en cierto modo por los intereses del conocimiento, con el acontecimiento tal como se ha efectuado en la realidad, sino que confunde un principio que tiene una importancia como principio eurístico, y que no debería ser aplicado desde luego sino, por así decir, a título de ensayo, con un principio constitutivo que sería establecido de inmediato y del cual fluirían todos los hechos. Nadie pretendería sostener que el motivo económico domina siempre en la conciencia de los hombres, aunque se trata de contenidos no económicos, y que sea él quien hace nacer esos contenidos en la conciencia; y nadie sabe lo que ocurre en el inconsciente y cómo se encadenan allí las causalidades. Así la sola interpretación posible que queda de la concepción del materialismo histórico, es que los acontecimientos ocurren *como si* este motivo dominara los hombres. Pero el hecho de que en la historia haya un encadenamiento entre los contenidos extrínsecos e intrínsecos, hechos sobre el cual el materialismo insiste precisamente, y este otro hecho de una alternancia de los contenidos que dominan la conciencia, estos hechos, digo, hacen concebir como todos los otros intereses no económicos podrían a su vez funcionar como principio eurístico. Es el gran mérito del materialismo habernos mostrado que a pesar de su heterogeneidad y de su hostilidad, las diferentes series que forman los intereses humanos están estrechamente ligados, cuando se trata de su realización y de su desarrollo histórico, pero es precisamente este gran mérito del materialismo el que hace perder a su motivo fundamental su lugar excepcional, y lo coloca como principio puramente eurístico—como principio según el cual los hechos de otras categorías pueden ser *valorados*—en el mismo rango que esas otras categorías que, ellas también, podrían servir de medida de evaluación. Desde el punto de vista metódico, la utilidad de esta ilusión consiste evidentemente en este hecho; que no es sino aplicando un principio de una manera absoluta y radical, como se pueden establecer con seguridad sus límites y su grado de validez, y el lado perjudicial y dogmático, al contrario, no puede desaparecer sino cuando tales principios son transformados en principios eurísticos. Sólo que si en lu



gar de emplearlos como principios realistas se les usa de una manera más modesta, haciendo la restricción de que los hechos se presentan *como si* ellos pudieran ser substituídos por esos principios, se hace resaltar claramente que son las exigencias del *conocimiento* las que determinan la formación de la materia histórica y se desmiente así, de la manera más formal, una reproducción realista de las cosas que se haría al margen de las exigencias del espíritu.

Es cierto que el materialismo no acepta esta imagen de la vida histórica, concebida como un tejido que se constituiría combinando constantemente numerosos hilos ya coordinados por sí mismos. Para él, lo económico es al contrario la condición continua que, bastándose a sí misma, se desarrolla en la base fundamental de la historia, determinando todos los otros desarrollos; es la sub-corriente que no alterna con otras, pero que sostiene a estas en todo el largo de su curso; es el fenómeno histórico por definición, la «cosa en sí» del fenómeno histórico. No es sino a condición de admitir tal estructura que el materialismo histórico se hace posible; sólo que esta estructura constituye, una dificultad para la formación de la imagen histórica, porque ella introduce una metafísica en el mismo centro de la doctrina materialista. Si es verdad que los desarrollos de las costumbres y el derecho, de la religión y de la literatura, siguen la curva del desarrollo económico sin influenciar a esta última en su esencia, yo no veo bien cómo se producen las transformaciones de la vida económica. La invención de las armas de fuego, el descubrimiento de América, la producción intelectual, que caracterizan el fin de la Edad Media, no deben haber causado el paso de las condiciones económicas de la feudalidad a la de los tiempos modernos, sino, inversamente, serían las condiciones económicas de los tiempos modernos las que habrían exigido y creado esas extensiones intelectuales, técnicas y territoriales. Solamente ¿cómo es que los hombres no se contentaron jamás con el sistema de impuestos y con el vasallaje? Cada forma de producción debe ser en su origen absolutamente apropiada a su tiempo. Pero puesto que ese tiempo es *exclusivamente* determinado por esa forma de producción ¿cómo explicar que este acuerdo entre las formas y las fuerzas de producción se transforme más tarde en un desacuerdo? Si esos hechos extranjeros a lo económico no deben haber contribuído a cambiar la forma de producción, es pues necesario que cada etapa de lo económico saque de sí misma, y sin ser fecundada de otra parte, las fuerzas por las cuales se supere—¡una partenogénesis de las condiciones económicas!—Se explica la pura inmanencia



de este desarrollo por expresiones como éstas; las formas de producción de la época «sobreviven», nuevas fuerzas de producción se habrían «desarrollado», nuevas formas sociales estarían a punto de *nacer*. Pero todo eso no da más que palabras vacías de sentido, que no vale más que el hecho de hacer responsable a la «potencia del tiempo» de los cambios reales que se producen. Eso, casi equivaldría a decir que a cada época de la economía le sería atribuída de antemano una medida de fuerza vital que se consumiría gradualmente a sí misma. ¿Pero de dónde pueden venir, de una parte ese agotamiento de la economía y de otra esas tensiones crecientes y esas renovaciones, si las *reciprocidades de acción* de todos los otros factores históricos deben ser excluídas? Esto no parece explicarse sino por una metafísica secreta en la cual el «movimiento autónomo de la idea» continúa viviendo.

No se trata aquí de hacer una crítica estéril, sino de ver los argumentos que esta teoría «realista» de la historia puede ofrecer para refutar el realismo, porque cuando el realismo pretende que las ciencias históricas reproducen los acontecimientos «tal como se han producido en la realidad» comete un error tan profundo como el del realismo en arte, que cree copiar la realidad y no advierte hasta qué punto esta copia estiliza, en cierto modo, los contenidos de la realidad. Las ciencias naturales reconocen hoy que los hechos de la naturaleza no penetran tales cuales son en nuestra conciencia, que ellos no se vacían en ella como se pueden vaciar nueces en un saco, sino que la ciencia es un símbolo del ser primario, símbolo nacido exclusivamente de las formas del espíritu. En lo que concierne al acontecimiento tal como ocurre en el mundo de los hombres, parece sin embargo, que es difícil todavía comprender que su realidad no puede ser sino *vivida*, y que si esta realidad debe hacerse científica, es necesario que ella debe ser tomada bajo formas bien diferentes; bajo las formas lógicas y metafísicas que son propias del espíritu; pero estas no pueden hacer la historia sino presentando la vida bajo un conjunto de hechos que jamás han existido *así* en la realidad. Es posible que el materialismo histórico, precisamente a causa de la perseverancia que lo caracteriza en la búsqueda de su principio, no haga más que mostrar de una manera sorprendente, la metafísica que implica como cualquiera teoría histórica, porque la posibilidad de penetrar la influencia recíproca de *todos* los factores históricos no nos es dada, y mientras que ella sola podría hacernos concebir la verdadera unidad de la historia, toda imagen que nos es dado formar sobre el conjunto de los acontecimientos, sólo puede hacerse por una



construcción unilateral. Si nos es posible proseguir los desarrollos particulares de una gran época histórica a otra, no es menos cierto que eso sólo se consigue suponiendo los caracteres de conjunto de cada una de estas épocas. Como ya lo he hecho resaltar, una etapa tomada aisladamente en una serie, no hace jamás nacer absolutamente de ella misma la etapa siguiente, ella no puede hacerlo sino juntando su acción a las acciones de todas las otras series. Y cuando no obstante, siguiendo inevitablemente las leyes de nuestro conocimiento, nosotros construimos estas series como si ellas se bastaran a sí mismas, arribamos inevitablemente también al punto de vista de un desarrollo espontáneo de las series, y colocamos muchas veces en lugar de las fuerzas de impulsión que conducen una etapa a producir una nueva—fuerzas que viene del lugar que ella ocupa en la constelación del conjunto—impulsiones puramente interiores, que serían como *qualitates occultae*. Como en lo que concierne a la vida de los organismos se ha recurrido al argumento de una impulsión de desarrollo más o menos misteriosa, así en las exposiciones históricas se recurre, al menos para completar las reciprocidades de acción cuyas causas no podemos redescubrir, a transformaciones y desarrollos espontáneos, como si el sujeto representara una unidad replegándose en sí misma, y estuviera poseído de antemano de un cierto ritmo, ritmo de expansión y de decadencia, de afirmación y de aberración. Esta metafísica difícilmente puede ser constatada en cada uno de los casos, porque ella se manifiesta de una manera muy irregular y rudimentaria, y es un hábito simple del pensamiento histórico; pero es el materialismo histórico el que parece haber subrayado especialmente esta metafísica; porque concediendo a una de las series de acontecimientos un desarrollo autónomo, atribuyéndole una influencia sobre las otras series, sin que ella misma sufra la influencia de estas, reduce las diferentes formaciones históricas a no ser sino productos de una generación espontánea, a no poder derivar sino de una dirección de desarrollo que sería dada de antemano.

Pero hay en esta doctrina un punto de vista que ofrece ciertas afinidades con el principio metódico que acabamos de exponer. Toda nuestra crítica se dirigía, hasta aquí, hacia la ilusión del materialismo histórico, que le hace creer que representa una concepción realista, de la historia, mientras que no es sino una representación de la historia, estilizada por las solas exigencias de las categorías de nuestros conocimientos. Esto parece haber sido percibido por uno de los representantes de la doctrina, cuando afirma que ella se haya justificada *por el hecho de que*



*el desarrollo histórico es otra cosa que el conjunto de la vida humana.* El pretende que *todo* lo que nosotros vivimos no forma parte de la historia, porque ésta no trata sino de lo que es susceptible de desarrollo; y nuestra vida contiene, además, muchos factores constantes, tales como la procreación, el alumbramiento, la digestión, etc., los cuales no tienen historia. Evidentemente la inteligencia establece aquí una línea de demarcación en los hechos de la existencia. A cada instante los factores constantes y variables de la existencia constituyen una unidad indescomponible en la realidad. Es en los elementos constantes de lo corporal y de lo lógico, de las voliciones y de los sentimientos, de las impresiones sensibles y de las relaciones entre individuos, es en esos elementos constantes que para nuestro conocimiento no tienen «historia», que lo variable encuentra su substancia o sus accidentes; no se podría imaginar un estado al cual él pudiera advenir sin admitir esos elementos durables. Lo durable y lo variable, ambos en coordinación perfecta, construyen el momento particular. Este momento reabsorbe el elemento dado, como si este elemento fuera incontestablemente constante, sin que el hecho de que ha sido y será otro, entre en consideración; y por otra parte, ocurre a menudo que éste contenido que se repite siempre, sea experimentado como si él jamás hubiera sido vivido, como si nunca hubiera sido todavía reproducido en su acción y sus combinaciones. Y cuando el materialismo anuncia que sólo los elementos variables son el resorte de la historia, reconoce que la historia es una selección, y debe ver allí, inevitablemente, una nueva síntesis de los elementos de la realidad, porque de el momento que se hace exclusión de los elementos constantes, cuya combinación con los elementos variables constituye la realidad inmediata, es necesario que lo que resta sea combinado en conjuntos nuevos y apropiados a esta selección. Pero entonces, lo que ha sido formado de esta manera, viene a ser comparable a la obra de arte que sólo reproduce las impresiones de un solo sentido, y que no puede, por consiguiente, formar imágenes sino sirviéndose de relaciones *particulares a este sentido*; mientras que el *pendant* real de la obra de arte obtiene su unidad por toda una serie de otras relaciones. Esta manera de separar la historia, de la totalidad de los acontecimientos, y de construirla limitándose a los acontecimientos variables, es la ruptura más completa con el realismo simple, es la declaración de la soberanía absoluta de la categoría sobre la naturaleza. Y nosotros tendremos ocasión de profundizar este punto, leyendo por ejemplo, que «la concepción materialista de la historia no pretende reducir exclusi-



vamente a condiciones económicas, hechos como el que César no haya tenido hijos y haya adoptado a Octavio, que Antonio se enamoró de Cleopatra, o que Lépido fué un espíritu débil, sino que ella cree poder explicar la caída de la república romana y el advenimiento del Cesarismo». Ahora bien, tales contenidos históricos son ciertamente concepciones de conjunto, mientras que las realidades que les corresponden consisten en hechos aislados y determinados en sí mismos, hechos que la primera parte de la frase reconoce no ser explicables por la historia. Así, los acontecimientos particulares no aparecen como siendo de la historia, no lo llegan a ser sino cuando se sujetan a conceptos de desarrollo que hacen conocer la «variabilidad» de la serie. Es así como los hechos aislados adquieren un sentido que los hace distinguir como históricos, a condición de colocarse bajo la categoría de la «variabilidad», que no es implicada por ninguno de esos hechos particulares, pero que es una relación o una unidad creada por el espíritu del historiador como un *a priori* histórico.

Pero aquí, como siempre, la doctrina rebaja el valor de su principio metódico, no haciéndolo servir sino para un fin parcial. Este elemento variable, que por sí solo constituye la historia, es lo económico; excluyendo esta doctrina todos los otros, que, constantes en sí mismos, no varían sino cuando están sometidos a la influencia de éste. Tal aserción pone a plena luz hasta qué punto es arbitrario usurpar la directiva para la serie económica, cuando todas las otras series le están históricamente coordinadas. Es por esto que esta teoría me parece necesitar más una discusión psicológica que una discusión de hechos, y me parece indicado explicarla por el motivo no-teórico que sostiene toda la teoría materialista de la historia. Los representantes del materialismo histórico han sido inducidos, hasta aquí, a dar lo económico como contenido a las formas psicológicas, metafísicas y metódicas de su concepción de la historia, por la tendencia socialista y práctica. Y esto porque para una aspiración socialista, que como tal debe concernir a una gran masa, el interés económico es decisivo, porque no hay otro del cual se esté tan seguro de encontrar en cada elemento. Por un lado ésta es la razón por la cual la serie económica aparece al materialismo como siendo la que es, propiamente hablando, variable, porque la constancia que el factor económico posee como factor general entre los hombres, debe hacer resaltar con una nitidez extrema las variaciones de las formas particulares que él sueña. Tal vez no existe otro dominio de interés en que haya tan fuerte tensión entre la similitud general de los fenómenos y la



multiplicidad de sus formas y de sus contenidos. (A lo más se podría encontrar una analogía en el dominio de las relaciones entre los sexos, que ofrece una diversidad extraordinaria de combinaciones psicológicas, reposando todas sobre una base común. Solamente los tipos de formas en las cuales estas relaciones se cristalizan, no pueden ser comparadas en número con las de la vida económica). Por otro lado es fácil comprender que si la representación histórica se orienta según las tendencias de voluntad y de sentimiento, ella alcanzará su máximum de intensidad y por así decir su razón de ser, cuando éstas, según su esencia y su contenido, se dirijan al gran número. Cualquiera que sean las diferencias que distinguen los individuos entre sí, habrá siempre un interés económico cualquiera que les será común. Una aspiración de un carácter político y moral que concierne a la gran masa, se dirigirá fácilmente, salvo en materia religiosa, sobre valores de orden material. El interés económico es común al pasado y al porvenir, y es por eso que dada una tendencia política de un carácter práctico, con miras al porvenir y su formación desde el punto de vista económico, la teoría cuando se refiere al pasado, será llevada a ser regida por la misma idea. Esto explica por qué una historia que tiene por punto de partida una convicción democrática y socialista será construída desde el punto de vista económico. Por cuidado de la unidad y de la totalidad de la historia, será forzosamente la universalidad del interés material, a través de toda individualización, la que servirá de punto de unión al interés práctico basado sobre el «gran número» y a una estructura de la historia basada sobre los intereses económicos.

Se puede avanzar un grado más en la penetración de este conjunto. La intención exterior de este interés que concierne al gran número, es una igualación. Cualquiera que sea la energía con que el socialismo moderno recusa una automatización de los individuos, la eliminación de las ventajas y prerrogativas aportadas sea por el nacimiento, sea por ocasiones, sea por la acumulación de capitales, sea por remuneraciones diferentes por iguales cantidades de trabajo, deberá conducir a un nivelamiento de situaciones que es considerable si se le compara con lo que ellas son actualmente. Toda restricción hecha, este nivelamiento no deja de ser un factor de primer orden en el socialismo, como medio de propaganda y como expresión de uno de los sentimientos más fundamentales del valor en los hombres. Para ciertas naturalezas la igualdad será siempre un valor que se justifica por sí mismo, un deber absoluto, mientras que para otras es la observación de las distancias y grados lo que consti-



tuye un último valor; he aquí dos puntos de vista que no se pueden probar ni refutar, porque son determinados por una cualidad que forma la esencia de la personalidad. Ahora bien, lo que forma este punto de vista decisivo es que no se puede razonablemente aspirar a un nivelamiento sino sobre el dominio económico. En el dominio religioso o político, por ejemplo, la igualdad sería imposible de alcanzar, porque en el primer caso no es con instituciones que se le puede establecer, y en el segundo porque la necesidad de una dirección—a la cual el mismo Estado socialista no escaparía—la destruiría desde luego. Y si atendimos a otros dominios de la vida humana, por ejemplo al de la moral o al de la estética, o si consideramos el poder o la perfección de los individuos, o bien los destinos que dependen de oportunidades de un orden puramente personal, o bien, aun, la inteligencia y el temperamento; podremos ver que todos esos dominios desafían completamente toda tentativa de nivelar las diferencias personales. Sólo en el dominio de la producción y del consumo económicos son concebibles tales tentativas; en la primera por el hecho de la reunión de los medios de producción y por el medio de evaluación de todos los productos exclusivamente, según el tiempo de trabajo que en ellos se ha empleado, en el segundo por el hecho de que la tendencia comunista se añade a los principios de la primera. Aunque en su sentido más profundo el socialismo sea infinitamente más que un problema económico, porque concierne al hombre total y no solamente a un contenido particular de la vida, es necesario, sin embargo, que su factor de nivelamiento se limite a la situación material en las cosas esenciales y en la práctica. Por esta razón el socialismo que trata de realizarse en la práctica, tiende a una concepción materialista de la vida, determinada por lo económico. Para él, el sentido de la historia es orientarse hacia condiciones socialistas, y es por esto que la substancia de la historia, lo que propiamente hablando es «la historia», no puede ser otro que el complejo de intereses que ofrece un campo de acción y una razón de ser al nivelamiento social, esto es, el complejo de los intereses económicos. Vemos así como el materialismo histórico se eleva sobre todo lo que puede haber de grosero y sensual en el materialismo. Lo que lo caracteriza, es que trata de interpretar la historia por medio de formas lógicas según un sentido supremo y definitivo, y es tan radical en la persecución de ese sentido supremo, que la intervención de lo económico, de quien ha llegado a ser solidario por condiciones de hecho, le basta para decidir de lo que resalta del dominio de la historia. Pero por otro lado, al colocarse en este punto de vista, la ilusión del materialismo que lo hace



considerarse como la concepción más realista de la historia, como una concepción absolutamente libre de todo factor no-objetivo, se hace más sorprendente. Cuando se pretende que la manera cómo el materialismo considera la historia tiene por conclusión lógica el socialismo, como representando el porvenir que, por así decir, debe resultar infaliblemente de los cálculos que esta manera de ver permite hacer; esto no es sino la consecuencia o más bien dicho la inversión del hecho de que el deseo de realizar el socialismo en la práctica debe conducir a esa manera de considerar la historia. Es la soberanía de una idea de *valor*, que en razón de las relaciones que acabamos de explicar decide sobre lo que forma la historia; de donde aparece que la historia podrá orientarse tan solo a la realización de semejante valor.

Si ahora se considera el materialismo histórico bajo un cierto punto de vista, en efecto él es de esencia enteramente realista, especialmente en cuanto se opone a toda concepción «ideológica» de la historia, a toda concepción que atribuye a ciertas ideas la fuerza de poder determinar los acontecimientos, tales como libertad o felicidad, ennoblecimiento de los individuos o de la raza, ideal religioso o moralización de la vida. Toda causalidad que conduce el paso de un hecho aislado a otro, de acuerdo con leyes de orden psicológico o necesidades de orden natural, no representa, para esta metafísica, sino un fenómeno exterior, que por consiguiente no concierne en nada a la realidad absoluta. Todo hecho que se revela, se reduce por su misma esencia a esta última realidad de la idea, realidad que atraviesa e impregna la totalidad de las cosas y que toma las riendas, por así decir, con una majestad que la causalidad no sabría tener, siempre desprovista de fuerza por su definición misma. Pero para el materialismo histórico la relación es exactamente inversa. Si realmente los hechos siguen los cursos indicados por una de esas ideas, el agrupamiento de escenas que se formarían en conformidad con un sentido dado, lejos de representar en alguna forma la fuerza que determina cada uno de esas escenas o el momento de su aparición, no lo haría siquiera entrever. Según esta crítica, la ideología incurre en un error comparable al que se cometería queriendo probar que una imagen de un cinematógrafo, que según el sentido dado por la representación debe proceder la imagen que le sigue, es la causa que produce la aparición de la segunda. La causa reside, por el contrario, en el movimiento rotatorio del rodillo que permite la aparición sucesiva de cada imagen; mientras que el agrupamiento de esas imágenes según *un sentido ideal* o lógico no tendría la fuerza de producirlas en el



orden en que han aparecido. Es esta ilusión que hace a la idea tomar el lugar de la causalidad, la que el materialismo histórico quiere disipar, poniendo en evidencia las causas de una eficacia inmediata. La ideología confunde la causa y el efecto; toma por causa lo que no puede ser sino una *manifestación* última de la energía real. Si, para poner un ejemplo, la historia fuera realmente la realización creciente de la libertad, los grados progresivos de esta libertad no serían cada vez sino los *efectos* a que llegan, en último término, los acontecimientos reales. Dicho de otro modo, esta realización no representaría más que una idea sintética de esos acontecimientos, mientras que ellos serían los efectos de fuerzas mucho más concretas.

Pero concediendo que se puede oponer este argumento a ciertos errores metafísicos, no es menos cierto que el principio importante de esta crítica ha encontrado aquí también una aplicación errada: negar a la idea en tanto entidad, en tanto energía metafísica, una eficacia sobre la historia, no implica de ninguna manera que ella no pueda tener acción en tanto que hecho psicológico, ni implica tampoco que las fuerzas de impulsión que ejercen una actividad concreta, deban necesariamente ser de un orden materialista económico. El reino de Dios, considerado como objeto final de la historia, puede ser una ilusión, pero esto no le impide haber podido ejercer, en tanto que idea religiosa, los efectos más reales en la conciencia de ciertos hombres. A una oposición tal como la formada, de una parte, por la idea metafísica considerada como móvil de la historia, y de otra, por los cursos naturales de los acontecimientos históricos particulares debidos a causas naturales, el materialismo histórico substituye otra oposición: la impulsión dada por los intereses ideales, por un lado, y por otro las impresiones dadas a la historia por los intereses materiales. Cuando él considera como único elemento decisivo y eficaz en la historia el acontecimiento económico, comete un error de conclusión proveniente de un *quaternio terminorum*, es decir que él limita desde luego, en principio, la interpretación de la historia a causas concretas y empíricas, y en seguida él se cree autorizado a limitar estas causas a un dominio determinado de intereses, y esto por la única razón de que lo que elimina en el primer caso tiene de común con lo que elimina en el segundo, el nombre de «idea», olvidando que la «idea» tiene en el primer caso una significación abstracta de un carácter metafísico, mientras que en el segundo tiene una significación psicológica de un carácter concreto.

Tratando de precisar, así, el derecho y los límites de los derechos del materialismo histórico en lo que concierne a su con-



tenido, encontraremos algo de análogo en su método. Desde luego la ideología, en tanto teoría del conocimiento, es en verdad un realismo. La historia como ciencia, no se le ofrece como una formación de la realidad según las categorías de nuestro conocimiento—es para ella una reproducción del hecho tal como se produce en la realidad—. Sólo que esa «realidad» es una realidad espiritual de orden metafísico. La ideología que considera las ideas tales como ellas se reflejan de una manera adecuada en nuestro pensamiento, como siendo los factores positivos de la historia, es un materialismo que no difiere del materialismo histórico sino por el contenido que el da a la historia y no por el principio de su método.

Pero, en realidad el materialismo histórico no es de ningún modo tan naturalista como el pretende serlo. El establece una separación neta entre la historia y la totalidad de los acontecimientos de la vida, limita la posibilidad de una explicación histórica a los conjuntos de acontecimientos que pueden adscribirse a conceptos de un orden superior; partiendo del sentimiento del valor de los intereses económicos, escoge en el entrelazamiento complejo de las series de acontecimientos, la serie económica; le hace jugar el rol de una serie primaria, que haría en cierto modo fluir de sí misma las otras series. Y por todos esos medios efectúa la organización y la estilización de la *existencia* de manera de hacerla *historia*. El materialismo histórico es, pues, una ideología del conocimiento, no obstante el hecho, o precisamente a causa misma del hecho de que trata de eliminar la ideología de los acontecimientos. Busca el sentido que es necesario dar a la historia para que ella se adecúe a las categorías de nuestro conocimiento, orientándose hacia la búsqueda del sentido de la existencia. Pero a falta de una armonía preestablecida, la historia no puede tener ese sentido sino cuando esas categorías constituyen ellas mismas los materiales que servirán para formar la historia. El hecho de que el materialismo escoge, como contenido del sentido de la historia, valores materiales; que le atribuye lo que en cierto sentido hay de menos ideal; que además desconoce que esos valores materiales no podrían motivar la historia sino formando valores psíquicos, este hecho le ha impedido reconocer la idea como forma de la historia. Es por esto que está propenso a proclamar también para esta forma, un realismo que su procedimiento mismo desmiente.—  
J O R G E   S I M M E L .

(Traducción de J. Jeria).



## D. H. LAWRENCE

**E**L fino autor de *Point Counter Point*, Aldous Huxley, acaba de dar a la publicidad las cartas de Lawrence, (*Letters of D. H. Lawrence*, 860 págs., New York). Son cartas que abarcan una diversidad de temas, dirigidas a un gran número de personas, desde variadas latitudes: desde Inglaterra, desde Francia, desde Italia, desde Estados Unidos, desde México, desde el Oriente. Fué en Italia donde, en 1930, murió este hombre excepcional cuyo espíritu atormentado vagaba por doquier en busca de un sitio ideal, un sitio en el que al fin, pudiera hallar esa tranquila felicidad que tanto anhelara.

Lawrence es uno de los más grandes novelistas del mundo contemporáneo y uno de los más grandes de todos los tiempos. Extraña personalidad era la suya, aun no del todo conocida y apreciada. Como prueba de ello es digno de observar que no conocemos una sola versión castellana de sus libros. Empero, Lawrence es hoy uno de los escritores más discutidos en los centros intelectuales del mundo, aunque su nombre no es suficientemente conocido en el público lector.

La primera carta que contiene el volumen publicado por Huxley es de Diciembre de 1909, dirigida al editor Heinemann y en ella Lawrence le ofrece el manuscrito de su novela: *The White Peacock* (El Pavo Real Blanco); la última es para la Señora Huxley, fechada poco antes de su prematura muerte en Venecia, (Alpes Maritimes).

La vida de Lawrence llena de miserias, de pobrezas, de enfermedades se refleja a instantes al través de su voluminosa correspondencia. Pasó por el mundo incomprendido y solo. Se casa con una dama alemana: Frieda von Richthofen, estalla la guerra, y como Bertrand Russel, como Romain Rolland, sus simpatías no están con su Patria. El es un prototipo de esa especie de hombres modernos: cosmopolitas, decadentes, débiles, incapaces de ardores patrióticos, sanos y varoniles. Es así que vive en eterna contradicción, en contradicción con sus



compatriotas, consigo mismo. Va a Nuevo México, compra un rancho, cree haber hallado, al fin, esa paz que tanto anhela, pero aquello está muy alto, le hace mal y debe huir. Por entonces aparecen sus primeros libros *Women in Love*, (Mujeres amantes), luego *Lady Chatterly's Lover*, (El amante de Lady Chatterly), única obra que le proporciona unos cuantos miles de dólares.

Lawrence tenía algo de bibliógrafo, sentía sincero aprecio por las ediciones hermosas y raras, aunque dada su vida de vagabundo y su pobreza jamás logró acumular una regular colección de libros. Vemos que mientras preparaba *Lady Chatterly's Lover*, en una carta dirigida a Bynner dice: «There are to be 1,000 copies, 500 for America at \$ 10 a copy...» (Publicaré 1,000 ejemplares, 500 para los Estados Unidos a 10 dólares el ejemplar).

Los libros de Lawrence no han tenido hasta hoy una circulación muy grande, debido en parte a que la suya es una literatura que difícilmente será apreciada por el grueso público, y debido también a la prohibición de vender sus libros en Inglaterra y en algunos Estados de la Unión. Como el *Artista Adolescente* y el *Ulises* de Joyce, los libros de Herbert Lawrence, especialmente *The Rainbow* (El Arco iris), han sufrido por la censura impuesta por la mentalidad, tan seria y ridículamente puritana de la Inglaterra Vieja y Nueva. Ciertamente es que sus escritos tienen mucho de la crudeza de Joyce, pero revelan a un escritor de grandes cualidades a un espíritu extraño, (Patológico en psiquiatría), la literatura de Lawrence se impone, subyuga, es el reflejo fiel de un hombre apreciado tan sólo por minorías, un hombre que es un producto clásico y supremo de la época actual, como lo son Proust, Joyce, Dreiser, Svevo, Cocteau, Valery.... Al desconocer su literatura desconocemos algo esencial, algo que no debe desconocerse. De ahí que esa censura sea ridícula. En Inglaterra se prohibió la lectura de Havelock Ellis y de James Joyce, empero, ambos se han impuesto, ambos han triunfado, ambos tienen bajo su influencia a vastos sectores del mundo anglosajón, en forma definitiva, concluyente. Igual va sucediendo con Lawrence. Felizmente en este mundo, por más oposición que haya en un principio, a la postre, aquello que tiene algún valor, logra siempre triunfar y cautivar las mentes.

Al publicar Huxley la correspondencia de Lawrence, ha contribuido a acrescentar la fama de este autor tan lleno de méritos sólidos y perdurables.—RENÉ BALLIVIÁN CALDERÓN.



## ARQUITECTURA INCASICA (1)

**A**L honor que para mí significa ocupar la tribuna de la unión de la juventud indoamericana con la que simpaticé desde que oí pronunciar su nombre, se suma el que su Directorio haya solicitado mi concurso para celebrar el aniversario de la República del Perú, país por el que siento las más vivas simpatías y la más profunda admiración y al aceptar este cometido solo lamento no sentirme capacitado para hacerlo de la manera que el tema lo requiere.

Permítame que desde luego felicite a los miembros de esta entidad que, por estar basada en una realidad étnica y cultural, creo está llamada a realizar una obra efectiva en el continente americano.

Ella cristaliza una necesidad que los que hemos viajado por los países de América hemos sentido imperiosa y cada vez más necesaria. Ante el antagonismo de los pueblos y los individuos, es preciso buscar lazos de unión. El latinismo, con ser efectivo, ya no era suficiente y a tiempo han señalado Uds. al mundo que había un lazo más fuerte que el que nos trajeron de allende los mares los conquistadores ibéricos y ese lazo es la sangre y la cultura aborígen.

Hemos vivido impresionados por las investigaciones etnográficas, antropológicas y arqueológicas, que desmenuzando nuestro pasado con la paciente prolijidad del investigador, nos han hecho perder de vista el concepto unitario de todas las culturas aborígenes de América.

No obstante, en mis estudios artísticos y especialmente arquitectónicos he podido constatar rasgos comunes en las diversas escuelas americanas, rasgos que al exponer mis personales puntos de vista respecto a las arquitecturas aborígenes sudamericanas trataré de hacer resaltar.

Voy a iniciar esta exposición considerando el problema de la población de América. Mucho se ha escrito, se escribe y me pa-

---

(1) Conferencia dictada por el Arquitecto Sr. Alfredo Benavides Rodríguez, profesor de Historia del Arte en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile, en la velada de homenaje al Perú, auspiciada por la Unión de la Juventud Indoamericana y que se llevó a efecto el 28 de Julio ppdo.



rece se escribirá antes de que los especialistas lleguen a un acuerdo sobre asunto tan fundamental. Aunque no es tal problema del resorte de mi especialidad, no ha podido dejar de interesarme, pues evidentemente es el punto de partida y la base del problema cultural americano.

Dejando a un lado la teoría que supone la aparición simultánea del hombre en distintos puntos del globo terrestre, por ser la menos probable, se presenta la solución de explicar por fenómenos migratorios la venida a América, sea de Europa, Asia, Africa u Oceanía de las familias que desarrollándose poblaron el nuevo mundo.

Entre las muchas teorías formuladas sólo voy a referirme a las siguientes: La migración escandinava pasando por Islandia, Groenlandia y Terranova, teoría que no es improbable para pequeños grupos, ya que debió verificarse por un mar inclemente. Los sostenedores de esta teoría explican las características mongólicas de las razas americanas por las relaciones que existieron y existen entre los países del centro del Asia y los del norte de Europa, relaciones posibles y fáciles, si se toman en cuenta las maravillosas vías fluviales que ponen en relación países tan apartados y al parecer sin vinculación alguna. Creyendo posible la migración de algunos individuos por esta vía esta solución no parece suficiente para explicar el hecho que investigamos.

Mucho más improbable y hasta un poco fantástica parece la teoría que supone la existencia en épocas remotas de la Atlántida como un continente situado al centro del Océano Atlántico y que habría servido de lazo de unión entre Europa, Africa y América. También resulta atrevida la que identifica la misma Atlántida con la América, suponiendo que los antiguos navegantes europeos fueron lo bastante afortunados para descubrirla y mantener relaciones marítimas con ella. En cambio la migración casual provocada por la llegada a América de algún barco arrasado por las tormentas resulta verosímil. Sin embargo, todas estas teorías atlánticas no explican suficientemente como habiendo llegado estos pobladores sea a la costas del Brasil, a las islas de Las Antillas o a la actual Florida, las civilizaciones aborígenes se encuentran situadas en las zonas opuestas de América.

Por el lado del Pacífico si que las probabilidades de migración resultan mucho más fáciles y explican al mismo tiempo que su ubicación geográfica, los parecidos y diferencias existentes entre los pueblos aborígenes. dándonos una filiación de las formas de sus manifestaciones culturales. La más verosímil de todas es la que supone migraciones sucesivas de pueblos y tribus por el Estrecho de Bhering, sea aprovechando la época del invierno



én que permanece helado, o sea porque en otra época no existió esa región como estrecho sino como istmo. También es posible la migración marítima, ya que está demostrado cuán hábiles navegantes han sido los polinesios y cómo mantuvieron constantes relaciones hasta con la más oriental de sus islas, o sea la de Pascua, cuya civilización es hasta hoy un interrogante para la ciencia.

También pudieron llegar casualmente a América arrastrados por corrientes y tempestades, tal como hasta el día de hoy vemos llegar a nuestras costas restos de cañas de la India. Los pueblos de América se quedaron en la costa occidental como mirando hacia su tierra de origen a la que se sentían ligados por lazos de toda especie. Su propagación se hizo por la costa y según todas las probabilidades, de norte a sur, ya que en todos ellos encontramos la tradición de que sus antepasados vinieron del norte.

Es también muy explicable que los llegados por el Estrecho de Beering, tanto por el deseo de buscar mejores climas como empujados por las nuevas oleadas migratorias se vieran impelidos a caminar hacia el sur. Así esos pueblos constructores de pirámides cuyas formas recuerdan las civilizaciones egipcia y caldea, fueron dejando huellas de su paso en Centro América para venir a radicarse en la zona de la costa del actual Perú donde los españoles habían de encontrarlos construyendo tumbas y templos apiramidados que ellos llamaban «huacas».

¿Cómo no vincular la pirámide Sakará, los zigurats caldeos, los templos escalonados indios y chinos con las pirámides de Teotihuacán y Pachacamac? Muy conocidas son las pirámides de Egipto, algo menos las caldeas y pocos se han ocupado de las formas apiramidadas de las arquitecturas india y china, sin embargo descubrimos parecidos sorprendentes entre las formas de todos estos monumentos y los americanos. La pirámide egipcia de Sakará, tiene una hermana en México, en Teotihuacán. Los edificios indios y chinos encuentran sus gemelos en los monumentos mayas del Yucatán, ante la vista de los cuales no se puede dejar de pensar en Ankor. Si analizamos estos monumentos quedamos sorprendidos por la similitud de formas, proporciones y sentido de la decoración.

Mas al sur, en la costa del Perú volvemos a encontrar las formas simples de la arquitectura tolteca de Teotihuacán en las huacas y pirámides a que ya hicimos referencia y cuyo ejemplo más notable se encuentra en Pachacamac. No parece sino que un pueblo emparentado con los caldeos haya emigrado en época remota por el Estrecho de Beering y sentado sus reales en al meseta del Anahuac, de donde hubo de partir empujado por



nuevas oleadas migratorias descendiendo a lo largo de la costa hasta venir a establecerse en lo que es hoy el Perú, donde sigue construyendo según sus normas tradicionales.

El pueblo que desalojara a éste de la meseta del Anahuac, también de origen asiático, traía otras influencias u otras vinculaciones raciales posiblemente hindúes y de allí el arte y la arquitectura ricamente decorada que sucede a la anterior, arquitectura que recuerda a la India y que será la que ya decadente encontraron en esas regiones los españoles. Influenciados por el clima y las condiciones del terreno las tribus que quedaron en la zona del Istmo de Panamá, tornáronse feroces y caníbales y cortaron por completo las relaciones entre la América del Norte y la del Sur. De este modo se explica que cuando llegaron los españoles, en el imperio incásico ya nadie recordaba la ascendencia incásica nórdica de la raza y sólo quedasen para dar testimonio irrefutable de ello la forma de sus edificios, sus costumbres y la cultura en general.

Un rama del pueblo que se estableció en la costa del Perú pobló al altiplano y allí transcurridos los años fundó primero el imperio del Tiahuanaco y más tarde el imperio incásico.

He aquí enunciado sucintamente en líneas, muy generales, el problema de la población de América, tal como nos lo sugiere el estudio comparativo de las formas arquitectónicas.

---

Enunciada esta teoría pasemos a ocuparnos del arte y más especialmente de la arquitectura aborígen en el Perú.

Es conocida la división generalmente aceptada de tres centros artísticos correspondientes a zonas geográficas diferentes que son: la costa, el altiplano y la zona intermedia. Un estudio detallado permite aún reconocer en estas tres zonas múltiples subdivisiones en las que no me detendré por el momento. Aun más, por considerarla poco caracterizada voy a hacer abstracción de la zona intermedia para ocuparme solamente de la arquitectura de la costa y de la del altiplano.

En estas arquitecturas han influido más que la calidad de los materiales de que se disponía en cada región, las condiciones climáticas, que influyendo en el carácter de los individuos los han hecho preferir y adoptar aquel que estaba más de acuerdo con su temperamento. El clima húmedo, caluroso, enervante de la costa del Perú donde casi nunca llueve, hizo que sus habitantes prefiriesen la construcción del adobe y el techo de terrazas, construyendo con estos materiales de fácil labor sus casas, sus



tumbas y sus templos, y allí como en el Egipto, de no haberlos destruído la barbarie y codicia de los hombres, aun subsistirían intactos para dar testimonio del grado de cultura alcanzado por dicho pueblo.

La arquitectura de adobe de los pueblos que habitaron la costa del Perú con ser muy perfecta e interesante de estudiar por sus procedimientos constructivos, formas y proporciones, resulta empequeñecida por aquella otra que practicaron sus esforzados hermanos del altiplano. pueblo de rudos montañeses, acostumbrados a luchar con las inclemencias del tiempo y a domeñar la naturaleza, aplicaron estas cualidades raciales a sus realizaciones arquitectónicas. Quizás influyó también la tradición ancestral de sus remotos antepasados egipcios acostumbrados a domeñar la piedras en sus más duras variedades y a transportarla como si fuese el más liviano de los materiales.

Mucho se ha escrito sobre los monumentos incásicos y pre-incásicos, sin que en estos escritos se haya destacado el verdadero valor arquitectónico de ellos. Personalmente fuí al Cuzco atraído por la fama de sus edificios coloniales, pensando que las ruinas incásicas o pre-incásicas, sólo tenían un interés arqueológico y grande fué mi sorpresa cuando esas ruinas me dieron una lección de arquitectura. Porque es preciso decirlo: la arquitectura aborígen de los pueblos que habitaron el altiplano sudamericano es una escuela perfecta en su género, que sabe de la ciencia y del arte de construir y lo hace con tal perfección que sus monumentos pueden compararse a los mejores que ha producido la humanidad.

Lamento que la premura con que se ha preparado esta reunión no me haya permitido hacer confeccionar algunos otros dispositivos que hubiesen demostrado mejor estos asertos. Sin embargo, a base de lo poco de que disponemos vamos a tratar de hacerlo.

La arquitectura del altiplano emplea de preferencia para sus obras importantes la piedra en forma de sillar. Conviene quizás aclarar el concepto de lo que es un sillar. Entendemos por sillar toda piedra labrada por la mano del hombre que sirve para confeccionar muros, bóvedas o cualquier obra de construcción. El tipo más corriente de sillar es el que presenta la forma geométrica del paralelepípedo o sea la piedra labrada por sus seis caras de las cuales cuatro son rectángulos y dos son cuadrados. La experiencia y el raciocinio demuestran que la piedra labrada en esta forma da muy buen resultado al emplearla en la fabricación de muros, pues además de su buen



asiento presenta las ventajas de una buena trabazón con las piedras o sillares vecinos.

Este procedimiento de construcción por medio de sillares fué empleado por los egipcios, los asirios, los griegos, los romanos y por todas las arquitecturas románico-góticas y renacentistas y sigue aún empleándose en todos los países en que aun se ocupa la piedra como material de construcción. Los muros así construídos resultan hermosos porque expresan de una manera clara y evidente la intervención de la mano y de la inteligencia humana, para hacer de ellos una cosa sólida capaz de resistir al tiempo y a los agentes destructores, tanto naturales como accidentales.

En otra ocasión decía que la cualidad fundamental de una obra arquitectónica era el concepto de estabilidad expresado por todos sus elementos. Los muros de sillares y de la forma descrita satisfacen esa cualidad y por eso han sido y serán siempre considerados como obras de pura arquitectura. No hace mucho tuve ocasión de contemplar el famoso muro que cierra la escena del Teatro Romano de Orange de más de cien metros de largo por veinte de alto; el puente o acueducto también romano sobre el río Gard y el no menos célebre Palacio del Escorial y en todos ellos constaté que es el sillar desnudo de toda ornamentación lo que el mundo ha admirado como la más pura expresión de la belleza arquitectónica.

Ahora bien, el sillar que empleó el arte aborígen en el altiplano presenta una forma más rebuscada, que la regular que dejé descrita y que ellos también emplean ocasionalmente. Este sillar del altiplano, es por lo general, de forma poligonal muy irregular en tal modo que se endienta con sus vecinos dando así una sensación de solidez que no posee ninguna otra forma de construcción en piedra. Es posible que los constructores aborígenes llegasen a esta solución que es de una muy difícil realización buscando manera de hacer sus edificios lo suficientemente sólidos. para resistir a los terremotos tan frecuentes en estas regiones. Es preciso considerar que esta necesidad debió ser muy imperiosa, ya que ellos hubieron de realizar formas que hoy día con todo el perfeccionamiento de las herramientas y de la maquinaria moderna nos serían difíciles de ejecutar y que ellos ejecutaron con herramientas de piedra o cobre, pues el hierro no era conocido en América en aquella época.

Posiblemente buscando la manera de aumentar más aun la solidez de sus edificios se llegó a producir el muro de forma trapezoidal, o sea el muro con sus paramentos inclinados.



Sin embargo puedo declarar que la mayor sorpresa experimentada por mí al estudiar el arte aborigen sudamericano ha sido la belleza difícil de describir de estas construcciones.

Quisiera transmitir a Uds. mi admiración por ellas y encontrar las palabras necesarias para expresar su belleza, belleza que a mí modo de ver reside en que ellos realizan, como ya lo dije en forma muy precisa la expresión del concepto de solidez, básico de toda verdadera arquitectura, pero con medios muy diversos de aquellos empleados por los constructores asiáticos o europeos, pues estos sillares no son iguales entre sí, tienen cada uno de ellos una personalidad propia, un carácter que se me presenta como un valor escultórico. Al considerarlo me place imaginar al obrero indígena como un artista que labra amorosamente su sillar para que realice de una manera perfecta su función dentro del muro. Una de las más fuertes impresiones artísticas que haya experimentado en mi vida fué la que me produjeron estos muros al contemplarlos un atardecer en las calles que aun conservan su sabor incásico en el Cuzco.

---

Otro elemento fundamental de la arquitectura es la techumbre. Comúnmente se dice que los edificios incásicos y en general todos los de las ciudades que los españoles encontraron en el Perú, tales como Cajamarca y el Cuzco, estaban techados con paja, y para nosotros, acostumbrados a nuestros ordinarios y vulgares techos de paja, esta expresión nos los representa como cosa vil, indigna de ser tomada en consideración en un estudio serio de arte o de arquitectura.

Pero al leer atentamente las crónicas de los conquistadores y especialmente el relato del viaje que en el siglo pasado realizara el sabio norteamericano Jorge Squier al interior del Perú, empieza a vislumbrarse un concepto distinto respecto del valor arquitectónico y artístico de estas techumbres. Y en realidad no podría ser de otra manera, pues basta reflexionar un poco para comprender que quienes realizaron muros de piedra tan admirablemente ejecutados no habían de terminarlos y cubrirlos con un techo vil y antiestético.

Las investigaciones realizadas al respecto me permiten hoy afirmar que esas techumbres eran obras admirables de ciencia constructiva y de no menos valor artístico. Squier describe en su obra el techo de un edificio circular que él llama el Sondorhuasi, techumbre formada por serchas o vigas curvas ligadas tan admirablemente entre sí que al decir del autor daban al interior



de este edificio el aspecto de estar cubierto por una bóveda de casetones. En él se habían aprovechado como elemento decorativo los recuadros formados por el entrecruzamiento de las vigas radiales con otras circulares, pintándolos de diversos colores y sacando partido hasta de las ligaduras de cuerdas que reunían unas vigas con otras.

Exteriormente esta techumbre presentaba el aspecto de un cono de desmesurada altura y terminaba en su parte inferior en un alero en el que se acusaban las cabezas de vigas tal como se acusan hoy día a los canes en la arquitectura que emplea este elemento. También este alero se decoraba pintando de diversos colores las vigas y los espacios intermedios.

Esta descripción coincide exactamente con la que nos han dejado algunos cronistas de la época de la conquista, de los edificios que existían en la ciudad del Cuzco antes del incendio de dicha población, que los cronistas, con mucha indignación, atribuyen a los aborígenes.

Sin tiempo para ocuparme de otros muchos detalles arquitectónicos interesantísimos, tales como los dispositivos de puertas y ventanas, los arcos que aunque rudimentarios son una prueba del progreso alcanzado por esta arquitectura, las disposiciones para la evacuación de las aguas lluvias y servidas, voy a pasar a ocuparme de algunos tipos de edificios en que tuvieron aplicación los principios generales que ya describí.

Se destacan entre todos los edificios cuyos restos causan la admiración del viajero las obras de fortificación y defensa, siendo seguramente la más notable de todas ellas la fortaleza de Sacsahuaman que domina y protege la ciudad del Cuzco. Consta esta fortaleza de tres muros concéntricos dispuestos en forma de dientes de sierra, construídos por el procedimiento de sillares endentados, que dejé descrito.

Estos muros rodean la cumbre de una colina, espolón de las cordilleras vecinas, que dominan el Cuzco y tenían en su interior numerosas construcciones entre las que se destacaban tres torres que constituían el último reducto de la fortaleza. Caracterízanse estos muros porque en el exterior que es el más alto, se han empleado los sillares más grandes, algunos de los cuales llegan a tener cinco metros de alto y sirven como de piedras angulares en el vértice de los salientes. La dimensión de los sillares es mediana en el segundo muro y menor en el tercero. La eficiencia de estos dispositivos la experimentaron mejor que nadie los españoles, que sólo pudieron conquistarla después de un famoso y rudo asedio en el que dejó la vida el más valiente de los hermanos Pizarro.



Como dato curioso y que demuestra el mérito de esta fortaleza puedo referir a Uds. que en estos momentos se desarrolla en la Sociedad de Americanistas de Francia una polémica en la que intervienen varios técnicos y en la que se discute la influencia de estos dispositivos de defensa en la arquitectura militar europea de los siglos siguientes.

Con respecto a los edificios civiles, me bastará decir para demostrar su calidad, que los españoles pudieron aprovechar como habitación casi sin modificaciones los palacios incásicos.

Sin tiempo para analizarlos con mayor detalle puedo declarar que he llegado al convencimiento de que estos edificios ofrecían para la habitación mayores comodidades que el promedio de los edificios españoles de la época.

Los edificios religiosos ocupan también un lugar importantísimo en el estudio de la arquitectura aborígen del altiplano y entre todos ellos destácase, naturalmente, el famoso Templo del Sol en el Cuzco.

En este edificio los constructores pusieron toda su ciencia y todo su arte y los obreros toda su habilidad manual. Desgraciadamente, se reunían también en él riquezas fabulosas, ya que su ornamentación estaba hecha a base de revestimientos de oro y plata, y esta circunstancia fué la causa de su mayor destrucción, pues la codicia de los conquistadores se ensañó en ese templo, y ella también hizo que los cronistas, más que describirnos su mérito artístico y arquitectónico, se preocupasen de describirnos el valor comercial de su ornamentación metálica. A pesar de que nada queda de su decoración y de que son escasos los restos de sus salas y muros, ellos bastan para darnos una idea de la grandiosidad de su plano y de la perfección de su ejecución.

En cuanto a la representación de lo que pudo ser este edificio revestido de su decoración original de oro y plata, sólo algunas realizaciones de la arquitectura moderna en que intervienen el bronce y los aceros cromados o niquelados pueden darnos una idea.

Resumiendo mi opinión personal de la arquitectura incásica, creo poder afirmar que ella llega a expresar las cualidades más características de la raza como son la sobriedad y la tenacidad no desprovista de sentimiento y emotividad artística, con procedimientos simples que la permiten expresar estas características con gran vigor.

No sería posible formarse un concepto cabal de la arquitectura aborígen sudamericana y de la importancia de su función



social sin hacer referencia a las agrupaciones urbanísticas, tales como la ciudad del Cuzco.

Los estudios que he hecho me permiten asegurar que la conquista no la embelleció: por el contrario, perdió junto con una gran parte de su población algunos de sus elementos más característicos, como ser la gran plaza alrededor de la cual se agrupaban los principales palacios incásicos, plaza que los españoles dividieron en tres pequeñas, restándole carácter y amplitud. Bajo esta plaza corre hasta hoy cubierto por la bóveda que construyeron los arquitectos incas, uno de los riachuelos que atraviesan la ciudad.

Sin embargo, la característica dominante del Cuzco de hoy es el haber conservado su primitivo trazado, en el que se acusan en los ángulos del cruce de dos calles estos mismos sillares, demostrándonos que ambas vías existían ya en tiempo de los incas con su misma dimensión y forma actuales.

Hay una observación que poco se ha hecho y que demuestra el mérito de esta ciudad. Refiriéndose al incendio de ella durante el asedio de que la hicieron objeto los aborígenes al tratar de recuperarla de manos de los conquistadores españoles que se la habían arrebatado por sorpresa, los cronistas se lamentan de este incendio como de una gran calamidad, achacándolo a los aborígenes que prefirieron ver destruidas sus casas, palacios y templos antes que ocupados por los invasores. Se deduce de estos relatos que la ciudad y sus edificios habían sido aprovechados por los españoles y que al contrario de lo sucedido en otras regiones del continente los conquistadores tenían vivo interés de conservar estos edificios. Encuentro en estas crónicas la prueba más convincente del mérito y calidad de los edificios y de la ciudad del Cuzco en general.

No es ésta la única prueba de admiración, respeto y consideración que encontramos en la historia de la conquista, de los españoles por el pueblo y la civilización aborígen, consideraciones de orden muy diverso me llevan a pensar que los españoles no hallaban tan inferiores a los aborígenes como vulgarmente se cree.

Las crónicas de la época nos cuentan que los conquistadores se amancebaban con las indias a falta de mujeres españolas. Presentado en esta forma tal hecho no puede sino contribuir a hacernos aparecer como vil y despreciable la raza aborígen. pero existe en el Cuzco un documento probatorio de primer orden que demuestra hasta qué grado es falso este concepto. Ejemplo: el matrimonio de don Martín de Loyola, emparentado con la noble casa de San Ignacio de Loyola, con doña Beatriz Ñusta, prin-



cesa de raza inca. En el cuadro no sólo aparecen representados los contrayentes sino los padres de ellos en una decoración que recuerda y pone en parangón la cultura europea y la cultura aborigen, sin que esta última aparezca empequeñecida ante la primera.

No es este el único ejemplo de matrimonio de nobles españoles con nobles aborígenes y si así procedían los nobles y dirigentes de la época no hay razón para creer que los simples soldados mirasen con menos consideración a las indias que tomaban por esposas. Sabemos también que algunas de estas princesas indias fueron a España siendo recibidas en la Corte, y su descendencia figura entre la nobleza de la Península. Los hijos de soldados y de indias formaron la raza de los mestizos que se educó en los conventos y que produjo hombres notables en las ciencias y en las artes.

Este mestizaje encontró su expresión artística en la arquitectura colonial de los siglos XVII y XVIII y los grabados adjuntos que reproducen edificios de la ciudad de Arequipa, reconstruída a principios del siglo XVIII, son una prueba evidente de que este mestizaje no empequeñeció las artes y especialmente la arquitectura, sino que por el contrario, infiltrándole un sabor local llegó a producir la escuela artística del período colonial que en Sud-América posee mayores características de originalidad.

Para hacer más comprensivo el concepto de fusión vamos a proyectar una vista del friso esculpido en la llamada Puerta del Sol en Tiahuanacu.

Para comprobar la existencia de esta fusión me bastará hacer notar la calidad de la factura o ejecución de estos relieves, planos encuadrados siempre dentro de una forma geométrica, sea cuadrada o rectangular y agrupados conforme a las reglas de simetría, de alternancia o de repetición. Las similitudes de las esculturas de Tiahuanacu con las de la arquitectura arequipeña han sido puestas de relieve en la obra del distinguido arquitecto argentino señor Angel Guido titulada «Fusión hispano indígena en la arquitectura colonial».

---

Terminada la exposición o reseña histórica del arte que se desarrolló en las regiones que constituían el imperio incásico, regiones que fueron las mismas que más tarde quedaron sometidas al virrey del Perú, me corresponde contestar la pregunta que alguien hiciera relativa a la influencia que podría tener el



arte aborígen en el arte y la arquitectura moderna americana.

Para contestar esta pregunta se hace necesario resolver previamente un problema general que se viene planteando desde hace algún tiempo y este problema es saber si es posible que, dado el internacionalismo de la vida y de la cultura contemporáneas, exista siempre un cierto regionalismo en materias artísticas.

Trataré de aclarar estos conceptos. Hay un evidente internacionalismo que tiende a borrar la frontera de los usos y costumbres. Así por ejemplo, nos vestimos más o menos del mismo modo en todo el mundo, usamos de los mismos útiles de escritura, de los mismos tranvías, de los mismos automóviles, de las mismas ampollitas eléctricas y practicamos los mismos deportes, para no nombrar sino algunas de las mil formas que adopta el internacionalismo contemporáneo. Este internacionalismo va en aumento y no se ve causa alguna capaz de detenerlo en su marcha fatal, a no ser un trastorno mundial de tal carácter que nos hiciera olvidar todas las conquistas de la ciencia y de la industria modernas.

En materia de arquitectura sucede otro tanto. Casas, hoteles, edificios, sean comerciales, hospitalarios o carcelarios son más o menos similares en las cinco partes del mundo y es natural que así sea. Pero este internacionalismo tiene un límite.

Hay condiciones de orden material como ser todas las derivadas del clima y de las características geográficas y geológicas de una región que si está demostrando que influyen en el carácter, temperamento y modo de ser, de los individuos, con cuanta mayor razón no influirán en el modo de vivir y en las aficiones artísticas de estos mismos individuos, pesando por este camino de una manera fatal en la construcción, planificación y decorado de los edificios. No podrán ser idénticos, aunque se parezcan mucho, los edificios de los países fríos a los de los países templados y los de éstos países a los de los países cálidos. Tampoco el montañés sobrio concebirá la decoración del mismo modo que el habitante de una planicie tropical y todo esto concurrirá a dar a la arquitectura un cierto carácter regional.

Yo me imagino la arquitectura del futuro como idéntica o por lo menos muy parecida sólo en los países que tenga condiciones climatéricas también parecidas, y distintas en los de condiciones de clima diferentes.

Ahora bien, refiriéndome a la posible influencia del arte aborígen americano en el arte moderno, creo sin temor de equivocarme que puede afirmarse que es un error pensar en renovar el arte moderno, copiando modelos y formas caducas. Imaginémosnos por un momento ¿qué haría uno de esos artsitas, fuese



arquitecto o escultor, que trabajaron los monumentos aborígenes antes de la llegada de los españoles si resucitase hoy? ¿Intentaría trabajar en la misma forma en que lo hacía diez siglos antes? Estoy seguro de que no. Las obras que nos han dejado estos artistas nos los demuestran suficientemente inteligentes para comprender y apreciar el valor del progreso, de las ciencias, las industrias y las artes modernas, para adaptarse a ellas y aun quizás para hacerlas progresar. Pero como ellos fueron eminentemente sinceros y espontáneos, lo haría con su personal sentir, o sea con un sentir de aborígen.

He aquí expresado el único modo cómo puede el arte aborígen influir en el arte contemporáneo. No por la copia del detalle, sea constructivo u ornamental sino por la sensibilidad y espíritu especialísimo del pueblo aborígen. Esto no es un imposible: he visto en México las pinturas de Diego de Rivera que el mundo entero ha contemplado con sorpresa y admiración, sorpresa y admiración que se explican, porque este artista ha sabido expresar por medio de la pintura la especial sensibilidad de su espíritu aborígen.

Hay que tratar de captar esa sensibilidad aborígen informadora del espíritu americano, sensibilidad que desgraciadamente poco conocemos, pero que existe y empapados en ese americanismo trascendente, procuremos abordar y resolver sinceramente los problemas internacionales del momento. Por este camino, estoy seguro de que la América llegará a singularizarse dentro del internacionalismo contemporáneo.—ALFREDO BENAVIDES RODRÍGUEZ.

## APRECIACIONES LITERARIAS DEL POETA SOUVIRON

### I

**L**A NUEVA POESÍA ESPAÑOLA. Cuando el joven literato don José María Souviron leyó hace algunas semanas en una de las aulas de la Universidad Católica su conferencia sobre la Nueva Poesía Española, la mayoría del público concurrente experimentó, a no dudarlo, muchas agradables sensaciones.

El conferencista, con su presencia simpática y su dicción clara y armoniosa, del más puro acento castellano, predispuso desde el primer momento en su favor.



Al través de sus expresiones se esbozó una posición espiritual muy adecuada para apreciar con serenidad y justeza los valores poéticos de algunos autores pretéritos y modernos. Y todo explayado en un fraseo nítido y sencillo, no exento de ciertas elegancias de lenguaje.

Nos gustó en grado sumo su elevado y definitivo concepto de la Poesía. Contestes estamos en que se es o no poeta y en que una tirada de versos o una página en prosa puede expandir o no «éter poético», sin consideración a la época en que una u otra fué producida. En arte rige también el «*to be or not to be*» del dramaturgo inglés.

Consecuente con este amplio sentido estético, el poeta Souviron formuló un grato recuerdo para el insigne cuanto discutido lírico Luis de Argote y Góngora. «El gongorismo, nos dijo, considerado por los tratados chirles de literatura como una decadencia, es una de las más altas expresiones a que ha llegado la poesía española». Y en esto nuestro culto visitante tiene plena razón: Góngora fué un verdadero poeta, aunque malogrado en mucho por sus extorsiones conceptistas y sus abusos verbales.

A Gustavo Adolfo Bécquer, el más delicado romántico de España, no se le escatimó en la susodicha conferencia, una expresión laudatoria, a pesar de haberse olvidado la enorme influencia renovadora que ejerció con su prosa y verso el celeberrimo poeta sevillano, en cuanto a la singularidad de su obra imaginativa y al prestigio que supo dar a la estrofa asonante, contribuyendo no poco, a extirpar los excesos del consonante en lo que tenía, al través del siglo XIX, del más vulgar y majadero.

Palabras ecuanímes son las que el señor Souviron dedicó a los poetas nuevos de España, empezando por Manuel y Antonio Machado, ambos de genuina raigambre criolla, trovador del pueblo uno, y cantor de su mundo interior, en mezcla de poesía, leyenda y filosofía, el otro.

A Juan Ramón Jiménez, que empezó a publicar en 1898 y había vaciado ya su inspiración en muchas decenas de libros, brindóle un supremo elogio: lo considera como uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos, y como uno de los presentes líricos del mundo, con Paul Valery, con Paul Claudel, con Yeats, con Rabindranath Tagore. Admiró en él una «personalidad exquisita y extraordinaria, ansiosa de música verbal y de sentido poético, cuajado de sutilidad y de secreto». En esta cita, ¿quien no reconoce exactamente los rasgos de artista que singularizan a este poeta, anheloso siempre de desentrañar la quinta esencia de las almas y las cosas?



\*  
\* \*

Uno de los pasajes más noticiosos de su disertación, nos la dió nuestro visitante al referirse a los actuales líridas de España.

Apreciemos a los novísimos, aunque sea en rápido desfile.

Ramón de Basterra trasplanta a su país las fuertes y energéticas vibraciones de Walt Whitman.

El granadino Federico García Lorca, genial temperamento de portaguitarra, derrocha su lirismo moruno y resonante.

Jorge Guillén, vallisoletano, y Carlos Salinas, madrileño, ambos profesores de altos estudios literarios, se individualizan por la exactitud geométrica de su expresión y por la limpidez de la forma y contenido de sus poemas. En Guillén hay sugerencia y virilidad unanimista, y en Salinas, expresivismo estético, aunque animados por un sentido dúctil y un dejo en cierto modo romántico.

Espíritu inquieto, multiforme y magnificente es Rafael Alberti, autor de «Marinero en Tierra» y otros libros disímiles, y cultor triunfante del verso alejandrino.

Aun se dió tiempo nuestro distinguido conferencista para hablarnos, en nobles entusiasmos, de los nuevos líricos de España, que se llaman Manuel Altolaguirre, Juan Larrea, Gerardo Diego, Emilio Prados, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Antonio Espina, y algunos más cuyos nombres pueden consultarse en el opúsculo en que acaba de publicarse la conferencia del señor Souviron, poeta asimismo, de la última hornada hispanoibérica.

## II

### POSICION DE RUBEN DARIO EN LA POESIA CASTELLANA

Cuando Bécquer desaparece en 1870, observa Souviron, viene una época sin poetas. Y agrega «Se necesitó la eclosión de un indio vibrante y tropical, de Rubén Darío, para que la poesía española sintiera renovarse la sangre en sus venas, ateridas por ramilletes postizos».

Hay en esta aseveración una doble inexactitud: de un lado se olvida la influencia renovadora de algunos poetas españoles y del otro se apoca visiblemente, la amplia, poderosa y decisiva influencia renovadora que Darío ha ejercido en el lirismo español.



Vamos por partes. Después de Bécquer, el poeta Joaquín María Bartrina publicó en 1876 su libro «Algo», que por su novedosa ideología pesimista y la ductilidad de su estilo, le distanció de sus predecesores con bríos francamente modernizantes. En Bartrina prevalece la intensidad de pensamiento y en la expresión no se subordina exageradamente al consonante ni a la rima consabida: prefiere la composición breve y el verso asonante o la alternación de versos desiguales, lo que comunica a sus composiciones cierta soltura, agilidad y aire de cosa nueva. Todo esto, para el tiempo en que el poeta escribió, significa un avance indiscutible.

Hay otro espíritu revolucionario que se ha preterido: Salvador Rueda, el «mago de la rima», el poeta español colorista por excelencia, que abrevó en la poesía popular y que hacia el año 1892 publicó su obra cumbre *En Tropel*, con un prólogo de Rubén Darío titulado «Pórtico» y escrito en remozados versos endecasílabos dactílicos. Rueda creó en España un lirismo vívido, pleno de vigor, luminosidad y bizarría. Cultivó el soneto dodecasílabo y la sextina de catorce sílabas con consonante agudo en el tercero y sexto versos. Y lo que es mejor, enriqueció el vocabulario poético y ostentó una sintaxis y una prosodia más flexibles.

\*  
\* \*

He dicho que Souviron apoca a Darío. Y esta verdad terrible afecta no sólo al joven literato que nos visita, sino también a otros escritores hispánicos. Así, Andrés González Blanco escribió en 1908 un voluminoso libro no tanto para encomiar a Salvador Rueda, como para colocar a Darío en segundo término, después del poeta malagueño, en la grande obra de la renovación de la lírica española. Así, en «Las cien mejores poesías de la lengua castellana» florilegio hecho por don Marcelino Menéndez y Pelayo y ampliado por don Sebastián Carbonell, figura Darío con un simple décima titulada «La Calumnia»...

El señor Souvirón por su parte, dice:

Rubén fué un hostigador, un auriga ceñudo y mal humorado, que con trallazos al aire hizo rodar la vieja diligencia. Porque desgraciadamente (!), trallazos al aire, fueron los poemas de Rubén Darío, que despertaron impulsos, pero no hirieron.

Darío no fué auriga de ninguna diligencia, de ningún rezagado carruaje artístico-literario. Porque esta es una cuestión de esencia poética y no de golpes de más o menos. Por muchos golpes



de tralla que un postillón dé a las mulas es imposible que la diligencia ligerée como un automóvil u otro vehículo moderno. Aquí está, pues, el ánimo de apocar: el señor Souviron confunde la mecánica acción de su modesto y forzado cuanto metafórico auriga, con el vuelo olímpico y avasallador de uno de más geniales líridas, que para orgullo del habla de Castilla, ha producido la raza indohispánica. Este, en suma, es confundir el chasquido con la armonía, el empaque fustigado, con el brío alado y ligero, el espasmo de lo trillado y vulgar con el sorpresivo estremecimiento de lo Nuevo y la primorosa gracia de lo Bello.

Más adelante, el distinguido conferencista, en un chispazo de espíritu justo, reconoce que a Darío le debe España un despertar. Pero en renglones inmediatos afirma que

la obra rubendariana atrae, mejor dicho, atraía, por su novedad y sus trucos maravillosos;

con lo cual se desconoce en forma sistemática, el perenne valor de la obra poética y literaria del mejor lírico latino de este Continente.

Decir que la obra rubendariana ya no atrae, sería lo mismo que afirmar que ya no atrae la poesía de Garcilaso, de Fray Luis de León, de Góngora, de Bécquer, o de Juan Ramón Jiménez. La obra de los verdaderos poetas, como el gran Rubén, atraen y atraerán mientras exista el gusto estético, mientras se tenga de la Poesía precisamente el mismo elevado concepto que con tanta justeza nos definió el señor Souviron al iniciar su interesante conferencia.

Darío vivió en Chile y aun viven muchos de los que en este suelo fueron sus camaradas o amigos. Aquí el nicaragüense, cuando joven, empezó a modernizarse y a transformar su estilo y encontró el nuevo rumbo y la orientación definitiva de su arte único. Por eso nos duelen y producen extrañeza varios de los conceptos en que el señor Souviron se esfuerza en desconocer la obra de Darío en lo que ella tiene de más sólido y duradero: la grande obra de un renovador y amplificador de la técnica de Boscán y Garcilaso, el creador de una prosa más alígera que dió a la frase una mayor flexibilidad y elegancia, y que en su prosa y verso multiplicó o remozó los recursos de forma cada vez que así lo requería el libre vuelo de su estro prodigioso.

\* \* \*

Por fortuna, no todo había de ser pecado de ingratitud. En América, el reconocimiento de la benéfica trascendencia ruben-



dariana es definitiva: por ahí están Rufino Blanco Fombona, Lauxar, José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Armando Donoso y otros mil, para confirmarlo.

Los escritores españoles modernos que colocan a Darío en la posición que verdaderamente le corresponde en la lírica castellana no escasean. Los catedráticos don Juan Hurtado y don Angel González Palencia declaran, sin ambages, que la inmensa autoridad de Darío y el influjo que ejerciera entre los poetas españoles del siglo XX, contribuyeron a crear el reciente entusiasmo por la poesía de Góngora. En cuanto al poeta Díez-Canedo, en la brillantes conferencias que nos dió a fines del año 1927 en el aula magna de la Universidad del Estado, expresó su reconocimiento entusiástico por las reformas rubendarianas, y entre muchas afirmaciones suyas, gratas y justicieras para Darío, inclúyese ésta:

Sus obras están llenas de la fuerza española tradicional desde que se inicia en Nicaragua, desde que confirma su aprendizaje con las primeras obras de valer en Chile hasta los años de su muerte, los metros tradicionales, todos ellos, se amplían de una manera espléndida.

Al contemplar el gran Rubén desde su Gloria Eterna estas espirituales controversias acerca de las proyecciones de su obra multiforme, tal vez se digne auscultar, y luego, sonreír enigmáticamente.—JULIO MOLINA NÚÑEZ.

## MADAME CURIE, VISTA DE CERCA

**E**S la tercera vez que veo de cerca a Madame Curie. La primera fué en El Havre, en 1929, cuando regresó de Estados Unidos trayendo el segundo gramo de radio ofrecido por esta nación a la gran mujer. . . . Nunca olvidaré que como en el mismo transatlántico venía también Pola Negri, la masa ignoró—y aun el mundo oficial—, la presencia de Madame Curie en «L'île de France» y dejaron que la mujer de ciencia tomara inmediatamente el tren a París, mientras la vedette era obligada a recibir canastillos de flores y a hacer declaraciones por la prensa. . . .

Otra vez ví a Madame Curie, hace un año, con ocasión de «La Semana de las Naciones de América» organizada por el Comité France-Amérique de París. El número sobresaliente del programa era una visita al Instituto del Radio y del Cáncer,—situado en la calle Pierre-Curie. Nos recibió ella misma, nos hizo los honores del establecimiento, nos mostró el resultado de



ciertas experiencias y pronunció una especie de lección científica de la cual no comprendí una palabra, peleando a brazo partido con los otros visitantes por quedar lo más cerca posible de la dueña de casa... Las explicaciones de Madame Curie fueron completadas con algunas pruebas de gabinete, hechas por uno de los doctores ayudantes del Instituto. Hombre de ciencia en el más alto sentido de la palabra, sus explicaciones también cayeron en el vacío. Sólo pudimos apreciar objetivamente el laboratorio del radio y darnos cuenta de cómo es posible ir perdiendo—, quemados—, los miembros, en lucha con la fuerza corrosiva más potente que se conoce. Y si bien no salimos convertidos en radiólogos, abandonamos el Instituto presas del malestar que produce acercarse mucho a lo desconocido y a lo traidor...

En cuanto a la propia Madame Curie, mi recuerdo sobre ella era vago. Silueta en negro, insignificante y fina. Manos diminutas. Gafas... Especie de fotografía desvanecida de la Madame Curie que puede imaginarse cualquiera. Ningún signo exterior ayuda a identificar en ella a la mujer más extraordinaria del siglo. Ajena a toda vanidad, parece no estar convencida ella misma de a quién va dirigida la curiosidad del visitante. Reposada de actitud, alejada en espíritu a pesar de nuestra presencia, aparece vehemente cuando habla, hasta nerviosa, ansiosa de ser entendida, anhelante de no perder su tiempo,— tiempo que puede no ser oro, pero que seguramente es radio—; y toda ella parece vibrar con esa fuerza misteriosa propia de los débiles y de los caprichosos. Fuerza que, viniendo de ella, hace pensar si no estará cargada de las irradiaciones en medio de las cuales vive... Como no me interesa mentir a propósito de esta señora ni sobre ninguna personalidad de las que veo de cerca, quiero decir de una vez por todas que la compañía de Madame Curie no tiene nada de agradable. En un comienzo es insignificante y hermética, y luego es—, sinceramente, sin mofa alguna—, luego es radiodinámica.

Cuando llego a visitarla al Instituto del Radio está aún bajo la impresión de su reciente viaje a Polonia y de las atenciones de que ha sido objeto en su patria. El viejo Presidente la alojó en su palacio, la población la aclamó y se fundó en Varsovia un Instituto del Radio. Madame Curie me habla de todo ello, pero yo no le presto interés decidido. Es sólo cuando empieza a hilvanar recuerdos íntimos cuando yo me siento cercano a ella:

—En 1892 vine de Varsovia a París, a estudiar en la Sorbona. Conocí entonces al que debía ser mi marido y que a la sa-



zón era un talentoso profesor de física, rentado solamente con 500 francos mensuales... Trabajé con él, en el laboratorio, y nació entre ambos una inclinación científica-sentimental tan profunda que ella nos ayudaba a sostener la lucha permanente con los cortos medios frente a las ansias inmensas...

Pues bien, cierto día María Skłodowska—, nombre de soltera de Madame Curie—, anunció su próximo regreso a Polonia, para continuar allá sus investigaciones y para ayudar también a los patriotas poloneses que querían ver libre a su patria. Curie sintió el abismo a sus pies, procuró convencer a la joven alumna de que no se fuera, instóla a que siguieran juntos el trabajo a que daban todos sus ardores y expresóle la falta inmensa que le haría el tesón eslavo de esta camarada, hacia la cual sentía una inclinación violenta. ¿Violenta...? Sí, inmensa y respetuosa. Vió, en suma, que no podía seguir viviendo sin ella y ofrecióle que compartiera su nombre, un nombre aún modesto...

Madame Curie se emociona. La voz se le hace opaca. Yo no le tengo piedad y lanzo nuevamente el anzuelo. Ella prosigue contando:

—Nuestro anhelo era poseer un laboratorio. Mi marido comenzó luego a gozar de renombre por las revelaciones sorprendentes que hizo respecto de las propiedades de los cristales, pero deseábamos investigar acerca de las propiedades radioactivas de algunos cuerpos. Los descubrimientos que el sabio Becquerel había anunciado por esos días,—yo le estoy hablando de 1896,—nos daban ánimos poderosos y nos hacían vislumbrar un porvenir de infinitas posibilidades... Y nos convencimos luego, efectivamente, de que el uranio tenía una propiedad atómica especial, independiente de toda combinación química: ¡la radiación! Y más tarde constatamos igual cosa respecto del torio... A medida de que nuestras investigaciones daban excelentes resultados, mayores exigencias teníamos en cuanto a laboratorio. Necesitábamos espacio más vasto en qué trabajar, pues las cantidades de metales que requeríamos eran considerables. Sin saber qué hacer, ya que no contábamos con medios propios para instalarnos, descubrimos de pronto, en un patio de la Escuela Municipal de Física de París, una especie de galpón abandonado. Sentamos allí nuestros reales y ¡a la lucha! Hasta que obtuvimos el aislamiento del radium....

Madame Curie no se sorprende ante mi ignorancia y tiene la amabilidad de explicarme:

—¡El radio! Así como es cosa que para obtenerla hay que integrarla, ésta se desintegra por su cuenta. ¡Pero al cabo de cuántos años! Por mucha paciencia que se requiera para aislar-



lo, bien recompensado se está. Piense usted que para anularse, el radio necesita cinco mil años y durante este largo tiempo está arrojando emanaciones transmisoras de vida. Digo transmisoras de vida, porque parece un hecho que ese mal misterioso cuyo origen se ignora y cuyos daños no pueden, sin embargo, ser negados,— ¡el cáncer, señor!—es aniquilado por el radium...

La ilustre mujer me observa, acaso preguntándose: «¿Es que este señor entiende lo que le digo?»... Ignoro, en verdad, cuál es su opinión íntima sobre mí; pero el hecho es que, sentada, calmada, sin fantasía alguna, Madame Curie continúa:

—Nuestra vida fué la misma, trabajo y hogar, hasta 1906. ¡Fecha fatídica!—exclama. Tal vez sabrá usted como murió Curie...

Casi la interrumpo con un «sí» vibrante, para evitarle ahondamientos dolorosos, pero ella no es cobarde cuando se trata de su marido y quiere que le recuerden, recordándole... Y yo deseo, a mi vez, estrujar el alma de mi víctima.

—¡Un accidente estúpido!—murmura casi para ella misma, y sigue contándome: Curie tenía solamente 47 años y ya había obtenido el Premio Nobel...

Respeto por un instante el culto silencioso de esta mujer adolorida, y avanzo luego una pequeña interrogación:

—¿Y...?

—Yo he continuado la labor de mi marido y aunque pongo en ello toda el alma, sufro cuando constato que yo, y no él, he ido obteniendo cuánto él soñara en materia de laboratorios y de facilidades para investigar y más investigar...

Vuelve ella sobre sus viajes a Estados Unidos y a Polonia:

—Hace diez años, los americanos me ofrecieron un gramo de radio, destinado a mis investigaciones en el Instituto de París. Y, hace tres, repitieron su dádiva, destinada al Instituto que acaba de inaugurarse en Varsovia y que lleva mi nombre... Fuí invitada a los Estados Unidos, a fin de hacerme entrega en mis propias manos del regio obsequio. El Presidente me llevó de huésped a la Casa Blanca. Gracias a Mr. Owen Young, el internacionalista, asistía a la Universidad de St. Lawrence, de la cual soy doctor honorario... Me tocó asistir a la celebración del jubileo de Edison,— ¡Edison, hombre inolvidable!— y a la reunión anual de la Sociedad Americana para el Control del Cáncer... Ví con satisfacción que las eminencias americanas reconocen cada día mayor importancia al empleo del radium en la terapéutica y que siguen muy de cerca los trabajos del doctor Regaud, de este Instituto...



Luego me habla del Instituto mismo:

—Aquí soy secundada por una de mis hijas, por Irene, y por cuatro ayudantes hombres, el doctor Joliot, mi yerno, entre ellos; fuera de media docena de estudiantes pensionados, ya doctores, que se especializan en Radiología y Radioterapia. Profeso, además, una cátedra en la Sorbona y hago cuanto más puedo de mi tiempo, siempre escaso...

(La actividad de Madame Curie es admirable si se considera que tiene 66 años cumplidos).

Le pregunto por su otra hija:

—¿Eva...? Ella no tiene aficiones científicas, Es muy intelectual, muy música. Por el momento está apasionada traduciendo una pieza de teatro inglesa, que será representada este invierno en París...

—¿Cómo se llama la pieza?

—Excúseme, señor, pero en verdad no sé el nombre. No es que me desentienda de las actividades de mi hija, pero ¡qué quiere usted!

En la última exclamación está dicho todo: ¿Cómo exigir a esta mujer que viva en cada detalle de la existencia diaria, si ha entregado toda su persona a una tarea grandiosa?... Sólo a mí podía ocurrírseme pregunta tan fuera del caso. Pero no es tanta mi culpa si se piensa que estoy habituado a entrevistar especialistas de una y otra cosa y que de lo que menos saben es, generalmente, de lo de su especialidad....

Volvemos a nuestro tema esencial.

—¿Es muy caro el radio, señora?

—Sí, un millón de francos el gramo. Parece una suma enorme si se consideran las muchas toneladas de mineral que se necesitan para extraer un milígramo de radio. Y hay que contar también la mano de obra, si así pudiera llamarse, el largo esfuerzo que hay que dedicar para llegar a integrarlo. Este trabajo se hace aquí sin miras económicas, como usted comprenderá, y yo vivo reconocida a mis ayudantes. Algunos son sobresalientes, se lo aseguro. Y no crea usted que pienso en mi hija ni en mi yerno, al decirle esto; pienso en el doctor Laporte, en el doctor Galle... venga conmigo al laboratorio.

Y Madame Curie me guía hasta una pieza pequeña,—la misma que ví hace un año, pero en la cual no estamos más que ella, el doctor Laporte y yo. Un aparato enorme ocupa, en cambio, un gran espacio; y el aparato se ramifica en numerosos tubos de cristal de formas simples, que hacen pensar en flores estilizadas. El doctor aplica la electricidad y todo el aparataje entra en movimiento. La experiencia ha comenzado con la pie-



za a obscuras, pero instantáneamente se aclara con colores vivos que pasan del malva al dorado... Me alargan un tubo incoloro, lo aproximo al aparato y el tubo pasa a ser rosado, azul, naranja... Yo no aprecio el fenómeno en cuanto a reacción química, sino en cuanto a la maravilla del espectáculo y creo tener en mis manos una varilla mágica.

El doctor Laporte quiere participarme de su ciencia:

—Usted sabrá—, me dice—, que al paso de la chispa eléctrica a través de un gas o de una combinación de gases, se producen descomposiciones o combinaciones químicas muy interesantes. Eso es lo que usted ha visto... Estas descargas eléctricas sobre los gases determinan, según la presión del gas, «el arco», empleado en la iluminación de las calles; la chispa, el efluvio... La acción química de la descarga fué hasta hace poco un misterio; hoy nos es mejor conocida...

Madame Curie y el doctor Laporte hablan entre ellos, apasionanse en sus experiencias y las demostraciones que yo he sido invitado a presenciar van haciéndose más interesantes para ellos y más obscuras para mí. No me atrevo a investigar, para no distraerles, y continúo presenciando, sin comprender, las manipulaciones de ambos sabios. Sin comprender, pero adivinando que ellos no pierden su tiempo, atraídos por su inextinguible esfuerzo a favor de la humanidad, y eso me basta para contemplarles como a seres superiores.—EUGENIO LABARCA.



## LOS LIBROS

### BIOGRAFIA.

STALIN, por *Essad Bey*.

Vivimos una época que ha producido una pléyade de hombres de voluntades decididas y férreas que se han impuesto enérgicamente en aquellos pueblos que han padecido las tiranías absurdas de regímenes feudales, o las irresponsabilidades del parlamentarismo liberal y retórico. Stalin y Mussolini, para citar a los más destacados, se han impuesto rotundamente sobre sus pueblos, pese a las resistencias de los trasnochados admiradores de los principios libertarios de la Revolución Francesa. Apenas si en los países de esta Indo-América retrasada se mantiene esa admiración sentimental por los políticos que gobiernan con el gesto y las palabras. Todavía no hemos producido el gobernante sobrio y de visión para quien la política sea una técnica de complejos fenómenos económicos y sociales que deben encararse científicamente.

De estos caracteres robustos que se destacan en el plano internacional, es, sin duda, Stalin, el dictador soviético, el más discutido y del cual casi nada sabemos. Con la publica-

ción de *Stalin, la carrera de un fanático* (1) de Essad Bey, traducido y compendiado por Ernesto Montenegro, logramos descorrer en parte el velo que envuelve la tenebrosa personalidad del Secretario General del Partido Comunista de la U. R. S. S. Es este libro oportuno e interesante, porque ninguna persona medianamente culta puede excusarse de no saber quién es el que tiene bajo su voluntad a 160 millones de hombres que ocupan la sexta parte de la tierra, y porque en ese territorio se está verificando en los momentos actuales un proceso de transformación social y económica que puede abrir perspectivas insospechadas para el porvenir de la humanidad.

A través de las páginas de Bey podemos recorrer toda la vida de Yossif Vissarionoch desde su niñez en el Seminario de Tiflis, hasta sus actividades recientes en el Kremlin. Las informaciones de Bey, según nos lo dice su prologuista y traductor, son de primera mano, por cuanto Bey es de la misma tierra de Stalin, aunque de raza diferente, lo cual le permite tomar «la perspectiva necesaria» para hacer el retrato de su

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile, 1932.



biografiado con independencia y serenidad. Como no creemos que baste tener diferencias raciales para ser desapasionado y exacto en la pintura de los rasgos que caractericen a un individuo y como, además, no tenemos documentos ni otras biografías de Stalin que consultar, debemos recibir las informaciones que nos suministra Bey con beneficio de inventario, y declarar que el juicio que en conjunto nos formemos de la personalidad del dictador rojo, como se le llama en la prensa, tiene que ser necesariamente el que nos sugiera la lectura de este libro.

Desde luego, se nos presenta Stalin como un hombre de carácter heroico y duro (Stalin quiere decir en ruso hombre de acero; así lo llamó Lenin), de una fe ciega en los principios comunistas rayana en el fanatismo, lo cual hace que no le arredre obstáculo alguno para servir a sus ideales, ni trepidar en los medios con tal de conseguir lo que se propone. Ni torpe ni inteligente, una mediocridad intelectualmente considerado, tiene, en cambio, un espíritu cachazudo y ladino dispuesto a la observación atenta de las realidades y de los hombres; de tal manera que cuando toma una resolución es porque la ha madurado largamente y se ha producido en él un convencimiento irrevocable; de ahí sus actitudes de tozuda firmeza. Su mentalidad no es la de un asiático, como se ha dicho, ni tampoco la de un europeo; es la de un georgiano, es decir, obra como un montañés del Cáucaso que no hubiese salido jamás de su terruño. «Es—escribe Bey—el hijo del Cáucaso, y nada

más, ni asiático ni europeo, una roca de granito primario en la cual los elementos más simples se han combinado para producir, una estructura de heroicas proporciones». Con tal estructura espiritual sus ideas políticas y económicas son sencillas y claras, se reducen a unas cuantas proporciones elementales cuya comprensión penetra fácil en los espíritus simplistas de los obreros y campesinos. Acaso a ello se deba la aceptación de sus procedimientos. El stalinismo persigue por ahora tres fines: socialismo en *un* país; el Plan de Cinco Años, y la colectivización de los campesinos.

La vida de Stalin antes de la Revolución es una sucesión de actividades revolucionarias (atentados terroríficos, instigador de huelgas, redactor de panfletos incendiarios, asaltos a Bancos a fin de conseguir dinero para el Partido), interrumpidas por numerosas prisiones en la cárcel de Baku o por deportaciones a Siberia, de las cuales, casi siempre huía. La noticia de la revolución de Kerensky lo sorprendió en las prisiones de Siberia. Sus compañeros de destierro recibieron jubilosos la nueva. Stalin permaneció inmutable. «Calmoso y ordenado en todo, preparó su equipaje, fumó la última pipa del destierro, y siempre callado y taciturno se embarcó río abajo en dirección a Rusia y a la Revolución». En los días vacilantes que precedieron la Revolución de Octubre, Stalin fué uno de los pocos que mantuvo la fe en el éxito final de la verdadera Revolución Social que los bolcheviques deseaban, y serenamente, el 28 de Octubre escribió



en el *Pravda* las palabras más emocionadas de su vida: «¡Al fin todo se ha cumplido!»

Su intervención en la revolución de Octubre fué decidida, pero sin que sus actividades trascendieran a la masa; obró subterráneamente, como siempre, eliminando sin piedad a los mencheviques y hasta a los mismos comunistas que no le eran afectos. Lenin le conoció, y el juicio que acerca de él formuló no le es nada de favorable. Mas a la muerte del padre de la Revolución Rusa, tenía Stalin tejida tal trama de intrigas, que le fué fácil, como Secretario General del Partido Comunista, tomar el control del gobierno soviético, desterrando a Trotsky, a quien parecía corresponderle continuar la obra iniciada por Lenin, por su prestigio intelectual y sus antecedentes revolucionarios.

Disminuída cuanto se quiera la personalidad de Stalin, hay que reconocerle un extraordinario espíritu organizador y una voluntad inquebrantable puesta al servicio de su partido, sin preocuparle el halago de la popularidad, ni la satisfacción de goces personales, como lo demuestra la vida sobria casi ascética que lleva.

La biografía de Stalin escrita por Essad Bey se lee con el interés apasionante de una novela, cuyo protagonista desborda los rasgos normales de una existencia vulgar. Hay en Stalin algo de Ivan el Terrible y de Pedro el grande, psicologías complejas que para nosotros los occidentales, nos es difícil comprenderlas. Stalin aparece ante nosotros como un personaje dostoievskyano.—*Milton Rossel*.

LAS OBRAS DE VICUÑA MACKENNA,  
por *Guillermo Feliú Cruz*.

Arrecian los libros sobre Vicuña Mackenna. Biografías, estudios, bibliografías, ensayos, se suceden copiosamente. Vicuña Mackenna es una verdadera mina literaria, mejor dicho, una montaña literaria, de la que puede sacarse de todo y durante mucho tiempo aun, sin temor de que algún día se agote. Hasta este momento, sin embargo, falta, en la mayoría de esos trabajos, un severo espíritu crítico, un análisis literario más enjuto. La mayoría de los autores que del historiador se ocupan, son entusiastas admiradores del narrador de *La guerra a muerte*; en sus libros no se encuentra sino la alabanza, el elogio, sin duda merecido, pero que concluyen por fatigar. Vicuña Mackenna, fué y muy pocos dejarán de reconocerlo, un gran escritor, pero ¿no habrá en toda su obra, en el conjunto de ella o en sus partes, algo que no sólo se preste al ditirambo, sino que también sirva para estudiar éstas o criticar aquéllas características de su manera de concebir—filosófica o sociológicamente—la historia, algo de que se pueda sacar conclusiones o principios literarios o históricos, algo, en fin, que no sólo sirva para conocer las obras y la vida de Vicuña Mackenna, sobradamente conocidas ya? Sin duda que lo hay, y eso es lo que nos hace falta y esperamos.

Hasta este momento lo más valioso que se ha hecho sobre Vicuña Mackenna lo han hecho los eruditos bibliógrafos e historiógrafos. Dentro de este orden se destaca ní-



tidamente el presente libro (1) de Guillermo Feliú Cruz. Es un libro de gran mérito. Guillermo Feliú Cruz Cruz, que aparenta ser un hombre que no hace nada, ha hecho aquí mucho y bien. Ha reunido los títulos de todas las obras y publicaciones de Vicuña Mackenna desde el año 1850 hasta el 1932. A esto ha agregado una *Bibliografía Parlamentaria de Vicuña Mackenna*, hecha por don Carlos Vicuña Mackenna, y una *Bibliografía Periodística* que comprende las siguientes publicaciones: *El Mercurio*, de Valparaíso (1852-1885); *La Voz de América*, de Nueva York (1865-1866); *Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires (1863-1871); *Revista del Río de la Plata* de Buenos Aires (1871-1874); *Nuevo Ferrocarril*, de Santiago (1879-1881), y *La Lectura*, de Santiago (1884).

Cerrando tan excelente acopio, Guillermo Feliú escribe un estudio sobre *Bibliógrafos y Bibliografías de Vicuña Mackenna*, estudio detallado y erudito.

Poco más habrá de hacerse ya en esta materia, de tal modo que podemos considerar casi definitivo este libro en lo que se refiere a la bibliografía vicuñista.— M. R.

TURGUENEV, por *André Maurois*.

Las biografías siguen triunfando. Si en las bibliotecas, o en los casilleros intelectuales del lector, no hu-

(1) Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1932.

biera más que un espacio destinado a la biografía y la novela, la primera iría desplazando a la segunda en nuestros tiempos. En los países latinos, por lo menos, la ficción está cediendo al empuje de las realidades, en materia de interés literario.

La maestría de retratista moderno de André Maurois (los retratos deben parecerse al original, pero no tanto *que se salgan del cuadro*, como esos bizcochos burgueses de Laszlo) la habilidad para trazar el dibujo de sus personajes, sin colores excesivos, eliminando lo superfluo, quitando los detalles insignificantes, sin escatimar aquellos que ceden un rasgo de personalidad, hace de esta biografía de Turguenev (1) uno de los mejores tipos que han pasado por su estilo. A pesar de la resonancia de *Byron* y *Shelley* la mejor obra biográfica de Maurois es la de *Disraeli*. Después, esta otra.

Ya estábamos cerca de Dostoyewski, por André Gide. Conocíamos a Tolstoy por Romain Rolland. Quedaba por presentarnos este maestro ruso, extraño, interesante, criado en las cacerías, suavizado y a la vez corregido por su vida francesa; mezcla que produjo ese estilo entre salvaje y delicado y esos tipos como Demetrio Rudín, Lawrestki, Litvinov, que sin perder un ápice de su naturaleza rusa, original y espontánea, tienen un tanto del europeísmo de la época y no se dejan sobrepasar por las mejores creaciones de Dostoyewski, de Dickens o de Balzac.

Al abrir, en una ojeada general de

(1) Grasset, París.



primera intención, el *Turguenev* de Maurois, y vislumbrar la distribución y los títulos de la obra, se nos antoja que ésta es más un ensayo crítico que una biografía. Pero no es así; tiene de los dos elementos. Más el crítico desaparece bajo la capa del biógrafo y la exposición de los libros de Turguenev, en esquemas argumentales, añade un nuevo interés a su figura. Se acercan las creaciones al autor y forman con él un conjunto tan certero de personalidad, que de haber prescindido de ellas, el personaje hubiera quedado en un aislamiento de pobreza novelesca.

Ha sido un acierto unir a la vida del biografiado, en concéntricas, las vidas de sus hijos literarios y la vida de su país y de su ambiente. Círculos que, graduados, dejan la impresión de una perfecta sencillez. Este es el Maurois de Disraeli, antes y de Turguenev, ahora.

Sus amistades con los grandes franceses de la época, su amor a Madame Viardot (llena de sangre española) en el que resplandece una originalidad extraordinaria, su vida de viajero infatigable, nostálgico siempre de donde no estaba (y esto no es una verdad de Pero-Grullo) las sociedades que frecuentó, quedan diseñadas de mano maestra en el libro que, por otra parte, lleva en él una amena distribución de los hechos que hace seguirlos insensiblemente.

A los que ya conocen por la lectura, las páginas de *Humo*, de *Nido de Hidalgos*, de *Anuchka*, les llega la hora de echar una mirada de conjunto sobre la obra completa de este

autor ruso un poco preterido actualmente junto a otros intereses momentáneos. De conocer, además, los inmediatos precedentes para la gran transformación (aparente, al menos) de un país donde las turbas gritaban entonces ¡Viva la Constitución! creyendo que ésta era la esposa del Gran Duque Constantino.—*José María Souviron*.

ELEONORA DUSE, por *Rheinhardt*.

Esta mujer, a la que acompañó la gloria, fué una de las artistas en que se identificaron (cosa rara) la feminidad y el arte. Precisamente de esta fusión le vino el amargor de su vida en la que no podía separar los dos elementos (tal vez, ni quería separarlos) que fueron uno de sus peores enemigos frente a los hombres. En el caso de sus amores con D'Annunzio, como sutilmente ha observado Antonio Espina, ella se enamoró del hombre y del poeta. D'Annunzio se enamoró sólo de la artista. Mejor se podría decir que D'Annunzio se enamoró de su propio orgullo, de su vanidad inmensa, que era lo que, al fin, le interesaba.

Rheinhardt, conocedor de la vida de Eleonora Duse, nos da un sutil libro de interés notable (1).

Sin ser una mujer bella, el arte hacía tales maravillas a su conjuro, que bastaban unos minutos en el escenario para que superara a la más hermosa del mundo. Así se lo decía D'Annunzio a Bernard Shaw.

(1) Traducción española por J. Pérez Bances. Ediciones «La Nave», Atenea, Madrid, 1932.



Muchas veces la Duse necesitó poner en su vida el esfuerzo, para llegar al cúmulo en que se mantuvo tan poco tiempo. El suficiente para triunfar. Nació pobre y murió pobre. Conoció la lucha diaria, tanto más dura cuando el temperamento no anhela solamente éxitos vanos de facilidad o moneda, sino triunfo artístico, el más difícil, al que hay que unir la cualidad esencial de las facultades para conseguirlo.

De una sensibilidad sutilísima, hiperestésica, llegó, como la Duncan, a puntos que pudieran muy bien limitar con el ridículo. No quiere decir nada esto, si se mira desde un punto de vista de tiempos y de comprensión. A mí pocas cosas me parecen más ridículas que aquella oración de Renán en la Acrópolis. Pero me la explico, como me explico otras tantas cosas que están lejos de lo vulgar y cotidiano, aunque cerca de lo afectado.

Las encarnaciones que la Duse llevó a efecto, si bien distintas, tenían un común denominador de pasión y de tragedia: Electra y Heda Gabler están equidistantes de un centro, pero en el mismo círculo. Y así sus otras creaciones: Francesca, Gioconda, Therese Raquin, Margarita Gautier...

Anduvo desorientada dentro de un cauce de armonía. Desorientación que a veces la hizo titubear en su concepto artístico. Pero nunca salió de ese cauce, para buscar caminos que le fueran más fáciles. Para ella los caminos muy andados no tenían encanto.

Al través de esta biografía, surge Eleonora Duse con todos sus velos,

sin que por ellos no podamos ver la exacta línea de su trazado vital.

Hizo lo que Rimbaud decía de sí mismo: «He tendido cuerdas de campanario a campanario; guirnaldas de ventana a ventana; cadenas de oro de estrella a estrella, *et je danse*».

Lo que en otros resulta un simple propósito primaveral, en ella fué un sistema de vida. Con sus dos crepúsculos tristes y su mediodía luminoso.—*José María Souviron.*

ENTRE EL AGUA Y LA SELVA VIRGEN, por *Alberto Schweitzer.*

El lector busca muchas veces, en las páginas que va devorando, más que otros elementos, el resplandor más o menos fuerte de la personalidad del que escribe. Cuando esta personalidad aparece diáfana y sin ambages, tanto mejor para el curioso. Pero cuando surge sencillamente, aun sin el propósito de buscarla, aun sin la intención del escritor de imbuírla en las páginas, el gozo del lector llega a los límites.

Esta obra (1) revela una personalidad tan interesante sin reservas literarias, cuando no ha pretendido el autor sino narrar y atraer, que se hace uno amigo del escritor por el solo hecho de la lectura.

Hombre de una sensibilidad estupenda, Albert Schweitzer, de organista y estudioso musicólogo, pasa a las riberas del Ogúe, en el

(1) Profesor Albert Schweizer—«Entre el Agua y la Selva Virgen».—Relatos y Reflexiones de un médico en el Africa Ecuatorial.—Prólogo del Dr. A. Lipschütz.—Morata, editor.—Madrid, 1932.



corazón del Africa, a curar a los habitantes de aquellas regiones. Doctor en Medicina se pone al servicio de los indígenas, estableciendo su hospital en una misión, a los flancos de la Selva, llena de misterios. Allí acuden gentes de todas las tribus cercanas (y de las lejanas también). Los enfermos de úlcera, cuya frecuencia en Africa Central es enorme, tomando las más diferentes formas, los heridos por las fieras, con una extremidad destrozada por dientes o garras; los atacados de la enfermedad del sueño, plaga terrible de curación difícilísima y tardía. Y otros muchos. Para todos tiene un solícito cuidado el Dr. Schweitzer, que trabaja horas y horas, amorosamente, sin retribución. La que puedan darle, escasísima, voluntariamente, algunos sanados por su atención, la emplea en adquirir medicamentos, cuyo transporte al Africa encarece aún los más elementales.

Encanta ver la figura prócer (aquí si que cuadra el manido adjetivo) de este médico, narrando con una sencillez maravillosa sus trabajos, incansable frente a una asiduidad aumentada por sus éxitos.

La narración de todo este bregar está salpicada, pintorescamente, y de todos los detalles aventureros curiosos del Africa Salvaje. La vida en aquellas latitudes es, de por ella, un atractivo y un peligro. El doble por supuesto, para este médico artista que pone su actividad al servicio de una humanidad desvalida y olvidada. Para él, este trabajo es sólo una devolución de bien, un pagar con beneficio, por su parte,

todo el mal que los blancos han causado a los negros.

La obra de Schweitzer tiene también un propósito benéfico. Presentando estos detalles, solicita al final ayuda de cuantos quieran contribuir a la obra que, con tantos esfuerzos, va realizando. Para ello da sus direcciones. Quien se sienta atraído a contribuir puede hacerlo fácilmente.

He aquí un libro simpático. Su contenido, lleno de atracción e interés. Novelescamente, incluso, una obra de valor indudable.—*J. M. S.*

## POESIA

LIRIOS DEL ALBA, por *Gladys Smith*

Una bella adolescente—apenas 17 años—que reside en Bolivia firma estos *Lirios del alba* (1). Es, desde luego, su primer libro, el libro irremediabilmente apresurado, prematuro, nacido al calor de la incitación insistente de dar forma, volumen, a los sueños más sentidos en esa moza y bella edad.

Un libro prematuro, hemos dicho. Sin embargo, nosotros creemos con Rainer María Rilke que nunca se es prematuro cuando existe un mensaje que entregar, aunque pequeño. Y este, por muy desdeñable que sea en conjunto la obra primeriza, siempre manifiesta su latido, verdad que vacilando, entre líneas, como avergonzado de presentarse antes de haber empezado siquiera a madurar,

(1) La Paz, 1932.



a orientar su trayectoria próxima. No es prematuro y si tampoco necesario, cuando menos deja una enseñanza proficua, inoivdable. Y esta ahoga la desazon posterior causada por el libro que hubiéramos querido después mantener inconfesado; la ahoga y acaso, acaso... la convierta en una diminuta simpatía agradecida hacia el volumen lanzado en la adolescencia impaciente.

Gladys Smith, aunque sea duro confesarlo, se encuentra distante de este caso, no existiendo ningún motivo apreciable que justifique la aparición de sus *Liros del alba*. Es cierto que debido a su extrema juventud podría perdonársele este libro, ya que es propio de la adolescencia engañarse y extraviarse, creerse capacitado para labores cuyas condiciones naturales no se poseen y cuya ausencia es notada después—siempre que el equivocado tenga un poco de sentido común—abandonándose aquellas labores definitivamente. Queremos creer que Gladys Smith lo hará así con el tiempo, pues no sería posible encontrar condiciones líricas en ella, a no ser que se fuera propietario de una benevolencia ilimitada, cuando los mejores versos de su libro son los siguientes:

Yo me siento morir, yo se que  
[pronto, inexorablemente,  
a mi vendra la Muerte y con gesto  
[triumfal  
de entre los brazos bellos de la pia-  
[dosa Vida  
con crueldad infinita me habrá de  
[arrebatat.

Yo se que muy en breve, Amor,  
[tu que sentiste

entre tus blancas alas mi quimera  
[vibrar,  
verás que para siempre esa Nada  
[implacable  
tus seductores lazos se atreverá a  
[arrancar. Etc.

Seguramente, en algunos años más, la señorita Gladys Smith estará en condiciones de encontrarnos razón.—A. T.

CIENCIA DE LA PALOMA Y TRÉBOL,  
por José Varallanos.—Editorial  
Hidalgo. Lima.

Paul Valery ha dicho que el problema de la libertad en el arte es problema de disciplina. En seguida esclama: «Paradoja dramática». ¿Paradoja? Creemos que no, pues nos parece imposible concebir la libertad sin disciplina (1) ya que esta ha sido una consecuencia imperiosa de aquella, una consecuencia y ahora elemento paralelo y convergente.

Nadie desconoce que el concepto de libertad es anterior al de disciplina, que sin aquel no es posible éste y que si la disciplina ha nacido de la libertad es porque esta necesita de aquella como la rama necesita del árbol y como este de la rama, para cumplir en totalidad su destino.

Paradoja, no; dramática, sí. Lucha dramática más bien, pero no por conciliar una antinomia aparente sino por alcanzar dos facultades necesarias para dirigir el temperamento, la sensibilidad, la poten-

(1) La libertad como concepto social no nos interesa porque es una falacia demagógica.



cia creadora: libertad y disciplina.

José Varallanos es poseedor de ambas facultades que, según Apollinaire, son también la característica del espíritu nuevo, como lo manifestaba en un ensayo sobre este y los poetas, al decir que el espíritu nuevo reclamaba ante todo la disciplina y la libertad. Esta libertad y esta disciplina que se confunde en el espíritu nuevo, constituyen su característica y su fuerza, terminaba.

En esta *Ciencia de la Paloma y Trébol* existe, palmariamente, esa característica señalada por Apollinaire, apareciendo en ella, perfilada con firmeza y nitidez, una disciplina íntima y una tranquila libertad expresiva, dualidad difícil de encontrar en la lírica de estos años, tan desorientada como titubeante. Es por eso una alegría la constatación de la existencia de un hombre, de un poeta para ser preciso, que posee esas cualidades esencialmente convergentes en la obra de arte: disciplina, libertad.

Para José Varallanos esto es una verdadera conquista, porque ambas cualidades estaban ausentes de su obra primigenia, conquista desde luego que lo ha dignificado, quitándole esa exuberancia dañina—hacía-se muy persistente a través del *Hombre del Ande que asesinó su esperanza*—y que le señalamos en esta misma Revista como uno de sus grandes defectos; pero, confiando al mismo tiempo en el temperamento de Varallanos y sabiéndolo suficientemente poderoso y capacitado para desplazar de su orbita, al correr de los años, toda frondosidad, como lo

ha conseguido en su *Ciencia de la Paloma y Trébol*.

Llama la atención en el último libro del poeta peruano—fuera de la diferencia ya apuntada—el contraste que presenta con su obra primeriza. Esta, que además de evidenciar el estado de formación de un poeta, acusaba la presencia de una personalidad en busca del cauce necesario para desenvolverse en totalidad, no hacía predecir que este cauce fuera el ahora encontrado por Varallanos, pues existe una desconexión manifiesta, demasiado fácil de advertir, entre *Ciencia de la Paloma y Trébol* y *El hombre del Ande que asesinó su esperanza*. Esta obra tenía un robusto sabor vernáculo y andino, más bien indigenista—modalidad muy explotada en el Perú y llegada a su resultado más artístico en Alejandro Peralta—y estaba saturada de una fuerte emoción, que a menudo desbordábase en gemidos hondos, en gritos vigorosos, apareciendo también de vez en cuando un sentido popular de la poesía. En cuanto al vehículo expresivo, usaba entonces José Varallanos un lenguaje extenso, sonoro, en versos de fatigadora amplitud.

En su último libro todo esto ha desaparecido. Hoy día Varallanos emplea un verso breve, pero intencionalmente cargado de sugerencia:

Doy sueño a los ojos.

Late el mar en mapas.

Luna, luna en tu ropero,  
amanecer en tus manjares.

Bien crecido gozo.



Mi dedo manufactura  
música para su oído.

Casi tamaño del sueño  
alegría de mi pertenencia.

Verso breve, ascético, sin ningún elemento accesorio, sin ningún nuevo recurso retórico para alcanzar su expresión poética, para concretar su sentido lírico, admirable de transparencia, Bien puede decirse de este verso, de esta poesía de José Varallanos que es una poesía de sobriedades, de contención, pues en ella se usan las palabras matemáticamente exactas y necesarias, rehusando las que puedan trasmutar el sentido auténtico por no hacer concesiones a lo decorativo, a la riqueza exterior, al adorno. Ni siquiera encontramos novedad técnica, suponiendo la existencia de una técnica poética como un conjunto de reglas más o menos elásticas—ahí radicaría su novedad —pero de uso colectivo. Varallanos ha sabido ir más allá de esa novedad técnica, más allá también de los artificios tipográficos que al decir de Apollinaire tienen la ventaja de hacer nacer un lirismo visual que era desconocido antes de nuestra época, pero que por la ausencia de raigambre vital, agregamos nosotros, nunca ha tenido importancia. Mas, si la técnica la formulamos como la manera personal de decir, José Varallanos la posee. Y ahí está, precisamente, el eje de su novedad.

Otro aspecto digno de hacer resaltar en *Ciencia de la Paloma y Trébol* es su coherencia, su unidad, resultado consecuente del dominio por Varallanos de las facultades ya apun-

tadas al principio de este comentario. Se ve la misma mano experta conduciendo los hilos interiores de esta fina red de poemas. Nada discordante, nada inarmónico se entrelaza en su tejido ni ningún elemento extraño enturbia su ponderada claridad:

Soy el hombre claro  
que canta en madrugada.

dice el mismo Varallanos, con mucha exactitud, pues su poesía tiene la diafanidad suave y la frescura de la amanecida. Sólo de vez en cuando, muy raramente, estos poemas se amenizan o devienen en «nueva vulgaridad». Pero esto es aislado y nada le restan a la inmejorable sensación de conjunto. Ahora esa intimidad tan conseguida y depurada, esa emoción tan sabiamente contenida y dirigida para dar el efecto preciso:

Y quenas de niños dulces  
apagan sollozos, olvidos.

Silba el viento colegial  
yaravi de los días queridos.

Y además, esa interpretación tan viva y apartada de las cosas, esa mirada tan penetrante para explorar lo que estas y el mundo, ocultan, que bien podría repetir este poeta, haciéndolo suyo, aquel verso de Arturo Rimbaud:

Et je vu quelque fois se que l'homme  
[a cru voir.

Para terminar, diremos que esta *Ciencia de la Paloma y Trébol* es, junto con aquella admirable *Vigilia por dentro* de Humberto Díaz Casa-



nueva, el mejor libro publicado en los últimos años a lo largo del litoral suramericano del Pacífico.— *Arturo Troncoso.*

AUSENCIA. por *Arturo Torres Rioseco.*

Poeta y escritor chileno de vasta nombradía en España y en América, sólo en Chile no gozaba Torres Rioseco del justo prestigio que merece. Pero ¿cuál de nuestros grandes valores espirituales tiene entre nosotros el respeto de las gentes? Dos figuras chilenas han llegado a las fronteras de todos los países, política una y literaria la otra: Arturo Alessandri y Gabriela Mistral. Y mientras en el extranjero se les reverencia como a personajes del universo, en su patria se les discute y se les niega con empecinamiento de indios atormentados. Es la mezquina idiosincrasia criolla.

El autor de *Ausencia* (1) ha necesitado vivir catorce años en Estados Unidos, ejerciendo su cátedra de literatura hispano-americana; ha necesitado publicar su *Rubén Darío*, estimado ya como el único estudio definitivo de la vida y la obra del nicaragüense genial, y traernos este libro de poemas, para que en Chile no se niegue su existencia como poeta y como crítico.

No conocemos de Torres Rioseco su libro *En el encantamiento*, que editara García Monge en Costa Rica hace diez o doce años, y no podemos, en consecuencia, ver la trayectoria de su lírica modernista. Pero

(1) Imprenta Universitaria. — Santiago de Chile, 1932.

nos basta con esta *Ausencia* clara y emocionada para decir que tenemos en él a uno de los grandes poetas de Chile y de América.

Sus Romances, el que da título al libro, sobre todo, nos parecen obras acabadas de elevación y de forma. Para encontrar en la moderna poesía del idioma cantos que pudieran comparárseles, habría que volver los ojos a García Lorca, el poeta de más nervio en la España de hoy.

Imágenes novedosas y sugerentes sin caer jamás en la charada vanguardista, y un dominio absoluto del lenguaje, dan al temperamento lírico de Torres Rioseco el fuerte relieve de un poeta auténtico.

En su canto a Caupolicán, de tan vigorosa entonación autóctona, vive el prestigio de la raza araucana con toda su grandeza indomable y dominadora. El soneto de Chocano, celebrado en América como el mejor poema en que se recuerda la hazaña del toqui lejendario, pasará a ser una producción de segundo orden ante la definitiva evocación de Torres Rioseco.

El autor de *Ausencia* queda ya al margen de críticas negativas, tan comunes en la prensa y en los corrillos literarios de Chile. Es un alto valor en la poesía del Continente, y sólo podrán desconocerlo los que rebajando méritos ajenos tratan de engrandecer la propia pequeñez.— *Carlos Préndez Saldías.*

#### CRITICA

Sobre el arte de la novela ha escrito Marcel Arland, joven crítico francés, algunas notas que vale



la pena comentar. Posiblemente en Francia la novela sufre las influencias de ese nuevo mal del siglo en que se siente latir un mundo en gestación, lleno de posibilidades y de sugerencias. Arland estuvo en la vanguardia literaria y hoy vive alejado de toda escuela. Posición de espectador que no le impide analizar las corrientes del pensamiento y de la acción en Europa. Las generaciones nuevas oscilan entre dos mirajes: el orden y la anarquía. Hacia donde vuelva la cabeza, el escritor joven encuentra proyecciones de sus propias imágenes interiores: en un extremo más fuerte que en otro. Un instinto secreto les impulsa a crear, a afirmar una posición, a buscar las leyes que han regido las viejas armonías. Para el pensamiento no hay otro orden que el que existía en la víspera y la anarquía asimismo considera que ella es el refugio del orden.

Europa busca desesperadamente, desde hace quince años, este nuevo orden y América no es extraña a esa angustiosa inquietud. En estas etapas convulsionadas que lo mismo pueden arrastrar a la decadencia como a la resurrección surgen las revelaciones inesperadas, el genio de los individuos. He aquí, pues, el drama de las generaciones, jóvenes, aun de las que no son generaciones de artistas: encarnizadas en la destrucción, incapaces de fijarse, por ahora, en nada estable, vibran al mismo tiempo, sacudidas, por un terrible apetito de vivir.

La obra de arte ha sufrido estas influencias. La ha sufrido no sólo en

Europa, sino en América. Se ha llegado a un punto en el que los escritores sienten la desorientación o perciben el imperioso golpe de nuevas sugerencias. A una etapa de arte anárquico, sucede un silencio de expectación, como la naturaleza ante los horizontes cargados de tormenta. Ahora precisamente la literatura se ha convertido en el vehículo para el examen de los más graves problemas; ha provocado inquietudes profundas, ha dejado de ser arte deshumanizado. Pero no hay que tomar demasiado al pie de la letra estas expresiones ni los escritores tienen por qué imaginar que las obras literarias dejarán de ser obras de arte. En el fondo de esta fuerza creadora, de mayor responsabilidad, está siempre el hombre. Y esto es lo esencial, puesto que los libros se hacen con vida y ahora más que en otras etapas, con la experiencia de los que han vivido con avidez. El acento humano es lo que se aspira a poner de relieve y las obras literarias mejor logradas, de este período de convulsiones y de luchas, son aquellas que interpretan el hombre y tratan de dar una imagen más honda y por tanto humana, de sus inquietudes. Tan honda que lleguen a producir emoción, donde quiera que se lean.

Hace más o menos diez años se abrió en París una encuesta acerca de la influencia del cinema sobre la novela. Eran días difíciles para el arte dramático y para el arte de hacer novelas. En casi todas las respuestas se vaticinaba un tipo de novela, con acción precipitada, con imágenes múltiples y violentas.



Un escritor, Paulhan—comenta Arland—dijo que la más efectiva y la más útil de las influencias sería la de alivianar la novela de todo lo que el cine había tomado para sí. Por lo tanto, si se alivianaba la novela de todo lo que tiene de común con el drama, la comedia, las memorias o dicho con otras palabras, de todo lo que puede ser elemental en otro género literario, le quedaría muy poco de lo que es su esencia. Una buena novela puede resumir todos los géneros y combinar los elementos más diversos en tal forma que su resultado sea único.

Encuentra Arland, en la novela de hoy, carencia de ambición. No hay novelistas que emprendan la aventura de la novela como si se tratara de realizar una obra de gran espesor. Han limitado sus aspiraciones a hechos simples, a anécdotas inconsistentes. En ocasiones, viajes a un mundo interior, muy personal, pero despojado de interés; confesiones, banales o descripción de alguna anomalía sexual que no tiene siquiera la grandeza de una creación, simples calcos de las confesiones de los pocos escritores que han logrado dar en sus páginas acentos de humanidad, con la pintura de sus lacras íntimas. Sin duda, influye la existencia que hoy se lleva. Pero también, el desenfreno de los dones espirituales, el cansancio del lector para las obras complejas, la diversidad de tendencias, el inmerecido desdén por la solidez. Acción y personajes continúan siendo elementos fundamentales de la novela, pero han sido despojados de toda grandeza y no trabajan estos

en profundidad, sino al modo de imágenes efímeras, sobre superficies escurridizas, para halagar la frivolidad del ambiente.

En América el problema es diverso por lo menos en el orden artístico y en lo que a la novela se refiere. Aquí no hay más que seguir un destino de claridad y una empresa de interpretación. Es lo que busca el escritor americano, a despecho de las imitaciones y de las obras literarias calcadas sobre modelos europeos. El escritor vuelve la espalda a Europa, no para desdeñarla sino para penetrar en su propio destino. Al fin, es su propio destino lo que trata de buscar, puesto que describiendo la existencia en sus respectivos países americanos y rastreando en sus orígenes, construye un proceso ideológico que le permitirá más tarde tener una imagen articulada de su desarrollo. Pero no es esto sólo. Las transformaciones que ha sufrido el mundo, han impreso sobre la novela un sello de singular inquietud. En su médula la humanidad lectora busca su drama y sus problemas. América no ha escapado a las influencias europeas y lo que los escritores de los países hispanoamericanos no pueden eludir, es condensar, en las creaciones literarias, con un arte limpio y vigoroso, nuestras transformaciones interiores, nuestros problemas y sobre todo el hombre nuestro, capaz de producir, en la creación novelesca, por su verdad y por su fuerza, esa emoción humana que el lector de todas las tierras, busca a través de los libros.—*Domingo Melfi.*



TRINCHERA, por *Enrique Espinoza*.

Enrique Espinoza, director del periódico *La Vida Literaria* que se edita en Buenos Aires, ha reunido en un volumen de sugestivo título *Trinchera* (1), una serie de interesantes artículos de crítica. Espinoza tiene en su haber una sólida cultura a la vez que una gallarda independencia para sus juicios literarios. *Trinchera*, simboliza esta doble cualidad y afirma un valor literario que cuenta entre los mejores de la juventud de la vecina república. La dirección misma de *La Vida Literaria* es ya una suerte de batalla continua. Por tanto, es *Trinchera* de propósitos de superior calidad intelectual. El libro lo confirma ahora y el prólogo nos dice, en unas breves palabras muy oportunas, lo que allá como aquí, cuesta enderezar rumbo por un camino de elevación.

El artista en quien la vida no deja huellas de su fluir continuo a través del tiempo y del espacio, es porque vive en vano, igual que esas mujeres hermosas y estériles para quienes no pasan los años ni los «maestros» de París.

Esto que dice Espinoza es la tragedia de tanto artista americano que vive para sí mismo, encerrado en la vieja y carcomida vivienda de marfil, ya enteramente pasada de moda. A su costado pasa el turbión amenazante que llena el aire con la inminencia de trágicas posibilidades, pero él permanece sordo y ciego a las llamadas que de todos los si-

(1) Editorial «Babel» Buenos Aires, 1932.

tios se cruzan sobre su cabeza de faisán egoísta. *Trinchera* es la negación de esa postura. Basta recorrer los interesantes artículos consagrados a fijar las expresiones de raza o cultura, a Waldo Frank, a Payró, a Mariátegui o a Hudson, para comprender la modernidad humana y el sentido de cultura que posee este escritor. Igualmente interesantes las notas dedicadas a Horacio Quiroga, a Reiner M. Rilke, a Góngora y Einstein. Y al final del libro unos apuntes finos, cargados de intención y de ironía acerca de la obra de algunos escritores jóvenes de Argentina.

*Trinchera* es en suma, un libro novedoso, de firme y altiva independencia demoledor de mitos desgastados, irónico, como conviene en estas literaturas que erigen a menudo ídolos de hueca entonación y especialmente un libro que sugiere medulares reflexiones sobre el destino americano en su cultura y en su raza. Volveremos sobre algunos puntos y aspectos del libro, para comentarlos con más espacio. Entre tanto hemos querido agradecer el envío y dar cuenta de su aparición a nuestros lectores que se interesan por la cultura de América.—*Domingo Melfi*.

ESCRITORES DE CHILE, por *E. Solar Correa*.

Menos reparos provocó el tomo de Solar Correa consagrado a la literatura colonial que este tomo destinado a agrupar una selección de autores y trozos literarios del siglo



XIX (1). Y se comprende. Es más virginal la creación durante el período de la Colonia. Virginal en el sentido de ausencia de factores perturbadores para el escritor. El cronista del período colonial, vivía con menos combatividad que este escritor del siglo XIX que anduvo en la brega política, fué orador, tribuno, revolucionario... y escritor. El siglo XIX es de formación política. De construcción y de organización. No es un siglo de estetas con ser un siglo romántico, en el que la postura y hasta la actitud de los hombres tenía algo de gallardo y de bizarro. Justamente, los estudiosos de hoy que han analizado el libro le hicieron una serie de reparos. Todos encaminados a censurar exclusiones e inclusiones arbitrarias. Solar Correa partió de la base de exponer documentos para dejar al lector la tarea de apreciar el contenido artístico de los trozos. Es un procedimiento. Sin embargo, nos parece que el autor de esta selección—muy interesante por otra parte—debió poner al frente en lugar de esas «dos palabras» tan breves, con que inicia el volumen, una apreciación, una interpretación de ese siglo en su calidad literaria. Diríamos mejor, un pequeño panorama con las alternativas e influencias que en el siglo, sufrió la creación artística. Esa ojeada serviría a los lectores para penetrar mejor en la médula del siglo. ¿Por qué ese siglo tuvo tal fisionomía antiliteraria? Porque los escritores cayeron unos en la tribuna política, otros en el parlamento, muchos en

la trinchera revolucionaria, los más en el periodismo y otros en una burocracia que les cegó para la obra de esencia artística? El autor puede hacernos el reparo de que todo eso que pedimos está insinuado en las notas que llenan el libro. Pues bien, con ser esas notas, de un subido interés, no dan la medida cabal que exigimos.

Donde quiera que este libro esté destinado a circular—bien en los colegios, bien entre simples lectores o curiosos de nuestra literatura—se echará de menos ese pórtico previo bajo el cual el lector encontraría, en síntesis, un estudio de la fisionomía general del siglo cuyos autores más sobresalientes según, el autor, se les va a mostrar en seguida. El señor Solar Correa tiene suficientes condiciones para ello. Pero prefirió este procedimiento de la simple presentación, aun cuando de ella haya excluído a Bilbao—es un caso—, cuyas páginas sobre Santa Rosa de Lima, no pueden ser olvidadas en su calidad. El siglo XIX es peligroso, sin duda alguna para los que intenten una antología o un cuadro interpretativo. En tal forma andan mezcladas en los hombres que escribieron la turbulencia política y apasionada con la literatura, que aun hoy, ellas imprimen su sello en los escritores de nuestro siglo. Un criterio estético estricto dejaría pocos autores en pie. Quizá haría entrar otros que en este libro no están mencionados.

Circunscribiéndonos por ahora a lo que el autor nos presenta, ¿cree que basta en una antología del siglo XIX esa escueta presentación del

(1) Imprenta Universitaria, 1932.—Santiago.



novelista Blest Gana? Siendo este en la creación novelesca, la figura máxima del siglo—¿sería acaso exagerado decir que en toda la América hispana—y esto sin chauvinismo de nuestra parte?—le corresponde una presentación más amplia en el sentido interpretativo y mediante la cual el lector pueda recibir una impresión más o menos integral sobre lo que ese novelista significa en Chile, en el siglo en que vivió, en la historia de nuestras costumbres, en la creación de los tipos novelescos, en la influencia que recibió y en la que extendió sobre otros novelistas chilenos. Si la intención de Solar Correa, fué la de dar cabida sólo a los creadores artísticos, nos parece extraño que la presentación del más grande de todos, sea igual a la de algunos mínimos que en el libro aparecen.

Con todo, la labor que se ha impuesto Solar Correa merece elogios. Es uno de nuestros escritores que trabaja con más conciencia y si esta selección nos merece algunos reparos, debemos reconocer que abundan en cambio en ella, el buen gusto el sentido de la medida y un considerable conocimiento de nuestra literatura del Siglo XIX.—*D. Melfi.*

AMÉRICA INICIAL, por *Luis Franco.*

Nos interesan más los libros europeos que los americanos. Conocemos mejor las literaturas extranjeras que las de nuestro continente. Estas verdades perogrullescas no han sido aún desmentidas. Un rápido

viaje por las librerías basta para convencernos de ello. El snobismo está siempre alerta y por centenares de libros mediocres que las editoriales europeas nos arrojan—nos arrojaban, digamos ahora que estamos condenados a no recibir libros extranjeros—sólo unos pocos libros americanos, llegan a nuestras librerías. Y llegan a precios prohibitivos. Nuestra moneda parece una mendicante si se la compara con las de otros países. Antes de producirse nuestra bancarrota económica, el fenómeno del aislamiento intelectual provenía de la indolencia para abrir caminos de acercamiento o de intercambio. Estábamos encerrados, encorsetados en nuestras fronteras y sólo las abríamos al libro europeo. Un concepto muy rudimentario de la cultura nos hacía creer que América era incapaz de producir obras de mérito. En general, carecíamos de amplitud para juzgar por cuenta propia y esperábamos que el libro americano diera la vuelta por Europa primero, en viaje de consagración, para que le franqueáramos nuestra privanza. Se ha modificado ya grandemente este concepto, si bien el libro americano continúa inmóvil dentro de su respectivo país de origen.

El libro del escritor argentino, Luis Franco, *América Inicial* (1), es apenas conocido en nuestro país. Y es un libro de rica entonación ideológica. El ensayo que da nombre al libro es un conjunto magnífico de fuerza y de fervor por la creación de una América no ornamental y de cultura prestada, sino una América

(1) Editorial «Babel», Buenos Aires, 1932.



nuestra, en espíritu y en verdad. «¿Hemos realizado ya—escribe Franco—ni marginalmente, la América que soñaron sus iniciadores y tutores? No podemos engañarnos. Bolívar tendría que saber que aun viven ignorándose enciclopédicamente unas a otras las repúblicas hermanas; Rivadavia, que el latifundismo mantiene aun mostrencos nuestros campos; Sarmiento, que el abecedario aun es semilla de poco arraigo en ellos; Martí, que aun hay muchos grilletos por limar».

Es decir, es casi enteramente el problema de nuestra América lo que Franco sintetiza en esas breves palabras. El sudamericano vive en una tierra que no le pertenece; por lo menos en una tierra cuya posesión cabal, es para él un mito. Paralelo a este vital problema, está el de la cultura. Nunca será bastante la insistencia y el continuo volver a él. América se aniquila en pueriles orgullos de razas o de sangres. Lo que importa es «constituir un día, bajo el signo de una esperanza igual y la aprensión de un destino idéntico, una comunidad espiritual más viviente que todas las guerras y políticas». La América pintoresca tiene que ser olvidada. Esa América del turista, del papagayo, del caudillito, del aventurero. La América de los motines cuarteleros, que pasan entre risas y pullas de los extranjeros. Porque ni siquiera levantan un hombre fundamental, de entre los cascos de los caballos o los pujos de bastarda ambición de los matones con ínfulas de legisladores o estadistas. A lo sumo el más triste ridículo o la huída vergonzosa. Y a comenzar de nuevo.

Contra esto y aquello, que es la ignorancia, la sumisión a las fórmulas manidas de la cultura, levanta Franco su palabra fervorosa. Debajo de las selvas, de las montañas, de los ríos, de las cordilleras, hay una América interior, creadora de un espíritu nuevo y de un hombre nuevo. Y esa es la América que por encima de fronteras y de vanidades lugareñas y pueriles se trata de levantar. En esta empresa, trabajan en todos los países del continente los escritores que han abandonado el estéril narcisismo de salón y de sala de té a la moda, para concretar sus aspiraciones en comunes anhelos. «América—escribe Franco—tiene que dolernos como un recuerdo y alegrarnos como una esperanza. Dolor y alegría: los dos mensajeros de toda creación. Pero no fabriquemos americanismo. Dejemos que lo americano nos venga como una gracia y nos salga como un brote». Y extendiendo aún más su esperanza, agrega: «Aunque tampoco hemos de dejarnos acorralar por un regionalismo continentalista. Sabremos ascender a lo universal o no seremos nada».

Completan el libro de Franco los capítulos: «La Palabra creadora y El primer y último tema», escritos en forma de diálogos, expresiones muy interesantes por la idea y por la claridad de estilo, Además un capítulo Máscaras, retratos breves de Nietzsche, Schopenhauer, Maupassant, France, D'Annunzio, Valery, Corbiere, Papini, Whitmann, etc. Están trazados con originalidad y enfocan cada autor, con penetrante sentido crítico. Es especialmente novedoso



el consagrado al gran poeta norteamericano, Whitman, el más humano de los hombres».—*Domingo Melfi*.

## NOVELA

### UNA NOVELA CUBANA.

Don José Antonio Ramos es un escritor cubano residente desde largos años en Estados Unidos de Norte-América donde sirve un cargo consular. Su labor intelectual, es abundante, habiendo cultivado con entusiasmo el drama, el ensayo político, el social y el económico; la novela, la crítica, etc., en diferentes y numerosas obras que lo hacen aparecer como uno de los fecundos escritores cubanos de su generación, y al mismo tiempo, como el más proteico. Inicia su labor en 1906, en plena adolescencia, con dos dramas: *Almas rebeldes* y *Una bala perdida* que le fueron editados en Barcelona, labor que hasta ahora no ha sido interrumpida. La novela que origina este comentario, ha aparecido recientemente (1) y es la vigésima de sus obras. Una de éstas *Cuando el amor muere* ha sido traducida al inglés por Isaac Goldberg y su drama *Satanás*, fué estrenado por Tallaví en el Teatro Novedades de Barcelona.

No obstante, el señor Ramos es un escritor casi desconocido. Que nosotros sepamos, aquí en Chile se le nombra por primera vez. Manuel Pedro González en el prólogo que es una calurosa presentación

admirativa explica la escasa difusión de la obra de su compatriota:

Una modestia extremada y una gran bondad, unidas ambas a su instintiva aversión al reclamo, han restado a su obra la resonancia continental que por su recia envergadura debió haber obtenido ya. En Cuba lo mismo, por su condición de inadaptado y, acaso también, por el ostracismo en que ha vivido siempre, su labor no ha logrado toda la divulgación que por la renovadora ideología que comporta fuera de desear; ningún escritor, de entre las últimas parvadas intelectuales, cubanas, se ha preocupado tanto por los problemas, sociales, políticos y económicos de nuestra América, ni ha escrito páginas tan luminosas sobre estos temas, como José Antonio Ramos. Ninguno tampoco, que sepamos, ha enfocado mejor nuestros conflictos que él.

A decir verdad, nosotros no podríamos verificar la exactitud del juicio recién transcrito, pues al señor Ramos le conocemos sólo *Las Impurezas de la Realidad*, libro que origina este comentario, ni tampoco asegurar que la ausencia de resonancia de su obra se deba a las causas señaladas por el prologuista. Sin embargo, basándonos en el conocimiento de su última novela, a pesar que dista mucho de ser excepcional, encontramos cierta razón a Manuel Pedro González, al creer a la labor del señor Ramos merecedora de una divulgación más o menos amplia, pues *Las Impurezas de la Realidad* no carece de aspectos que la puedan hacer sobresalir del término medio de la producción intelectual indoamericana, haciéndola acreedora de la atención de los lectores de estos países.

(1) Agencia de Librería. Barcelona.



Refiriéndose al total de la obra del señor Ramos, manifiesta el prologuista lo siguiente:

- En toda ella podrá advertirse una intensa preocupación por desentrañar el sentido ignoto y último de las cosas, una permanente proclividad analítica que redund a veces en detrimento del mérito puramente artístico de la obra. Tal, a nuestro entender, el caso de *Cooybay*.

Y en *Las Impurezas de la Realidad*, agregamos nosotros; pero sin menoscabar el interés general del libro. Al contrario, es seguramente una de las características más sobresalientes de él, junto con la permanencia escrutadora del autor sobre las realidades sociales, políticas y económicas de Cuba, las que pretende fijar o fija a veces con certeza en las páginas de su novela, demostrando el señor José Antonio Ramos capacidad para darle cierta universalidad a los aspectos locales o vernaculares. Indudablemente y como apunta González, esto va en detrimento de la calidad artística, pero sólo en escaso sentido, pues el señor Ramos no cae en la declamación ni en la defensa de determinada doctrina, sino que deja expresarse libremente a sus personajes, en diálogos vivos y breves, o en muy interesantes y desordenados monólogos — desgraciadamente pocos numerosos — que nos hacen recordar un tanto a los de Jaymes Joyce, sin decir con esto que los del gran escritor irlandés signifiquen un antecedente ni los de Ramos una aproximación cualitativa a los de aquél.

Es cierto que en estos últimos

años, con la introducción en la novela de varios elementos extra novelescos o que hasta ayer se consideraban fuera de ella, se ha caído frecuentemente en el tratado de sociología o psicología o en el poema novelado. Pero administrando aquellos elementos con un claro sentido de eutrapelia y un coherente instinto artístico—el caso de Jaymes Joyce por ejemplo,—se ha arribado a consecuencias muy proficuas, a resultados de una definida trascendencia y que son, precisamente, los que han impedido el derrumbe total de la novela.

Don José Antonio Ramos que dista mucho todavía de hallarse en este caso—hay que advertirlo—si no siempre con fortuna, logra encajar a veces con habilidad los elementos ya referidos en la trama de su novela, mezclándolos a la vida anecdótica de sus personajes, muy dinámica y abundante, pero a menudo efectistas por el exceso de dramatismo, de algunas situaciones y escenas que acercan bastante esta novela al folletín. Es en este sentido donde más reparos merece el libro del señor José Antonio Ramos, ya que no ha sabido escoger ni desarrollar con gusto la trama y acción de su novela, ni tampoco depurar la estructura anecdótica, reduciéndola a su estricto material de utilización artística.

Esto es lo que disminuye el mérito de *Las Impurezas de la Realidad*, impidiéndole que sea una obra de valor sostenido, parejo, pues los aspectos de interés que señalamos anteriormente y que salvan esta novela de la medianía, no alcanzan



sin embargo, a hacer de ella en su totalidad una obra importante, lo que es de lamentar, pues el señor José Antonio Ramos demuestra estar dotado en forma espléndida. Sin duda el autor no tuvo el cuidado necesario, la solicitud imprescindible, y a pesar que la construcción de esta novela, le ha costado al señor Ramos cuatro años de labor da la impresión que no ha sido bien madurada. En cuanto al estilo, en general, es simplemente periódico, pero a veces alcanza densidad, precisión, sugerencia.—A. T.

### CUENTO

LOS APARECIDOS, por *Luis Roberto Boza*.

El nombre de este autor, que había guardado silencio después de publicar hace años algunas novelas y cuentos en el vecino puerto de Valparaíso, con su reciente libro (1) nos evoca por fuerza una interesante etapa literaria porteña, que ya se ha olvidado, pero que no podría olvidarse deliberadamente cuando se escriba una verdadera Historia de la literatura chilena de los tiempos modernos.

Puesto que ya en *Atenea* (núms. 91 y 92, por Manuel Rojas) se ha escrito sobre este conjunto de cuentos, ahora vamos a tomar el nombre de Boza como pretexto para recordar aquella época, de la que fuimos espectadores y actores. Conocí a este escritor en la imprenta del Crucero de Bellavista con Pirámide, donde,

(1) *Los Aparecidos*. Colección de Autores Chilenos. Empresa «Letras», 1932.

se imprimía en Enero de 1920, la revista *Siembra*, que Boza dirigía. Había entonces una regular efervescencia intelectual en el puerto, uno de los tantos momentos esporádicos que allí se advierten. La revista citada la hacía Boza, con la colaboración de dos o tres escritores jóvenes y de María Antonieta Lequesne, notable poetisa desaparecida en la flor de la edad, que actuaba como secretaria de redacción. Un nutrido número de escritores jóvenes había comenzado a ambientarse en torno de las páginas de *Siembra*: Brandi Vera, Chávez, Walton, Barreto, Victoriano Lillo, M. A. Lequesne, Rojas Gallardo, Dardaillon, C. Barella, Juan Egaña, Gregorio Guerra, María Lefebre, y artistas como Georges Sauré, Camilo Mori, Romeo Ponce, P. Celedón, yendo a la cabeza de los escritores por sus años y experiencias líricas Zoilo Escobar. El momento no dejaba de ser interesante, aunque su importancia no llegara a producir ondas concéntricas tan amplias que abarcaran hasta Santiago, por no sé qué iempecinado centralismo intelectual que siempre diferenció las manifestaciones estéticas de ambas ciudades.

Yo advine al grupo de *Siembra* y a la revista en circunstancias que se compaginaba el primer número, dedicado como número especial al fallecimiento, dos años anterior, de un formidable poeta chileno, Alberto Moreno Méndez, cuyo valor no sé por qué—visiblemente, nada más que por ignorancia y asensibilidad—no han tenido en cuenta los críticos de nuestro país. Moreno fué un hombre sencillamente raro. Admirador



apasionado de Carlos Baudelaire y del sanatismo y simbolismo del poeta francés, no sólo en la obra lírica sino también en la vida del autor de *De las Zonas Vírgenes* se advierte la influencia baudeleriana. Moreno trató de vivir una bohemia muy siglo pasado, muy de París, en medio de un puerto comercial como Valparaíso... Y cuando el roce prosaico de aquella vida, llena de ingleses, de agiotistas o de viajeros fugaces, convenció al poeta de lo imposible de su sueño, se escondió en sí mismo, se hermetizó para salvar su sensibilidad. Llegó, en este sentido, hasta el extremo de negar la bohemia y la poesía, haciéndose sumamente recelosa a la promiscuidad intelectual. Pero la poesía y la bohemia las llevaba muy adentro, y con un número simplificado de camaradas vivió días despreocupados de vagancia, de vicio, a través de los oscuros figones del Puerto, que eran entonces como verdaderos aguafuertes goyescos, con personajes tan caprichosamente grotescos como los «caprichos» del español. Y así pasó Moreno el resto de su vida, bebiendo, filosofando, empapándose de la más descarnada realidad, como para matar el sueño imposible. Con ello, ese poeta dejó implantada en el puerto una verdadera tradición de bohemia, como la entienden los poetas auténticos, que luchó mucho por no ser absorbida por el prosaísmo criollo.

Un día cualquiera Moreno contrajo la tuberculosis y murió el mismo mes y año en que moría coronado por «una estrella de sangre» en París el poeta Guillermo Apollinaire: Noviembre de 1918. Moreno

había alcanzado a editar, con Juan Egaña, algunos números de un buen semanario literario, *Numen*. Por lo demás, Moreno era un poeta privilegiado, con un claro sentido de la belleza simbolista. Su oscuridad mallarmeana, antaño quebradero de cabeza de los críticos, hoy a los nuevos no parece extraordinaria, aunque sea precursión de ellos mismos. Pues este poeta tuvo atisbos más avanzados y dejó más de un poema con perfil de poesía pura, que lo emparenta con lo más actual. Elegancia en el corte del verso francés, rima selecta, otras condiciones y el patente baudelerianismo de su inspiración, valorizan el conjunto de poemas que con el título de *De las Zonas Vírgenes* no alcanzó a publicar en libro. Los dejó manuscritos, en poder de un amigo. Y esos originales tuvieron suerte diversa: fueron de mano en mano, estuvieron en poder de muchas y muy distintas personas. Una de esas copias la perdió el poeta Juan Egaña—gran compañero de bohemia de Moreno—en un amanecer de farra, dejándola olvidada sobre el asiento de una de esas ya casi desaparecidas «victorias», esos crujientes y bamboleantes coches públicos.

Y en 1926, ya casi diez años después, yo decidí salvar esos poemas del olvido total. Los edité (1), agregando algunas composiciones que yacían olvidadas en revistas. En este libro también figura un bien cincelado Prólogo del mismo poeta, a las *Flores del Mal* de Charles Bau-

(1) *De las Zonas Vírgenes*, poemas de Alberto Moreno Méndez. Selección y prólogo de Neftalí Agrella, Nascimento, 1926.



delaire, para una edición magistral y única que siempre soñó hacer Moreno.

Volviendo a Valparaíso y a *Siembra*: esta revista alcanzó a realizar una labor no despreciable. La perjudicaba a veces una tendencia magazinesca y diarística impuesta por Boza. Y en torno a ella actuó el grupo, más otros que llegaron después. Todos lamentamos entonces la desaparición de dos intensos espíritus. el dibujante Romeo Ponce, que murió muy joven y lleno de promesas, y la poetisa María Antonieta Lequesne, en 1921. María Antonieta fué nuestra Delmira Agustini, por su estro encendido de fulgores sobrenaturales y la armonía de su verso, con forma propia. Pero ella, como su hermana uruguaya tuvo una vida fugaz y lamentable, verdaderamente trágica. Murió en el hospital, herida por todas las fatalidades. El mismo año que murió, habiendo iniciado en el puerto sus publicaciones una pequeña Editorial nuestra, *Ateneo*, editamos *Recodo Azul*, selección de un libro del mismo título de la poetisa. Su otro libro inédito, *Otoño*, corrió la misma suerte que las demás obras (prosas y una obra teatral) de Alberto Moreno: desde las manos descuidadas de los compañeros escritores pasó a las profanas, y de ahí a la nada, a la fosa común de los objetos perdidos.

Romeo Ponce no alcanzó en su breve existencia a realizar sino una obra que tiene mucho de tanteo. Filigranaba sus dibujos elegantemente, aunque ellos eran concepciones algo infantiles, al gusto de entonces, pero de capitoso lirismo

visual. Hoy son muy pocos los que se acuerdan de este artista.

Años más tarde el grupo de *Siembra* se disgregó. Sus mismos poetas, no todos, cambiaron la simple flauta de caña del soneto y el poema métrico por las sonoridades del jazz-band vanguardista. Tomados por el aluvión de novedad que creó la guerra, a muchos de estos escritores atacó la incertidumbre. A los más nuevos, los encauzó por vías novedosas. Y así, en el período 1921-1923 generamos movimientos precursores que tienen indudable importancia dentro de nuestra Historia literaria. Se plegaron a ellos entonces y después espíritus ágiles como Zoilo Escobar y otros, artistas pintores, músicos, etc. También hubo un regular lote de mentalidades obtusas y respetables que nos combatieron.

Sucedió un largo interregno de desaliento. Y luego surgió un nuevo movimiento, con las revistas *Gong* y *Suramérica*. ¿Pero quién puede negar, por la inevitable solución de continuidad, que todo lo más interesante que ha habido en Valparaíso en el último tiempo, literaria y artísticamente hablando y en sentido nuevo, se debe a nuestros esfuerzos? Todo ello no es sino el resultado de las verdaderas batallas campales que libramos entre 1921 y 1927, por imponer el Arte Nuevo, la poesía pura, la concepción actual de las artes.

El grupo de *Siembra*, por otra parte, fué la primera etapa. Lo que sobrevino fué en otro sentido más nuevo. Pero el nexo local lo encadena.



En cuanto a la serie de cuentos breves y prosas de Luis Roberto Boza, titulada *Los Aparecidos*, resalta principalmente cierto preciosismo en el estilo. Es la obra de un poeta en prosa, y algo de baudelairianismo destilan su frases. «Orfebre que pule la frase como un virtuoso del Renacimiento en su celda de anacoreta», llama el autor el prologuista, Fernando Santiván. La escritura de este libro, en efecto, es irreprochable, como resultado de una paciente disciplina de autor maduro. Si no me equivoco, alguna de estas prosas ya la habíamos leído en las páginas de la revista *Siembra*, en otro tiempo. Ellas no son si no como prólogo a dos bocetos en que una interesante evocación del viejo Valparaíso: *Los alcatraces* y *La Grúa*. En los otros cuentos se advierte más decisión por presentar un tema definido, sin lo cual el cuento no es cuento. Y la pulcritud del estilo es sostenida hasta el fin. Todo el libro es un valioso exponente del cuento antes que nada literario, género que por desgracia no es para los grandes públicos.—*Neftalí Agrella*.

### PSICOLOGIA

LA CURACIÓN POR EL ESPÍRITU, por  
*Stefan Zweig*.

A la apetencia de misterio que hay en una civilización tan densamente desarrollada como es la nuestra desde el siglo XVIII, parece destinado este libro (1), uno de los más curiosos, quizás el más curioso, que ha-

yamos leído del gran escritor austriaco Stefan Zweig. En la biografía de tres personajes sitúa Zweig esta curiosidad por el alma, este afán de bucear en el oscuro dominio del espíritu que es como el otro lado, el extraño reverso de nuestra civilización técnica y mecanicista. Son esos personajes, Mesmer, el descubridor de las fuerzas hipnóticas que asume en la sociedad del siglo XVIII —unos años antes y unos años después de la Revolución Francesa— el aspecto de un mago; Mesmer se parece a Colón en la inconsciencia de su descubrimiento, ha dado a la Cultura occidental todo un nuevo Continente científico, y no sabe cómo definir, a qué género de fenómenos obedecen aquellos hechos extraños que él denomina absurdamente *magnetismo animal*. El método que descubrió Mesmer, las posibilidades de exploración psicológica, el problema de la *curación por el espíritu* son formas de nuestra civilización actual que no han sido todavía superadas y que reservan a la ciencia del porvenir quién sabe qué maravillosas sorpresas. Un segundo personaje de los tratados por Zweig es la yanqui Mary Baker-Edy, la papisa de los mentalistas y de los adeptos de la Christian Science norteamericana. Una vida y una obra como la de esta extraña mujer sólo podía desarrollarse en esa tierra de los contrastes que es los Estados Unidos. Mujer histérica, confusa, un tanto ignara, Mary Baker descubre a pesar de si misma una verdad sencilla que hacia 1860 parece prodigiosa: que ha sanado de los nervios y de una terrible histe-

(1) Editorial Apolo.—España, 1932



ria, por la sugestión que ejerció sobre su espíritu, un curandero de provincia, llamado Quimby. Como tiene un extraordinario don de simulación, la que hasta entonces ha sido absurda e insufrible mujer, se apodera de los métodos curativos del oscuro Quimby; propala primero en círculos de estrecha y sencilla gente provincial, que una revelación divina le ha comunicado esta enseñanza. Cobra trescientos dólares por trasmitirla a cada uno de sus discípulos. Se viste con la gravedad que sólo una vieja yanqui es capaz de asumir y se llama en sus tarjetas, Profesora de Moral. Después se va a una gran ciudad: Boston, y logra descubrir para esa aristocracia de solteronas ricas y de viejas pseudo intelectuales que hay en toda gran ciudad norteamericana, un nuevo snobismo. Un libro esotérico e incomprendible—como es siempre el libro de los fundadores de religiones—es el nuevo Evangelio que desde Boston, aprovechando todos los medios de la difusión moderna, lanza al Universo Mary Baker. Se ha fundado en Estados Unidos la Christian Science, una terapéutica que no se contenta con serlo y que aspira también a transformarse en Religión. Entre tantas cosas absurdas, entre misticismo y la liturgia pueril comunes a esas sectas norteamericanas, la Christian Science presenta una sencilla verdad: la posibilidad de que el espíritu obre sobre el cuerpo apaciguándolo, mejorándolo, borrando el terror a la enfermedad. Y la Christian Science progresa. Posee ya en 1900 el edificio más alto de la

ciudad de Bostón. Posee en 1906 un rascacielo en New York.

A los ochenta años Mary Baker que ha empezado su predicación a los cincuenta, es millonaria. Centenares de miles de adeptos tiene la Religión nueva en todo el territorio de la Unión. La insufrible vieja conoce una especie de divinización en vida. Y lo que hay de verdad en estos mentalistas y christiancientistas yanquis, la fórmula de su éxito entre innumerables cosas ridículas, es un problema que interesa a la Ciencia.

Con la biografía de un verdadero gran conquistador de toda una zona del espíritu humano, termina el libro de Zweig: con la biografía de Sigmund Freud. En Freud se hace ciencia, método definitivo, lo que antes de él fué solo intuición o experimento aislado. Es imposible prever el alcance que tendrá mañana el método de Freud. Viven en este momento en el Universo dos o tres hombres que representarán en la historia de la Cultura humana el papel de inmensos precursores. Las concepciones usuales del Universo se transforman con sus teorías; para nuestro tiempo son tan grandes como fueron Newton y Copérnico para sus respectivos siglos. Uno de esos hombres es Einstein, otro es Freud. Freud es el Apolonio de Tyana del mundo moderno. Toda esa Ciencia de los sueños, de las fuerzas demoníacas que duermen en el espíritu, esa Ciencia que con los gnósticos alejandrinos intuyó el mundo antiguo resucita ahora con una luz radiosa, con la precisión y el método que los occidentales pedimos a nuestras



ciencias, en el experimento de Freud. Son ejemplares y hermosas, las más hermosas del libro, las páginas que dedica Stefan Zweig al mágico doctor de Viena.—*M. P. S.*

### CRONICAS

CONCÉNTRICAS, por *Sixto C. Martelli*.

Dos influencias aparecen agudamente evidenciadas en el libro (1) de este joven escritor argentino: la de Pirandello, más infrecuente, menos sostenida y la de Ramón Gómez de la Serna, casi tiránica en diversas partes de *Concéntricas*. Esta última la demuestra Sixto C. Martelli en su afición a la greguería, que cultiva a menudo, escribiendo algunas que recuerdan al momento a Gómez de la Serna. Un ejemplo corroborará lo que afirmamos:

Ese que lleva su ocio con el molinete cadencioso de los dedos pulgares, girándolos, mientras los demás, entrelazados, son como un zócalo de cordialidad, ese, es el inventor del molino de viento.

Otro:

De tanto circunvalar la tierra aquel viejo capitán se le quedó prendida en la chaqueta marinera la rosa de los vientos.

Sin embargo, no sería justo juzgar a este escritor sólo por este aspecto. Sixto C. Martelli logra en muchos casos desprenderse de toda influencia y mostrar que existe en

(1) Buenos Aires, 1932.

él una personalidad—todavía en formación, sin diferenciarse nítidamente—pero no por eso menos auténtica, menos rica.

A través del libro de Sixto C. Martelli, que también llama *Motivos de Buenos Aires*, pueden advertirse algunas buenas cualidades y no escasas dotes de originalidad; un lenguaje abundante, variado, a menudo fino; una gran capacidad de observación, una expresión certera, precisa; además es hábil en el manejo de la ironía.

En resumen, *Concéntricas*, a pesar de las influencias señaladas, es una obra de interés donde la vida de Buenos Aires aparece observada en algunos de sus aspectos más diversos, en forma penetrante la mayoría de las veces, provocando en otras sutiles sugerencias, acentuadas estas por el sentido muy actual muy contemporáneo del menester literario y que es la cualidad más sobresaliente del libro de Sixto C. Martelli y que lo ubica en la vanguardia de los escritores de la república Argentina.—*A. T.*

### DOCUMENTOS EDUCACIONALES

ALCANCES Y PROYECCIONES DEL INSTITUTO SOCIAL, por *Rafael Araya*, y BIOLOGÍA Y EDUCACIÓN, por *Hugo Calzetti* (1).

«El *Instituto Social* es un organismo creado por la Universidad Nacional del Litoral, con el propósito

(1) Publicaciones de la «Universidad Nacional del Litoral», República Argentina. Julio y Agosto de 1932.



de establecer sólidos vínculos de unión entre ese centro de cultura y el medio en que actúa. Tiene a su cargo, no solamente la divulgación de conocimientos útiles entre las masas populares, difundiendo la obra que realizan los investigadores en el claustro, sino también la intervención directa en aquellos problemas de índole cultural, económica o social que afectan al país, y en particular al litoral. La Universidad procura actuar así como un elemento de orientación útil de los esfuerzos hacia la mejora de las condiciones generales de la vida. A las tareas de investigación y docencia, propias de todo establecimiento de enseñanza, agrega una *acción inmediata*, que le permite hacer sentir en forma claramente perceptible su influencia como instrumento de bienestar social.»

Esta explicación de uno de estos folletos nos da una definición clara de lo que se persigue con la publicación de ellos, de los que lleva más de veinte editados este organismo de carácter científico, pedagógico y estético, que funciona en la vecina República. En realidad, este breve estudio de lo que en sí es el mencionado *Instituto Social*, lo constituye una conferencia pronunciada por el doctor Rafael Araya, ex-Rector de la Universidad Nacional del Litoral, al inaugurarse la estación radiotransmisora de la misma institución

Una serie de esquemas gráficos nos revelan, por otra parte, el mecanismo de este organismo universitario. En uno de ellos se ve cómo la Universidad actual, constituida por sus distintas Facultades e Institutos en plena actividad funcional, e integra-

da por el Instituto Social, que es el centro coordinador de las actividades sociales, puede, sin perder su actual organización, ni su carácter profesional y científico, atender con el concurso de sus diversos Institutos a las necesidades culturales del individuo y la sociedad, y abordar al propio tiempo, el estudio de los innúmeros problemas que la afectan. Ese es, en realidad, el papel del Instituto Social: *servir de nexo entre la masa social y el plantel educativo superior*. Y prepara la correlación de las Facultades y Escuelas intermedias mediante un block sintético de pequeños programas de labor, que, una vez pasados por el laboratorio o antesala química, ideológicamente hablando, del Instituto en sí, anima el funcionamiento de tres entidades importantes, en pleno terreno social: a saber, la Universidad Popular, la Extensión Universitaria y el Museo Social.

En el curso de la brillante exposición del señor Araya, revélanse todas las características de este funcionamiento, hasta en su relación con las estaciones radiodifusoras, medio este último muy valioso hoy para esta clase de empresas espirituales.

---

Tanto o más importante que el anterior, como documento pedagógico, es el otro opúsculo, de don Hugo Calzetti. Se pasa revista en estas páginas a los resultados educacionales obtenidos por Rusia e Italia, dos países completamente opuestos, en sistema político. Pero no es sino para dejar en claro de qué



modo en estos países se considera la biología y su aspecto educacional. En cuanto a Rusia, dice el señor Calzetti:

«Honradamente cabe, con todo, dejar constancia de que, en punto a métodos y sistemas pedagógicos, han dado los bolcheviques un paso gigantesco. Ninguna de las más atrevidas innovaciones, ninguno de los progresos reales de la metodología les es desconocido. No sólo han adoptado el plan Dalton en lo que tiene de más aprovechable—dándole por su parte un contenido más vigoroso e inteligente—; no sólo el régimen de la república escolar no presenta secretos para ellos, pues lo tienen organizado en modo tan amplio como no se le practica en ninguna otra parte: han establecido también, en forma general, el procedimiento de los *complejos*, con todo el carácter de una conquista ya definitiva...», etc. En cuando al fascismo,—según Calzetti—, «ha introducido en sus programas didácticos la enseñanza obligatoria de la religión católica, obedeciendo al principio antiguo que exigía la imposición de una religión única de estado; distribuye el conocimiento de los fenómenos históricos acentuando de continuo los hechos con fisonomía belicosa, haciendo su enseñanza tan exageradamente nacionalista que llega incluso a desdeñar el estudio de la historia de otros pueblos, aun los más allegados; militariza la infancia y la juventud por medio de instituciones como los «balillas» y los «vanguar-

distas», con los cuales trata de ganarlos para el fascismo. Estamos, como en el caso de Rusia, en presencia de un esfuerzo titánico para hacer de la escuela un vasto laboratorio de adaptación del material humano a un medio nuevo, creado por una revolución triunfante.»

Se deduce de todo esto que la característica esencial de la educación moderna, en las grandes naciones, es la utilización del plasma juvenil para contribuir al triunfo de una idea política, que puede ser tan vieja como el cesarismo fascista, o tan nueva como el comunismo científico de Rusia. Luego al señor Calzetti preocupa el término «adaptación». Afirma que «la escuela de hoy, la escuela corriente, trata de hacer al hombre adaptable, *es la escuela de la adaptación*». Los capítulos que siguen: *Adaptación y superación*, *La biología de la adaptación* y *La nueva biología* concretan este principio, con buenos ejemplos de ideas de los grandes biólogos y con una exposición atinada del autor. Pero todo esto no sería sino una etapa en el camino educacional. En seguida, basados en unas sólidas palabras de Kant, el autor nos hace penetrar en el terreno de la superación biológica y su relación con el hombre nuevo.

A pesar de no tener este opúsculo más de 46 páginas, es todo un volumen denso en ideas pedagógicas nutricias. Sin embargo, renunciamos a seguir comentándolo, por no extendernos demasiado.—N. A.



## GLOSARIO

**U**NA generación se juzga a sí misma... Tal es el programa del número extraordinario de la conocida revista argentina *Nosotros*, correspondiente a los meses de Agosto y Septiembre últimos y destinados a celebrar las bodas de plata de esta interesante publicación de cultura. Un cuarto de siglo de vida supone, desde luego, una constancia en el orden cultural, a que no estamos habituados en estos países de Hispano América. Por lo general, las publicaciones literarias desaparecen al poco tiempo de haber nacido. Se asfixian en los ambientes pesados y hostiles de la indiferencia criolla. Sucumben, maltrechas y aplastadas por el desdén o la incomprensión. La revista *Nosotros* ha sobrepasado con seguro envión, la frontera de esa criolledad malsana que no transije con las obras de cultura, sino a condición de que sirvan los intereses de grupos o clanes políticos. Admirable esfuerzo el de sus directores, Giusti y Bianchi, porque no sólo han realizado una firme construcción, incorporando a su obra los elementos más valiosos del desenvolvimiento literario en la vecina República, sino porque han sabido, en el curso de varios lustros, mantener con severa imparcialidad, las posiciones de la verdadera cultura. *Nosotros* registra en sus páginas, las evoluciones y transformaciones de la sensibilidad argentina. ¿Sólo la de esa tierra magnífica en esfuerzo y en hombres de estudio? Nada de la inquietud intelectual del mundo ha escapado al análisis y al comentario oportuno y certero de sus colaboradores. Puede decirse que un cuarto de siglo de la historia literaria argentina queda aprisionado en sus volúmenes. Un cuarto de siglo con las alternativas y luchas entre espíritus que sentían vibrar nuevas inquietudes y los que preferían hacer pausadamente el camino de la creación.

En las pausas, las inevitables amarguras que toda obra cultural lleva aparejadas, las incomprensiones, los desengaños. Las obras de esta naturaleza, más que otras, están expuestas a ser



el blanco de los jactanciosos y de los escépticos que destruyen o aspiran a destruir con la negación toda labor de amplitud y de imparcialidad. Quisieran convertirlo todo en cenáculo o en bandería o en trinchera de pueriles orgullos.

En el banquete con que el día 27 de Octubre se celebró por los amigos de *Nosotros* el vigésimoquinto aniversario de la fundación de la revista, Roberto F. Giusti, expresaba en su discurso, entre otras cosas, lo siguiente:

Hay quienes dicen que no hemos hecho nada. Convendría saber, comparando con cual modelo de ideal. No he de repetir la crónica ya agotada. He de superar la anécdota. Todo cuanto se ha soñado, pensado, querido, combatido y hecho por la generación de *Nosotros*, ha sido expuesto a través de estos veinticinco años, y recapitulado en dos ocasiones memorables: en ambos números con que hemos celebrado el vigésimo y vigésimo quinto aniversario. ¿Puede decirse una generación estéril y fracasada? No contesto con nombres, sino con obras, con cuadros, con mármoles, con composiciones musicales, con libros, de los cuales ha de quedar algo más que los títulos amontonados en catálogos e índices bibliográficos. Libros, armonías, mármoles y cuadros, que síguense escribiendo, concertando, esculpiendo y pintando con mano cada vez más diestra y talento afinado por la experiencia de la perfecta madurez. Cómo si hubiera pasado esta generación, llegada a su plenitud vital! No me afligen ni sorprenden estas negaciones apasionadas: bien sé que tal es el movimiento de la historia. Las generaciones que se avinieron a hacer lo que hicieron las precedentes, no cuentan; cuentan sí, las que se propusieron hacer algo distinto de las precedentes. Legítima aspiración, que necesita justificarse desconociendo o disminuyendo transitoriamente lo ya hecho.

Y más adelante, recogiendo todo el tono del programa que permitió a la revista avanzar segura de su éxito, añadía:

La revista surgió para todos y sigue siendo de todos. Sólo la incomprensión y la intolerancia rechazarán este ofrecimiento. A ninguna voz clara y firme se le ha negado ser escuchada desde las páginas de *Nosotros*, tampoco a mucha lindas voces blancas. A nuestros colaboradores no les preguntamos la edad; los leemos con simpatía acogedora, con fervor de bautistas, con inteligente comprensión, con espíritu ecléctico que se sobrepone a las banderías de escuela o de cenáculo, y a nuestro propio gusto personal. Si algo rechazamos es precisamente lo caduco y adocenado. *Nosotros* es un vehículo, un instrumento, úsenlos quienes quieran, hasta para la crítica demoleadora, como lo han usado los nuevos más de una vez para ello.

Justas y oportunas palabras, reveladoras del imparcial criterio de Giusti, cuya obra crítica siempre hemos celebrado. Especialmente al ser aplicadas a la obra de considerable im-



portancia desarrollada por *Nosotros*, en la cultura argentina cobran el relieve de una profesión de fe.



**E**L premio Literario anual Atenea de la Universidad de Concepción, correspondiente a 1931 fué adjudicado a Joaquín Edwards Bello, por su novela *Valparaíso*. Dentro de la vasta labor de Joaquín Edwards, esta novela ocupa un sitio preferente. Es el poema de una vida y tanto por su estilo, como por su observación psicológica, la crítica la ha juzgado como uno de los magníficos aciertos de autor. En esta obra Edwards abandona el acento polémico, la nota de calidad puramente crítica para trazar, con emoción y fervor, la existencia juvenil en su ciudad natal. Con ocasión de este premio, se han emitido en la prensa de la capital conceptos muy elogiosos para la obra de la Universidad de Concepción y para la revista *Atenea*, que agradecemos cordialmente.

El crítico literario de *El Diario Ilustrado*, Manuel Vega, en un bello artículo, dice entre otras cosas:

La revista *Atenea*, que edita generosamente la Universidad de Concepción, es un órgano literario que honra a la cultura chilena. Número a número, su material de lectura mejora visiblemente; en cada entrega aparecen nuevas firmas de escritores nacionales y extranjeros, que tratan, con toda amplitud, los problemas más diversos.

Desde 1930, la misma Universidad ha instituído un premio en dinero, ascendente a tres mil pesos, para la mejor novela que se publique durante el año. Es el único concurso, digamos así, con que se estimula entre nosotros el cultivo de las bellas letras. En el año de su institución, el «maupassantiano» cuentista Manuel Rojas fué el triunfador; al siguiente, la recompensa se dividió entre tres artistas de reconocido prestigio intelectual: Alberto Romero, Eugenio González y Alberto Ried. Ahora, le ha tocado el turno a Joaquín Edwards Bello por su hermosa novela *Valparaíso*.

Un justiciero acierto del jurado.

Por su parte, Fernando Ortúzar Vial, antiguo colaborador de esta revista y actualmente Subdirector de el diario vespertino *El Imparcial*, publicó una amable nota editorial, celebrando el triunfo obtenido por Edwards Bello. Reproducimos algunos fragmentos:

La revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción, constituye la más alta valoración intelectual del país, y desarrolla una acción sin paralelo entre



nosotros, La colaboración con que la favorecen de ordinario los mejores escritores de la actualidad, y las nobles preocupaciones del espíritu que sus iniciativas incrementan, le asignan un sitio de honor en el periodismo nacional y justifican el prestigio que disfruta en el extranjero.

A sus muchas insinuaciones de cultura, ha agregado la institución de un premio literario anual, que esta vez ha correspondido a Joaquín Edwards Bello, por su magnífica novela *Valparaíso*.

A propósito de este autor debe recordarse en primer término el aforismo según el cual nadie es profeta en su tierra. La labor intelectual desarrollada por Edwards Bello desde 1910, debiera asignarle una posición de gran relieve, que nuestra pequeñez aldeana le resta.



**L**A importante revista «*La Rassegna Italiana*», que dirige y edita en Roma el conocido publicista italiano Tomás Silani ha publicado un número extraordinario—Septiembre y Octubre—dedicado a conmemorar veinte años de ocupación italiana en Libia. En realidad este número es la historia minuciosa de la colonización emprendida en la colonia africana. Todas las materias están tratadas con abundancia de datos y presentan un cuadro animado de los enormes progresos con que el esfuerzo italiano ha transformado esas regiones históricas, dominadas un día por Roma. Son especialmente importantes los estudios consagrados al desarrollo de la instrucción pública y a la economía y producción de la colonia. Igualmente el estudio sobre los valiosos descubrimientos arqueológicos de la Roma antigua, en Cirene y Leptis Magna. Exornan el texto de este número, varias admirables fotografías de los grupos escultóricos de la dominación romana que el incansable tesón de los estudiosos ha descubierto después de ímprobos trabajos. El número de que damos cuenta es un admirable documento de la energía, de la inteligencia y de la voluntad de un pueblo en su empresa de colonización y de progreso.

M.





## LIBROS RECIBIDOS

Hemos recibido los siguientes libros:

- Vida del Mercado*, por PABLO PALACIO.—Quito.  
*Los Humillados*, por CAMPIO PÉREZ.—Buenos Aires.  
*Puñaladas*, por ANTONIO RUBÉN FERRARI.  
*Eclipse de una tarde Gongorina*, por RICARDO PEÑA B.—Lima.  
*La Literatura Rusa en España*, por GEORGE PORTNOFF.—  
New-York.



## A NUESTROS LECTORES

Nuestra Revista no aparecerá en los meses de verano—Enero y Febrero—. Reanudará su labor de amplia difusión de la cultura chilena y americana en el mes de Marzo próximo.











---

Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA**

**Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

**SANTIAGO DE CHILE**

---





DISTRIBUIDORES

**Libreria** **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

MCD 2018

















MCD 2018